

magga

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA

4ta ÉPOCA

B/ 4.00

UNA PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ



ENTREVISTA A:
Luis Pulido Pérez

POEMAS DE:

Luis Fuentes Montenegro
José Manuel Bayard Leina
Belmarín Domínguez Garbatero
Roberto Sorilla

CUENTOS DE:

Luzmila Quiroa Aduvianista
Claudio de Castro
Liliana Leizaola Sáenz
Sonia Elvira Pizarán
Luigi Leclercq
Magaly Cabrera Arias
Gofka Lasa

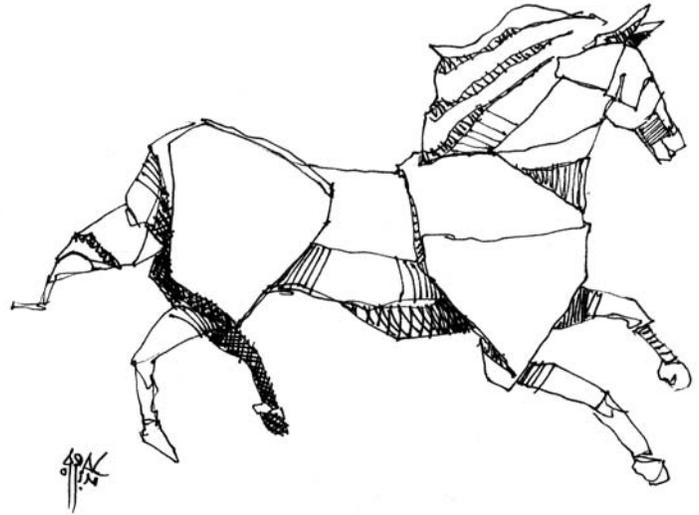
66*67





B/. 4.00

ISSN: 1018-1563
Número 66-67 cuarta época
julio-diciembre 2010



Corresponsales Internacionales

Viviane Nathan (Israel)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Julio Escoto (Honduras)
Vidaluz Meneses (Nicaragua)
Magda Zavala (Costa Rica)

Director

Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Diseño Gráfico y Diagramación

Silvia Fernández-Risco
silfer@cwpanama.net

Diseño y dibujo de portada

técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

Ilustraciones interiores

(tinta china y alto contraste)
Enrique Jaramillo Barnes

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

MAGA: LA PERSISTENCIA		TESTIMONIOS DE LA PIEDRA	26
QUE ANUNCIA LA PALABRA	4	Ronald Bonilla	
Manuel Orestes Nieto		2 TEXTOS	27
DE IGNACIO ALDECOA A ANDRÉS NEUMAN		Belisario Rodríguez Garibaldi	
LOS ZIGZAG DE LA HISTORIA RECIENTE		DESDE EL BOSQUE DE GERTRUD KOLMAR	29
DEL CUENTO ESPAÑOL	8	José Manuel Bayard Lerma	
Fernando Valls		TRES POEMAS	31
EN EL MAR	12	Luis Fuentes Montenegro	
Dr. Joaquín Pablo Franco		POEMAS	32
LAS VECINAS	13	María Augustina Hincu	
Claudio de Castro		MINITEXTOS	33
DESTINOS CIRCULARES	15	Manuel Orestes Nieto	
Lissete E. Lanuza Sáenz		AZUL	35
LAS TORTUGAS	18	Magela Cabrera Arias	
Sonia Ehlers S. Prestán		LOS ADULTOS TAMBIÉN GATEAN	36
CHARLIE	20	Vicente Antonio Vásquez Bonilla	
Luigi Lescure		3 MINICUENTOS	37
EL SECRETO DE PETER WILLIAMS	22	Gorka Lasa	
Andrés Villa		YO CIEGO	39
CATEDRAL DE INFANCIA	25	Krishnamurti Góes dos Anjos	
Adalcristo Guevara Flores			

Entrevistas

ENTREVISTA A ANDRÉS VILLA, ESCRITOR PANAMEÑO Por Enrique Jaramillo Levi	41
"YO NO PUEDO ESTAR SIN ESCRIBIR" ENTREVISTA A FÉLIX ARMANDO QUIRÓS TEJEIRA Por Federico Rodríguez Gutiérrez	44
"UN MUNDO QUE SE HA QUEDADO SIN BIBLIA Y SIN CÓDIGO CIVIL O PENAL" ENTREVISTA A LUIS PULIDO RITTER Por Amir Valle	52
SOL DE SEPTIEMBRE Ulises Juárez Polanco, nicaragüense	58
ESCRITOR HASTA LA MUERTE Sergio Ramírez	59
TRES POEMAS Isolda Hurtado, nicaragüense	63
EN EL ESPEJO RETROVISOR: LAS DIRECCIONES ESTÉTICAS DE LA OBRA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI Fernando Burgos	64
HIERBABUENA Mady Miranda de Álvarez	73
UNA ANTIQUÍSIMA PARÁBOLA SE PONE DE MODA Jorge Kattán Zablah	74
LA SEÑORITA AURELIA María Teresa Azuara	78
UNA VELA A SAN AGUÁNTALOTODO Liza Roe de Waller-Bridge	81
EL QUEMAO Marilyn Diéguez Pinto	84

MIEDO EN EL CORAZÓN Pedro Crenes Castro	85
EL IMPOSTOR QUE NO QUISO SERLO Lupita Quirós Athanasiadis	91
EL DESPERTAR Claribel Alegría	94
EL DÍA DE LAS MOSCAS Roberto Pérez-Franco	97

Reseñas

EN NOMBRE DE ELLOS: RADIOGRAFÍA DE LA SOCIEDAD PANAMEÑA Melquiades Villareal Castillo	101
ENCUENTROS REFLEXIVOS DE LA CREACIÓN Y LA CRÍTICA EN <i>UN LECTOR Y UN ESCRITOR TRAS EL ENIGMA: LA NARRATIVA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI</i> , DE FERNANDO BURGOS Fátima Nogueira	104

Taller

2 POEMAS Alberto Sáez	110
--------------------------	-----

Noticias Culturales

de la UTP

50 AÑOS DE ESCRITURA: CONGRESO INTERNACIONAL EN TORNO DE LA OBRA LITERARIA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI	111
--	-----

Cuentistas del Diplomado en Creación Literaria 2010

VOZ DE AGUA Ramsis Mejía Aguilar	112
MARLA BAJO LA LLUVIA Shantal Murillo	114
LA FOTOGRAFÍA DE JUANCITO Ana Lorena Sánchez Otero	118
RESOLUCIONES Carlos Gómez	120
MI ABUELA CHEFA Y LA FAVORITA Editha Bethancourt	124
LA SOLEDAD SE REFLEJA POR SÍ SOLA Vianey Milagros Castellón	126
¿LO RECUERDAS? Heidi Saavedra Pérez	128
MÁS QUE AMIGOS Federico Rodríguez G.	129
EL MAQUINISTA Y EL ÚLTIMO TREN Luis Óscar Pittí Miranda	131
LOS ÁNGELES VISTEN DE LOCOS Dayana Guillén	135
MARIONETA Eduardo Escobar	139

EDITORIAL

El mérito de una revista literaria que se precie de serlo es que los textos de sus colaboradores sean de la más alta calidad estética y humana posible, a fin de ser congruentes con alguna de las funciones asignadas desde hace siglos a la creación literaria: auscultar la realidad recreándola; ofrecer una determinada visión de mundo; expresar sentimientos e ideas en torno a la condición humana. Ser reflejo de tristezas y esperanzas, así como resultado de una inteligente interpretación de los problemas y, a veces, estar imbuida de una crítica aguda y consecuente.

Desde su creación en febrero de 1984, y a través de sus tres épocas anteriores y también en la actual, **Maga, revista panameña de cultura**, se ha propuesto exactamente eso. Y para lograrlo ha recurrido a escritores nacionales nuevos y también a los de reconocida trayectoria, pero también a creadores de otras latitudes. Todavía hoy, en su cuarta época, y ahora como órgano de divulgación cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, esta publicación semestral se rige por los mismos principios. Abierta a todas las tendencias estilísticas y de contenido, la única exigencia reiterada es la calidad literaria. Este número doble (66-67), correspondiente al periodo julio-diciembre de 2010, da cabida en sus páginas a cuentos, poemas, artículos, reseñas y entrevistas.

La amplia gama de cuentistas que presentamos en este número habla alto y claro acerca de la cantidad y variedad de escritores que han ido surgiendo en este género literario en años recientes en nuestro medio. El Diplomado en Creación Literaria 2010, con el que la U.T.P. contribuye a fortalecer y desarrollar talentos literarios todos los años, aporta en estas páginas textos de 11 nuevos autores cuyo incipiente talento promete logros más permanentes a futuro: Ana Lorena Sánchez Otero, Federico Rodríguez G., Shantal Murillo, Heidi Saavedra, Carlos Gómez, Luis Oscar Pittí Miranda, Ramsis Mejía Aguilar, Eduardo Escobar, Editha Betancourt, Vianey Milagros Castrellón y Dayana Guillén (cubana), a quienes damos la bienvenida a este mirador de nuestras Letras; esperamos que continúen afianzando su vocación.

Entre los cuentistas nacionales también aparecen en estas páginas: Claudio de Castro, Lupita Quirós Athanasiadis, Luigi Lescure, Sonia Ehlers S. Prestán, Andrés Villa, Lissete Lanuza Sáenz, Roberto Pérez-Franco, Gorka Lasa, Marilyn Diéguez Pinto, Mady Miranda de Álvarez, Magela Cabrera Arias, Liza Roe de Waller-Bridge (seudónimo de Liza Maruquel Ly-ma-Young Quirós) -no pocos son nuevos y prometedores nombres en nuestras Letras-, y Manuel Orestes Nieto (poeta

consagrado quien nos sorprende con la calidad de sus minicuentos); asimismo, Jorge Kattán Zablah (salvadoreño residente en los Estados Unidos), Vicente Antonio Vásquez Bonilla (guatemalteco), María Teresa Azuara (mexicana), Claribel Alegría (destacada poeta nicaragüense y ahora cuentista) y Ulises Juárez Polanco (nicaragüense).

En cuanto a poesía, ofrecemos un poema rescatado de Joaquín Pablo Franco González, así como de Belisario Rodríguez Garibaldi, José Manuel Bayard Lerma (panameño residente en México), Adalcristo Guevara, Luis Fuentes Montenegro, entre los nacionales, y de Alberto Sáez (argentino residente en Panamá); Isolda Hurtado (Nicaragüense), Ronald Bonilla (costarricense) y María Augustina Hincu (rumana). Asimismo, ofrecemos artículos del crítico español Fernando Valls, del crítico chileno Fernando Burgos, del escritor nicaragüense Sergio Ramírez y del poeta panameño Manuel Orestes Nieto. De igual manera, entrevistas a los escritores nacionales Luis Pulido Ritter (residente en Alemania), Félix Armando Quirós Tejeira y Andrés Villa

Maga, revista panameña de cultura, continúa dando la batalla por mantener al día a los lectores acerca del desarrollo de las Letras de Panamá,

E.J.L

Panamá, julio-agosto de 2010

MAGA:

La persistencia que anuncia la palabra

POR MANUEL ORESTES NIETO

I UMBRAL

El enorme poeta mexicano, Efraín Huerta, a propósito de mis afanes de editor bisoño, por el ya lejano año de 1971, escribió en su columna semanal que los jóvenes escritores, generalmente, cumplen con una inclinación o tentación casi natural de hacer su “periodiquito”, al inicio de sus vidas literarias. Lo comentó porque le di el primer número de una revista llamada “**Prisma**”, que valoró no como una inocente intención sino como una inesperada sorpresa en una visita a Panamá y que fue posible por milagrosas convergencias y malabarismos artesanales; “**Prisma**” sobrevivió dos números y nació y murió durante mis días de estudiante en la USMA.

También en los setenta, con Pedro Rivera acordamos que

la entonces Unión de Escritores de Panamá publicase cada domingo en El Panamá-América una página literaria que se llamó “Trastienda”, a cargo de Ricardo Turner y yo; esta vez, la sostuvimos por varios años y, obviamente, felices por las gracias que nos daban en el periódico por nuestro trabajo voluntario. Eran los tiempos de la “armada” a mano y había que trasladarse cada jueves a dejar los materiales y cada domingo a revisar los textos de una cosa llamada “compouser” o algo así y, literalmente, armarse de paciencia para lograr ver la matriz de un número más cada semana.

Al vecino diario “Crítica” llegó, entonces, un fogoso y jovencísimo director, Rubén Darío Murgas, muy sensible al arte y la literatura; con entera libertad y su absoluta confianza en nuestro criterio, hicimos otra página literaria: “**Crítica/Arte**”, también

coeditada con Dicky Turner y que nos dio satisfacciones enormes porque algunos lectores nos hacían llegar notitas muy curiosas, hijas de la sabiduría popular, de barrios impensables para los supuestos intelectuales que nos imaginamos ser.

En ese tiempo, con Federico, mi hermano mayor, autoeditamos mi primer poemario y anduve en las imprentas, como pez en el agua, adquiriendo la costumbre de ir a los centros de impresión como si fuesen la casa que te parece propia pero no es tuya; ver progresar pliego a pliego un libro era un acto de hipnotismo. Es que cuando se imprime la creación literaria existe un peligro: la adicción a editar cada vez que puedas. Es el paso del tiempo quien te convence de que no puede publicarse todo y cuanto uno quisiera.

En DEXA, fui también editor, empujando en la imprenta

ta universitaria para no demorar los cuadernos premiados; en el INAC, al ser creada la institución, quizás muchos jóvenes no sepan que fui el primer director de publicaciones; a riesgo limpio, Jaime Ingram y Justo Arroyo confiaron a mi empirismo la tarea y aún me conmueve ver aquellos títulos publicados bajo mi responsabilidad. Allí hicimos, dicho sea de paso, un tabloide en regla, no un periodiquito de juventud, llamado “*Extensión*.”

Y así, edité y edité los años siguientes; en un giro inesperado José Carr se presentó con la iniciativa de hacer otra página en un diario nuevo, “El Universal”, donde tenía las posibilidades; fue en mi casa donde encontramos el nombre “**Tragaluz**”, para la que fue una página semanal y rápidamente creció a suplemento literario y con color, que me parece aportó muchos enfoques y hospedó con dignidad a muchos escritores, rindió homenaje a otros y desató debates. José desplegó su voluntad de hierro al llevar todo el peso de la edición semanal, en 18 y 24 páginas, con la contribución de muchos, con Marilina Vergara en planta; Pedro Rivera y yo, confesos y tercos, a media distancia y escribiendo de cuando en vez, estábamos en el Consejo Editorial.

Y así, Virbio Corporation, ya una empresa, tuvo su galería “La Rama Dorada”, dirigida por Helena Carrasco, mi esposa, y derivó de ella en forma natural el

sello “*La Rama Dorada -Ediciones Literarias-*”, para libros de creación, con el concurso imprescindible de Pablo Menacho, diseñador y escritor; nos autopublicamos e invitamos a algunos escritores como César Young Nuñez a republicarse y a jóvenes escritores como Genaro Villalaz a tener su primer poemario. Trasgrediendo los linderos de la literatura, realizamos libros de arte de pintores entrañables, como es el caso de Eduardo Abela, heredero de una estirpe sublime de maestros plásticos de Cuba y aún ando en eso con otros pintores.

Recientemente, le contaba a Enrique Jaramillo Levi, que en el actual y polifacético escenario de esfuerzos editoriales, con el abanico optimista y que ya rinde frutos por la promoción de la lectura y, en consecuencia, de los autores, me atrapa la idea de volver a pecar mortalmente y generar otra iniciativa editorial, quizás más planificada, sustentable y realista; hasta su nombre, sin haber nacido es ya madre de la iniciativa: COMUNICA. Una editorial y, con ello, se dice todo. ¿Cuál puede ser el obstáculo no salvable para emprender esta jornada nuevamente? Ya estamos a mucha distancia de los recursos de los setenta, en esta era apabullante por lo digital y su vértigo. Pero que conste: la literatura sabe cabalgar aún entre los rayos, la estela de la invisible luz y la cibernética y su redonda virtualidad, capaz de suplantar la realidad si

así se lo propone. Y ese sendero es ya imparable, inevitable y hay que entenderlo para asumirlo y, de ser posible, guiar algunos trueños en su veloz nave y sus cóncavos sonidos.

II MAGA QUE HACES MAGIA

El umbral precedente no es casual, es una forma de recordar y transmitirles, especialmente a los jóvenes autores, que uno no sólo escribe para sí y que por ese sólo ejercicio el mundo te aplaudirá; en nuestros países, en nuestro subdesarrollo y en la incompreensión institucional de sus roles de fomento a la cultura e incentivar mecanismos para propiciar la creación literaria, ejercer la vocación y el oficio de escribir ha sido y es, y espero que deje de ser, un complejo, penoso y hasta ingrato camino, que sólo la persistencia vence. El alumbramiento de un libro publicado, una revista literaria, una hoja de letras, un blog, un poema hecho canción, nos reconforta y produce satisfacciones que no están, precisamente, en el mall frente a la bahía.

Porque me siento colega en sentido no sólo literario sino también editorial de Enrique Jaramillo Levi, valoro el alcance y las miles de peripecias que ha pasado en esta especie rara de oficio y de haber podido superar las tentaciones de dejarse vencer.

Pero, en este caso, **Maga**, nació adulta, en una especial co-

yuntura del año 1984, en marzo exactamente, el mes del fallecimiento de Julio Cortazar.

Acertando en el acertijo y la perplejidad, irrumpe con su nombre sugestivo, literariamente justo, convirtiéndose desde sus orígenes en toda una rúbrica de respeto, homenaje y reafirmación a tantos autores entrañables y expresando que la muerte no detiene el cauce del ser humano para comunicarse desde este o el otro lado; que somos capaces de desquiciar la aparente realidad, trastocar el paisaje y teñir la luz. Reconocimiento solemne a ese poder de la palabra que ejerció Cortazar, por el fantástico vuelo de su imaginación y originalidad que nos legó como un tesoro eterno que nunca se gastará: su obra literaria.

Maga brincó desde las páginas de **Rayuela** del espigado y congruente escritor argentino al istmo de Panamá, por encima de los Andes, en la decisión de emprender la aventura de dar corporeidad a una entidad cultural que estaba lejos de imaginar nadie cuan vasto sería su recorrido fértil y sus frutos.

En aquella década de los ochenta, su sólo surgimiento hizo palpitar nuestro cuerpo literario, porque sencillamente una revista literaria, sin preaviso, sin publicidad, abrió la puerta cerrada y dijo: aquí vengo para que nuevos textos puedan realizar nuevos viajes hasta los ojos de lectores atentos y la literatura panameña tenga

un espacio dentro del sofoco y las convulsiones de aquella etapa de historia, desmemoria, polaridad y envilecimientos colectivos de la nación. Y también para rescatar y traer de vuelta textos capitales de nuestros maestros queridos, faros y claraboyas, y de los poetas, cuentistas y ensayistas de países cercanos, pero tan distantes, como Centroamérica.

Habrà siempre que agradecerles al doctor Ceferino Sánchez y a Vicente Garibaldi, entonces Rector de la Universidad de Panamá y abogado en la vanguardia del Derecho de Autor, respectivamente, su excepcional y lúcido apoyo al proyecto de hacer **Maga**. Todo lo demás ha sido como ha sido el país: superar sus cuatro etapas porque la revista tuvo sus crisis y era escaso, por no decir imposible, el soporte económico.

Entre etapa y etapa **Maga** no muere sino que se va y nadie sabe dónde está, hasta que reaparece; sangrado cada número, sufrido y complacido en una dialéctica ejemplar, el escritor-editor que es Enrique vivió multiplicado en una especie de director, asistente, administrador y gestor de la **Maga**, que curiosamente no envejece sino que se refresca y rejuvenece.

Todos sus diseñadores (a quien sí me toco ver fajado muchas veces y noches fue a Pablo Menacho) le dieron personalidad e identidad, procurando vínculos gráficos con el ser panameño. Y

esto no es un comentario marginal, es esencial porque para leer es necesario un espacio adecuado donde se despliegue el texto, con armonía y sin apelonamientos.

El resultado es que estos 26 años la sitúan, con los paréntesis de su silencio, en una de las revistas literarias emblemáticas de nuestra literatura.

No sólo porque cientos de autores han pasado por sus hojas esmeraldinas, sino también porque se resistió a hacer concesiones para facilitar su existencia, a incluir secciones irreverentes y ajenas a la literatura, que parece que por flotar en temáticas anti-culturales sí aparecen los patrocinios.

Maga, contra viento y marea, siempre ha sido y es una revista estrictamente literaria, con notable rigor y, al mismo tiempo, flexibilidad para la promoción del joven escritor y abierta a todas las expresiones y estilos. Basta ver los índices con las colaboraciones que en ella han coexistido.

Pasado el tiempo, si todas se juntaran en un mismo lugar, estaría allí un registro validado de nuestras letras. Escritores y escritoras que quizás publicaron su primer cuento o su primer poema y luego trascendieron y son los que tocan ahora el tambor que anuncia generaciones de relevo y que de hecho ya ejercen como tales.

Este valor añadido, como se diría en términos de producción, no sólo no tiene precio, sino que

se instaló como una de las misiones y sentido de ser de la revista: estimular y hacer de vehículo de trasmisión de nuestra creatividad literaria. Misión lograda con creces hace mucho tiempo y que hoy reitera su vocación primigenia. Recuérdese que a las magas les gusta el vuelo libre y no concéntrico; no lo repiten, ofertan rutas inexploradas.

El editor y director de **Maga**, puede ya decir que la jornada ha logrado rebasar décadas de tenacidad, de coger aire en el vacío, pero siempre seguir y seguir, de imprenta en imprenta, que como dije, es parte aún del sudario de este trabajo cultural.

Enrique ha previsto, en una especie de resplandor por su jubilación, que **Maga** le sobreviva y que ahora ya no sea un disparador certero que a veces hacía silencios temporales en la batalla; la UTP la institucionaliza, con dos números anuales y ¡oh!, magia, ahora Enrique cobra por dirigirla hasta cuando pueda, deba o quiera, y pase la posta, como seguro lo hará.

Vista de cerca, **Maga** es una vitrina de joyas literarias; vista de lejos, es un inmenso y admirable panorama de más de un cuarto de siglo de nuestra literatura y de saber de literatos cercanos, novedades, propuestas y logros.

Una **Maga** que aún cuando hace encantamientos para verse escurridiza, se le ha visto andar acompañada en el tiempo, man-



teniendo su coquetería, encajes y polvos mágicos, de otras iniciativas literarias afines, gracias al espíritu emprendedor de Jaramillo Levi, con su afán de editor de libros y fundador de premios literarios, entre ellos, especialmente, el Rogelio Sinán, el Maestro con el corazón esmaltado en oro, el alfa y omega de nuestra literatura.

En suma, que si has llegado por estas páginas es porque has hojeado una revista literaria que puede rendir cuentas de su estela, como esos cometas únicos que

asombran y marcan en los cielos su trayectoria con una luz multicolor.

Maga y todas las otras revistas, páginas y suplementos literarios que en este país han salido como del agua, nos alegran la vida y, seguramente, han logrado, en alguna modesta pero crucial medida que, con el coraje que da la persistencia, muchos panameños tengan la experiencia de esa inmersión oceánica que es la literatura, su lectura y sus confines.

De Ignacio Aldecoa a Andrés Neuman

LOS ZIGZAG DE LA HISTORIA RECIENTE DEL CUENTO ESPAÑOL

POR FERNANDO VALLS

(Universidad Autónoma de Barcelona)

Es probable que el cuento español que nos resulta más cercano, aquel que seguimos teniendo en la memoria, arranque con Ignacio Aldecoa y llegue hasta el joven Andrés Neuman. Son cuatro o cinco las hornadas de narradores (recuérdese aquello que comentaba Sánchez Ferlosio: “las generaciones son el redondeo de la literatura”) que han venido cultivando el relato, entre los extremos del realismo y lo fantástico, ya sean narraciones *cerradas* o *abiertas*, en torno a los caminos que han venido trazando Poe y Cortázar, Chéjov, Raymond Carver y Robert Coover, sin olvidar a los autores norteamericanos de la *generación perdida*, o a cuentistas tan significativos como Henry James, Isak Dinesen, Joyce, Dorothy Parker, Katherine Mansfield, Flannery O’Connor, John Cheever, Borges, Juan Rulfo y Mercè Rodoreda, por citar sólo unas pocas referencias que resultan imprescindibles; mientras que si nos atenemos al presente más rabioso, los nombres indiscutibles quizá pasarían por Alice Munro, Amy Hempel, David Foster Wallace, Lorrie Moore y Quim Monzó.

Por lo que se refiere a la teoría de lo que venimos denominando cuento literario moderno, es sabido que tiene su origen en Edgar Allan Poe, en la reseña que le dedicó a los *Twice-Told Tales*, o *Cuentos contados dos veces*, en el *Graham’s Magazine* de mayo de 1842, y en su “Filosofía de la composición” (1846), donde siguiendo la tradición del cuento folklórico defiende el relato cerrado, con un efecto único y singular. Julio Cortázar (“Algunos aspectos del cuento”, 1963; y “Del cuento breve y sus alrededores”, 1969), por su parte, arranca de una concepción romántica y surrealista del relato para apostar también por un texto cerrado, esférico, en el que impera la intensidad y la tensión. Lo compara con la fotografía, que enmarca y recorta sólo un fragmento de la realidad, pero que necesariamente debe tener suficiente significación para amplificárnosla, como si de una explosión se tratara. Chéjov, en cambio, y con él Hemingway y Carver, defienden el cuento abierto, en el que sólo conocemos un fragmento de vida, sin principio ni final. Los argentinos Jorge Luis Borges y Ricardo Pi-

glia han apostado por la idea de que el relato cuenta siempre dos historias, en la que una se encuentra oculta para emerger sorpresivamente en el desenlace.

El caso es que en España el auge del cuento empezó con el grupo del 50, encabezado por el citado Aldecoa (*El corazón y otros frutos amargos*, 1959, me sigue pareciendo su mejor libro) así como también por Rafael Sánchez Ferlosio (“Dientes, pólvora, febrero”, no debe faltar en ninguna antología del género que se precie), Jesús Fernández Santos (*Cabeza rapada*, 1958), Medardo Fraile (*A la luz cambian las cosas*, 1959), Carmen Martín Gaité (*Las ataduras*, 1960), Ana María Matute (*Historias de la Artámila*, 1961), Daniel Sueiro (*Los conspiradores*, 1963) y el heterodoxo Alfonso Sastre (*Las noches lúgubres*, 1964). Predominaba entonces el realismo, descarnado o lírico, irónico, kafkiano o simbólico, valga la paradoja, y los maestros más frecuentados solían ser Hemingway, Faulkner, Carson McCullers, Truman Capote y el italiano Cesare Pavese. El realismo social, entonces predominante, para cuyos

cultivadores la escritura era ante todo una cuestión moral, y sólo después estética, se caracteriza por la utilización de un protagonista colectivo, y un tiempo y un espacio reducido. Sus temas más frecuentes solían ser la lucha por la vida en un medio social y políticamente adverso, el trabajo, como una realidad patética, y la injusticia, como una manera de alertar al lector y agitar su conciencia, como preconizaba Sueiro. Los llamados neorrealistas, quienes intentaron distanciarse del realismo estrictamente crítico, se valieron para ello de un narrador que va concediéndole la voz a los distintos personajes y de un cierto simbolismo atmosférico. Los menos acomodaticios, como Aldecoa o Sánchez Ferlosio, aunque no fueron los únicos, cultivaron una manera distinta de observar la realidad, la existencia, e incluso una nueva concepción de la prosa, más expresiva, por más exacta y precisa.

En medio de la constante defensa del género, la participación en concursos y la búsqueda -no siempre sencilla- de una editorial que apoyara sus obras narrativas breves (recuérdese que los relatos de Aldecoa aparecieron en editoriales modestas), surgió una recopilación significativa e influyente, acogida por una casa editorial académica, Gredos, la de Francisco García Pavón, *Antología de cuentistas españoles contemporáneos* (1959), que tuvo un par de ediciones más con ciertos cambios, en 1966 y 1976, aun cuando su excesiva benevolencia en la elección de los autores impidiera una cierta jerarquización de nombres y obras. El mismo García Pavón, director de la editorial Taurus, le encargó por aquel entonces a Aldecoa una colección de *Narraciones* (1961-1968), tal fue su título, en la que aparecieron algunos de los volúmenes que pronto recordaremos, u otros no menos singulares

de Carlos Clarimón, Juan Antonio Gaya Nuño, Carlos Edmundo de Ory y Ricardo Doménech. Respecto a los premios, entre mediados de los sesenta y de los setenta, surge el Leopoldo Alas (1955-1969), cuya primera convocatoria ganó un juvenil Mario Vargas Llosa con *Los jefes*, el Sésamo (1955-1967) y un par de concursos que todavía hoy siguen fallándose: el Gabriel Miró (1960) y el Hucha de Oro (1966). Pero visto con la perspectiva que nos proporciona el paso del tiempo, a diferencia de lo que ha ocurrido con la poesía y la novela, los concursos de cuentos apenas han descubierto a nuevos autores, y parecen haber servido para que surja esa curiosa especie que son “los fabricantes de cuentos para concursos”, que ya se daba en los cincuenta sin que se haya extinguido aún hoy, a quienes parodia con su habitual ingenio Fernando Iwasaki en *España, aparta de mí estos premios* (2009).

Y, sin embargo, el libro más sorprendente y novedoso, tanto por el estilo como por la temática, a pesar de sus innecesarias oscuridades, sigue pareciéndome el de Juan Benet, *Nunca llegarás a nada* (1961), aunque en aquel momento apenas nadie lo apreciara. El cuento vivía entonces, en perpetua crisis, como ha sido siempre, en la que los autores se lamentaban de la escasa atención que les prestaba la crítica y el poco aprecio que mostraban los editores por el género. Pero todo ello no impidió que narradores de otras hornadas sacaran a la luz volúmenes de gran calidad, tanto en el interior como en el exilio: *Doce cuentos y uno más* (1956), de Lauro Olmo; *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960), de Max Aub; y *Cuentos republicanos* (1961), de Francisco García Pavón. A los que habría que añadir los nombres de Camilo José Cela, Carmen Laforet (la reciente recopilación de su *Carta a*

don Juan y cuentos completos nos depara muy gratas sorpresas), Jorge Campos, Alonso Zamora Vicente, Vicente Soto, Arturo del Hoyo, Fernando Quiñones, Juan García Hortelano, Jorge Ferrer-Vidal, Antonio Pereira y Francisco Umbral, ferviente defensor del cuento abierto, en el que *nada* se cuenta. Y, desde luego, el puñado de excelentes narradores del exilio republicano, cuya obra, en el mejor de los casos, recibimos siempre con un cierto retraso. Me refiero a Ramón J. Sender, Rosa Chacel, Manuel Chaves Nogales (*A sangre y fuego*, 1937), Rafael Dieste (*Historias e invenciones de Félix Muriel*, 1943), Francisco Ayala (*Los usurpadores*, 1949), Álvaro Fernández Suárez (*Se abre una puerta...*, 1953), Segundo Serrano Poncela (*La venda*, 1956) y Manuel Andújar. Al respecto, debe consultarse la cuidada antología de Javier Quiñones, *Sólo una larga espera. Cuentos del exilio republicano español* (2006). Sobre el conjunto del siglo pasado, es de obligada consulta la recopilación de José María Merino, *Cien años de cuentos. 1898-1998. Antología del cuento español en castellano* (1998); y para los autores del cincuenta, en concreto, debe verse la de Ana Casas, *Voces disidentes. Cuentos de la generación del medio siglo* (2009).

El denominado *boom* latinoamericano, junto con la llamada de atención sobre sus antecedentes, cambió radicalmente el panorama, no sólo por el prestigio de la obra de Borges, Rulfo y Cortázar, sino también porque otros escritores, como Alejo Carpentier, Virgilio Piñera, García Márquez, Vargas Llosa o Carlos Fuentes, habían cultivado el género con notable fortuna. En primer lugar, el cuento era para ellos una forma prestigiosa, no en vano algunos se habían consagrado como narradores de proyección internacional, así Borges o Cortázar, con sus *relatos*, un concepto que reivindicó el

autor de *Rayuela*, frente al de *cuento* o *narraciones* que solían utilizar los españoles, infectados casi todos de realismo. Las excepciones pueden verse en la antología de Ana Casas y David Roas, *La realidad oculta. Cuentos fantásticos españoles del siglo XX* (2008). En segundo lugar, el relato fantástico nos proporcionaba una visión más sutil y compleja de la realidad. Y, por último, el relato ofrecía una distancia perfecta para la experimentación, aunque esto se acentuó con los años, cuando la novela, en las prostrimerías del XX, se hizo más conservadora.

Así las cosas, entre mediados de los sesenta y setenta hubo unos años de un cierto decaimiento en la narrativa breve, cuya recuperación empezó a producirse en los primeros ochenta, con la aparición de tres libros importantes pertenecientes a Juan Eduardo Zúñiga (*Largo noviembre de Madrid*, 1980), Cristina Fernández Cubas (*Mi hermana Elba*, 1980) y Esther Tusquets (*Siete miradas en un mismo paisaje*, 1981). Este grupo de autores se consolidaría, sobre todo, durante esa misma década, junto a otros nombres y libros, como los de Álvaro Pombo (*Relatos sobre la falta de sustancia*, 1977), Luis Mateo Díez (*Brasas de agosto*, 1989), José María Merino (*El viajero perdido*, 1990; y *Cuentos del Barrio del Refugio*, 1994), Enrique Vila-Matas (*Suicidios ejemplares*, 1991; e *Hijos sin hijos*, 1993), Ana María Navales (*Cuentos de Bloomsbury*, 1991), Javier Marías (*Mientras ellas duermen*, 1990; y *Cuando fui mortal*, 1996), Juan José Millás (*Primavera de luto y otros cuentos*, 1992), Pedro Zarraluki e Ignacio Martínez de Pisón (*Aeropuerto de Funchal*, 2009, donde se recogen sus mejores cuentos). Todos estos autores aparecen en mi recopilación *Son cuentos. Antología del relato breve español, 1975-1993* (1993), que cuenta ya en su haber con cinco ediciones, en un momento en que se hace balance del *renacimiento*

del género. A los citados narradores habría que sumar el nombre de Juan Marsé, cuyo *Teniente bravo* (1987) tiene al menos un par de piezas, la que da título al conjunto e “Historia de detectives”, que podrían figurar en los balances más exigentes.

En estas dos últimas décadas, el cuento español ha pasado por diversos avatares, viniendo a cuajar en un puñado de nombres nuevos que ya a finales del XX y comienzos del XXI apuntan excelentes maneras. Se trata de Agustín Cerezales (*Perros verdes*, 1989), Antonio Soler (*Extranjeros en la noche*, 1992), Mercedes Abad (*Amigos y fantasmas*, 2004), Eloy Tizón (*Velocidad de los jardines*, 1992; *Parpadeos*, 2006), Juan Bonilla (*El que apaga la luz*, 1994; y *Tanta gente sola*, 2009), Carlos Castán (*Frío de vivir*, 1997), Javier González (*Frigoríficos en Alaska*, 1998), Gonzalo Calcedo (*Temporada de huracanes*, 2007) y Adolfo García Ortega (*La ruta de Waterloo*, 2008), muchos de ellos recogidos en la antología *Los cuentos que cuentan* (1998), que preparé junto a Juan Antonio Masoliver Ródenas, quien también —por cierto— es un singular cultivador del relato.

Por fin, de entre las más recientes recopilaciones del cuento español, destacaría la del inquieto Andrés Neuman, *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español* (2002), avalada por un prólogo de José María Merino. Los nuevos nombres, ya en el siglo XXI, con sus libros más significativos, podrían ser los siguientes: Manuel Moyano (*El amigo de Kafka*, 2001), Pablo Andrés Escapa (*Las elipsis del cronista*, 2003), Ángel Zapata (*La vida ausente*, 2006), Ángel Olgoso (*Astrolabio*, 2007, y *Los líquenes del sueño. Relatos, 1880-1995*, 2010), Andrés Neuman (*El último minuto*, 2007), Ricardo Menéndez Salmón (*Gritar*, 2007), Hipólito G. Navarro (*El pez volador*, 2008), Óscar Esquivias

(*La marca de Creta*, 2008), Fernando Clemot (*Estancos del Chiado*, 2008) y Javier Sáez de Ibarra (*Mirar el agua*, 2009). A los que podrían añadirse los nombres de Cristina Grande (*La novia parapente*, 2002), Berta Vias Mahou, Mercedes Cebrián (*El malestar al alcance de todos*, 2004), Berta Marsé, Patricia Esteban Erlés, Pilar Adón (*El mes más cruel*, 2010), Irene Jiménez, Elvira Navarro y Lara Moreno. ¿Qué caracteriza la narrativa breve de estas nuevas autoras? En general, cuentan historias contemporáneas, urbanas, casi siempre sentimentales, realistas, alternando narración y diálogo, escritas en un estilo escueto, a veces poco elaborado, aunque quizá sea el vehículo más adecuado para lo que pretenden contarnos. Resulta, así, en suma, una literatura poco complaciente con los nuevos usos y costumbres, aunque los personajes suelen aceptar sus problemas y fracasos con una cierta resignación, vayan éstos de la enfermedad al adulterio o la insatisfacción, como males propios de los mediocres y malos tiempos que les ha tocado vivir. Da gusto, por tanto, encontrarse con unas escritoras dueñas de un proyecto literario sensato y coherente, ambicioso, clásico y moderno a la vez, más o menos cuajado, cuyo empeño no parece estribar en alcanzar todo premio literario que asome en el horizonte, ni tampoco en hacerse las *modernas*. Con todo, llama la atención las escasas referencias que encontramos en sus declaraciones a la tradición narrativa en castellano, siendo tan fecunda. Casi todos estos últimos nombres que vengo aduciendo aparecen recogidos en la antología *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (2010), que he compuesto en colaboración con Gemma Pellicer.

Pero, además, de entre los libros más logrados, los que parecen haberse convertido ya en referencia

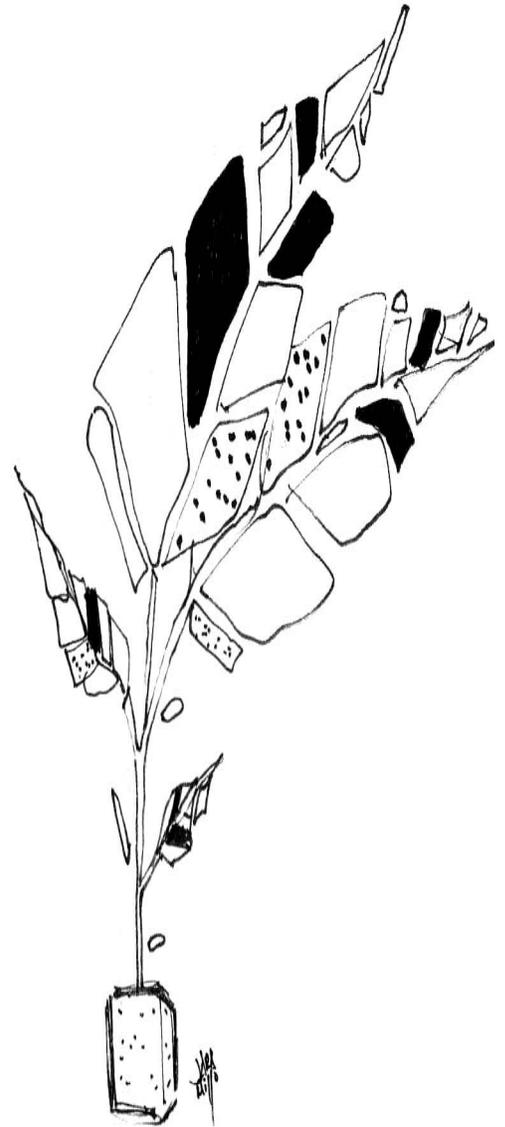
en lo que llevamos de nuevo siglo, figuran *Capital de la gloria* (2003), de Juan Eduardo Zúñiga; *Los girasoles ciegos* (2004), de Alberto Méndez, con más de 250.000 ejemplares vendidos; y los multipremiados *Los peces de la amargura* (2006), de Fernando Aramburu, y la recopilación de *Todos los cuentos* (2008), de Cristina Fernández Cubas.

Desde que Forrest L. Ingram llamó la atención sobre los *ciclos de cuentos* (*Short Story Cycles of the Twentieth Century. Studies in a Literary Genre*, 1971), valgan como ejemplos pioneros *Dublinenses* (1914), de Joyce, o *Winnesburg, Ohio* (1919), de Sherwood Anderson, algunos narradores han utilizado este sistema en el que las piezas individuales aparecen interrelacionadas, para organizar sus libros de relatos, procedimiento que no resulta mejor ni peor, sino que produce en los lectores un efecto distinto y obliga al autor a pensar, más que en una mera acumulación de piezas, en las diversas posibles trabazones del conjunto. Además, esta nueva idea, nos ha llevado a releer la tradición, haciéndonos entender que libros que hoy solíamos aceptar cómo novelas se comprenden mejor como ciclos de cuentos, como ocurre con *Las afueras* (1958), de Luis Goytisolo; *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), de Miguel Delibes, los citados volúmenes de Esther Tusquets y Alberto Méndez, o *Ladera norte* (2001), de Berta Vias, y *La ciudad en invierno* (2007), de Elvira Navarro.

Pero, sin embargo, el fenómeno más novedoso y significativo quizá sea el papel que viene desempeñando internet, a través de las bitácoras y páginas web, formato ideal para la difusión de las formas literarias breves, en la propuesta y defensa de nuevos nombres, mediante críticas y entrevistas. Tampoco debería olvidarse la apuesta por el relato de algu-

nas pequeñas editoriales, como Páginas de Espuma y Salto de página, de Madrid; Xordica y Trota, de Zaragoza; y Menoscuarto, de Palencia, consagradas casi en exclusiva al género, como apenas nunca había ocurrido antes. Y premios como el NH Vargas Llosa, el Setenil y el más reciente Ribera de Duero, que tanto están contribuyendo a llamar la atención y a hacer visible el género, entre un público más amplio.

Sea como fuere, y a pesar de todos los lamentos y pesares, en este último medio siglo, me parece que el cuento ha dado en España excelentes frutos; buena prueba de ello son los autores y libros citados, en los diversos matices que van del realismo más estricto a los diferentes ribetes que ofrece lo simbólico o lo fantástico, y sus posibles hibridaciones. La mala salud de hierro del cuento, su crisis permanente, lo ha convertido en un territorio, ante todo, de libertad y experimentación. A la vista de los numerosos autores jóvenes que lo cultivan, así como de la calidad y ambición de sus primeras propuestas, el panorama futuro se revela muy esperanzador.



FERNANDO VALLS. España, 1954. Profesor de Literatura Española Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado *La enseñanza de la literatura en el franquismo (1936-1951)* (1983) Autor de antologías: *Son cuentos. Antología del relato breve español, 1975-1993* (1993) y *Los cuentos que cuentan* (1998); en colaboración con Juan Antonio Masoliver Ródenas, y con Neus Rotger, Ciempiés. *Los microrrelatos de 'Quimera'* (2005). En 1999 obtuvo, con Juan Luis Panero, el XII Premio Internacional Comillas, por *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls* (2000). Libros recientes: *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española actual* (2003), *El artículo literario. De Francisco Ayala a Javier Cercas* (2006) y *Soplando vidrio y otros ensayos sobre el microrrelato español* (2008).



En el mar

Para Roque J. Franco

POR DR. JOAQUÍN PABLO FRANCO

¡Oh, qué hermoso es el mar embravecido!
¡Cómo se ensancha mi alma al contemplarle!
¿Quién llama al hombre - ante este mar - pequeño?
¡Precisamente aquí me siento grande!

El relámpago rasga las tinieblas,
los rayos pasan sin herir el mástil,
cerca del barco, que se eleva y baja,
en la llanura inmensa y ondulante...

¡Y cómo ruge el mar embravecido!
¡Cómo vienen las olas a estrellarse
en la nave altanera!... ¡Y cómo saltan
hasta mi rostro líquidos diamantes!

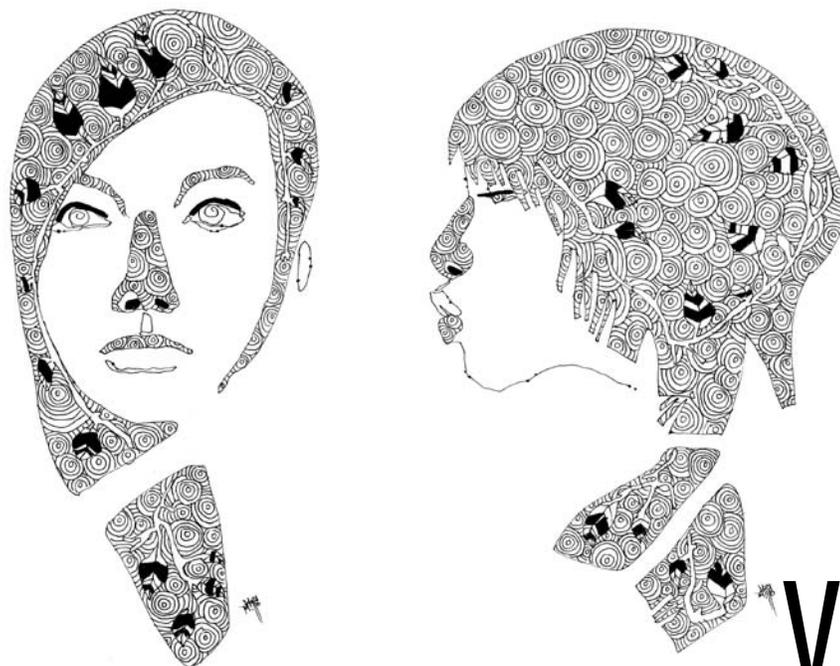
Amargas o salobres, como lágrimas,
algunas gotas en mis labios caen...
¡Bebo el llanto de rabia del Océano!
¡Bebo el llanto de rabia del Gigante!

La proa rompe las tremendas olas
de la soberbia inmensidad de encaje...
¡Domino el mar y me contemplo fuerte
en las débiles tablas de mi nave!

Me parece que al ver cómo les venzo,
llorarán de despecho y de coraje
el cielo altivo y el abismo airado...

Gime el viento, cortando en los cordajes,
y siento... ¡no sé qué!... fuerzas del alma...
¡La embriaguez de lo inmenso que me invade!

JOAQUÍN PABLO FRANCO GONZÁLEZ nace en Cartagena de Indias en 1870. Un fuerte discurso contra el gobierno colombiano de turno, pronunciado en un banquete en 1898, le condena al destierro. En el Mar Caribe, la nave que lo conduce a Bocas del Toro enfrenta una tormenta, la cual inspira un soneto, 'En el mar', reproducido por don Guillermo Andreve en la revista "El Heraldo del Istmo", el cual ha languidecido en la oscuridad por décadas y que ahora reproducimos para las nuevas generaciones de críticos y lectores en el presente número de Maga. Tras servir como Cirujano Mayor del Ejército Liberal en la Guerra de los Mil Días, junto a Belisario Porras, el Doctor Franco ocupa el puesto de diputado en la Asamblea Nacional. Muere el 15 de febrero de 1924. Entre sus descendientes se cuentan múltiples escritores, incluyendo dos recientes ganadores del Premio Nacional de Cuento José María Sánchez, en 2005 y 2009.



Las vecinas

POR CLAUDIO DE CASTRO

Escaso valor tiene a veces el recordar, pero hay ocasiones en que la memoria nos traiciona y nos transporta al pasado sin nuestro consentimiento.

Siendo yo estudiante de medicina me hospedé en lo que pensé sería un albergue para personas retraídas, una pensión de la calle Fuentes. Un lugar tan silencioso que era propicio para pensar y estudiar.

Hoy atendí a un paciente asmático a tres cuerdas de la pensión. Como la gallina que corre hacia su gallinero buscando seguridad, dirigí luego mis pasos hacia allá.

Todo ha cambiado a su alrededor. Removieron la tierra. Edificaron condominios y apartamentos en las calles aledañas. Tumbaron los tamarindos y el roble viejo. Pero ella se ha mantenido igual.

Una hilera de pinos la oculta y una cerca de hierro con enredaderas la protegen del mundo exterior.

Ventanales enormes la airean durante el verano evitando que se sofoquen los que allí viven.

Es una casona de madera. Pintada de verde. Desdeñosa. Desvencijada. Con arañas y alacranes. Con guaridas para insectos diminutos. Data de la época de la construcción del Canal. Tiene tres pi-

sos. La habitaron primero los franceses, luego los españoles y por último los ingenieros americanos.

Terminado el Canal, la vendieron.

Ahora le pertenece a Miss Delia Smith, una jamaicana que debe estar llegando a los sesenta años, gorda, de malos modales, pero (como todas las jamaicanas) buena cocinera.

Cuando entré, no abrigué dudas. Y alquilé una habitación. Era el momento propicio para aislarme nuevamente. Desaparecer un mes, un año, toda la vida. Olvidarme de los amigos y los enemigos. Era, tal vez, una jugarreta más del destino que deseaba ponerme a prueba.

...

Aunque el lugar me es conocido, tres meses no han bastado para que me sienta cómodo del todo.

Vivo en el segundo piso, en el cuarto 2-B. El contiguo lo ocupan unas señoras a las que todos llaman: "Las Vecinas".

Caricaturas sin dientes. Con el cabello recogido. La mirada triste. Torcidas. Pequeñas. Acartonadas.

Ese par de ancianas se distraen estudiando mis costumbres, y han logrado que me vuelva hurraño, nervioso, taciturno.

No me disgusta que me observen, sino la manía loca que tienen de hacerlo en silencio, cuidadosas, calladas, enigmáticas. Esa manía que tienen de soltar, a veces, risitas y murmullos.

Cada vez que salgo o entro a mi habitación, su puerta, que tiene oxidadas las bisagras, chilla escandalosamente y las delata.

Dos veces las he visto. Sus vestidos son de bordado fino, con encajes ligeros y botones nacarados. Más esto fue por breves instantes, al descubrir que me observaban por la puerta entreabierta y cruzar nuestras miradas.

Sus pies son pesados. Demasiado hinchados para sostenerlas. Los arrastran al caminar. Siento el golpe de un bastón contra el suelo, cada dos pasos. La otra, al parecer más orgullosa se mueve apoyándose de los muebles. La madera gastada, cede y cruje con cada paso. Esto me permite ubicarlas en la habitación cuando quiero saber dónde están.

Son puntuales en todo.

Se acuestan y levantan temprano, como si hubiesen quedado ancladas en el tiempo.

Nuestros cuartos están al final del pasillo. Nos comunica una puerta que trataron de disimular con la estufa, en la cocina. No hay modo de abrirla. Ya lo he intentado. Tiene una cerradura antigua para la que ya no hacen llaves.

A veces, sintiéndome inspirado, he dejado mensajes bajo la puerta. Uso escritura criptográfica en caso de que no sepan leer. Pero nunca los han tomado. Cuando despiertan, advierto sus risas picarescas (casi inaudibles) y las abluciones que hacen en una palangana. Su vida es metódica, llegando a los extremos de Kant.

Se visten con dificultad y sólo se ayudan mutuamente al ponerse los zapatos. A las 8: 15 a.m. arrastran dos sillas del comedor hacia la cocina. Y como dos grandes elefantes, ceremoniosos, en medio de cumplidos, se sientan cada una por su lado.

Este es el momento crucial de la mañana. Y me atrevo a decir que para ellas es eterno.

Entonces, quedan en medio de un silencio sepulcral, absoluto. Y es cuando me estudian. Como lo sé (porque el conocimiento infunde temor) temo moverme, respirar, comer.

Esperan que haga ruidos para entretenerse con ellos. Juegan a adivinar mis movimientos. Y en medio de dos opciones contradictorias, con mi silencio les dificulta la contienda y se la hago interesante.

Hace poco decidí quejarme con Miss Delia. Fui a su despacho, le hablé sobre las vecinas y de cómo me estaban destruyendo.

Disgustada, me gritó con su acento antillano preguntando si inventaba excusas para no pagarle la renta.

Me advirtió que desde 1930 nadie vivía allí. Era una habitación sellada. El último dueño de la pensión no la usó, y ella tampoco la usaría. Se le conocía como el cuarto de las vecinas por una broma de mal gusto que se perpetuó.

Me sugirió que la acompañara al cuarto para verificar su historia. Asentí por no parecer descortés. Y subimos juntos. El Tenedor de Libros del 3-C la vio cuando sacaba un manojito de llaves de su bolso y preguntó con malicia:

– ¿Otra vez las vecinas?

Ella le hizo gestos para que callara y volviera a sus ocupaciones.

Tuve que ayudarla a abrir la puerta porque estaba trancada.

Entrar fue algo parecido a materializar pesadillas.

Era un cuarto descolorido, lleno de polvo y telaraña. Los muebles (todos de caoba sólida) estaban cubiertos con mantas de algodón para protegerlos.

Estaba profanando su santuario, pero tenía un sentimiento de profunda satisfacción dentro de mí.

Era como lo había imaginado.

El aire era espeso y difícil de respirar, había bolitas de alcanfor regadas en todas partes. Cucarachas muertas en las esquinas. Polvo y más polvo.

Fui a la cocina. Miss Delia se quedó en la puerta. No quiso entrar. Vi la puerta comunicante. Y las dos sillas colocadas con precisión matemática en ángulos de quince grados frente a ésta.

Sobre un tocador había un plumero, una cajita de música y unas fotos desteñidas. Eran ellas.

Las reconocí sin problemas. Estaban en las fotos tal cual las había visto.

–¿Convencido? –Preguntó Miss Delia Indignada.

–Un poco respondí con aire de desafío.

Colocó un candado pesado junto al cerrojo y se marchó.

La escuché maldecir mientras bajaba las escaleras.

Por la noche, cuando pensé que todo terminaría, volvieron los ruidos. Me asomé al pasillo y comprobé que el candado seguía en su lugar.

Las vecinas se acercaron a la puerta que nos comunica y la sacudieron, tirando con violencia de la perilla.

Me llamaron por mi nombre.

–¿Qué te hicimos? –gritaron.

Traté de no hacer caso.

–¿Por qué nos encerraste?

Golpearon con tal furia la puerta que recosté mi espalda contra ella para que no la tumbaran.

Al amanecer se consumió su fuerza. Estaba tan cansado que casi no me percaté de ello. Me recosté en la cama y dormí profundamente en medio de un largo silencio y no me desperté sino hasta el día siguiente.

Desde entonces no he vuelto a poner mensajes bajo la puerta. Pensé en mudarme, pero la vida en la pensión se normalizó.

Ellas siguen haciendo sus abluciones diarias. Y se desplazan como de costumbre por la habitación.

No obstante ya no escucho sus murmullos ni sus risas.

Pienso que me olvidaron.

Tal vez sólo deseaban vivir en paz.

CLAUDIO DE CASTRO: Nació en Colón, Panamá en 1957. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: **La niña fea de Alajuela** (1985); **La isla de mamá Teresa, el abuelo Toño y otros cuentos** (1985); **El señor Foucalt** (1987); **Fotos de Henry Cartier** (1987); **El juego** (1989); **El camaleón** (1991) y **El cangrejo azul** (2006). En 2010 publicará la antología **Las vecinas y otros cuentos**.

Destinos Circulares

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

El grito escapa de sus labios sin permiso, y sin embargo una vez que comienza a gritar no encuentra manera de detenerse, no mientras los ojos de él están fijos en las pequeñas florecitas rosadas que cubren sus panties. Tiene ocho años.

No es una historia común, su historia. Empieza en ese momento, a los ocho años, desnuda excepto por unos panties blancos con diminutas flores rosadas, en el medio de su cuarto. Él, su vecino, estaba pidiéndole prestada una cosa u otra, el tiempo ha hecho poco importante el recuerdo de qué exactamente. Ella nunca llegó a prestárselo. Es más, desde el momento en que su grito reverberó por toda la casa, ella no volvió a hablarle por más de veinte años.

Habían sido amigos, antes de eso. Compinches, porque ella nunca fue una de esas niñas de Barbies y muñecas y a él nunca le molestó tener que esperarla mientras jugaban a policías y ladrones en la calle, siempre en el mismo bando. Quizás es que, en esta historia, fue ella la ignorante. Tal vez, fue que él lo supo primero y comprendió, desde pequeño, que su destino en el mundo era esperarla.

No fue un caso de amor a primera vista, ni mucho menos. Es más, ni siquiera fue un caso de amor a segunda vista, ni a tercera. Diría yo que fue algo así como un amor que surgió del despecho, de las lágrimas y de la soledad. No fue nunca un amor suave y tranquilo, como siempre se imaginó que el amor debía ser, ni tampoco la avalancha de mariposas en el estómago y palpitations que ella siempre identificó con ese sentimiento.

Al contrario, fue un amor silencioso y apasionado, tejido de millones de gritos que nunca salieron de la boca de ella y otras pocas disculpas, que nunca salieron de la boca de él. Fue un amor de tantísimas confidencias escuchadas casi sin querer y millones de consejos nunca puestos en práctica. Y fue un amor de perseverancia y una ternura infinita, a pesar de las circunstancias.

Desde el día en que un grito y una puerta lo separaron para siempre de ella, su mayor propósito en la vida fue volver a escuchar su voz. Estudió y se aplicó, buscando felicitaciones, y cuando no las consiguió, siguió estudiando, esas materias que ella tanto detestaba y que juntos, tantas veces, habían criticado, buscando, al menos, un reproche de su parte. Pero todo fue inútil.

Por momentos, en lo más vanidoso de su juventud, se sintió importante. Si ella se tomaba el trabajo de no hablarle, de mantenerlo en ascuas, debía ser porque él significaba algo y ella quería darle una lección. Se mantuvo fijo en esta creencia durante muchos años, muchos novios de ella, y muchas, muchísimas peleas a medias, donde solamente él gritaba, solamente él reprochaba, y ella contorsionaba la cara y arrojaba el primer jarrón que sus manos encontraban y solo al ver el miedo en sus ojos se quedaba quieta, satisfecha, y tan silenciosa como siempre.

No fue hasta que ella anunció su compromiso con otro, en una extravagante fiesta, que com-

prendió no solo la magnitud de su error al pensar que ya la tenía ganada, sino la terrible y certera verdad de su vida: la iba a amar para siempre.

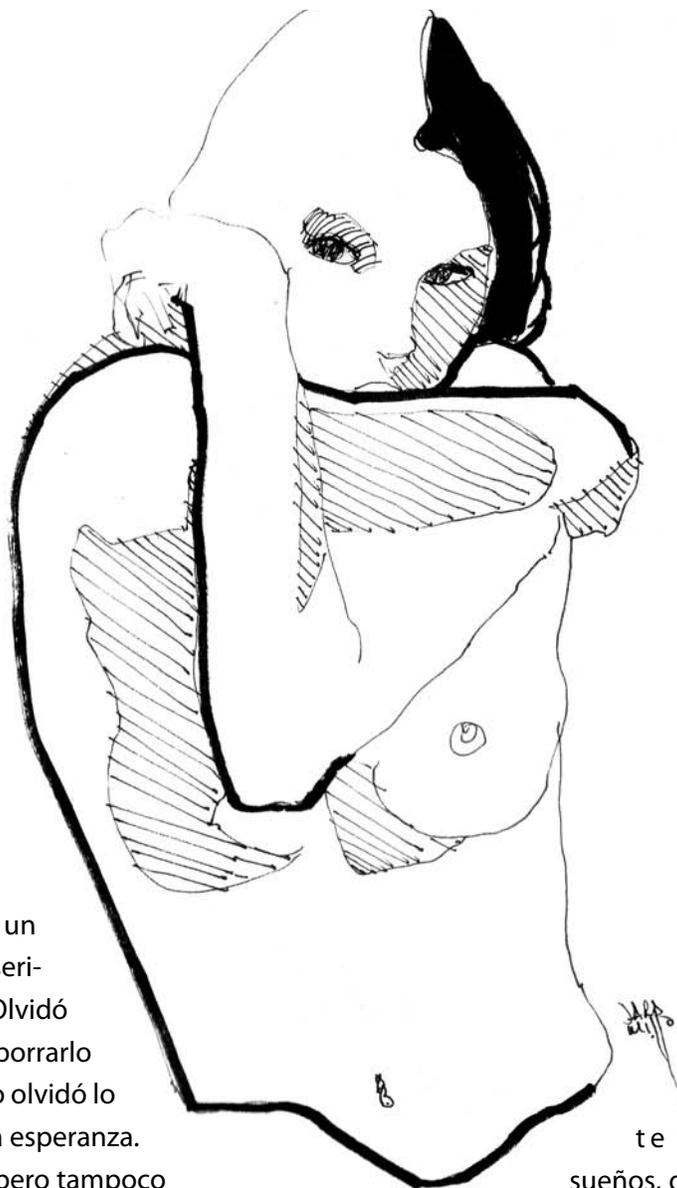
Ella esperaba reproches, y gritos. Hasta cierto punto los quería, se vanagloriaba de ser la causa de ellos. Pero él se mostró con una sonrisa a medias y frases trilladas que expresaban sus felicitaciones y ella deseó golpearlo hasta que la sonrisa no estuviera presente nunca más en su ojos color miel, pero no lo hizo y tampoco le habló, como había planeado en la mañana, para restregarle su victoria en la cara.

Se mantuvo tan silenciosa como en los años anteriores, y esta vez redondeó su silencio con la ferviente promesa de no pensar en él nunca más. Él, sin embargo, sonrió a medias y se dijo a sí mismo que, desde ese día en adelante, pensaría en ella más que nunca, para llenar el espacio vacío de su presencia.

Él no estaba invitado a la boda, y sin embargo sus ojos la siguieron hasta el altar, y los ojos de ella se encontraron, al llegar, con el fantasma de su mirada en la cara de otro. No se dio cuenta, o quizás simplemente pretendió ignorarlo. Había hecho una promesa, después de todo.

La tierra no cesó de girar en su propio eje, aunque a veces así lo sentía él. Y como era necesario para continuar en su mundo de deseos, fantasías y ensueños, continuó viviendo. Se encontró con que había muchas cosas que quería intentar, muchas oportunidades de irse, al fin, fuera de casa, que debía aprovechar.

Ella se radicó en un barrio elegante, a quince minutos de su antiguo hogar, y él se fue a conocer el mundo. Los años fueron más que bondadosos con él, le dieron sabiduría, estudios, le mostraron lugares nuevos, y le enseñaron nuevas maneras de ver lugares conocidos. Ella siempre estuvo en sus pensamientos, acompañándolo.



La vida fue un poco menos misericordiosa con ella. Olvidó cómo soñar, y al borrarlo de su pensamiento olvidó lo que era también la esperanza.

No fue miserable, pero tampoco realmente feliz, y sin embargo cumplió su promesa a cabalidad: por más que cada infidelidad le robara un poco de su alma, nunca volvió a escaparse de su realidad pensando en él.

Silencioso, se estrechó el tiempo, hasta que un día él volvió a casa. Era un día como cualquier otro, y sabiendo que ella no estaría ahí, se aventuró a aquel lugar donde, hacía más de veinte años, había nacido el silencio entre ellos. Hubo miradas bondadosas y abrazos entrecortados y de repente, sin saber cómo, ella estaba de vuelta, y él se

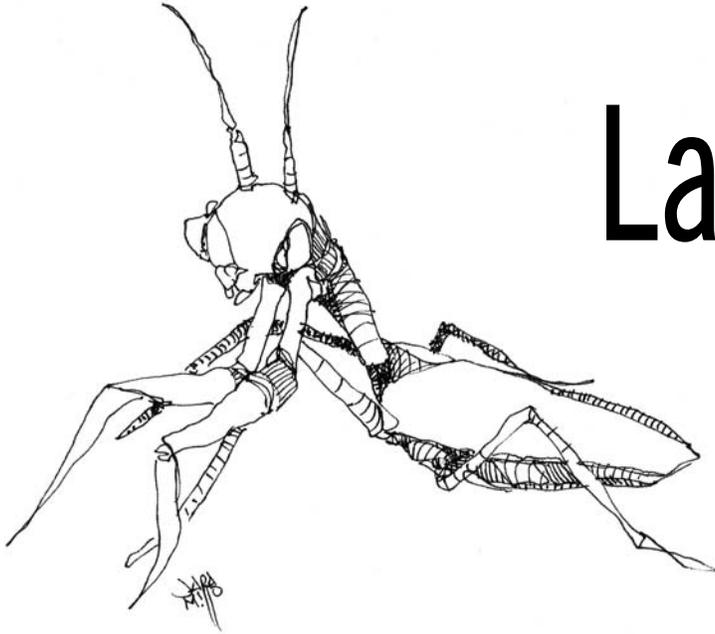
encontró abriendo la misma puerta que dio a luz a sus desventuras.

Él abre la puerta, y ella está ahí, como hace veinte años, como siempre en sus sueños, desnuda, y esperándolo. Ella

lo mira fijo, y de repente siente deseos de gritar, no para espantarlo, como aquella vez, sino porque la historia se repite, y a ella le tomó más de veinte años, un matrimonio fallido y demasiadas lágrimas volver a encontrarse en el lugar donde debió haber estado siempre, y esta vez no volver la mirada y esconderse mientras él fija su mirada en el borde de encaje de sus panties.

Esta vez, cuando cierra la puerta de su cuarto, él todavía se encuentra adentro.

LISSETE LANUZA SÁENZ (Panamá, 1984) Abogada por la Universidad de Panamá. Maestría en Globalización, Comercio Internacional y Mercados Emergentes en la Universidad de Barcelona. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2004 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Sus cuentos han aparecido en la revista *Maga*, y en los libros colectivos "*Soñar despiertos*" (2006), y "*Taller de Escapistas*" (2007). En 2010 publicará su libro de cuentos: *Destinos circulares*.



Las tortugas

POR SONIA EHLERS S. PRESTÁN

Er

an las tres de la tarde, el pequeño Jaime paseaba despreocupadamente por la rocosa orilla del río Mayor. Acostumbraba pasar el verano por esa región del sur. Sus abuelos y tíos vivían aún en las riberas del río.

“Te hará bien para los pulmones”.

“Vas a crecer por lo menos dos pulgadas este año”, le prometía su madre.

Jaime para sus adentros estaba dispuesto a creer en lo de los pulmones, pero lo de crecer, ese era otro cuento. Llevaba varios veranos por el río y su estatura no había variado nada. A la que sí le hacía mucho bien era a la madre y a sus pulmones, ya que gritaba cada vez más fuerte y como se casó tan joven, todavía estaba creciendo en vacaciones.

En fin, estaba Jaime sumido en esos pensamientos cuando de pronto vio moverse un animal entre las hojas caídas. Al principio guardó distancia; observaba cautelosamente hasta poder identificar de qué se trataba. Finalmente, la divisó. Era una hermosa tortuga gigante; tendría por lo menos unos veinte años por las señas de su caparazón. Percibió su proximidad siguiendo disimuladamente su rumbo. Jaime

se disponía a seguirla cuando escuchó a lo lejos la voz de la madre. El llamado era insistente. Cuando su progenitora lo perdía de vista por más de media hora hacía sonar una sirena que había comprado en uno de sus viajes a Norteamérica. Decidió regresar a casa, pero no sin antes seguir a la tortuga hasta que la misma se sumergió en el río cerca de una poza. Él no conocía esta poza, ¿cómo le había pasado desapercibida durante sus excursiones por el río?

En su mente dejó grabado que al día siguiente regresaría muy temprano a investigar. Planeaba despistar a su madre para incursionar tranquilamente. Llevaría una pelota, camisa, pantalón, escoba y un sombrero.

Tenía un plan para poder regresar a la poza sin ser interrumpido.

Esa noche, el chico estaba muy callado ante los ojos curiosos de los abuelos.

“Jaime, estás muy callado”, comentó el abuelo. “¿Te preocupa algo?”

Cariñosamente contestó que no. Estaba un poco cansado por el calor del verano; se acostaría temprano. Así lo hizo. El abuelo, que adoraba a su nieto, recordó aquella mañana de verano...sumido en sus pensamientos le vinie-

ron a la mente unos recuerdos de infancia; se preguntaba a sí mismo: "será que...no, no puede ser..." y cambió su línea de pensamiento.

Amaneció muy temprano como era natural por la época; Jaime tenía todo listo. Desayunó unos huevos de patio, las yemas increíbles. En la ciudad eran pálidas y comentaban las madres que les echaban hormonas. Estos huevos sí eran de los buenos. Se los comió apresuradamente y partió muy ensombreado, según dijo, a ver las gallinas. Llevaba una cubeta en la cual metió todo. Cerca del corral cogió una escoba y se dirigió hacia la orilla del río. Ahí la colocó estratégicamente vistiéndola con el atuendo que llevaba. Colocó la pelota al pie de la escoba. A lo lejos se confundía con el paisaje, el montaje que había improvisado simulaba un niño jugando. Esto mantendría a su madre tranquila.

Corrió hacia la poza en busca de la tortuga; su sorpresa fue grande cuando debido a la transparencia del agua podía divisar no una, sino ¡cinco!, ¡seis!, ¡siete!, muchísimas grandes.

Algunas estaban sumergidas, otras asoleándose sobre las rocas; Jaime comenzó a transpirar de la emoción: ésta sumada a la corrida que había dado para llegar a la poza, le hacía palpar el corazón a mil por hora.

Decidió quitarse la sudadera dejándola descuidadamente sobre una piedra al pie del río. De pronto, una tortuga se acercó y comenzó a comérsela. Otras también se aproximaron y entre todas la devoraban rápidamente. Jaime comenzó a preocuparse; pensaba que quizá no había sido una buena idea el dejar el camuflaje para despistar a su madre. Se sintió en peligro. ¿Qué pasaría si él se acercaba un poco más y por descuido caía al río vestido? ¿Se lo comerían también a él? Se asustó tanto que se fue corriendo sin voltear hacia atrás. Recogió su equipo de despiste volviendo a casa muy agitado. Su abuelo alcanzó a verlo de lejos con curiosidad.

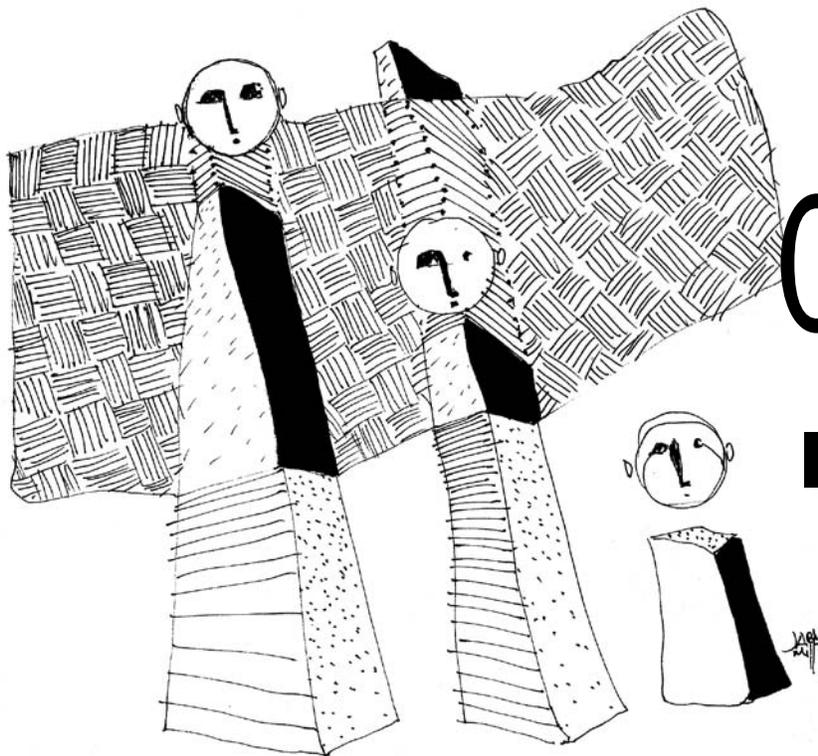
Pasaron varios días sin que Jaime regresara a la piscina. Aquella famosa tarde había caído con una fiebre muy alta que lo mantuvo fuera de acción por una semana. En cuanto se repuso decidió regresar. Esta vez no quiso despistar a su familia y se lanzó a la aventura abiertamente. Su curiosidad era más grande que el miedo en esta ocasión. Para su sorpresa al llegar a la poza no había ninguna tortuga. Estaba desilusionado, pero pensó que al día siguiente las volvería a ver. No sucedió así.

Jaime seguía visitando la región del río Mayor sin volver a ver las tortugas. Luego convertido en hombre y padre de familia llevaba a su hijo Tomás a visitar a su madre, quien decidió retirarse a vivir en la casa que heredó de los abuelos.

Observaba a su hijo a la distancia colocar una escoba estratégicamente con un sombrero... Podría ser lo que estaba pensando o era sólo producto de su imaginación. Dejó que se perdiera entre los árboles, siguiéndolo con cautela. Cuando se acercó a la orilla del río no podía creer lo que veía. Tantos años esperando este momento. El sueño de su vida se convirtió en realidad. Ahí estaba su pequeño rodeado de las tortugas. Las acariciaba y les conversaba. No había sido una ilusión infantil. ¡Sí, eran reales! Se acercó sigilosamente al niño, éste no les tenía miedo y había logrado transmitir su serenidad a los quelonios. La sudadera de Tomás yacía al pie de un árbol intacta.

Desde ese inolvidable verano no hemos dejado de ir al río Mayor, a ver las tortugas de nuestra infancia. Jaime se preguntaba si su abuelo las había conocido; quería pensar que sí.

SONIA EHLERS S. PRESTÁN. Panameña nacida en México D.F., en 1949. Libros: *Presencia de Pedro Prestán* (1999); *Concepción para cuentos* (2005); *Concepción para cuentos II* (2008). En 2010 publicará *Las tortugas y otros relatos para niños*.



Charlie

POR LUIGI LESCURE

- Hola, ¿cómo te llamas?
- Diego, ¿y tú?
- Charlie. ¿Puedo jugar contigo?
- Sí. Siéntate aquí. Toma este control.

Desde que conocí a Diego nos hicimos buenos amigos. Él atravesaba por un momento difícil. Su mamá había muerto y su papá tenía un nuevo e importante trabajo que le ocupaba mucho tiempo. Así que yo empecé a visitarlo y pasábamos largas horas jugando. Lo que más disfrutábamos eran los videojuegos. Ambos nos entreteníamos rescatando princesas, compitiendo en divertidos autos o protegiendo al mundo de invasores extraterrestres. Otras veces éramos piratas, vaqueros o soldados intergalácticos. Casi siempre luchábamos como aliados, pero en algunas ocasiones decidíamos enfrentarnos en bandos enemigos. Corríamos y brincábamos por todo su cuarto y la casa. ¡Qué tiradero dejábamos después! Claro que también conversábamos y nos reíamos juntos sin hacer tanto alboroto. Pero por alguna razón yo no le caía bien a su padre. Aunque nunca me había visto, porque cuando llegaba a casa ya Diego es-

taba durmiendo y yo me había marchado, conocía de nuestra amistad. No le gustaba que su hijo me hablara. Después empezó a molestarse cuando encontraba conectados ambos controles de la consola de juegos; más aún si descubría el marcador de dos jugadores en la pantalla del televisor. Lo regañaba y le decía que eso estaba mal. Diego me lo ocultaba para no herirme, pero yo me daba cuenta.

Un día el señor Carlos, que así se llamaba el papá de Diego, lo llevó donde una doctora. Diego le dijo que no estaba enfermo, pero él le explicó que sólo iban a conversar. Luego tuvo que volver un par de veces más. Yo lo acompañaba siempre. Íbamos en taxi con Noris, su nana. A ella tampoco le simpaticé nunca. Al principio me ignoraba, pero un buen día le advirtió al señor Carlos de mis visitas. Y, como él confiaba mucho en su empleada, al poco tiempo ya estaba enviando a mi amigo a esas consultas semanales. Yo lo esperaba calladito en recepción junto a Noris que ni me determinaba. Cuando salía era esquivo y guardaba silencio hasta cuando regresábamos a casa. Allí nos poníamos a jugar de inmediato, pero

él me comentaba muy poco sobre sus citas. Decía que eran aburridas. Que la doctora se la pasaba haciéndole preguntas y lo ponía a dibujar. Me dijo que le pediría a su papá que no lo mandara más. Sentía que a ella tampoco le agradaba nuestra amistad, pero él quería seguir viéndome. Me dijo que si me iba, me extrañaría mucho. Yo le aseguré que no tenía de qué preocuparse, que siempre iba a jugar con él. Aunque mi promesa era sincera, no pude cumplirla.

Una tarde el señor Carlos entró a la habitación de Diego antes de lo habitual y nos sorprendió jugando. Sin embargo, más que disgustado, parecía triste y confundido. Se acercó y le extendió una hoja con uno de los dibujos que había hecho donde la doctora. Se trataba de cuatro monicacos trazados con torpes círculos y rayas que representaban a un niño, dos hombres y una mujer.

—Diego, ¿qué te pidió la psicóloga que dibujaras aquí?

—A las personas de mi casa.

—¿Y quién es éste? —preguntó el papá señalando uno de los garabatos masculinos, colocado junto al más pequeño. Ambos tenían algo parecido a unas cajitas rectangulares conectadas por líneas chuecas a un cuadrado con antenas.

—Ese es Charlie, papá.

—Entonces, esta debe ser Noris y este soy yo, ¿cierto?— El padre acompañó su deducción con un suave desplazamiento del índice sobre las figuras que quedaban detrás de las anteriores, algo rezagadas. Como observando. Diego asintió con la cabeza.

—¿Y por qué si somos igualitos, Charlie tiene brazos y yo no?

¡Santo cielo, qué observador! No me había percatado de ese detalle, pero era cierto. Sal-

vo por la ausencia de aquellas extremidades en uno, eran dos imágenes idénticas. Tenían las mismas proporciones, los mismos tres puntos que representaban un saco, el mismo esbozo de corbata y los mismos enormes zapatos ovalados al final de dos largas líneas. Más que dibujos parecían fotocopias. Entonces, al ver mi parecido con el señor Carlos, lo entendí todo.

—Es que Charlie juega conmigo, y me abraza —le explicó Diego con una vocecita quebrada— Juega conmigo, y me abraza, papá— reiteró sobrecogido en llanto y ya no hubo más dudas. Se acabaron las consultas y los bosquejos.

El señor Carlos se arrodilló junto a su hijo y, también llorando, lo abrazó dulcemente. Así fue la última vez que vi a Diego. Me hubiera gustado poder dibujar esa escena y llevársela a la doctora. Me marché difuminándome entre la alegría y la tristeza de comprender para qué había sido creado.



LUIGI LESCURE Publicista y actor teatral. Autor de tres libros de cuentos: **Pecados con tu nombre** (2007), **Capítulos finales** (2007), y **Con vista al mar** (2009)

Los gritos de los policías, el ruido de pisadas que herían los escalones de madera de las escaleras por las que se subía o bajaba a esos caserones, turbaron la tranquilidad de la noche. El estropicio de platos rotos que caían de las pequeñas mesas que encontraron los perseguidores frente a cada puerta se hicieron ecos en los pasillos. Sigiloso, como un gato, se coló buscando algún hueco entre las hojas de zinc que cercaban el patio. Ya sentía que los burlaba otra vez. Su figura elástica, enjuta se movió como una centella, buscando el amparo de la oscuridad para desaparecer, pero no pudo evitar quedar, frente a frente, con el policía que le disparó.

Carola, medio desnuda, desde el balcón había seguido todos los detalles de la persecución desde que el hombre salió de su cuarto. Su cuerpo de ébano, temblaba de miedo y cuando vio el enfrentamiento entre su amante y el cañón del revólver, soltó un grito, que se oyó fracciones de segundos antes que el tronar del disparo. ¡Baaaaannnggg!

—A él no le hacen las balas, está comprobado. Mira lo que dicen los diarios.

Los dos negros, sentados en bancos cercanos a la entrada de esa gran casa de inquilinato, repasaban los titulares del matutino que en su portada destacaba:

“VUELVE A ESCAPAR PETER WILLIAMS” En otra sección decía, “POLICÍA AFIRMA HABER BALEADO A WILLIAMS Y NI SIQUIERA SANGRÓ.” Hacía ya un tiempo, las noticias de aquel negro Robin Hood, que robaba a los ricos para repartir el producto de sus fechorías con los pobres, ocupaban la atención de toda la ciudad.

—Lo que no saben ellos es que se vuelve humo— volvió a comentar aquel como si nada, provocando dudas en el que sostenía las hojas del periódico.

Los trabajadores negros habían viajado desde sus islas en el Caribe, hacía sólo algunas décadas para trabajar en la construcción del gran canal de Panamá. Los panameños los habían visto llegar con muy pocas simpatías.

Hablaban inglés y olían distinto. Antes llegaron los gringos, construyeron poblados en la zona

El secreto de Peter Williams

POR ANDRÉS VILLA

transistmica y cambiaron todo.

Plantaron letreros en otro idioma y trazaron una línea imaginaria que luego se convertiría en una de malla de ciclón paralela, a ambos lados del canal, donde mandaban ellos, sólo ellos.

Al terminar las obras, los obreros cesantes, en su mayoría negros, se refugiaron en las ciudades limítrofes. Pasaron dificultades, vivieron hacinados en aquellas casas de madera de dos plantas, con hileras de “cuartos donde no entraba el sol”. En esos barrios se multiplicaron, tratando de conservar su idioma y sus costumbres como los hebreos en Egipto. Aquel ladrón del que hablaban los diarios era uno de ellos. Pero con él sucedía algo distinto, los panameños celebraban sus hazañas, sobre todo si las realizaba en el lado de los gringos dentro de la Zona del Canal.

—Dinos todo lo que sabes sobre tu amante. Habla o te irá muy mal —le dijo uno de los detectives a Carola.

—¿Crees que eres la única zorra que tiene? ¡Eres una de tantas! Mira, sabemos que visita a varias en Río Abajo, en el Maraón, en El Chorrillo y qué decir de Colón, allá tiene muchas. Las negras colonenses lo adoran.—dijo otro policía, tan negro como ella, que la miraba con lascivia.

Al final, Carola, confundida pudo convencerlos de que no sabía el escondite de Peter. Entonces le dieron un billete verde de veinte dólares, y un número de teléfono para que llamara si averiguaba

algo, y la promesa de más dinero si colaboraba con la captura del delincuente que se burlaba de la policía de la zona, y de la de Panamá.

La negra, abandonó la estación y nerviosa, tomó la primera chiva que pasó.

Subió a la cabina de madera del singular vehículo de transporte colectivo y sacó la cara por una de las ventanillas, para que los pasajeros de los bancos paralelos no notaran su angustia, aunque el hombre que se sentaba enfrente, estaba más interesado en verle las piernas y sus melosos muslos, cada vez que los bruscos movimientos de la chiva le subían el estrecho vestido.

La cosa no había sido tan sencilla. La policía no sólo quería saber el escondite de Peter, también su secreto. Ella también creía que la bala había impactado en su cuerpo. No sabía cómo había salido tan bien librado. Después del disparo, Peter empujó a su perseguidor y se perdió en los callejones. Todos buscaron un rastro de sangre y no hallaron nada.

Pero lo que más la había molestado era eso, que él tenía varias amantes.

—“Son of a bich” — masculló entre dientes.

Con los días, el periodismo se ocupó nuevamente del ladrón. Esta vez había asaltado una gasolinera, y desaparecido después de un tiroteo y quién quedó herido fue un guardia. Dicen que lo vieron de fiesta, por los lados de Pueblo Nuevo, donde repartió parte del botín en una vecindad de negros pobres. De aquellos oriundos de las islas donde nació su madre.

—¡Son of a bich! ¡Suéltame! Cómo te atreves a entrar otra vez a mi cuarto. ¿No sabes que te buscan?

El fugitivo se había deslizado por la ventana sin despertarla.

Comenzó a forcejear y a arrojarle los trastes de la mesa que estaba en medio de la pieza que servía de comedor, cocina y dormitorio.

La gorra de tela de Peter cayó al suelo. El, con ademanes le pedía que callara, que iba a despertar a los vecinos o alertar a la policía. Carola, al sentir los brazos de su amante sobándole sus generosas caderas

desnudas, así dormía la negra, cedió ante las caricias y se entregó al furtivo visitante, en una frenética unión.

—Peter, Peter, ¿hasta cuándo vas a vivir huyendo? Mi amor, nadie me ama como tú.

El negro, risueño ante las muestras de amor de Carola, se arrebujo entre sus grandes y firmes tetas. La negra vivía sola. Una vez se hizo amante del famoso ladrón despachó al hombre anterior. Le decía a todo el mundo que no podía engañar al gran Peter, que nadie hacía el amor como su Peter.

—Mi amor, en las noches calurosas sueño con tu cuerpo y no puedo dormir pensando que duermes con otras. La policía me dijo que me engañas.

Un rayo de luna se coló por la persiana de la ventana iluminando el rictus de rencor de la negra. Antes del amanecer, el ladrón se vistió y dejó un puñado de billetes en la mesa. Salió sin despertar a Carola. Calándose su gorra hasta las orejas y subiéndose el cuello de su chaqueta, se disfrazó de cualquier negro que a esas horas salía a sus labores en la zona.

Distraído, iba pensando en las palabras de la mujer. Era verdad, ¿hasta cuándo huiría? Había escogido vivir fuera de la ley para humillar a los gringos que despreciaban a su gente. Desde siempre notó que podía escalar y colarse por cualquier puerta o ventana. Recordaba muy bien la vez cuando era apenas un adolescente y su madre lo llevó dónde aquella Madama.

En aquel hermético cuarto, casi en penumbras, la mujer gorda y negra como la tinta, más negra que él, lo había sentado en el borde de la cama. No recordaba muy bien el ritual, pero sí lo que había dicho. Pero antes hizo salir del cuarto a su mamá.

—Tú eres especial, lo sé. Se nota. Eres un negro que será famoso. No sé si para bien o para mal, no está claro — le profetizó la negra, mientras caía presa de extrañas convulsiones que lo asustaron.

Después puso sus manos encima de su cabeza y comenzó a hablar en una extraña lengua que no era inglés, ni español. Parecía que alguien distinto dentro de ella era quién lo hacía y le confió su gran don.

Un secreto que, hasta ahora, le había permitido salir ileso de todas las fechorías que había cometido.

Cuando la mujer volvió en sí, le dijo: —Esto te lo ha mandado el espíritu que me visita. Nunca ha hecho esto, pero tú...eres especial.

Y con mucho temor le indicó que se fuera y a su madre que no lo trajera más.

Ella quiso saber ¿por qué? y la hechicera sólo atinó a decirle que, como Sansón, sería reverenciado por su gente y se perdería por una mujer.

Desde esa ocasión ambos leían en la Biblia, la historia de aquel fortachón, que como él, tuvo un secreto.

—Hola, Peter— le dijo un negro que se cruzó en su camino, despertándolo de sus cavilaciones. Se asombró de ser reconocido y hundiéndose aún más la gorra apretó el paso, perdiéndose entre los callejones que formaban las casas de maderas.

A Carola le chismearon que la otra madrugada, a Peter lo habían visto salir del cuarto de una mujer llamada Selma, en aquella casa, a tan sólo dos calles más abajo. Los celos la invadieron, la curiosidad no la dejaba en paz, nunca antes había tenido la oportunidad de comprobar las traiciones de Peter. Y hacia allá se dirigió. Para saber más de aquella que osaba disputarle a su amante.

La trifulca fue grande. Carola comenzó por indagar a Selma si conocía a Peter y terminaron insultándose y agrediendo. Los vecinos tuvieron que separarlas, luego de haberse revolcado ambas por el patio. La noticia de que dos mujeres se disputaban el amor del célebre ladrón corrió por todo el barrio.

Carola no vivía en paz. El recuerdo de Peter la atormentaba, apretándole el pecho. Era algo tan antiguo y mortal como los celos.

Esta vez sí lo sintió, intuyó su llegada. Dejó que entrara y prendió el foco

que colgaba de un cordón del techo.

Le arrojó un vaso que se quebró en su cabeza, sin que ni siquiera se quejara.

—Maldito—le gritó. Arrojó otro objeto que fue a estrellarse contra la sombra de Peter. Ahora el grito fue del ladrón quién chorreaba sangre por la cabeza. Carola confundida, pues sabía que había tirado a no acertar, solícita, fue a consolar a su amado herido.

—Eres una mala mujer, Carola. No sé qué te

crees. Te visito porque me gustas, tu olor me fascina. Sí, eres la que más me gusta, pero tus celos son insoportables. Ahora esto, golpearme en la cabeza. ¡No! ¡Basta, es demasiado!— E hizo ademán de salir por donde había entrado, por la ventana.

Carola lo retuvo sumisa, restañó la sangre de su cabeza y en eso, una vez más, se trenzaron en ardorosa unión. Pero la negra supo leer en el lenguaje corporal de las embestidas de Peter, que jamás regresaría. Que sería la última noche. Cuando lo sintió incorporarse para desaparecer, como otras veces, le dijo:

—Ya sé tu secreto, Peter, así como sé que no vendrás más. Pero me las pagarás.

Peter salió sonriendo, sin temor a lo que había dicho Carola. Eran solo bravatas. ¿Cómo una negra celosa podía conocer su secreto? Le bastaba como hasta ahora, moverse entre sombras.

Las palabras de aquel policía negro se habían grabado en su mente atormentándola “Crees que eres la única zorra que tiene. Eres una de tantas.”

Los policías no querían creer lo que había dicho sobre el secreto de Peter.

¡Estúpidos! Esos cholos no sabían que su raza aún guardaba secretos que viajaron con ellos, en los barcos de esclavos.

Cuando oyó los lamentos de la gente, imaginó la noticia. Esta la golpeó en el alma, así como el ruido de las sirenas de los radio patrullas en sus oídos. Con certeza supo que todo se relacionaba con Peter.

Corrió y en el rincón del patio, frente al cuarto de Selma, vio a aquel policía negro parado junto al cuerpo inerte del famoso ladrón. Él fue el único de los esbirros que al sorprenderlo le disparó a la sombra. Sus miradas se cruzaron con odio. La de él, le recriminaba haber revelado el secreto, y la de ella, el haberle creído.

ANDRÉS VILLA: Nació en la Ciudad de Panamá en 1950. Periodista y fotógrafo. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2003 de la UTP. Ha publicado: **La nueve** (novela; 2007) y **Perdedores** (cuentos; 2009).

CATEDRAL DE INFANCIA

POR ADALCRISTO GUEVARA FLORES

I
Has regresado.
Recuerda,
aquí estuviste hace un tiempo
sentado en el trapecio,
en estos muros desolados de tiempo-telaraña.
Miras junto al niño esta antigua catedral.

Apartas recuerdos,
escuchas pisadas
el latido de la sangre
estaciones en el parque del encuentro inevitable,
aprisionas marimantas
-lúdicos instantes-
juegas la rayuela,
el escondido,
el salto de la liebre.
Hay globos de ilusiones,
caramelos de sonrisas
ángeles,
pájaros y cantos.
(Dentro de ti pastorean:
desiertos, soledades)

Labios ingenuos
gritos,
corazones agitados,
escuchas atabales de tu infancia.

II
¿Cuántos vientos devoraron
el antiguo campanario?
Sus himnos ya se han ido,
son ausencia y extravío.

Recuerda:
fricciona tus manos,
aprieta el eslabón.
No eres el mismo,
tampoco el columpio
ni las llantas incrustadas,
ni el cómico bufón
de trapo-maquillaje.

Recuerda,
eres espejismo
de un tranvía de arrugas,
¿acaso axioma
de una muerte postrera?

III
¡Oh, murallas de siglos
empalidecidas por las horas
no se muere el tiempo en esta antigua catedral!
Lo abrazan estas telarañas,
el nido de una garza ausente.
Lo abrazan la espera y el idilio
y aún sin recordar
que eres
niño,
exilio,
aposento.

Remeces el ciruelo.
El otoño se ha llevado
la sombra de sus hojas
el follaje y sus semillas,
hay retoños de esperanzas
esperanza en el retoño,
lágrimas muertas
nostalgia de un invierno.

ADALCRISTO GUEVARA. 1977. Abogado. Lauros: Premio de Poesía Esther María Osses, 2008; Premio del Concurso de Cuento Ignacio "Nacho" Valdés, 2008; Primer Premio de Poesía León A. Soto 2009, con el libro inédito "Catedral de Infancia"; Menciones Honoríficas en el Concurso de Poesía León A. Soto en 2007 y 2008; Mención Honorífica en el Concurso de Poesía Gustavo Batista Cedeño, 2008. Ha publicado el poemario **Meditaciones desde el vergel**, INAC 2008, y un cuento en la Revista Maga. Egresado del Diplomado de Creación Literaria 2009, de la Universidad Tecnológica de Panamá.

TESTIMONIOS DE LA PIEDRA

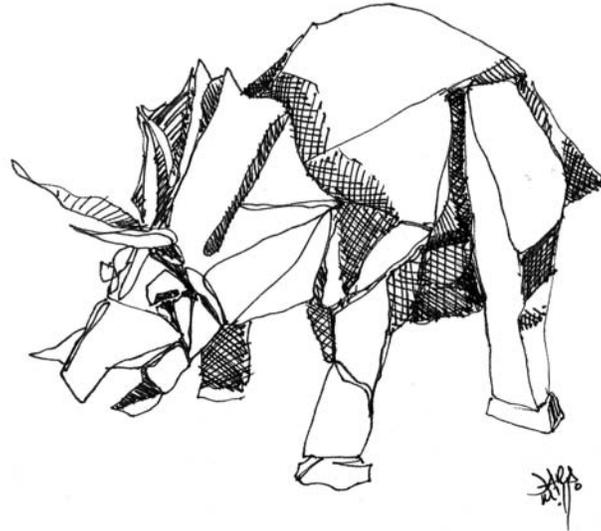
Si los ríos son sólo el testimonio,
o acaso la fronda para el reposo,
la piedra que nos lanza el asesino,
la torpe ironía del prestidigitador
o la caída del pordiosero en las trampas fatigadas
de la basura insalvable,
son sin remedio, remedos de Dios.

Por eso, Señor, me niego
a encontrarte en el dentífrico que espera al niño,
en el lavabo indulgente que aguarda sin espejos,
en el formulario que extiende la sicóloga;
pues yo no soy el líder que ella busca, soy lúdico,
romántico, desgarrado a veces, insolente,
lujurioso, tenaz en el poema,
locuaz o taciturno
cuando leo y conquisto los silencios.

Pero ahora estoy de pie sobre una piedra.
Arriba.

Abajo hay soles
o aguas deslizándose o caminos.

La piedra que fundó monasterios, academias,
farallones, muros dolorosos, silabarios
casi imposibles,
está bajo mis pies que sólo pulsan
segundos y marasmos.



No hay maroma más alta que tanta soledad
con que conjuro a los amigos.
(Y a ti te convoco, mujer.
Yo sé que puedes sostenerte
mirando al horizonte).
Abajo las lágrimas son
sólo ríos inmisericordes
que renuncian a saciarse entre la nada.
Yo te prescribo, ante el catarro o el sida,
la misma cicatriz llamada olvido.
La memoria la pongo en el lugar del sueño.
Yo estoy con ella en esta piedra oteando:
acaso el horizonte es este mismo beso,
este instante que no acaba mientras pasa y pasa
todavía.

2 textos

Belisario Rodríguez Garibaldo

DIATRIBA CONTRA UN DIOS QUE YO NO ENTIENDO (O UN SIMPLE POEMA DE AMOR PARA ELLA, QUE YO NO ENTIENDO)

Si esculpiese fuego,
en las estatuas verdes del eterno,
nacería nuevamente derrotado,
pues he querido sangrar
sin cicatrices,
esculpidas en oropel de sueños.

Buscando silencio,
y sólo ese mar de musas inconclusas
en que he naufragado, riendo;
porque quiero verme
en mis ojos midiendo
el sentido nostálgico del tiempo.

Pero el Amor se fue, se va
por veredas infinitas,
formando puntos en la arena,
granos incesantes de arena y tiempo,
porque de ellos son los vericuetos
por donde transitas, transito,
como un aprendiz veleta en el viento.

¿De qué se puede arrepentir
el intrépido hacedor de cosas?,
que se desvanece y sólo queda
en el recuerdo fútil;
si acaso forma una coral
que gime en la historia,
en un espacio vivo y muerto.

Llámame si te acuerdas
que en algún momento
fuimos viento,
si en medio de desiertas tierras
naufragaste tú, como naufragué yo
en tu pecho.

Y si por extraña coincidencia
apenas nos mencionamos,
ligeramente en fracciones tímidas
de un momento,
o por casualidad, un arrojito,
un huracán sopló diciendo: no lo quiero,
o si lo quiero, o mejor aún,
lo quiero tanto que no lo quiero;
pues así amamos nuestras vidas,
significando que amamos y odiamos,
y como odiamos, queremos;
entonces llámame,
si nos encontramos en ese laberinto
preparado para purgas
de aquello que un día fuimos;
y allí, al igual que aquí,
estoy seguro, lo sé, lo sabemos,
nos volveremos a ver, siempre,
siempre lo veremos, lo buscaremos.

Y es así en el camino del tiempo,
porque no hay veredas
por la que transitas, transito, transitamos,

sin que ya estemos saltando
como niños en un juego,
no porque seamos niños, no,
sino porque solo existe un juego.

Así que llámame, Amor, búscame,
que yo te busco,
tanto como te he encontrado en todo lo
que he hecho,
a ver si por extrañas apariencias,
por el destino, porque está escrito,
entonces nos encontremos todos,
miles y millones, todos; tu y yo, todos.

Entonces y solo entonces
en un pasto verde descansemos,
contemplando el oropel de aquel encuentro,
en un universo donde nadie se imponga,
solo el amor, la armonía, el tiempo.

Del Poemario **Las Memorias del Silencio**,
de Belisario Rodríguez Garibaldo, Edi-
torial CIEN, Panamá, 2006.

La estatua de afrodita

Bella e imposable, altiva e inmarcesible, sensitiva y expresiva es la estatua de Afrodita situada en una de las calles más céntricas de la ciudad de Atenas, símbolo indecible de los anhelos más cálidos y tiernos. Cuando mis manos acarician aquella estatua de mármol, fría y tibia al mismo tiempo, recorro los siglos sumergidos en sus pechos como en las expresiones ardientes de civilizaciones antiguas y perdidas. Es Afrodita una estatua de frío mármol en cuya frente inalterable, y en cuyos ojos fijos y plateados recorro con mis manos las filosofías antiguas de musas, diosas y ninfas refrescantes, como en un homenaje a antiguos cultos divinos de amor y de deseo.

Aquella estatua ha permanecido fiel por siglos a las miradas exploradoras que, como la mía, buscan en ella la precisa anatomía, la más exacta sonrisa que trasluzca la pureza de la Mujer-Diosa; de los labios que en onírica armonía son descorridos por mis dedos, en busca de inspiración grecolatina, que en forma de una fémina de mármol es como se complacen mis más profundos deseos viriles, mis ansiedades encadenadas a su cuello, desde tiempos inmemoriales pre-socráticos, cuando el oro no corrompía nuestras pláticas. ¡Estatua de Mármol!, ¡Afrodita!, altiva especie de una civilización incandescente, Mujer-Poema, símbolo irresuelto de todas mis búsquedas terrenales e infinitas.

Subyaces a la orilla de una calle, de un bulevar abierto, de una ciudad cualquiera, de la espléndida ciudad de Atenas, de la Atenas conglomerada del siglo 21. Estás, Afrodita, eternizada por mis ojos, vives inmortalizada por mis dedos, que te queman las mejillas frías de un mármol trascendente. Tú eres un símbolo de una época pre-humana, eres el mito transformado en mujer de mis desvelos, pues desde tus pechos enraizados en mi memoria, te estás transformando en parte misma de mis pupilas; nos comunicamos con palabras y signos, construimos un puente indestructible que nos une a través de estas palabras. Mi Afrodita es la Estatua de un mármol per-

manente, cuyas curvas perfectas son simbologías de deseos, de altos pensamientos que elevas desde lo interno de tus ojos adorados, recónditas preguntas que me resuelven tu mirada inexorable, tu rostro apasionante; tu cuerpo es desafío a los hombres de este tiempo y de los tiempos venideros, desde los tiempos antiguos, perdidos y lejanos, en que extraños cultos y oráculos divinos enaltecían el amor que representas.

La Estatua de una Diosa de Amor, ¡Afrodita!, el eterno misterio de los hombres, un tabú permanentemente sumergido en mi inconsciente, un tabú que ha sido transformado en tótem por devotos anhelos inconclusos. Veo tus caderas, tu cintura, tus pechos desbordantes; recorro tus caminos, tus señales, que a través de tus cabellos fríos me deslizan por tu cuello de mármol irreverente. Eres, Afrodita, el símbolo de un tiempo antes de Cristo, antes de San Agustín, de Goethe, de Marx, de Sartre, del Surrealismo, del Neoliberalismo, Diosa en la que observo tu enorme altivez, ante mi pequeña humanidad de hombre enamorado; nosotros nos desbordamos en silencio, tú en tus ojos que miran horizontes ya lejanos, yo en un gemido que se transforma en un bramar salvaje, indómito, invencible; luego, el reposo de mis manos y mis brazos alrededor de tus pechos, de tu espalda, y un silencio que se hace paz eterna, paz divina.

Adorada Diosa del Amor, ¡mis bellas Afroditas!; de pasionarias fachadas, por donde tu rostro altivo y agradable, me llama y me sonríe, desde lejos, desde adentro, como buscando la forma de responderme antiguas incógnitas inconclusas que se debaten en mi mente; eres bella y elegante, Estatua de Afrodita, el personaje más brillante de mis ansias transformadas en palabras; eres tú mi hermosa Estatua de Afrodita, por fin mía, inexpropiable, encontrada desde mis ojos y mi alma, en la ciudad de Atenas, en donde tú y yo nos hicimos uno solo, con los siglos humanos e inmemoriales del tiempo y el deseo.

Tomado de: Belisario Rodríguez Garibaldo. **Veinticinco años de soledad.** Cuentos & Relatos. Editorial CIEN. Panamá, 2005.

Un amor de ciervo pasa
en las tinieblas su invisible humanidad
herida
pasa
oteando en las calendas
el universo arcano del agua y de la
tierra
entre pífanos tambores y violines

Es una historia ceñida en nuestra frente
de cenizas
indeleble es el tiempo fidedigno
que solo acoge del humor
del ciervo
las humaredas para el conjuro de los
males invisibles

Cuánto sueño Gertrud en el jardín de
inviernos
Cuánto tiempo en el cuerpo constreñi-
do larvó la guerra su cantera de olvidos
Para que al paso de los años
la eterna calma de la providencia
y los presentimientos Bernanos
te acuerdas George
nos dieran este suspiro en calma que
en vano intenta destruir
los poderes de la eternidad
Escancio de las aguas sus poderes
nocturnos
mientras llegan los ciervos con el
lugarteniente de muerte a la vendimia
a escanciar los caminos, Bataille,
de toda claridad posible

Camino alrededor del fuego
Interrogo tu imagen en la noche
me responde solo el hielo de la vasta
región de incertidumbres
donde un nevado silencio alpino sirve
a voluntad del ciervo que lo habita
y te pregunto Gertrud
qué buscas
qué buscamos
qué buscaron ellos
en LA RUE DE LA VIEILLE LANTERNE
qué síntomas descubre Delacroix
el rostro atormentada de Torcuato Tasso
en esa maldita callejuela junto al Sena
de alquimias
de tarot
y de locura
Qué noche no durmió
Que día no despertó
Qué sombras deshabitó al viejo río y
te heredó el martirio
Gérard de su calle umbría
y el nombre y el momento y los moti-
vos Gérard de Nerval

Tú el Desheredado
Ma seule Étoile est morte- et mon luth
constellé
porté le soleil noir de la melancolie
Y somos también la sombra de una carca-
jada
que trotando llega al vacío de los días
desesperados
bajo imponentes plafones
que apenas iluminan con luz y falso bálsa-
mo la vesania del reino
Dónde los límites
si existen límites
para el dolor
la muerte
la caída
y la pérdida
las aguas desplazan a veces sus furores
temporales
crecidas de lágrimas
y de extraviós
se funden a los sueños como un metal
oscuro

Desde el bosque de Gertrud Kolmar

POR JOSÉ MANUEL BAYARD LERMA

y denso tiempo en calma al paso de la
destrucción
desata en cada hombre su propio
septentrión
mientras en masa sueña con un come-
ta alado de quimeras

Otras vigiliadas en lenguas prodigiosas se
preguntan
quién demonios sofoca las fuentes
primitivas del fuego
en qué lugar se extraviaron los cami-
nos del deseo
cuándo empezó la fiesta del miedo
junto al vino
por nacer siempre desnudo hacia la
muerte
en sus tinieblas reina también la incerti-
dumbre
No sé hacia dónde emigran esos
ciervos
que deben a la noche su terca astro-
nomía

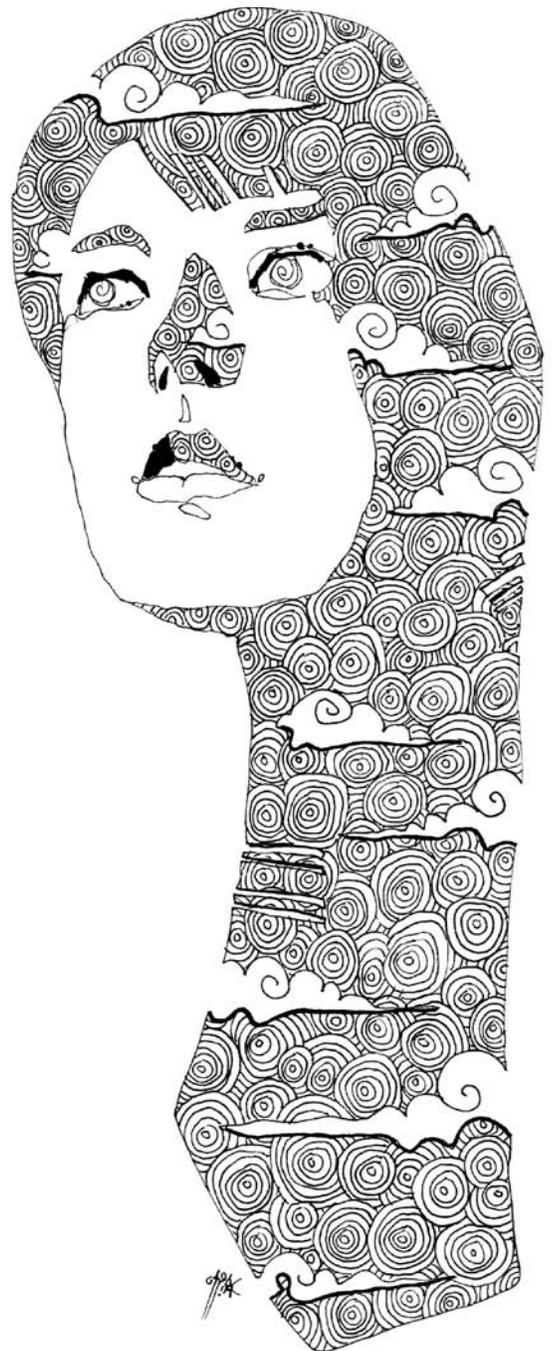
Estrellas y tinieblas en lanzas de come-
tas atraviesan cielos y presagios sobre
las caravanas que animó el silencio
En su cresta de gases
viaja también mi suerte de argonauta
como pulida ofrenda de iones al azar
la vida que se vive y sus metáforas
su rosa de nadie constelada por la corta
duración de la alegría
la fiesta del toro mortal que embiste
con denuedo al diestro
aplaudido por su propio espectáculo

a esta suerte de amor
despierto con fervor cada mañana
desde el minarete contemplo la luz
desvaneciente de sus límites
en implacable entrega al humus de la
melancolía

es la hora del trasiego en los inviernos
de Gertrud Kolmar
sacude la cal viva de la esgrima
la inercia religiosa del arcabuz letal en
paz de herrumbe
mientras avanzan los invitados de la
noche
a la intemperie un mirlo vuela
cantan las ranas
faena la noche la virtud de sus horas
apremia el alba a los viatores de todos
los caminos
en sus enseres clarividente phantás-
mata
arrastra las miserias de su dios
enfermo
llegan los invitados de Alcahest
cantan la canción vieja del viejo
Coleridge

¡Oh wedding-guest! this soul hath been
Alone on a wide wide wide sea
So lonely 'twas that god himself
Scarce seemèd there to be.

JOSÉ MANUEL BAYARD LERMA, nació en Ga-
riché, Darién (Panamá) en 1939. Ra-
dica en la Ciudad de México desde
1969. Maestro en Antropología So-
cial por la Escuela Nacional de An-
tropología e Historia, especializado



en Psicoanálisis. Catedrático en la Facul-
tad de Filosofía de la Universidad Na-
cional Autónoma de México; del Colegio
de Ciencias y Humanidades de la Uni-
versidad Intercontinental; de la Escuela
Nacional de Antropología e Historia y
Asesor Técnico Pedagógico en la Direc-
ción General de Educación Secundaria
Técnica. Ha colaborado en publicacio-
nes de Panamá, México y Cuba, y pu-
blicado el poemario: **Los días del incendio**
(1982).

TRES POEMAS

Luis Fuentes Montenegro

PARCIAL DESCRIPCIÓN PARA NO DEJARLA EN EL ANONIMATO

Cuento que el amor nació de tus pechos
Teniendo la misma altura de Los Alpes,
Afirmación obscena para tan dama culta
Que imparte urbanidad y lecciones
benéficas,
Pero sabes que tengo el don de los detalles,
¿Cómo no recordar la geografía con lunares
De su espalda que se eriza cuando la escalo?
De usted quizás la historia no descubra
Que ha tenido llantos en varios de mis poros,
Cuando una cama nos confiesa y desborda,
Pero calma, la sociedad no tiene culpa,
Tampoco este tiempo de crónicas rojas,
Menos que su corazón la conduzca
Al riesgo y anonimato de hacerse reina
Sean dos horas o un día con su noche
Amarrándose al meollo de mi alma.

CONTIGO SE HACE MI CAMINO

Queda un camino para ir en contrario,
Sí, siempre queda uno, esperando
El primer paso y todos los pasos que siguen,
Puede no verse, estar tan escondido
Detrás de la neblina densa o frágil,
En la propia médula de unos ojos,
Por eso los tuyos son fuego en catacumba,
Construyen el espacio de las certezas,
Para que se avance contra tornados,
Contigo si hay oscuridad yo sigo,
Nace una idea y otra, y hago imposibles.
En contrario de un espacio amargo,
O de alegrías disimuladas y licor que
merodea,
Cuando una música arrastra
Por recuerdos que trituran.
Contigo, sí, se hace el camino verdadero.

RELATO DE UNA ANTIGÜEDAD QUE SE RECUERDA

Ya antes de alguna patada en el vientre,
Hubo una era de humanos como tú,
Eran íconos con sus estatuas
Y oráculos que reverenciaron tribus,
Sociedades primigenias donde tanto,
Dependió de los alientos que compartimos.
El verde era una extensión
Cuando los besos tuvieron su génesis,
La variedad de las hojas,
Todas las montañas por recorrer,
Igual el azul, anuncia,
La inmensidad de lo que sientes.
Cielo, mar, galaxia. Tú,
Testimonio de entonces que perdura.

LUIS FUENTES MONTENEGRO. Abogado. Nacido en la Ciudad de Panamá. Ha publicado un libro de poemas: **Contra el silencio** (Editorial Mariano Arosemena, INAC, 1991). Ha publicado en revistas nacionales y extranjeras sobre temas de literatura, historia, derecho, cinematografía y ha sido traducido al inglés y portugués. Es columnista del diario EL SIGLO. Fue miembro fundador del colectivo de escritores "El Gallo de Oro". Como jurista ha publicado cuatro obras, las cuales son utilizadas como textos de estudios en universidades nacionales y extranjeras.

LA LLAVE

A veces me pasa que dejo
abierta la puerta de mi corazón.

En este momento la gente, codiciosa,
llena su mirada de mí,
hasta tal punto que cuando me miro,
veo ojos en todas partes: sobre mi
pecho, mi mano, mis rodillas.
Y los días vividos, como una cadena, me
siguen:
las palabras se mezclan con el rocío
y las heridas con el crepúsculo.

Me siento y tomo
mis pensamientos en mis manos:
-Dios mío, he olvidado de nuevo la
llave...

Me vuelvo un soplo
y bajo al alma-
Necesito días y noches para atravesarla:
inquietante, profunda.

Entre ruegos y blasfemias,
entre silencios y poemas,
entre caídas y saltos,
trozos de horizontes,
sombas, sonidos, fuentes.

Y con los ojos cargados de rocío,
llevo la llave al fondo de mi alma,
¡Porque, Dios mío, he olvidado de nuevo
cerrar con la llave el corazón!

Poemas de Maria Augustina Hincu

(TRADUCCIÓN EN ESPAÑOL: MARÍA AUGUSTINA HÎNCU,
CORRECCIÓN DE LUZ LESCURE, POETA PANAMEÑA).



AUTORRETRATO

Mis ojos-
el fuego del dolor.

Mis labios-
el aire del sufrimiento.

El corazón-
herida abierta.

Las manos-
caída.

La vida-
lágrima temblorosa
al fondo del mar.

EN CADA SALTO

Hay una caída
en cada salto,
como en un suspiro-
un consuelo.

En cada palabra
hay una pregunta,
como en un deseo-
un gran fuego.

En cada poeta
existe un universo
como un mundo oculto
en un verso.

MARIA AUGUSTINA HÎNCU, poeta y publicista moldava y rumana, nació en Orhei, República de Moldavia (antigua provincia de Rumania). Libros publicados en Moldavia: **En la sombra del destino**, 1998 (poemas); **Grito de luz**, 1999 (poemas); **La caída en estrella**, 2003 (poemas en rumano/francés); **Crucificada en palabras**, 2003 (poemas); **Extranjero en su casa o El viento se levanta en Moldavia**, 2009 (guión de película en rumano/francés); **Las lágrimas rojas**, 2009 (poemas y textos en prosa, en rumano/francés). Pertenece a la Unión de Escritores de Moldavia.

MINITEXTOS

POR MANUEL ORESTES NIETO

1.

CRIMEN Y CASTIGO

La sombra decidió, por fin, lanzarse sobre el objeto que la proyectaba, cansada de existir subordinada, anónima y de intentar en vano ejercer su albedrío. Siempre lateral, oblicua, pisada sin ser vista y bidimensional; siempre oscura y, a la vez, larga, gorda, chata, filamentosa o imperceptible; siempre dependiente del sol, de focos, velas, linternas o fuegos. Nunca ella misma, nunca un gesto propio y autónomo.

Desplegando todo su cuerpo, dio un salto felino y arrojó al objeto, sofocándolo hasta dejarlo inerte. Sintió, por primera vez, que podía moverse a su antojo, estirar los miembros, girar sobre sus pies, desplazarse. Sólo basta huir de la escena del crimen.

Pero al iniciar su ansiada carrera hacia la libertad se fue deshaciendo a pedazos, atravesada por la luz.

2.

EL PASO DEL TIEMPO

El reloj dio un bostezo y estiró sus manecillas, aún somnoliento.

-No trabajaré ni un día más, esto se acabó -dijo mentalmente, mientras veía al hombre dormido. Eran las cinco y treinta de la mañana.

El reloj se concentró en sí mismo para autodestruirse. Justo un minuto después, saltó a pedazos en medio de un estruendo de engranajes sueltos.

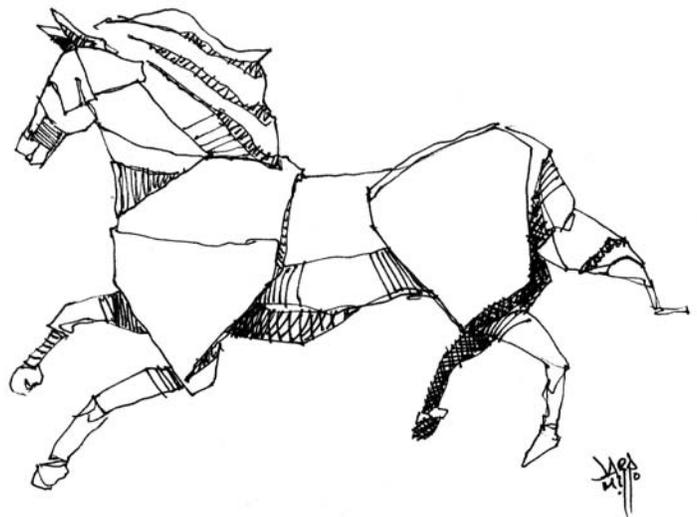
Y el hombre no pudo levantarse de la cama.

3.

MILAGRERÍAS

Dentro de la iglesia, la vela iba derritiendo lentamente sus únicas ocho horas de vida. Su devota luz alumbraba a intervalos el rostro de la Santa.

Todos los feligreses ya se habían marchado y fue, entonces, cuando la delgada vela comenzó a rezar y rezar, con todas sus fuerzas y convicción, para que ocurriese el otro milagro: que una brizna de viento, casual y oportuna, entrara al templo vacío y la apagara, antes de que su existencia se consumiese.



4.

HOMENAJE

Cuando el músico expiró en el hospital, acompañado de sus familiares, allá en la casa, en ese mismo instante, sola, su trompeta, compañera de tantos años y avatares, emitió la más aguda nota que jamás había alcanzado, desgarrada, dolorosa y empapada en lágrimas de metal.

5.

LOS DOS HERMANOS

El Silencio estuvo horas sentado en la butaca de la habitación desierta. Inmerso en una tristeza inacabable, tomó la decisión y salió a la calle.

Deambulando por las aceras, los transeúntes le atravesaban como si fuese un fantasma. Gritaba lo más alto que podía y nadie le oía. Tampoco podía escuchar las conversaciones de los que pasaban a su lado.

Aturdido, traslúcido e invisible, le pareció ver entre la multitud que alguien idéntico a sí mismo se dirigía hacia él. Alguien que a zancadas se abría paso para alcanzarle.

—Sabes que no debes escapar así. Es demasiado peligroso que hagas esto, volvamos a casa —le dijo su hermano gemelo, el que todo lo podía, el que tanto odiaba.

Su hermano de sangre y parto, el que nació minutos des-

pués que él y, sin embargo, era siempre el primero. Su hermano, pero tan distintos uno del otro, su hermano el Sonido.

6.

INSTANTÁNEA

Con los ojos fijos, sin pestañear, vio cómo llevaban al hombre al cadalso. Sin mover un músculo, no podía creer semejante injusticia. Imaginó que algo ocurriría en el último minuto, que eso no podía ser. Sin embargo, la ejecución prosiguió y cuando escuchaba la música funeral mientras el pueblo se dispersaba, apagó el televisor e irritado ya no quiso ver la siguiente película.

7.

LOS AMANTES

Fue inmensurable e intensa la vida para ambos.

Llegaron a conocerse hasta límites insospechados, tanto que muchas veces traspasaban las leyes normales de la naturaleza. No es que fuesen telépatas o tuviesen poderes extraordinarios. Simplemente fueron ganando en profundidad y certidumbre con los años. Sin mediar palabras, ella contestaba con certeza lo que él pensaba preguntarle y viceversa. El deseaba algo y en poco tiempo ella le complacía como si lo hubiese escuchado. Sabía el instante en

que él abriría la puerta antes de que llegara. Podían saberlo casi todo uno del otro, en un ahorro de comunicación verbal, como si por otra forma de percepción tuviesen conocimiento mutuo de sus actos.

La tarde en que se antelaron a los hechos y ambos se miraron sin pestañear, en un instante anudado y cruel, tampoco fueron necesarias las palabras. Al unísono supieron lo que acontecía y juntos odiaron esa ganada capacidad que tanto tiempo les ahorró en la vida.

En la noche, ella, ecuaníme, rompió el silencio y dijo:

—Qué terrible, ¿no te parece?.

El contestó:

—No es fácil saber que moriré así.

Y ella, como si su cuerpo levitara, flagelado por el insoponible dolor, añadió:

—Sí, tanto como lo imposible que será seguir viva después.

MANUEL ORESTES NIETO. Nació el 7 de junio de 1951 en la ciudad de Panamá. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Santa María La Antigua. Fue Agregado en la Embajada de Panamá en Nicaragua y Embajador de Panamá en Cuba y Argentina. Ha publicado: **Poemas al hombre de la calle** (1970), **Enemigo común** (1974), **De monstruos y palomas y otros poemas** (1975), **Diminuto país de gigantes crímenes** (1975), **Oratorio para Victoriano Lorenzo** (1976), **Poeta de utilidad pública** (1985) y la antología poética **Rendición de cuentas** (1968-1988) (1991), que recoge los primeros veinte años de su quehacer poético, **El Mar de los Sargazos** (1997); **El cristal entre la luz: obra poética, 1968-2008** (2008).

Azul

POR MAGELA CABRERA ARIAS

Aquel viernes, el agonizante año lectivo acabó abruptamente. Sonriendo y sorprendida, continué sacando las descoloridas fotografías de aquella caja, mientras llegaban fugaces recuerdos que me invadían de nostalgia. Mi inconsciente, ese desván oscuro, almacén de recuerdos y sueños, me llevó hasta la vieja casa solariega con sus extensos jardines y potreros que cobijaba a la escuela primaria a la que asistí, allá por los años 60, y que al mismo tiempo albergaba al club ecuestre organizado por sus aristocráticos dueños.

Circundaba la propiedad un turbulento río, con puntiagudas y negras rocas en su cauce donde se arremolinaba inquieta la espuma. Me recordé de rodillas en la ribera enfundada en mis medias de lana negras, tratando de pescar con el cuenco de la mano, los innumerables guiyis guiyis, nombre que le dábamos los niños a los renacuajos, que nadaban entre los peces compitiendo por alimento.

Juan era el chico más alto de la clase, su apellido, Bueno, parecía hecho a propósito para él, ya que describía perfectamente su carácter apacible y su permanente actitud afable aunque algo misteriosa y fantástica. Sus gustos lo distinguían ampliamente de los otros niños. Solía perseguir mariposas invisibles o sentarse bajo los viejos pinos que rodeaban el patio central a dibujar o a leer. Pasaba largos momentos en los establos acariciando y conversando con los caballos, o compartiendo sus alimentos con los peces.

Las excentricidades de Juan lo habían convertido en blanco de burlas de los chicos, quienes nunca lo invitaban a sus diversiones favoritas: jugar fútbol o corretear a los dos grandes cabritos que pastaban en la parcela cercana a la pista de obstáculos de los caballos.

Aunque su sonrisa triste delataba desilusión, el desprecio de los niños no parecía importarle mucho a Juan; pero su tranquilidad desaparecía cuando Francisco, el bravucón de la clase,

impedía a los chicos disfrutar de la mayor diversión de todos nosotros: la pesca de guiyis guiyis en el río; o cuando hostigaba a los cabritos con una vara espinosa.

Yo era la única que buscaba su compañía y disfrutaba de ella. A veces, cuando no nos veían, le llevaba un enorme vaso lleno con agua del río y muchos guiyis guiyis que había pescado para él. Juan, en agradecimiento, me invitaba a sentarme junto a él bajo un árbol para leerme alguna de las fantásticas historias que le gustaban a él y que a mí me dejaban siempre con el ánimo predispuesto a lo misterioso.

La mañana de ese viernes, cuando llegábamos perezosos a terminar la semana, escuchamos los gritos horrorizados del conserje que corría despavorido desde la orilla del río. El destino se había cobrado dos vidas. Nos acercamos llenos de curiosidad y sin estar preparados para lo que vimos: la cabeza destrozada de Francisco en medio de un charco de sangre, oscura, casi negra, sus ojos cafés enormemente abiertos, la sorpresa congelada en la mirada y la expresión de bestia herida. A su lado, - en un contraste brutal- el cuerpo de Juan con los ojos cerrados y sonriendo, cubierto por miles de pequeños peces plateados. A su alrededor todo era azul, azul índigo, como él.

MAGELA CABRERA ARIAS. Arquitecta, escritora y fotógrafa. Profesora de la Universidad de Panamá y consultora independiente en temas de desarrollo. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP, aparece con varios cuentos en el libro colectivo **Contar no es un juego** (2007).

Los adultos también gatean

POR VICENTE ANTONIO VÁSQUEZ BONILLA

(guatemalteco)

–Cariño, pasa buena noche -dijo Osberto dirigiéndose a su cónyuge.

–Mejor la pases tú -fue la respuesta de Andrea, y apagó la luz.

Ambos duermen en camas separadas.

Osberto piensa en el trayecto que en breve recorrerá, desde su alcoba hasta el cuarto de servicio. Le hace recordar su adolescencia en la casa de sus padres. Por las noches solía abandonar el lecho, recorrer a gatas la habitación, salir y luego dirigirse al dormitorio de servicio, en donde criadas complacientes lo iniciaron en el arte del amor.

Espera un tiempo prudencial. Cuando lo considera oportuno, aparta la colcha que lo cubre. Se levanta sin hacer el menor ruido y con pasos sigilosos se encamina a la puerta. La abre. Un leve rechinar de bisagras anuncia su salida.

–Tengo que aceitarlas -piensa-, mañana mismo lo haré.

Andrea no dormía. Percibió el desplazamiento de su marido y escuchó el sonido delator de las bisagras. Se levanta con el mismo sigilo y salió en pos de él.

Osberto camina por el corredor, despacio, en silencio, como midiendo cada metro de su trayecto. No va directo al dormitorio destinado para la servidumbre. Da un rodeo para no pasar frente a las habitaciones de sus hijos, evitando así cualquier encuentro fortuito que lo obligaría a dar explicaciones embarazosas.

Andrea, en la penumbra de la noche, mira la silueta de su marido que toma un camino en apariencia diferente al de destino y que ella bien conoce. Apresura el paso tomando la ruta directa, con la intención de llegar antes que su esposo.

Osberto cruza el jardín, pasa frente al búcaro que hace gárgaras con el agua que brota durante las veinticuatro horas del día. Sus hormonas ya trabajan estimuladas por el anticipo del placer. Llega a la puerta del cuarto. Toca suavemente. Se oye correr el cerrojo y el rumor de pasos que se alejan rumbo a la cama, ubicación conocida por él. Entra. A oscuras se dirige al lecho, tantea el terreno, encontrando el cuerpo femenino vibrando de pasión.

Pasó una hora de deliciosa intimidad, bebiendo de la fuente del amor. La mujer también lo disfrutó, a juzgar por la entrega apasionada y por los quejidos entrecortados, por las súplicas reiteradas de más... más...

Cuando ambos se sienten exhaustos, Osberto da por terminada la sesión. Retorna haciendo el mismo recorrido, siempre con la intención de evitar encuentros no deseados. Abre la puerta de su alcoba, entra con el mismo cuidado con que salió y en silencio se acuesta. Al poco tiempo escucha los ronquidos de su esposa que duerme plácidamente. Osberto sonríe. El encuentro ha sido bello, pero, como humano, no está conforme con lo que tiene y desearía algo más: tener sirvienta y vivir una aventura real. En pro de la satisfacción conyugal, accede a ser actor en las fantasías eróticas de su esposa.

VICENTE ANTONIO VÁSQUEZ BONILLA. Guatemala, 1939. Ingeniero civil. Libros publicados: *Los cuentos de Chente* (Guatemala, 1997); *Los adultos también gatean* (cuentos; Guatemala, 1998); *La muerte es un acto prosaico* (cuentos; Guatemala, 2004); *La vida es sencilla* (novela; Guatemala, 2007); *La profanación* (cuentos; Guatemala, 2009); *La verdad os hará libres* (cuentos; Guatemala, 2009). *Escribamos cuentos* (coautor; Orlando, Florida, 2009).

3 minicuentos

1

¿Y DÓNDE ESTÁ LA BOTELLA?

¿Y dónde está la botella? La del mensaje adentro. Aquella del naufrago que esperó por un coño de tiempo, un no sé qué, de un no sé qué. En una isla remotísima y toda cubierta de cañamo. Por lo que en algunas mañanas, tú sabes, el aire era tan cálido y el mar tan plácido. Los vientos murmuraban un sahumerio de alivios, las montañas acuñaban una amistad con el río, y su espíritu danzaba enfebrecido, por la gloria de habitar la eterna claridad, en la ironía del estar perdido.

Era por esto que el naufrago se preguntaba si realmente quería ser rescatado, alejado de esos días en que no quiere que aparezca el barco en el horizonte para no romper la unidad poética de las olas.

Días, que por alguna encajonada razón cósmica, son estéticamente memorables serenamente absolutos y lúdicamente semióticos.

¿Y dónde está la botella? ¿Fue lanzada al mar de los olvidos?

2

EL CORREDOR

El viejo brujo se sentó extasiado en la ventana de aquel alto piso 30 del hotel, todavía desconcertado por los aviones, aeropuertos, comidas y vehículos que implicaban aquel extraño viaje. Todo esto, para que el viejo chamán Conibo asistiera a la conferencia de los pueblos indígenas en el foro mundial de las Naciones Unidas.

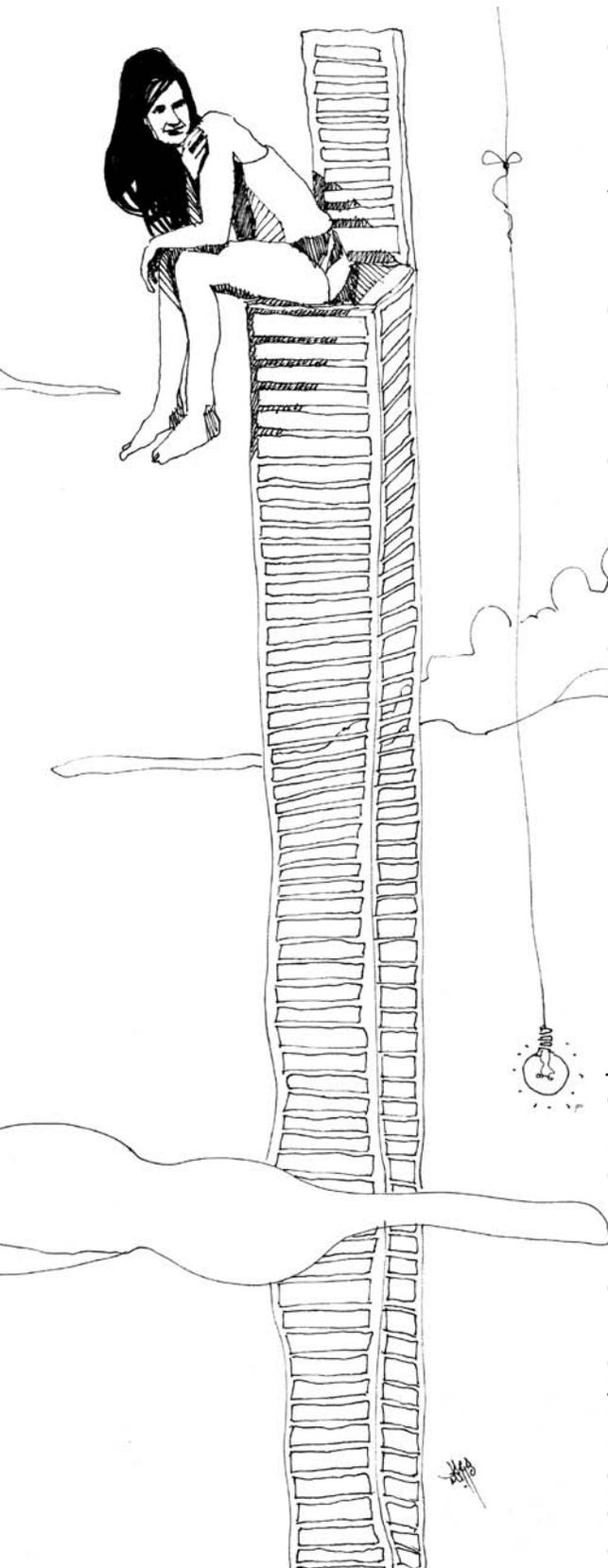
Todas las mañanas, de los cincodíasqueestuvoenaquella infinita ciudad, el curandero miraba al suelo del Central Park desde su habitación y le intrigaba sobremanera ver a grupos de corredores realizando sus entrenamientos de "Jogging" matutinos.

El viejo sabía claramente que nunca podría comprender todo lo que vería en aquel viaje pero, lo que más le sorprendía e intrigaba, era ver cómo estas personas pa-

recían estar siempre apurados y corriendo en círculos. No lograba comprender qué les impelía a tal desgaste de energía. Así, aquel sabio nativo que nunca había conocido otra cosa que la espesura de su selva y el caudal del gran río, miraba casi con tristeza, aquella mole hedionda de concreto, sudor, caucho y hollín; ¡ah!, y de corredores.

Faltando un día para partir de retorno a Perú, el viejo pidió a uno de los traductores del congreso que lo acompañara al parque, frente al hotel, al amanecer. Una vez allí, le pidió al traductor que preguntara a los corredores, ¿por qué corrían? El traductor hizo lo propio, y detuvo a uno de estos, probablemente un exitoso arquitecto, o abogado o algún economista joven de Wall Street. Éste, al oír la pregunta, los miró con perplejidad y les respondió; por nada, turistas, corro sólo para

POR GORKA LASA



estar en forma, para ser competitivo.

El traductor procesó la respuesta lo mejor que pudo al viejo, éste miró también con perplejidad al trotaparque y le preguntó entonces, ¿pero de qué huyes?

—De nada, respondió el corredor.

—¿De nada? ¿Pero entonces, que tratas de alcanzar?

—Nada respondió —el maratonista.

El viejo brujo quedó en silencio y el traductor agradeció al cordial corredor. Éste siguió su trote alrededor del parque. El chamán regresó a Perú.



Días después, cuando la luna estuvo en su ápice, el brujo congregó a la tribu y les habló: Sé que muchos se preguntan cómo fue mi viaje y qué cosas vi, pero yo he decidido guardar silencio, de nada han servido largas pláticas con los amos del mundo, igual van a destruir la tierra, igual no entienden a la sagrada madre, igual irrespetarán los santuarios. Pobres de vida, ciegos y con tanto poder, estamos todos perdidos.

Solo diré esto: es preciso que todos lo sepan, aquellos extraños y ruidosos hombres que dicen controlar el mundo, y hacen las leyes que dicen nos convienen, viven en

un mundo sin noche, han ensuciado los ríos, no pueden determinar de dónde viene la comida, viven en hediondas cuevas, siempre están apurados y, lo que es peor, ¡corren en círculos!

—¿Y por qué corren? — preguntó uno del grupo —Por nada, respondió el viejo, ellos corren por nada.

Aquella noche la tribu Conibo, del profundo Amazonas, se durmió triste al saber que sus hermanos que controlaban el mundo se habían vuelto locos, estaban ciegos, habían perdido La Claridad.

3

PLANETA DE NIÑOS

Cuando nos retiramos al refugio después de una larga semana de enseñanzas y entrenamientos, el Maestro cayó otra vez en profunda tristeza. Cuando le pregunté la razón de su melancolía, el anciano me contestó: ¿Acaso no lo sabes ya?, es terriblemente solitario ser un espíritu antiguo en un planeta de niños.

GORKA LASA. (Panamá en 1972). Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2006 de la U.T.P. Socio fundador de 9 Signos Grupo Editorial. Ha publicado cuentos en el libro colectivo *Letras cómplices* (2007). Tiene publicado dos poemarios: *Viaje a la lejanía* (2007) y *Cantos a la Legión Arcana* (2010).



Yo ciego

POR KRISHNAMURTI GÓES DOS ANJOS

brasileño

¿Qué hacía yo, un viejo ciego, en un bar? Siempre he tenido ganas de estar allí, incluso durante un corto periodo de tiempo. Sólo unos momentos.

Hoy, palpando el camino con mi bastón, un irresistible sonido de revuelo humano me ha seducido de nuevo. Conversaciones, risas, voces, voces que murmuran, botellas sin tapas, tazas rellenas, al final una sed refrenada me hizo entrar.

Buenos tiempos los que podía ver. Con dificultad, es verdad, pero veía con la ayuda de gruesos lentes. Después la ceguera vino, vino y vino, así lentamente. Con la misma velocidad lenta de ésta, también se fueron los amigos de otro tiempo. Cuánto olvido de una vez...

Al entrar en aquel bar quizá podría compartir – incluso desde fuera – la felicidad de los presentes. Encontrar una mesa no fue difícil. Ser ciego trae las cosas en nuestra dirección de repente. Resbalé en una, afortunadamente desocupada. Ningún retraso y el camarero llega a conocer lo que quiero, con la voz corroída de irritación.

- Una cerveza, por favor.

A la izquierda, una conversación de un grupo grande. Deben haber notado mi presencia porque, cuando me senté, hubo algunos segundos de silencio. Un suspenso cómplice y rápido. Ciertamente, intercambiaban miradas significativas al decir el uno a otro: –¡Mira un ciego bebiendo cerveza! O: –¡Qué cosa más graciosa!...Continúan pero el grito de sus afirmativas, en el que se enfrentaron diferentes puntos de vista, se hallaron, se ajustaban o discordaban en los inconvenientes de los temas del siglo. No, de la década. No, no, del año. Mejor dicho, de nuestros últimos días, que es la tónica del mundo súper informativo y disperso que vivimos. Existencialismos, *Hatha Yoga*, mucho sexo, equipo de fútbol, politiquería, Mike Tyson, extraterrestres, alta sociedad, punk radical y pollito radical, más allá de tantas otras cosas del género.

A juzgar por el tono de la voz, una muchacha que recientemente se integrara al grupo de la izquierda, preguntó a alguien si había cigarrillos y, como si la respuesta fuera negativa, salió por el bar afuera como mendigo hasta que se acerca a mí, lo suficiente para que yo sintiera su perfume. Sin embargo, sólo

percibe mi condición cuando ya había indagado por esos cigarrillos. Imagino en las últimas sílabas de la palabra cigarrillo una cierta vergüenza.

Las personas no saben que el cambio más sutil del tono de voz puede ser percibido por nosotros los ciegos. A veces, también el menor ruido y, en ciertas circunstancias, el más pequeño de los actos.

Le respondí que no fumaba. Me dio las gracias precipitadamente y se alejó algunos pasos a la derecha, donde, pienso, continuó mirándome, tal vez con la mirada deprimida de un lamento.

Algún tiempo más pasé allí, y alguien pagó la cuenta equivocada, otro luchaba para pagar la suya, una pareja más detrás no podía llegar a un consenso sobre si iban o no a tener el hijo que ella esperaba. Otro más dentro del bar rompe un vaso, un hombre se emborracha hablando a los gritos. Más una cerveza. Un coñac. Un whisky. Un grito sensual de mujer, una pornografía bien escrita, un grito, y un todo tan confuso que no pude quedarme más.

Caminando por las calles dormidas, ya no escucho voces, sólo los golpes del bastón en las piedras del pavimento. Entre uno y otro *plact plact* del amigo metálico pienso de nuevo en lo que a veces casi me hace perderme. ¿Pero qué es estar ciego, después de todo?



DIBUJO: PATRICIA PAULOZZI

Krishnamurti Góes dos Anjos. (1960) Nació en Bahía, Brasil, en 1960. Libros publicados: **El crimen de la nueva vía** (novela; 1999); **Gato del techo** (cuentos; 2000); **Un nuevo siglo** (cuentos; 2002) y **Embrague intelecto y otros cuentos** (2005). Ha participado de 22 colecciones y antologías, resultantes de algunos premios literarios. Trabaja como responsable por los Programas de Planificación en la Constructora Norberto Odebrecht S.A. en Panamá.



Entrevista a Andrés Villa, escritor panameño

POR ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Conocí a Andrés Villa cuando tomó, durante las diez semanas consecutivas de rigor (todas las noches), el **Diplomado en Creación Literaria** que ofrece cada año la Universidad Tecnológica de Panamá, y que tengo el honor de coordinar. Fue en 2003. Cuatro años más tarde, en 2007 publica su primer libro: **La nueve**, una novela corta. Y en 2009, su primera colección de cuentos: **Perdedores**, en donde reúne 37 historias.

Nacido en la Ciudad de Panamá el 29 de mayo de 1950, Villa es periodista y fotógrafo. Desde hace algunos años trabaja en el Departamento de Prensa de la ahora llamada Autoridad Nacional de Turismo. Su primer logro literario fue el haber obtenido la primera Mención de Honor en el *Concurso "Maga" de Cuento Breve*, convocado por mí en 2004, con el minicuento "El baile del loco". Después publicó minicuentos en el diario "La Prensa" y en el suplemento cultural "díaD" del Panamá América; asimismo ha publicado cuentos en la revista cultural "Maga".

Sin embargo, difícilmente alguien es considerado seriamente como escritor hasta que publica su primer libro; y Villa siempre lo ha sabido. De ahí su empeño en prepararse y esperar el momento oportuno para hacernos constatar que el talento es su mejor carta de presentación. Esa oportunidad se dio, con creces, cuando lanzó su novela. Porque con ella demostró que sabe perfectamente retratar la realidad, auscultar

sus aristas más crudas, y no obstante presentarnos un producto auténtico, estéticamente logrado, depurado de ripios. **La nueve** es una novela convincente, a ratos desgarradora; magnífico inicio literario de quien pretende ahondar en la vocación artística genuina que toda escritura creativa conlleva.

Con **Perdedores**, este nuevo autor nacional pone una pica, no en Flandes -que está muy lejos y en nada nos toca-, sino en el Panamá profundo que nos recibe todos los días con sus bondades e injusticias cuando irremediabilmente salimos a la calle a vivir. No sólo sabe contar historias interesantes en forma concentrada y ágil, sino que maneja técnicas que imprimen variedad al conjunto del libro. En pocas palabras -como diría Guillermo Sánchez Borbón- es un escritor con futuro.

EJL ¿A qué edad despierta tu vocación literaria, y en qué circunstancias?

AV *Lo de la Literatura comienza desde que mi hermana me leía cuentos infantiles. Después que aprendí a leer fui devorando todas las etapas, hasta convertirme en un asiduo lector y acumulando en mi mente un cúmulo de conocimientos que me han servido para toda mi vida.*

EJL ¿Cuáles fueron algunas de tus primeras lecturas y qué influencia tuvieron en tu ánimo?

AV *Cuentos infantiles y después las epopeyas de Homero, las historias de mitología escandinava, las tragedias griegas, el Rama-*

yana y el Mahabarata. Después los clásicos juveniles. Salgari, Walter Scott, Los Mosqueteros de Dumas, Salambó de Flaubert. Las novelas de Galdós. Me incliné mucho por lo histórico.

EJL ¿Se cumplen algunas de tus expectativas de escritor en ciernes cuando tomas las materias teóricas y prácticas del Diplomado en Creación Literaria de la UTP en 2003?

AV El Diplomado fue como una llave para abrir las puertas y poder escribir. Codearme con 10 profesores, escritores todos y con un grupo de compañeros que como yo amaban las letras fue espectacular. Las aulas nos dieron confianza y las críticas buenas o malas sirvieron para enderezar el rumbo.

EJL ¿Qué otras personas de tu grupo empiezan a publicar después de salir de ese Diplomado y qué opinión te merecen sus obras?

AV Lupita Quirós Athanasiadis, es una escritora constante. Es muy buena narradora. Hay un cuento que me gusta mucho. “El asesino del ascensor”. Donde te va soltando pistas para que averigües el misterio, y al final te sorprende. Pero después reconoces que la historia no tiene fisuras, ahí están a tu alcance todos los elementos de una historia completa. El escritor Alberto Cabredo, aunque no estuvo en el Diplomado, le reconozco mucha belleza en su obra. La escritora Gloria Melania Rodríguez que se ha inclinado por la literatura infantil, llena un vacío con cuentos amenos, y alegres.

EJL También han salido otros escritores de versiones anteriores y posteriores del Diplomado. ¿Qué dice esto del aspecto didáctico y de la parte creativa de esa iniciativa creada en 2001 en la UTP?

AV Yo les digo a todos, que el Diplomado ha revolucionado la literatura panameña. Y lo felicito al escritor Enrique Jaramillo Levi, por su dedicación y ayudar a gente que quiere escribir.

EJL ¿Qué satisfacciones te dejó la escritura de **La nueve**, y luego su publicación? ¿Algún desencanto?

AV **La nueve** ha recibido muy buenas críticas de gente de todas las edades, de distintas profesiones, sexos. Se ha presentado con éxito en la ULACIT entre los estudiantes de la materia de Pensamiento Crítico. Allí entre una audiencia joven, universitaria, pude debatir la novela y el tema de la violencia. Firmé

autógrafos, recibí aplausos, y hasta corregí exámenes. Toda una experiencia que me dio **La nueve**. Pienso que esta obra va a seguir creciendo. Falta que la sigan leyendo, criticando. La va a impulsar su tema que cada día es más relevante, los asesinatos, las pistolas, los jóvenes, la intolerancia y la crueldad del narcotráfico. Es una denuncia contra el aumento de la población y de la aparición de gente muy mala.

EJL ¿Cómo van surgiendo los cuentos de **Perdedores**, y por qué tiene el libro un título tan negativo?

AV Después de salir del Diplomado comencé a escribir historias cortas y las fui archivando. Sus temas eran anécdotas a las que revestí con fantasías, exageraciones y tratando de utilizar un estilo más literario que el que utilicé en **La Nueve**. Aprendí que también uno puede, tiene el derecho de echar mano a la historia y a la literatura para hacer mis propias historias.

En **Perdedores** el lector va a visitar el palacio de Odiseo, y va a acompañar a Sansón antes de que derribe el templo. Se puede ver en la Francia de la época de la peste negra. O en un ghetto judío de la Segunda Guerra Mundial. Son 37 historias, es un largo camino que no esquiva los barrios populares de la ciudad de Panamá o las tradiciones interioranas. Bueno, después me di cuenta que en todos estos cuentos los personajes perdían, sufrían desencantos y que la palabra “perdedores” le caía a todos. Los agrupé, los publiqué y ahí va el título **Perdedores**.

Pero otra cosa, los perdedores vienen sobresaliendo en la literatura desde las tragedias griegas. Orestes, Electra, Agamenón, Edipo, Aquiles, Andrómaca fueron perdedores y son personajes que han cautivado a los lectores por miles y miles de años.

EJL Sin duda alguna, el cuento ha venido despuntando en cantidad y calidad de autores nuevos desde hace varias décadas. ¿A qué crees que se debe este fenómeno de las Letras nacionales?

AV Cuando me puse a escribir cuentos, comencé a leer y a releer a cuentistas de la literatura universal. A Becket, a los rusos, a Poe, a García Márquez, a Rulfo, a otros mexicanos, a Chéjov y a los suramericanos. Los panameños me llamaron también la atención. Sinán, Gil Blas Tejeira, Jurado, Valdés y otros muchos que aparecen en los ensayos de Rodrigo Miró. El cuento panameño ha mejorado, se ha estilizado y ya supera los temas campiranos.

Son más cortos, rápidos y sorprendentes. El problema de muchos escritores actuales es que no dejan madurar los cuentos. Recuerdo en el Diplomado que nos decían escriban y engaveten los cuentos; luego, después, retomen la historia y vuelvan a trabajarla. El final del cuento es una de sus partes más importantes, no basta con una buena narrativa, al final el escritor “debe” sorprender al lector. Y algunos escritores publican sin tener buenos finales. Caen en la anécdota, no hay conflicto. Otra cosa que ayuda a un escritor de cuentos es tener tertulias con colegas, gente de su confianza. De esas reuniones salen pistas, críticas para enmendar errores y tener un mejor producto literario.

Una vez mostré un cuento a un amigo, para que lo criticara y el tipo me dijo que si no le cambiaba el final más nunca le llevara nada. Me explicó que el personaje se había ganado su simpatía, pero que al final yo lo ridiculizaba. Que no era justo. Le hice caso. El personaje es uno de mis favoritos.

EJL ¿A qué cuentistas panameños y de otros ámbitos, de diversas generaciones, admiras más y por qué?

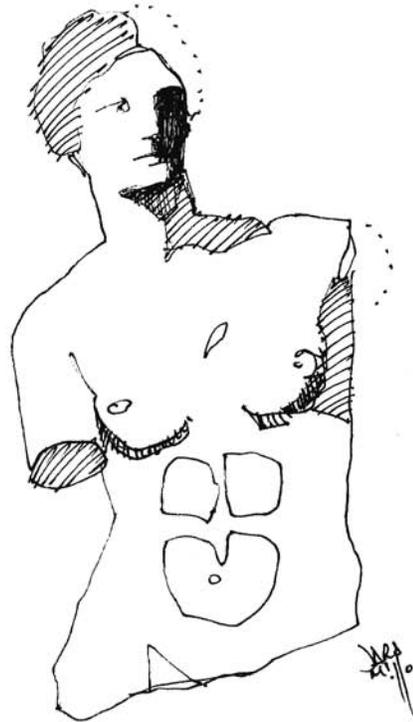
AV A Enrique Jaramillo Levi, Juan Gómez, hay cuentos buenos de Isabel de Taylor, Rulfo fue extraordinario y García Márquez. También me gusta Hemingway y el maestro del terror Stephen King, me gustan los estilos directos, la prosa sencilla y con verosimilitud. Exijo que me sorprendan.

EJL ¿Y novelistas?

AV Estoy releyendo **Desertores**, de Ramon H. Jurado, escribía bien. Sinán, que rompió con los temas del interior. Beleño, Tristán Solarte, aunque en su novela **El ahogado** siento un vacío en el final. Las novelas clásicas. Me gusta mucho un novelista histórico, León Uris, que ha tocado temas como el Holocausto, la epopeya del pueblo irlandés, el Exodo de Israel, aunque ahora que me adentro en la literatura lo veo más como un cronista. Stephen King tiene novelas muy buenas. Tengo que leer más novelas actuales de escritores panameños

EJL ¿Qué proyectos literarios tienes entre manos actualmente?

AV Tengo terminada una novela histórica, Y pienso escribir otra novela con tema urbano, actual, de una ciudad como Panamá, pero tratando de que sus personajes sean universales, y la trama universal.



tributo a la
venus de mi p.

En mis dos obras, **La Nueve** y los cuentos **Perdedores** he tratado de escribir para el mundo. En **La Nueve** no menciono calles ni a Panamá por ningún lado. Aunque el escritor siempre da a conocer su entorno.

Sin duda los lectores tenemos derecho a esperar nuevas e innovadoras obras literarias de Andrés Villa, y de ser cada vez más exigentes con un autor que ya no es “primerizo”; porque al dar a conocer las dos obras aludidas entró a la arena pública adquiriendo indefectiblemente un serio compromiso con la comunidad, y por supuesto consigo mismo.

Conversar con Félix Armando Quirós Tejeira brinda la rara oportunidad de conocer a, por lo menos, tres personas en una, ya que muestra gran facilidad y versatilidad para ponerse el sombrero técnico, el académico o el literario, según la situación lo amerite. «Yo no puedo estar sin escribir» es una frase que lo retrata en sólo seis palabras.

Nacido en la ciudad de Panamá el 21 de enero de 1959, es ingeniero civil, profesor universitario y escritor. Laboró por muchos años en el Instituto de Acueductos y Alcantarillados Nacionales, sobre todo en la rama de las aguas servidas. A nivel cultural, fue director del programa Foro Cultural en Radio Libre y miembro fundador del colectivo de escritores “Umbra”. Como escritor obtuvo en 1993 el Primer Premio del Concurso de Cuentos Darío Herrera, en 1994 logró la primera mención honorífica del Concurso de Cuentos César A. Candanedo. También obtuvo menciones honoríficas en la sección de cuento del Premio Nacional signos de Joven Literatura Panameña en 1991 y 1993. Actualmente es profesor a tiempo completo y director de la carrera de ingeniería civil en la Universidad Santa María La Antigua, labor que combina con sus actividades como parte del equipo responsable por la revista virtual *Tragaluz Panamá*, con cinco números publicados en la red.

Entre sus libros publicados están **Continuidad de los juegos** (INAC, 1991), **Miel de luna** (Editorial Universitaria, UP, 1993) y **La ciudad calla** (Universidad Tecnológica de Panamá, 1997), además de obras en publicaciones colectivas.

EL INGENIERO

Con semblante serio, Félix Quirós, el ingeniero civil, explica en esta primera parte de la entrevista la necesidad de que diseñadores, autoridades y contratistas se apeguen a las normas vigentes de construcción, para garantizar la seguridad de las personas una apropiada dotación de servicios públicos. Nos habla acerca de la importancia de que los cambios durante la construcción sean debidamente aprobados y documenta-

“Yo no puedo estar sin escribir”

Entrevista a

Félix Armando Quirós Tejeira

POR FEDERICO RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

dos para evitar situaciones posteriores, comenta sobre la ampliación del Canal de Panamá, se refiere a los estudios de impacto ambiental y finaliza mencionando las facilidades que las herramientas informáticas brindan actualmente a los profesionales y estudiantes de la ingeniería civil.

FRG ¿Cómo evalúa el auge de la construcción en nuestro país, sobre todo en el ámbito de las torres de apartamentos y oficinas, que son cada vez más altas y con diseños más osados? ¿Cómo será impactado el sector de la construcción y la ingeniería cuando este auge empiece a declinar?

FAQ La construcción es un renglón que se maneja por altos y bajos. Las épocas altas son beneficiosas para todos, pero en los periodos bajos se ven afectados tanto profesionales como técnicos y obreros al quedar parados, aumentando el desempleo y afectando negativamente la economía. En algún momento es posible que ese auge actual vaya a declinar, pero por ahora parece que se va a mantener la condición actual por algún tiempo.

FRG Algunos especialistas extranjeros han expresado reservas acerca de la forma en que se han desarrollado las losas postensadas en Panamá y la posible afectación en el eventual caso de un evento sísmico importante. ¿Siente usted alguna aprehensión al respecto?

FAQ Todo dependerá de los factores que haya evaluado el diseñador al momento de desarrollar el plano. En la última versión del Código Estructural están las nor-

mas necesarias para garantizar que el diseño estructural no se vea afectado por un sismo de gran magnitud, porque en el diseño y el desarrollo de plano debe estar contemplada cualquier eventualidad de movimientos de tierra.

FRG ¿Cuál es su opinión sobre la diferencia que ocasionalmente ocurre entre lo diseñado y aprobado en plano versus lo construido?

FAQ Eso siempre ha sido un problema, porque al momento de ejecutar un cambio, éste debería ser aprobado y registrado en los planos conocidos como “as built”. Si ha habido cambios durante la construcción, deberían llevarse a cabo los pasos necesarios para su aprobación y al final deberían presentarse esos planos a las autoridades, pero esto por lo general no se hace. Y lo que dejan es que a la hora que hay que programar el mantenimiento o cuando surge un problema en el edificio, una serie de atrasos, demoras y que algunas veces no se llegue al fondo del problema porque no existe la información necesaria. Hay que ponerle un alto a esto, porque un dueño o contratista privado por lo general tiene una inspección rigurosa, pero en las obras del estado los cambios no registrados son comunes.

FRG ¿A quién le tocaría eso? ¿A los municipios, las ventanillas únicas, a los dueños, a las inspecciones privadas, a los gremios como la SPIA, etc.?

FAQ Cada uno tiene su grado de injerencia, pero al final la principal responsabilidad sería de las ingenierías municipales, ya que no solamente deben otorgar los permisos sino que también es necesario supervisar que las obras se construyan como fueron aprobadas. A pesar de que siempre va a haber distintas instituciones encargadas de revisar áreas específicas, los municipios deben abarcarlas a todas y asegurarse de que cada cambio se refleje en un plano.

FRG La población manifiesta que este desarrollo inmobiliario frenético en la capital provoca que residencias unifamiliares sean reemplazadas por torres de apartamentos, con el consiguiente problema de que los servicios públicos (agua, alcantarillados, carreteras, elec-

tricidad, etc.) no tengan capacidad para el aumento de la demanda. ¿Es un problema del gobierno, de los promotores o de los diseñadores?

FAQ En esos casos uno de los principales problemas es que al final esos edificios quedan construidos en zonas que eran unifamiliares en las cuales había calles angostas, pero en las horas pico, cuando esa gran cantidad de población tiene que salir a trabajar, la circulación se vuelve un desastre. Es un problema en el cual cada uno de los entes que has mencionado tiene su responsabilidad. Por un lado se ve falta de coordinación de los municipios y entidades públicas en general para lograr que los contratistas cumplan con las normas, pero los propios promotores deben entender que igualmente les conviene respetar esas normas, ya que al final muchos proyectos adquieren mala fama cuando tienen deficiencias con los servicios públicos.

FRG ¿Considera que los profesionales panameños de la ingeniería tienen un grado apropiado de participación en un proyecto tan importante como la ampliación del Canal de Panamá? ¿Considera que la ACP ha consultado adecuadamente la solución técnica escogida con los gremios técnicos?

FAQ He visto que la ACP ha consultado el proyecto bastante, y que el personal que maneja la ampliación del Canal en su mayoría está compuesto por profesionales panameños de buen nivel. Creo que a nivel de la SPIA ha habido amplias discusiones sobre el tema y se ha ventilado bastante.

FRG ¿Cómo se conjuga el apropiado desarrollo del país, en términos de construcción, y de ingeniería en general, con el respeto y cuidado a la naturaleza y el medioambiente

FAQ Eso depende mucho de los profesionales, que tenemos que ser serios al desarrollar un proyecto, para que no afecte el medioambiente, o lo haga de una manera mínima; y cuando un proyecto necesariamente debe causar algún daño a la naturaleza, tomar las medidas correctivas. Pero hay que ser serios en esto, porque algunas veces vemos informes de impacto ambiental que son demasiado cuento y poca realidad. Parecen

ser hechos sólo para cumplir un requisito, y eso a la larga nos perjudica a todos, como ocurrió en Nueva Orleans, que por estar ahorrándose costos de mantenimiento la afectación fue mayor.

FRG ¿Es diferente la ingeniería civil de hoy a la de hace, por ejemplo, quince años?

FAQ La ingeniería civil en el fondo es la misma, aunque últimamente se han desarrollado más algunos conceptos. La ventaja que tenemos ahora es el apoyo tecnológico que nos brindan distintos programas informáticos que nos permiten, por ejemplo, hacer simulaciones o diseñar. Los estudiantes pueden utilizar esas herramientas para sus estudios, pero lo importante es que por un lado dominen el concepto y luego ver cómo se aplica en un programa.

FRG ¿Podrían los estudiantes vivir sin esos programas informáticos? Es decir, ¿podrían utilizar solamente una calculadora común y corriente como hace quince años o utilizar una regla de cálculo, como hace treinta o cuarenta años?

FAQ Qué va. Incluso he tratado de que apliquen los conceptos del tanteo, que permite hacer operaciones mentalmente, pero siempre quieren usar sus calculadoras programables.

EL DOCENTE

Los comentarios sobre los estudiantes permiten hacer una transición casi imperceptible del ingeniero al profesor. Aquí, reconoce que el grado de preparación de los estudiantes de primer ingreso es desigual, por lo que las universidades deben tomar medidas para nivelarlos. Observa positivamente el auge de las universidades privadas, siempre y cuando sean supervisadas apropiadamente por las entidades regentes de la educación superior. Evalúa como positivo el apoyo del gobierno en cuanto a becas y préstamos educativos, pero piensa que ha decaído en cuanto a la oferta de cursos vocacionales. Considera que hay un nivel apropiado de especialización entre los profesionales panameños, pero reconoce que las universidades deben revisar su plan académico

para enfocarse hacia las áreas que requiere el país, además de incrementar sus programas de investigación.

Constantemente la ciudadanía se queja de la mala preparación de los estudiantes de secundaria. ¿Cuál es su experiencia como profesor universitario en relación al conocimiento previo con que cuentan sus estudiantes de primer ingreso?

Definitivamente que es una situación preocupante, porque los jóvenes de primer ingreso vienen con niveles muy bajos de geometría, trigonometría, etc., tanto de escuelas públicas como privadas, aunque hay unos pocos planteles que nos envían estudiantes muy bien preparados, y se nota un desbalance con los otros. Para evitar esos problemas, nosotros en el primer cuatrimestre les damos un curso introductorio, que es un repaso de matemática y física, ya que esta carrera en el fondo es aplicación de matemática y física.

Hace algunos años, prácticamente sólo existían la UP, la UTP y la USMA, sin embargo actualmente hay toda una gama de universidades, algunas más formales que otras. ¿Considera que eso es positivo o negativo para la educación superior?

Eso tiene un aspecto positivo, que la masificación de la educación superior, pero a la vez eso implica que tiene que haber una mejor supervisión para que los programas de todas esas universidades cumplan con aspectos académicos formativos y que las personas no solamente adquieran un título, sino que principalmente reciban los conocimientos. Si las universidades van graduando personas más fácilmente y con menos requisitos, a la larga los títulos van perdiendo valor.

En su opinión, ¿ha sabido la Universidad de Panamá cumplir ese rol de supervisar a las otras instituciones de educación superior y a la vez ajustarse sobre la marcha a los cambios que se requieren en esta era de la información instantánea?

Por lo menos se nota un interés de cumplir con esas tareas. Sobre todo en el área de las acreditaciones de las carreras, ya que la Universidad de Panamá y la Universidad Tecnológica de Panamá deben supervisar a las otras universidades y ejercer el control de sus programas académicos. Creo que se están viendo algunos pasos positivos en esa vía.

EL ESCRITOR

¿Cómo evalúa la participación de entidades como el Ministerio de Educación, el IFARHU y el INADEH en apoyar la labor de las universidades públicas y privadas? ¿Está el gobierno jugando su rol?

En cuanto a la educación superior, sobre todo se ve la participación del IFARHU, a través de sus programas de préstamos y becas. El INADEH en ocasiones ha tenido algunos programas con algunas universidades, pero de un tiempo acá eso parece haber disminuido.

Muchos de los profesionales recién graduados de diversas carreras, al salir a la calle se enfrentan a un mercado laboral saturado. ¿Tiene recomendaciones sobre carreras o áreas de estudio que permitan mayor éxito profesional?

Los graduados muy buenos siempre encuentran espacio, pero hay algunos que tropiezan en el camino porque ya hay muchos profesionales en sus ramas. Le toca a las universidades hacer una revisión de sus ofertas académicas, para tratar de abrir nuevas opciones en áreas que estén poco exploradas.

¿Cuenta el país con suficientes profesionales con grado de maestría y doctorado?

Actualmente existe un número importante de profesionales cursando maestrías e incluso doctorados en universidades locales. Habría que evaluar el tema para ver si se necesitan más o no, pero a simple vista pareciera que no estamos tan mal en cuanto a la cantidad de profesionales que se especializan. A diario vemos que los estudiantes no se conforman con una licenciatura sino que enseguida quieren seguir.

En mayor o menor medida, por lo general todas las universidades cumplen con su labor de entregar profesionales a la sociedad, pero ¿considera usted que igualmente llevan a cabo la parte investigativa propia de sus funciones?

En cuanto a investigación, las universidades estamos por debajo de lo que debería ser. Hace falta personal de planta que pueda dedicarse a tiempo completo a labores de investigación. Se hacen algunos proyectos investigativos, pero en mi opinión debería haber más, porque el nivel actual es muy bajo.

Tanto el tema como el rostro del entrevistado cambian por completo en esta tercera y última parte de la conversación. Una amplia sonrisa es señal de que la literatura es su verdadera vocación, porque desde que tiene uso de razón siente la necesidad de contar historias. La pasión que siente por la escritura se nota cuando menciona que lo más importante para un escritor es escribir bien y que su meta es dejar una obra que perdure en el tiempo, pero revelando que su principal influencia ha sido su abuelo, Gil Blas Tejeira, destacado escritor y periodista panameño. Escritor antes que ingeniero, tiene a **El Quijote** y los cuentos de Cortázar como sus favoritos, y se declara admirador de los principales cuentistas a nivel internacional, mientras que no dudaría en dejar de lado sus otras ocupaciones si pudiera vivir únicamente de la escritura.

FRG Como escritor ¿tiene alguna meta definida?

FAQ La meta de todo escritor debe ser escribir bien y dejar una producción que subsista en el tiempo y que conserve su valor a lo largo de los años. Es decir, tratar de construir una obra sólida como escritor y que la gente la valore dentro de algunos años, dentro de muchos años, para que quede en la literatura panameña.

FRG ¿Por qué y para qué escribe Félix Armando Quirós Tejeira?

FAQ Yo escribo porque no puedo dejar de escribir. Necesariamente siento que tengo que comunicar algo y que tengo que plantear o dejar plasmada mi visión del mundo.

FRG ¿Cómo descubrió su vocación?

FAQ Desde chico sabía que podía contar historias. Además, como mi abuelo era escritor y periodista, yo lo veía escribiendo todo el tiempo. Cuando yo le decía que quería escribir, me comenzó a llamar “colega” así que cuando crecí lo sentí natural. Hubo un día que sentí que tenía que contar algo y desde entonces no he parado.

FRG ¿Qué quiso primero, ser escritor o ingeniero?

FAQ Primero supe que quería ser escritor, pero poco después me decidí igualmente por la ingeniería civil, porque eso también fue algo que definí rápido.

FRG Si fuera usted el único sobreviviente de un naufragio y estuviera destinado a permanecer el resto de sus días en una isla desierta ¿cuál libro desearía tener con usted y por qué?

FAQ **El Quijote**, porque es una obra que tiene mucha variedad, es un libro maravillosamente escrito y que tiene mucha riqueza, tanto en el campo de lo que cuenta como la manera en que lo cuenta, con una gama amplia de temas y de técnicas. Es un libro en el que se siente la vida.

FRG ¿Y si hubiera oportunidad de tener un segundo libro aparte de **El Quijote**?

FAQ En ese caso tendría que pensarlo más, pero seguramente sería alguno de los libros de cuentos de Cortázar; probablemente, **Las armas secretas**.

FRG ¿Cuáles son sus influencias a nivel local e internacional?

FAQ A nivel local, mi abuelo, que influyó mucho en mí. Internacionalmente, Cortázar, Borges, Poe, Quiroga y Kafka. En todos ellos se siente que veían la literatura como algo importante y que se preocupaban por tener obras bien acabadas.

FRG ¿Hacia cuál de los géneros literarios siente mayor inclinación?

FAQ En la literatura me siento más identificado con los cuentos. En Panamá este es un género que es visto por algunas personas mejor de lo que realmente está, pero a pesar de eso creo que a lo largo de la historia hemos tenido algunos cuentistas que han tenido buen nivel a lo largo de nuestra literatura, comenzando con Sinán, que era muy buen cuentista. De los actuales, tenemos a Pedro Rivera, Dimas Lidio Pitty o Justo Arroyo. En las generaciones más nuevas algunos con buen nivel serían Carlos Wynter o Rogelio Guerra, por ejemplo. También siento interés por la novela, aunque ese es un

género algo golpeado en Panamá, porque creo que no tenemos tantos buenos novelistas como deberíamos. Lo malo de las listas es que siempre se nos queda alguien por fuera.

FRG Con relación a su obra, muchos de sus cuentos, como por ejemplo “La flor del pantano”, “Día de campo”, “Sobre tierra lastimada” y “El pacto de los siete días”, ocurren en escenarios campestres o rurales. Algunos podrán atribuir esa condición a una clara influencia de Horacio Quiroga, mientras que otros aludirán a sus raíces penonomeñas. ¿Existe relación entre esos aspectos y su obra?

FAQ Podría decirse que sí. Cuando estaba chico y salía de vacaciones de la escuela iba a Penonomé a pasar los veranos con alguno de mis abuelos, por lo que siempre tuve una fuerte relación con el campo. También es cierto que siempre me han gustado mucho los cuentos de Quiroga, especialmente los que están ambientados en la selva de Misiones, en Argentina, así que se podría decir que ambos temas han tenido una fuerte influencia sobre mí.

FRG En adición, su obra literaria incluye muchas referencias a ofidios de diversos tipos, como en “La cacería de las mapanaes”, “El áspid de Cleopatra” y “Las parcas nenas del serpentario”, entre otras. ¿Existe alguna razón específica para incluir a estos reptiles en sus historias?

FAQ Siempre he sentido cierta afición hacia las serpientes y cuando era niño me gustaba ver sus fotografías, así como leer e investigar sobre ellas. De allí viene esa cierta atracción que siento por ellas, y que se ha visto reflejada en mi obra.

FRG En el cuento “En una sala de espera” se plantea una trama cíclica que por momentos recuerda ciertos cuentos de Borges. ¿Cree usted que su obra está influenciada de manera especial por los escritos del argentino? ¿Hasta qué punto?

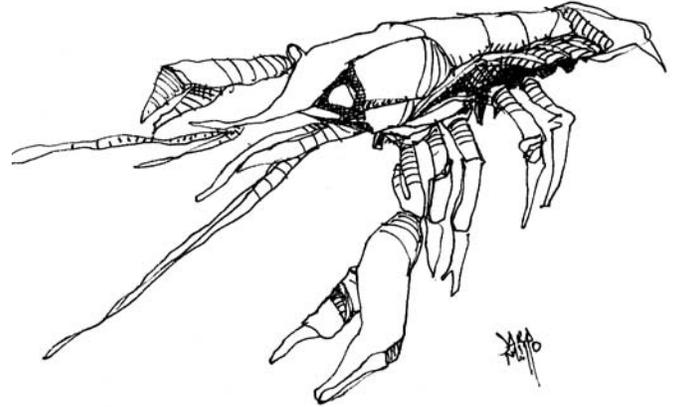
FAQ Borges ha sido uno de mis autores favoritos, y lo he leído con mucha afición y mucho interés, analizando mucho su obra, pero en realidad me parece que ese

cuento tiene más una estructura del tipo de los cuentos de Julio Cortázar, es decir, es más cortazariano que borgeano. Cortázar es uno de los grandes maestros del género cuento, tiene historias muy bien elaboradas y fue una persona que se dedicó a analizar los aspectos teóricos del cuento y, sin duda alguna, cuando yo lo leía, podía comprender que es un escritor muy fuerte, que siempre deja una huella. Al principio me costaba un poco desapegarme de su influencia, pero poco a poco un escritor evoluciona y encuentra su propia voz para tratar de dejar un legado personal. En ese sentido, este es un cuento que se me ocurrió cuando mi padre estaba trabajando en Estados Unidos y me tocó hacerle el favor de ir a tramitar su documento de Fe de Vida a la Caja del Seguro Social, y esa fue una diligencia prolongadísima, a la cual no se le veía final; y mientras esperaba allí se me ocurrió este cuento. Es curioso que, a pesar de que en ningún lugar se menciona qué tipo de trámite se está haciendo ni en cuál entidad, por alguna razón las personas que lo leen siempre lo identifican con el Seguro. Creo que ese es uno de mis mejores cuentos, por el efecto y el paso ese de una generación a otra.

FRG Además, tiene una clara crítica social, relacionada con el tiempo de respuesta de las instituciones públicas ante las reclamaciones de los ciudadanos, y seguramente muchas personas en el mundo se sentirían identificadas con esa historia. ¿Piensa que es importante que la literatura se haga eco de los problemas de la comunidad y los plasme en blanco y negro?

FAQ Definitivamente que sí. Los temas vienen del mundo que nos rodea y de nuestras vivencias, y lo que nos toca a los autores es saber cómo manejarlos y llevarlos a un plano literario para que queden bien plasmados, tengan cierta estética y otras características importantes. Además, es cierto que un escritor tiene que ser reflejo de su tiempo y prácticamente lo que cada uno escribe no es otra cosa que su propia visión del mundo, y es eso lo que dejamos para la posteridad.

FRG ¿Es decir que así van a ver el mundo dentro de, por ejemplo, doscientos años a través de los ojos nuestros, reflejados en lo que escribimos hoy?



FAQ Claro. Así hemos visto nosotros **La Iliada** y la guerra de Troya, y por eso tenemos una idea de cómo eran las cosas en aquel tiempo.

FRG Su labor por muchos años como ingeniero en el Instituto de Acueductos y Alcantarillados Nacionales parece haber inspirado el cuento “Escasez”, en el que se presenta la diferencia de comportamiento entre personas que disfrutaban del servicio de agua potable las 24 horas y los que apenas cuentan con lo mínimo para vivir. ¿Existen otras obras literarias suyas basadas en su labor como ingeniero?

FAQ Ampliando la respuesta anterior, nuestras vivencias son las que debemos tratar de asimilar y llevarlas al plano literario, aunque no tiene que ser necesariamente de una manera autobiográfica, sino que puede ser con mucha imaginación. Es un proceso de aprehender y reelaborar, o sea, transformar nuestra realidad cotidiana en una realidad literaria. Con relación al cuento, ciertamente esa es la vivencia diaria cuando uno trabaja en el IDAAN y trata con personas a quienes no les importa el uso que le dan al agua. Ese cuento nació de la indiferencia de la población, ya que algunas veces a dos calles de distancia la gente no tiene una gota de agua mientras que muy cerca hay otras per-

sonas lavando carros o regando el jardín y haciendo mal uso del agua sin interesarse de que otro la puede necesitar.

FRG Se trata de un cuento muy interesante porque deja un mensaje muy poderoso en menos de una página, ya que es un texto muy corto.

FAQ En realidad es más que todo como un collage o la puesta de una escena sobre otra y llevadas a cabo simultáneamente.

FRG En la actualidad, además del Diplomado en Creación Literaria, una de las pocas alternativas que tienen los interesados en iniciarse en el mundo de la literatura es participar de los talleres de algún género literario. ¿Considera usted que son provechosos? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de estas iniciativas?

FAQ Considero que los talleres siempre son provechosos, sobre todo si están bien guiados por alguien que por lo menos conozca el oficio, posea la técnica y sepa cómo se hace un cuento. No necesariamente el guía tiene que ser un gran escritor, pero si escribe cuentos, claro que es mejor porque nos puede también dar su experiencia profesional y aportar las críticas. Lo importante es que se realice un trabajo con sentido crítico de poca complacencia, que permita señalarle a la gente lo que está haciendo bien y lo que está mal, de manera que los participantes puedan tomar sus propias decisiones, porque a final de cuentas es el mismo interesado quien debe decidir lo que debe corregir y lo que no. De eso va a depender su evolución y su desarrollo como literato. Por ende, los talleres son muy beneficiosos y la única desventaja que podría esbozar es que personas queden en manos de alguien que no tiene el suficiente conocimiento del género cuento como para aportarle experiencia o conocimiento. Hay que tener en cuenta que la inspiración es breve y el proceso de corrección es largo.

FRG ¿Cómo ha sido su experiencia personal con los talleres?

FAQ Para mí han sido muy productivos. Yo inicié tomando un taller en el IPA, ofrecido por el INAC, a través de Enrique Jaramillo Levi. Allí también conocí com-

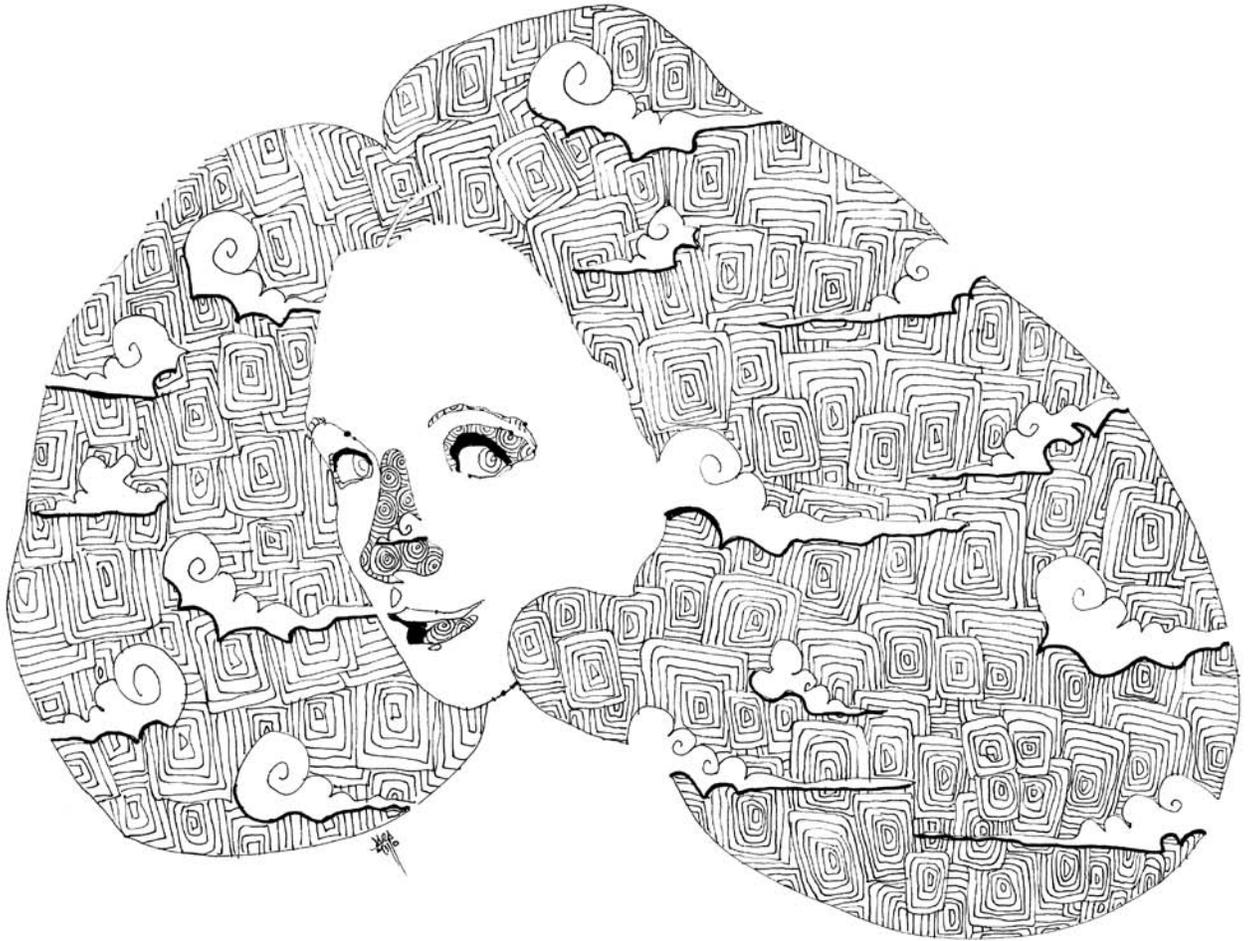
pañeros que estaban iniciando y que han seguido en el oficio, aunque otros parece que no, pero en general es muy interesante la experiencia de relacionarse con otras personas que quieren escribir. Posteriormente se dictaron algunos talleres en mi casa, también guiados por Jaramillo Levi. Luego de eso seguí participando en otros talleres, con el grupo Umbral principalmente, y al final pasé a otra etapa, en la cual era yo el que los dirigía y trataba de llevar adelante actividades similares con algún grupo de amigos, amigas y parientes, convocados por Irma Quirós de Correa, porque el taller es una manera de obligarse uno mismo a trabajar y en el campo de las letras lo principal que se requiere es disciplina, tratar de hacer algo todos los días, porque cuando deja de hacerse cuesta retomarlos.

FRG ¿Piensa que llega un momento en la vida de un escritor en que considere que ya no necesita talleres y que ya puede continuar solo de allí en adelante?

FAQ Claro que después de cierto tiempo ya el autor queda por su propia cuenta, pero siempre es valioso contar con algún amigo a quien puedan dársele los trabajos para que opine, porque generalmente es importante tener otro punto de vista sobre una obra. En otros países los críticos cumplen esa función, pero aquí como no hay muchos, debemos apelar a nuestros conocidos de confianza. La realidad es que la escritura es una labor que se ejecuta en soledad.

FRG Hace ya unos trece años desde su último libro, y en las últimas épocas le hemos visto más involucrado con la publicación de la revista virtual *Tragaluz Panamá*. ¿Por qué esa evolución del papel al ciberespacio?

FAQ Eso inició como un proyecto en el que nos interesamos varios escritores, tales como José Carr, Emma Gómez, Cáncer Ortega, Rainer Tuñón y yo, porque nos pareció que era interesante realizar una labor cultural de rescate de las obras de algunos autores y tratar de hacer un trabajo de evaluación sobre las obras de esos autores y darlos a conocer, tanto en el campo de la literatura, como en otros temas culturales. Allí analizamos la plástica, tratamos acerca de cine, de teatro y, en fin, abarcamos varios campos culturales. También



le damos espacio a lo que ocurre en nuestro continente y lo que acontece en España. Me parece que hemos logrado un trabajo interesante, y estamos dejando eso para que la gente tenga una fuente de consulta permanente. Tenemos cinco números publicados, y ya viene el sexto, dedicado a García Márquez.

FRG Su último libro publicado data de 1997, ¿contarán pronto las repisas de las librerías locales con alguna nueva publicación de Félix Armando Quirós Tejeira?

FAQ Yo espero que sí. Lo próximo que voy a hacer es una antología personal, con los mejores cuentos de los libros publicados, y algunos otros que he publicado en revistas, o han ganado premios y no han sido publicados en ningún lado, además de algunos cuentos que me gustan pero que permanecen inéditos. Espero reunir unos veintiún cuentos y sacarlos a la venta, más que nada como una manera de mantenerme vigente.

También estoy trabajando en una novela, y espero que en algún momento vea la luz.

FRG ¿Cuál es su recomendación para alguien que tiene interés en empezar en este mundo de la escritura?

FAQ Que lea, que lea bastante.

FRG Si fuera suficientemente rentable ¿sentiría usted interés en dejar de lado sus otras ocupaciones como profesor e ingeniero para dedicarse únicamente a la escritura?

FAQ Si yo pudiera vivir solamente de la escritura, no lo dudaría.

FRG ¿Y si le ofrecieran obtener el doble de ingresos como ingeniero civil o como profesor pero sacrificando la escritura?

FAQ Preferiría quedarme como estoy ahora, porque yo no puedo estar sin escribir.

Un mundo que se ha quedado sin Biblia y sin código civil o penal

Entrevista a Luis Pulido Ritter

POR AMIR VALLE

Luis Pulido Ritter es un hombre ético. Calmado y ético. Y calma y ética, especialmente en América Latina (un sitio donde, según los tópicos más típicos somos revoltosos y desparpajados) significa sabiduría y lucidez intelectual.

Conocí a Pulido Ritter a través de un cuento excelente que publicó en la antología *Líneas Aéreas*, de la editorial española *Lengua de Trapo* (único intento, quizás, de marcar un camino generacional a una generación de escritores que, entre otros, está formada por el colombiano Santiago Gamboa, el mexicano Jorge Volpi, la dominicana Rita Indiana Hernández, el boliviano Edmundo Paz, la chilena Alejandra Costamagna, el peruano Fernando Iwasaki, el argentino Rodrigo Fresán, la puertorriqueña Mayra Santos Fevres, el uruguayo Daniel Mella y el guatemalteco Francisco Alejandro Méndez).

El proyecto *Líneas Aéreas* culminó en el *Primer Congreso de Nuevos Narradores Hispánicos*, que se celebró en la Casa de América, en Madrid, en mayo de 1999. Sólo un poco más de treinta autores pudimos asistir y Pulido Ritter estuvo entre los que no participaron en aquellas increíbles y muy apasionantes jornadas donde, lo más importante, la mayoría nos convertimos en amigos, en una amistad que dura hasta hoy.

Un par de años después, desde La Habana, le escribí un email pidiéndole autorización para pu-

blicar uno de sus cuentos en la antología *Inocencias prohibidas*. Antología del cuento latinoamericano actual, junto a otros 39 reconocidos escritores de nuestro continente. Se trataba de un proyecto hermoso, que pretendía que el lector cubano conociera al menos un cuento de esos escritores que, internacionalmente, estaban a la cabeza de la literatura en lengua española, la mayoría de ellos desconocidos absolutamente en Cuba. Las bochornosas y politizadas razones que impidieron la publicación de aquella antología, para la cual los 39 autores y sus agentes literarios cedieron sus derechos sin cobrar un centavo, es una historia que alguna vez, prometo, debo escribir.

Finalmente, una noche berlinesa, en la librería hispana *La Rayuela*, conocí personalmente a Luis Pulido Ritter. Y no en su natal Panamá, sino en una fríasima tarde de Berlín me entregó su novela *¿De qué mundo vienes?* que dio origen a esta entrevista.

PARTE I: EL ESCRITOR LUIS PULIDO RITTER.

1.- Perteneces a una generación de escritores que surgió después de dos grandes fenómenos literarios hoy bastante conocidos y estudiados: el boom y el postboom. ¿Qué aportes crees ha hecho la generación a la que perteneces a la historia literaria de Panamá?

R: Me parece que uno de los aportes fundamentales de mi generación a la historia literaria de Panamá ha sido regresar la mirada al mundo urbano. Es haber comprendido que este espacio es también digno de la recreación literaria. Con esto no quiero decir que antes esta mirada no existía. La había en Joaquín Beleño, Eric Walrond, Rogelio Sinán, por ejemplo. Y la hay en autores como Justo Arroyo, Carlos Russell, Jaramillo Levi, Carlos Guillermo Wilson, Gloria Guardia, Melva Lowe de Goodin. No obstante, hasta los años noventa se consideraba sobre todo que la nacionalidad – y, por ende, la literatura – debería detenerse en mundo rurales, campesinos, lejos de la Zona de Tránsito, de los inmigrantes del Caribe, de las ciudades de Panamá y Colón, de la Zona del Canal. Pero las nuevas generaciones están recreando estos espacios urbanos, dinámicos y conflictivos, sin la camisa de fuerza de construir una nacionalidad panameña. Este giro, por supuesto, habría que contextualizarlo históricamente con respecto a la entrega del Canal en el 2000, pero también con respecto al término de la guerra fría, la finalización de los populismos tanto de derechas como de izquierdas y la “liberación” del campo literario de las exigencias inmediatas y estrechas de la agitación política o social.

2.- Preguntas siempre imprescindibles: ¿Cuándo descubres que querías escribir? ¿Quiénes fueron tus maestros literarios o influencias mayores en esos primeros años?

R: Al ser un monaguillo en la capilla escolar me doy cuenta que me gustaba escribir. No sé si escribía poemas, pero me parecía que lo eran y los cantaba en la misa cuando tenía siete u ocho años. **La Biblia**, el Viejo Testamento, fue mi primera verdadera escuela, historias que me aprehendieron en mi niñez por la fabulosa capacidad narrativa de un hermano lasalliano. Y, por supuesto, **Las Aventuras de Tom Sawyer**, los comics (supermán, batman, etc), la televisión, exactamente, las cómicas japonesas y las series de terror como Drácula, el Hombre Lobo, etc.

No hay que olvidar las telenovelas, las venezolanas. Y la serie Herman Monster, platónicamente enamorado de Lily. Y en la adolescencia llegó a mis manos Homero, **La Odisea**, y todo lo demás. Pero no terminaría de redondear esta pregunta si no menciono a los Beatles, mis héroes musicales en los sesenta. Creo que por aquí comenzó mi interés de escribir versos.

3.- Ciertamente, es bastante raro escuchar nombres de autores panameños en el panorama actual de la literatura latinoamericana, contrariamente a lo que sucede con autores colombianos, argentinos, mexicanos e incluso cubanos (y lo de “incluso” lo digo por lo pequeña que es la isla en comparación con los otros países aquí mencionados). Sin embargo, conozco a unos cuantos autores panameños de mucha calidad y sé que la literatura panameña es bastante rica. ¿A qué crees que se deba esa poca presencia?

R: Esta es una pregunta de la que me ocupo muy poco. En Panamá, escritoras y escritores se la pasan tratando de encontrar una respuesta a este misterio. Pero si reflexiono sobre la misma podría decir que hay dos posibles respuestas, una es estructural y la otra es posiblemente más circunstancial. Haré un intento. Con respecto a la primera respuesta, la estructural, me parece que es comprensible si se realiza una comparación, especialmente, con el mundo literario anglosajón. No olvidemos que la literatura moderna, escrita en lengua inglesa, se reliza por un autor de la periferia, James Joyce, que era un irlandés. En el mundo hispanoamericano no hay algo parecido, aunque tuvimos a un Rubén Darío, un nicaragüense, a un escritor centroamericano de la periferia, pero, como él mismo mencionó, París no lo conocía a pesar de vivir allí. Y a diferencia de ellos, los anglosajones, nosotros tenemos una fuerte tendencia al centralismo y, por ende, a centralizar nuestro paisaje literario, que corresponde a la importancia política, económica y estratégica. En cambio, en el mundo anglosajón es evidente el peso de autores de la llamada periferia

que comenzó con James Joyce y ha proseguido con autores como Derek Walcott, de la pequeña isla de Sant Lucía y de V.S. Naipaul, de Trinidad, para no mencionar otros muchos más. Nosotros, en cambio, a excepción de Cuba, seguimos dirigiendo automáticamente nuestra mirada al centro o los centros literarios del mundo hispanohablante. Sin embargo, sí es necesario precisar que, a pesar de que Cuba es una isla pequeña con respecto a los países que tú mencionas, no se puede dejar de mencionar que ha sido y sigue siendo clave en el mundo del Atlántico por su posición estratégica y política, sin olvidar el extraordinario talento literario que allí se inaugura con Martí, un verdadero gigante de la modernidad literaria. La otra explicación, quizás, es mucho más trivial, es el posicionamiento en el mercado de muy bueno@s autore@s, es decir, hablar de literatura argentina, mexicana, colombiana, peruana es ya mencionar una marca en el mercado, un perfil determinado con identidad, una marca que se ha promovido muy bien desde los años sesenta en el mercado mundial.

4.- Ser escritor es, siempre, enfrentarse a muchos retos, que varían de país a país: ¿a qué retos se enfrenta un escritor en Panamá?

R: Aquí podría utilizar un lenguaje económico: El primer reto es ser leído en el propio país sin caer en la perversidad del proteccionismo para proteger y promover una producción nacional mediocre e ineficiente que termina empobreciendo a todos. El segundo es ser leído fuera de las fronteras del país sin asumir la pose de pertenecer a un país pequeño, exótico y, por lo tanto, disculpable por las inmadureces literarias.

5.- ¿Qué es el grupo literario *Letras de Fuego*?

R: Es un grupo que se han reunido para hacer lecturas y actividades literarias. Aquí no hay manifiestos ni orientación estética común. Su objetivo es crear canales de promoción para la literatura panameña.

6.- La caída del muro de Berlín, más que un simple hecho histórico, se ha convertido en el símbolo del fin de una época y del inicio de otra en la historia universal contemporánea. ¿Qué significados tuvo esa caída, en sus dos interpretaciones, la caída real (que pudiste vivir) y la caída de una época, para el escritor en formación que por entonces eras?

R: Cuando cayó el muro de Berlín sentí realmente que el mundo se estaba moviendo. Y en todas direcciones. Por un lado, la misma caída me impresionó, cómo un poder se derrumba en cuestión de días, lo que había sido pensado para ser eterno, mientras el mundo no fuera el sitio del paraíso estaliniano del socialismo real. Los alemanes fueron los primeros sorprendidos frente a ese acontecimiento que los tomó por sorpresa, a pesar de ser los actores principales en la escena. Sí, esa caída me reveló, además, que ese poder solo existe si los demás permiten que exista, ya sea por el miedo o la indiferencia, la aprobación o el apoyo. Pero, en fin, ese poder lo hacemos nosotros, somos parte de ese lenguaje, lo mismo cuando lo criticamos y lo combatimos, y que incluso sigue viviendo en la fantasía, la ficción y en la nostalgia, después de veinte años de caído ese monumento a la humillación humana. Y de aquí que paradójicamente es quizás ahora que el muro está más presente que nunca, prolongando su poder ya sea como un fantasma que nos persigue o como una pesadilla que nos asalta cada vez que tratamos de reconciliarnos con los absurdos de este mundo. ¿La caída del muro es el término de una época? Sí, de la guerra fría, por supuesto, pero, a pesar de esta caída, nosotros, la humanidad, ¿hemos quedado inmunes al absurdo?

7.- Desde tu poemario **Matamoscas** no has vuelto a publicar poesía. ¿A qué se debe? ¿Qué resonancias, desde el escritor que hoy eres y desde la distancia de estos años, llegan a ti cuando piensas en ese libro?

R: No he vuelto a escribir poesía. Lo he intentado pero lo he abandonado. **Matamoscas** fue una especie de libro fundacional de mi trabajo literario, ensayístico y académico. Allí está todo lo que he hecho y seguiré haciendo en prosa. Fue un libro que nació en Francia, en la *banlieu parisienne*, en medio de magrebinos, exiliados chilenos, africanos negros, franceses con problemas sociales, lejos de la Francia Ilustrada y Democrática, y lo terminé de escribir y corregir después de la caída del muro de Berlín.

8.- Háblame del cuentista que es, también, Luis Pulido Ritter.

R: Con el cuento quiero expresar lo que no podría hacerlo en un novela, por ejemplo. Es una impresión, un movimiento al instante, rápido, punzante. No creo, sin embargo, que el cuento funciona en mí por K.O., como lo dijo Cortázar. No me interesa producir un efecto sorprendente, pero sí plantear un problema existencial acuciante que necesito exorcisar a través de la fabulación.

9.- Me gustaría saber qué temas persiguen al escritor que es Luis Pulido Ritter. Pero quisiera hacerlo desde tus libros publicados:

R: La novela **Recuerdo Panamá**. Es en parte una novela de formación. Y por otra parte es una especie de restauración de la memoria, el paisaje fragmentado de la vida y de mi vida en Panamá, cruzado por mis experiencias y viajes por Europa. Además, es una mirada lanzada al pasado desde mi aversión visceral a las dictaduras militares, a los lenguajes de izquierdas y derechas que se prestan para este fin, y, por último, trato de reconstruir la importancia del humanismo hoy en día, especialmente, para los jóvenes, en un mundo donde académicos e intelectuales „periféricos y „postcoloniales“ - basados en la crítica que se le hace al logos occidental desde Nietzsche, Heidegger y Co. - se han especializado en dinamitar sin la necesidad de poner algo que lo sustituya. No solo por razones prácticas, pero sí

me parece que el humanismo puede ser muy útil en nuestros países, especialmente, en un país como Panamá, donde se vive un pragmatismo deshumanizado, el nihilismo salvaje de un pragmatismo sin moral, sin ética y ni principios.

El libro **Los dioses del Caribe abandonan el museo** es un trabajo de ensayos donde intento entender de dónde y cómo nacen los nacionalismos culturales en la literatura, especialmente, en Haití y en Cuba.

La novela **Sueño americano**. Es resultado de la experiencia de cruzar fronteras, ir más allá de ellas, el sueño de no dejarse atrapar por las arbitrariedades de las fronteras nacionales, culturales y lingüísticas, e, incluso, no dejarse atrapar por la frontera entre sueño y realidad. Es el sueño de crear un espacio en movimiento, abierto, dinámico. Es el sueño que se traga al mismo sueño, es el sueño, además, de un humanismo pragmático o viceversa, es el sueño de un Panamá que todavía puede encontrar en el humanismo un rostro civilizador, si se quiere expresar así.

El libro de ensayo **Filosofía de la nación romántica**. Volver al nacionalismo panameño pero sin la máscara de mi primer trabajo de ensayos sobre este tema. Ahora me enfrento a las vacas sagradas de mi país, a ese lenguaje cansón y viejo, a ese lenguaje de la izquierda y la derecha nacionalista, a ese lenguaje cerrado, estático y asfixiante, donde el aire pesa y huele a humedad encerrada.

PARTE II: ¿DE QUÉ MUNDO VIENES?

10.- **¿De qué mundo vienes?** es una novela negra en toda su regla, y como tal, cuestiona un segmento bastante complicado de la realidad latinoamericana actual: el narcotráfico. Toda novela es, también, un universo de respuestas que el escritor ofrece. ¿Qué respuestas podemos encontrar en esta novela?

R: Creo que más que encontrar respuestas lo que me interesa es plantear los problemas, reconocerlos en toda su radicalidad, y el punto central de la

novela es la pérdida absoluta de los valores, no la crítica ni la relativación, pero sí dejar a los personajes en el verdadero vacío, en el espacio donde no hay límites a ese pragmatismo deshumanizado, que no reconoce ni la vida misma como un valor en sí mismo. De allí se deriva la pregunta **De qué mundo vienes**, pregunta provocativa y reflexiva al mismo tiempo. En efecto, la palabra pragmatismo en su sentido filosófico, como lo entendieron los filósofos pragmáticos americanos como un John Dewey, es un humanismo, y decir pragmatismo y humanismo es decir lo mismo, un eufemismo. Pero los términos pragmático y pragmatismo en el sentido común están despojados de este contenido y lo que me interesa en la novela es mostrar ese sentido común a través de unos personajes lanzados al vacío de ese pragmatismo orientado por la búsqueda del dinero a todo precio, es decir, justificar todos los actos posibles bajo el dicho común, mutilado y mal comprendido de Ortega y Gasset „yo y mis circunstancias“.

11.- Tus personajes cabalgan por la vida a cuestas con sus traumas históricos (familiares y nacionales). Quisiera que me hablaras de qué traumas estamos hablando en el caso de los seis personajes esenciales en tu novela:

R: Alberto: en la novela es un personaje que va madurando poco a poco. Si bien está atrapado en las circunstancias de una situación que, desde el principio rechaza, termina safándose de ella, pero al final no deja de sucumbir frente a la lógica de ese sistema

Ricardo: Es el cínico entre los personajes. Es el típico “yo y mis circunstancias”.

María de Jesús: Es la víctima de ese sistema basado en la impunidad que cruza al estado, a la familia y a los individuos mismos.

Miguelito: Es quien reconoce en toda su complejidad el vacío de ese sistema sin valores, tanto por su experiencia propia como criminal como por sus estudios.

Lucrecia: Es una especie de intermediaria dentro

de ese sistema de poder, la figura trágica que sostiene el sistema, la que une las partes del mismo. Y la perdición de ella fue querer romper su rol.

Cara de Bobo: Es el ejecutador, el que se alimenta de la impunidad, su pescera natural.

12.- Hay, además, fantasmas que rodean a estos personajes y los conducen, sin que ellos se den cuenta o incluso cuando se rebelan, por caminos absolutamente podridos, humanamente hablando: los capos-padres y la cruz de la identidad nacional (con todos los significados, generalmente negativos, que significa ser panameño o colombiano). ¿Fatalismo?

R: No, no es un fatalismo. Son sencillamente designaciones para nombrar individuos que se desenvuelven entre determinadas experiencias personales, colectivas e históricas. Y la novela se desenvuelve a finales de los años ochenta, la dictadura militar y el narcotráfico en Panamá, época en que los panameños experimentaron la impunidad y la arbitrariedad total. En Colombia no fue diferente, el poder de los narcos, la arbitrariedad política y estatal, la violencia institucionalizada.

13.- Pero la luz, tal vez la única luz, está en el amor, en esa relación platónica entre María de Jesús y Alberto. ¿Cómo afrontaste el riesgo de caer en las numerosas trampas que tiende a un escritor un tema como el amor, que siempre será eterno, pero no por ello deja de ser un tema trillado y en muchos casos fatalmente abordado?

R: Sí, es tal vez la única luz y, si bien es una relación platónica, que nunca termina realizándose, es la que llena de sentido humano a ese mundo despojado del mismo. De allí que Miguelito no termina asesinandola. No quise hacer una historia típica de amor con un final feliz, pero tampoco me interesó cerrar la posibilidad de una posible salida personal, íntima, para enfrentar el vacío de ese sistema sin valores.

14.- Encuentro una tesis clara: la pudrición de un universo humano más allá de sus propias circunstancias históricas. Y es que tu novela no es una historia de narcos; es más bien la historia de la putrefacción humana, una historia que habla de los límites a los cuales somos capaces de descender. ¿Me equivoco?

R: No, no te equivocas. No es una historia de narcos, pero sí de ese descenso, de ese nihilismo tan propio de un mundo que se ha quedado sin Biblia y sin código civil o penal.

15.- Hay, también, una crítica (que asoma en el trasfondo de la novela) a la casi autóctona corrupción política latinoamericana. ¿Es Luis Pulido Ritter, para decirlo con palabras al uso de ciertos escenarios políticos, “un escritor comprometido con su realidad”? ¿Fue esa, la crítica social, una pretensión en esta novela?

R: No me considero un llamado “escritor comprometido con mi realidad”. Mi vena no proviene de ese debate muy propio de los años de la guerra fría. Mi preocupación, la verdad, es levantar el velo de ese nihilismo vulgar, que no nace de la crítica a un sistema filosófico, del logos occidental, pero sí de la descomposición de un sistema cuyo funcionamiento consistía y consiste en su permanente violación, una repetición de automatismos que cruza a todos los lenguajes políticos y posiciones ideológicas. Aquí el dinero, dentro de este sistema de descomposición, puede ser intercambiado con el poder, comprendido como finalidad en sí mismo, y de aquí que ese nihilismo tan propio de nuestros países encuentra en el suelo de ese pragmatismo deshumanizado el alimento necesario para justificar el vacío de ese sistema sin credibilidad, aunque eficiente en su operatividad, por el miedo, la amenaza y la inseguridad.



16.- Finalmente, pregunta también socorrida, pero siempre necesaria: ¿qué escribes actualmente?

R: Lo que escribo actualmente son ensayos académicos. Estoy realizando una investigación que compare la percepción del Canal de Panamá entre los escritores de la Antillas Inglesas, como Jamaica y Barbados, con los de Panamá. La pregunta aquí es la siguiente: A excepción de algunos escritores, ¿cómo y por qué el Canal de Panamá —con todo lo que este fenómeno de la modernidad representaba— era una figura marginal en la representación literaria?

AMIR VALLE (Cuba, 1967). Narrador, periodista, crítico literario y ensayista. Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) y la Asociación Cubana de Publicitarios y Propagandistas (ACPP). Es miembro, además, de la Asociación Internacional de Escritores Políticos (AIEP). Ha sido galardonado con múltiples premios literarios, entre ellos, el Premio Internacional de Novela “Mario Vargas Llosa” 2006. Vive actualmente en Alemania, Berlín.

La entrevista se colgó originalmente en la revista digital *Otrolunes*, No. 7, abril, 2009. <http://www.otrolunes.com>

¡QUÉ EXTRAÑO ES EL PAÍS DE LAS LÁGRIMAS!
ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

La casa era humilde y no ayudaba que fuéramos catorce niños. Mamá vendía pan en el pueblo y nunca conocimos a papá; escuchábamos esa palabra y no la identificábamos con nadie ni nada, quizás con las papas que rara vez comíamos.

El mayor de nosotros, Primero, nos cuidaba. Ya no lo recuerdo, se fue a esta guerra apenas inició y nunca regresó. Un día le dijo a mamá, “me voy al ejército, la Patria me reclama”. Me pareció extraño, su novia era Teresa, así que por días indagué sin éxito por esa tal Patria. Los más compasivos me preguntaban si el nombre no era Patricia o Priscila; yo llegué a pensar que en el mundo sólo había una Patria, aquella que raptó a mi hermano y que sería hermosa y tranquila, a diferencia de Teresa, que me caía mal porque me apretaba los cachetes cada vez que me encontraba. Pobre de mí, tenía diez años.

Luego fueron marchándose, uno a uno, mis otros hermanos. Cuatro de ellos se fueron en pareja, con un par de días de diferencia y a bandos contrarios. Así se fueron Segundo y Quinto, Tercero y Séptimo. Un mes después, Cuarto, Sexto, Octavo, Noveno y Doceavo (él dos años menor que yo) se sentaron en los tabloncillos del patio, llamaron a mamá y la abrazaron: “es por la Patria, vamos a luchar por ella”.

La guerra continuó en el país; cumplió ocho años de fuego y acero y en casa sólo quedamos cuatro hermanos. Mamá ya no vendía pan, el maíz costaba demasiado y de todos modos la gente del pueblo no tenía cómo comprarlo, así que entre todos le compramos una Singer centenaria que supuestamente fue de Blanquita Aráuz, la mujer de Sandino.

Una tarde mamá recibió un telegrama donde le pedían bajar al pueblo. Todos querían acompañarla, pero se los prohibió. Como hermano mayor, les ordené quedarse y no salir bajo ninguna circunstancia. “Alimenten al chanchito, el pobre parece perro”, fue lo último que les comenté cuando salí hacia mi destino. “Mamá, vos también te quedás. Ahora iré yo”. Hasta entonces y por siempre, jamás olvidaba la entereza con que mi madre, vestida triste de negro, había caminado nueve veces rumbo al pueblo a recibir la noticia de muerte en combate de alguno de sus hijos.

Llegué a la oficina y elogiaron mi valor de aparecer. Me arrastraron al cuarto contiguo mientras me resistía bajo una fachada. No era ningún baboso, ya tenía edad para el servicio militar y sabía que si no me enlis-

Sol de septiembre

POR ULISES JUÁREZ POLANCO

Nicaragüense

taba “voluntariamente” irían a la comarca a buscarme, y tal vez a Onceavo, Treceavo y Catorceavo, ¡ninguno de ellos llegaba a los trece años! Por eso fui, por ellos. Odiaba esta guerra que mataba con balas a los involucrados y de hambre a los demás, mientras los culpables felices en sus fincas y mansiones, festejando entre ellos el daño que nos hacían.

“Aquí dice que tenés edad suficiente para luchar por la Patria”, dijo el sargento. Ya lo ven, tanto tiempo después y nuevamente ella. Para alguien a quien “la Patria” le había arrebatado diez hermanos, tal explicación era la peor forma de reclutamiento. Hice lo planeado. Me escapé nomás tuve la oportunidad y me uní a la guerrilla, para luchar por la Patria.

Los años pasaron y de no ser este mundo incomprensible, hubiera sido feliz con esta guerra que pronto ganaremos.

Pero no lo seré.

Sé que hoy, cuando luchando por la patria libereemos al pueblo, me encontraré a Onceavo y Treceavo repeliendo la toma, leales al enemigo. Ordenaré a mis hombres un alto al fuego. Les gritaré qué diablos están haciendo ahí, y mis hermanos dirán, “luchamos por la Patria”. Las ráfagas siempre tiñen la tierra con sangre de hermanos. Suspiraré bajo el sol de septiembre y mis lágrimas, llenas de tierra y sal, lamentarán lo vivido.

En la comarca queda mamá, sola con su Singer centenaria.

ULISES JUÁREZ POLANCO (Managua, 1984). Narrador, traductor y editor. Ha publicado las colecciones de cuentos **Siempre llueve a mitad de la película** (Managua, 2008) y **Las flores olvidadas** (México: FONCA/AECID, 2009). Entre otras recopilaciones, es uno de sólo dos autores incluidos en ambos tomos de la **Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana**, editada por Unión Latina en 2007.



ESCRITOR HASTA LA MUERTE

POR SERGIO RAMÍREZ

“Un clásico de nuestras letras contemporáneas y maestro en el arte de borrar todo espacio o frontera entre la historia pública y la imaginación”, así considera Sergio Ramírez al escritor, periodista y guionista argentino **Tomás Eloy Martínez** (1934 – 2010), a quien rinde homenaje en estas líneas un mes después de su deceso. El autor de “El vuelo de la reina” (Premio Internacional Alfaguara de Novela 2002) fue crítico de cine para el diario La Nación desde 1957 hasta 1961. En 2009 obtuvo el Premio Ortega y Gasset de Periodismo a la Trayectoria Profesional y además, fue uno de los docentes de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por Gabriel García Márquez. Entre sus obras más destacadas se encuentran: Estructuras del cine argentino (ensayo, 1961); Sagrado (novela, 1969); La novela de Perón (novela, 1985); Santa Evita (novela, 1995); El cantor de tango (novela, 2004) y Purgatorio (novela, 2008).

Allá por comienzos de los años setenta, cuando yo vivía en Costa Rica, recibía puntualmente los paquetes de novedades que me enviaba desde Buenos Aires Fernando Vidal Buzzi, director de la Editorial Sudamericana, y entonces fue que me encontré por primera vez con el nombre de Tomás Eloy Martínez en la tapa de su novela **Sagrado**, que era la primera que publicaba y que años después, cuando llegamos a ser amigos entrañables, él solía desechar con sonrojo a la primera mención porque la consideraba una novela en la que se había dejado seducir por las palabras más que por la pasión de contar una historia.

Nunca nos vimos en mis visitas a Venezuela para los primeros años tan deslumbrantes de la revolución sandinista, cuando él dirigía el memorable Diario de Caracas, pero sabía que detrás

de las preguntas que sus periodistas me hacían cuando enviaba a entrevistarme, estaba su mano de exiliado de una dictadura militar que veía en los acontecimientos de Nicaragua la esperanza de que pudiera haber por fin en el continente un cambio genuino, lejos de los moldes ideológicos, cambio que al fin, por desgracia, no se dio, y tanto que lloramos los dos sobre aquella leche derramada cada vez que nos acordábamos.

Nos conocimos en Buenos Aires en noviembre de 1988 cuando, en esa extraña escisión que me imponía mi cargo en el gobierno revolucionario, llegué para cumplir con una visita al presidente Raúl Alfonsín, y a la vez para estar presente en el lanzamiento de mi novela **Castigo Divino**, publicada también por Sudamericana, y que Tomás presentó una noche en el Centro Cultural Belgrano,

con público del mundo político, las madres de la Plaza de Mayo a la cabeza, y del mundo literario, clara consecuencia de la propia dualidad de mis oficios.

Pasaron años sin que volviéramos a vernos, hasta que nos encontramos otra vez en Buenos Aires en 1998, diez años después, para la Feria del Libro cuando se presentó mi novela **Margarita está linda la mar**, que había ganado la primera convocatoria del Premio Alfaguara, con él entre los miembros del jurado; pero fue un encuentro muy fugaz porque Tomás regresaba a la Universidad de Rutgers en Nueva Jersey donde estaba ahora enseñando.

Es desde entonces cuando estuvimos lado a lado de cerca y de lejos, en proyectos, complicidades, alegrías y tribulaciones como la muerte trágica de su esposa Susana, que le descalabró en tantos sentidos la vida, encontrándonos en tantas partes del mundo, en New Brunswick, o en su apartamento de la avenida Pueyrredón en Buenos Aires ya de regreso para siempre en Argentina, o en mi casa en Managua, cuando vino por una única vez en toda su vida a Nicaragua y ya no quedaban ni rastros de la revolución, compartiendo asientos en el Consejo Rector del Premio Nuevo Periodismo Iberoamericano, en la junta directiva de la cátedra Julio Cortázar, en las sesiones anuales del Foro Iberoamericano. Largas jornadas en librerías de Madrid o Lisboa, largas sobremesas en México o en Sevilla, su voz de timbre tucumano convocando a la risa, llamadas sorprendidas desde lugares distantes, mensajes electrónicos como cartas, ahora que ya no se escriben cartas.

Lleno de santo humor hasta el final, como en este mensaje electrónico de noviembre de 2009, en que responde a un comentario mío acerca de la energía y constancia con que Carlos Fuentes mantiene su agenda internacional, de un avión a otro avión, de un aeropuerto a otro aeropuerto, sin que le pesen nunca los años: “¿Ya está Carlos en México? Pronto lo veremos caminando sobre las aguas...”.

Su presencia siempre fue una iluminación feliz para todos sus amigos, preocupado por la suerte ajena, siempre con algún libro cuya lectura recomendar, y con algo nuevo y deslumbrantemente divertido que contar, dueño de eso que yo llamaría una maledicencia edificante, unas historias en las que, igual que en sus novelas, nunca se sabía donde comenzaba la mentira y donde terminaba la verdad, pero nunca faltaba la risa.

Una presencia transparente la suya alejada de las mezquindades que suele teñir el oficio literario, generoso con los más jóvenes y generoso con sus pares como cuando, ya bajo los estragos del mal que se lo llevó, y venciendo todas las dificultades de un viaje así, voló desde Buenos Aires hasta México para estar presente en la celebración de los ochenta años de Fuentes. Hasta que la enfermedad lo fue inmovilizando pero nunca dejó de contestar los mensajes electrónicos, por mano suya o por la de alguno de sus hijos, siempre fiel hasta el final al gentil deber de la correspondencia como todo un caballero antiguo, mensajes suyos en los que nunca declinó el ánimo, ni perdió el optimismo ni el entusiasmo por la vida. “Le he dicho a los médicos que quiero calidad de vida y no cantidad de vida”, me escribió en diciembre.

En el balance de su vida colocó al final la literatura por encima de su otra pasión visceral, el periodismo, aunque en sus novelas nunca abandonó el periodismo que quedó en el entramado de la narración. Como Daniel de Foe, escribía sus novelas con la técnica del reportaje para fingir mejor la verdad, con lo que daba buen uso a las armas que le concedía su profesión original.

Un clásico de nuestras letras contemporáneas, maestro en el arte de borrar todo espacio o frontera entre la historia pública y la imaginación hasta crear una realidad paralela mucho más creíble que la realidad real, tanto así que inventó una historia de Argentina en **La novela de Perón** y en **Santa Evita**, que sobrevivirá a la de los libros de texto. Ningún otro triunfo mejor para una novelista que inventar la historia de su propio país.

Cuando Eva Duarte se encontró por primera vez con Juan Domingo Perón en Luna Park, la noche del 22 de enero de 1944 en que se daba una función artística de beneficencia por los damnificados del terremoto de San Juan, ella le dijo cuando estuvieron sentados lado a lado: "gracias por existir". O no se lo dijo nunca para los términos de la historia mezquina que resiente de imaginaciones, porque la frase la inventó Tomás en **Santa Evita**. Pero se lo dijo. La historia fue modificada a partir de la novela, igual que los propios personajes de la historia argentina, y de la novela, Juan Domingo Perón y Eva Duarte, fueron modificados y ya no serían nunca más los mismos desde que pasaron por las manos de su novelista inevitable. Su creador, su inventor. Su falsario.

Tomás contaba historias en sus novelas y las contaba para sus amigos con la misma calidad seductora. Una de las que más me seguirá cautivando siempre, entre los recuerdos hondos que quedan de nuestras pláticas sin fin, tiene que ver precisamente con esa frase maestra del arte de la seducción, "gracias por existir", que años después de haber sido publicada en **Santa Evita** pasó a ser el texto de una manta en una manifestación peronista: "General Perón, gracias por existir". Tomás protestó que se trataba de una frase suya escrita en una novela suya y puesta en boca de un personaje suyo, pero su intento resultó tan ingenuo como vano, al punto que fue acusado de falsear la historia del peronismo atribuyéndose lo que no le pertenecía, sino a la historia.

La historia, ya tomándose en serio, se apropió no sólo de la frase, sino de toda la novela, y la hizo suya. El novelista dejó de ser el inventor y pasó a ser el cronista, y a lo mejor ni siquiera eso, porque para negar que la Eva Perón que conocemos, tal como la conocemos, sea la invención de una persona, y para negar que las frases célebres que dijo sean también la invención de esa persona, hay que empezar por negar al novelista, y negar su novela. Para que Eva Perón sobreviva, hay que desaparecer a Tomás Eloy Martínez. La criatu-

ra sacrifica al creador; pero allí está precisamente su victoria. El personaje sale de las páginas de la novela y se queda en el mundo real.

Eso es lo primero que evoco frente a su muerte, su poder de inventar la historia y hacer que sea la suya, su propia historia inventada, la que pase a ocupar el lugar de la verdad, es decir, de lo que se da por aceptado y ya no podrá ser desmentido, ni sustituido. Los hechos, tal como en verdad ocurrieron, si es que existe una sola verdad para los hechos, ya no importan. Se diluyen, se deshacen víctimas de las imprecisiones, de las contradicciones, de los testimonios fallidos, de los inevitables olvidos, de la vaga sustancia de los cambiantes relatos orales, de la desconfianza que inspiran los documentos oficiales.

Nada de eso es creíble, lo único creíble es la novela, que presenta un cuerpo organizado de mentiras basadas en evidencias suficientes aportadas por el novelista, y que estarán allí para convertirse en la sustancia de lo que verdaderamente ocurrió. Se ha operado un trasiego feliz desde la novela real a la realidad mentirosa. "Gracias por existir". Como ocurre con los buenos guiones de cine, que dejan en herencia frases redondas, seguras, y por tanto memorables, así ocurre con la historia que necesita de frases precisas e irrebatibles. Y quien las aporta, ya ven, es el novelista.

En **Santa Evita** todo es verdad; nadie pone en duda los hechos. Tomás pasó años investigando la vida del general Perón y de su esposa, aprendió todo lo que había que saber de ellos, pero a la hora de construir la verdad de la novela no aprovechó esos materiales ordenándolos, dándoles congruencia, procurándoles un orden cronológico, una tesitura didáctica, sino que los transformó, los falseó, usó lo que le convenía y lo demás fue a dar a la papelera; y de lo que le convenía, todo quedó irreconocible entre el esplendor de la mentira que ahora llena todo el campo de visión y se transforma de manera implacable en lo que verdaderamente ocurrió. Porque la historia es menos atractiva, la pobre, y la novela, que actúa con

mayor eficacia que la historia, no admite desafíos en su altivez.

Recordaré a Tomás como el novelista que desafió a la historia y la venció, creando su propia versión triunfante de la Argentina contemporánea, y es así como quisiera que fuera recordado. Hombre de varios oficios, entre ellos principalmente el del periodista implacable colocado del lado del rigor por la relación de los hechos, como en **La pasión según Trelew**. Qué paradoja espléndida. El que reclamó la verdad como consigna a la hora de contar la historia como periodista, niega la verdad, y crea la suya propia, a la hora de contar la historia como novelista.

Pero el periodista, en la vida de Tomás como novelista, vuelvo a decir, no es sino el que proporciona instrumentos a la narración, técnicas, experiencias, estructuras del relato, maneras de contar. Pasó una vida de aprendizaje y experiencias en el periodismo para poder ser novelista. Como periodista, jamás habría podido contar la historia de Eva Perón tal como lo hizo como novelista en **Santa Evita**, ni la historia del general Perón tal como lo hizo en **La novela de Perón**. No hubiera sido creíble.

Qué desvarío sería llamar a estas novelas suyas novelas históricas, porque sería atribuirles un molde, el molde rígido de la historia. Para Tomás, dentro de su sentido de totalidad de la mentira, que es una manera de la libertad, primero hay que dinamitar la historia para poder inventar después a campo raso las frases célebres de Eva Perón, los caminos que ella escogió para su gloria y su fama, sus angustias y veleidades vestida con las sedas del poder, la pasión de su muerte, la multiplicación folletinesca de su cadáver en copias perfectas, las obsesiones que despierta ese cadáver repetido como en una galería de espejos.

La historia inventada que es ahora la historia verdadera y ya no dejará de serlo.

“Tenemos que estar agradecidos por cada momento en que la historia nos deja en paz”, dice Philip Roth en alguna parte. A Tomás la historia nunca lo dejó en paz, y agradecido, cargó a la Ar-

gentina a lo largo de toda su vida como en peso vivo, como si se tratara del cadáver mismo de Eva Perón. Era su destino latinoamericano. Un destino hasta la muerte, y un escritor hasta la muerte que nunca cejó en escribir porque era su oficio sagrado. Ya casi imposibilitado, siguió escribiendo sus lúcidos y siempre aleccionadores artículos, y cada vez que yo abría el diario en Managua los domingos y me encontraba su firma, era como si recibiera un mensaje suyo, estoy aquí, sigo vivo, sigo trabajando, lo haré hasta el último aliento.

Y así, escritor hasta el último aliento, siguió adelante tratando de terminar su última novela, **El Olimpo**, dictándola cuando ya no pudo con los dedos, sin dejarse amedrentar nunca por la muerte que desde esas páginas inconclusas pasa a ser un personaje suyo de ficción.

“Hubo un momento, un relámpago ciego de la eternidad, en que los Dioses inmortales quisieron morir”, escribe en **El Olimpo**. “Lo sabían todo, pero no sabían morir. Muy atrás, en el foso sin fondo de los tiempos, sus caprichos aterrorizaban al mundo. Imaginaban pestes y enfermedades cada vez más incurables, ordenaban matanzas atroces y disfrutaban infundiendo el odio entre los hombres para verlos desgarrarse en contiendas sanguinarias”.

“La eternidad les había enseñado todos los signos y las voces de la muerte, pero como la muerte no había entrado en ninguno de ellos, desconocían su apariencia y sus señales. Querían morir y no sabían cómo”.

Fue su último diálogo literario, el diálogo con la muerte a las puertas de la muerte. Y de esta manera, desde la literatura, convirtiendo a la muerte en una criatura suya, pudo conquistarla con las palabras.

Que es lo que se llama trascender.

SERGIO RAMÍREZ: Masatepe, Nicaragua, 1942. Es uno de los más importantes novelistas hispanoamericanos actuales. Fue Vicepresidente de su país. Obras más recientes: **Perdón y olvido (Antología de cuentos: 1960-2009)** (2009) y **El cielo llora por mí** (novela; 2009).

En el espejo retrovisor: las direcciones estéticas de la obra de Enrique Jaramillo Levi

POR FERNANDO BURGOS

The University of Memphis

Emprendemos esta revisión acercándose los cincuenta años de producción artística de Enrique Jaramillo Levi desde principios de los años sesenta cuando un escritor adolescente comenzaba atrevidamente su carrera con el proyecto de una novela cuyo título—*Más fuerte que el pecado*—semejaba el de los romances a lo *Corín Tellado*. Esos comienzos juveniles a una edad en la que faltaba muchísimo en la formación del autor se verían mudados paulatinamente en una de las producciones narrativas y líricas más contundentes en Centroamérica con más de una veintena de colecciones de cuentos y doce libros de poesía. Puestos en el espejo retrovisor de esta destacada trayectoria del escritor panameño, debemos establecer algunos de los parámetros que guiaron la realización de su renovadora estética. Reflexionar, por ejemplo, ante el hecho de que en su obra aparece insistentemente la cuestión de lo sexual y de lo erótico. La naturaleza mutable del ser humano en cuanto procura de una instalación social que le sea conveniente—en el contexto de consideraciones que van más allá de su valoración de ecuanimidad y legitimidad—junto con su avidez por expresarse disimétricamente frente a

una percibida regularidad de la Historia se observa con una intensidad inusual en el abordaje de discursos tocantes a lo que desde comienzos del siglo diecinueve se ha denominado sexualidad.¹ Esta razón apremiante de su discusión es en parte atribuible a la relativa proximidad del surgimiento histórico del término y por lo tanto de su necesidad de problematización conceptual, todavía en ciernes, en la que se busque una conexión sistemática con los diversos estadios históricos por los que atraviesa la confrontación de lo sexual y su provecho o

1 La enorme significación que reviste para Foucault la discusión en torno a la génesis de la expresión sexualidad reside en el estar completamente ligada al surgimiento de una diversa gama no sólo de ciencias sino de lo que él llama "campos de conocimiento". Señala sobre el tema el pensador francés: "El vocablo [sexualidad] no apareció sino hasta comienzos del siglo diecinueve, un hecho que no debe ser subestimado ni ponderado en exceso . . . El uso de la palabra se estableció en conexión con otros fenómenos: el desarrollo de diversos campos de conocimiento (que comprendían tanto los mecanismos biológicos de reproducción como las variantes conductuales del individuo y de la sociedad); la creación de un conjunto de normas y reglamentos—en parte tradicionales, en parte nuevos—que encontraron apoyo en instituciones religiosas, judiciales, pedagógicas, y médicas" (The Use of Pleasure 3-4, mi traducción).

incomodidad sociales. Esta tentativa emprendida por Foucault permanece hasta ahora inconclusa.² Por otra parte, una sucesión de estamentos éticos, principios religiosos, discursos antropológicos, modas, malversación política del término y de sus ramificaciones, y principalmente aprovechamiento por las funcionalidades de la economía han intervenido en aquello que hoy latamente llamamos sexualidad con un proceder tan eficaz como nebuloso creando una escarpada ruta de acceso a su examen.

2 El proyecto de Foucault comprendía varios tomos—al menos seis por los resultados que arroja la documentación al respecto—sin embargo, se publicaron sólo los tres anotados en la bibliografía de este trabajo. Un cuarto tomo prácticamente concluido ("Las confesiones de la carne") no se ha publicado hasta ahora. La desafiante tarea de posibilitar teóricamente una historia de la sexualidad reunía en el historiador, antropólogo y filósofo que había en Foucault el pensador ideal para llevarla a cabo. Por otra parte, es preciso subrayar que Foucault dejó muy en claro lo que él nunca se propuso—pero que pudo haberse malinterpretado—una historia de conductas sexuales o de sus representaciones: "Lo que planeé, por tanto, fue una historia de la experiencia de la sexualidad, donde experiencia debe entenderse como la correlación entre campos de conocimiento, tipos de normatividad, y formas de subjetividad en una cultura en particular" (The Uses of Pleasure 4, mi traducción).

En su mayor parte este definido interés no deja de estar de algún modo contaminado por el pragmatismo de su utilización banal. En este tipo de encrucijadas se hace aún más auspicioso el ingreso del arte, el cual, y felizmente, como indica Sontag se desplaza siempre mucho más allá de las supuestas metas que los juicios colectivos desean adjudicarle: "Cualquier objetivo que se fije para el arte, eventualmente se prueba restrictivo cotejado con los propósitos más amplios de la conciencia. El arte, en sí mismo una forma de mistificación, atraviesa por una serie de crisis de desmitificación. Las direcciones artísticas antiguas son asaltadas y manifiestamente reemplazadas. Los mapas trillados y desfasados de conciencia son rediseñados" (4, mi traducción). Esta concepción dialéctica del arte a la cual se refiere la autora de *Against Interpretation* hace correspondencia con el sentido *transfereencial* de la visión estética de Jaramillo Levi, permitiéndole desplegar en su narrativa referida al tópico en cuestión una serie de preguntas, de las cuales una que me parece central en este respecto problematiza si acaso es verdaderamente posible hablar de conductas sexuales humanas *per se* desprendida de los códigos éticos que la rigen en determinados puntos de la civilización.

Una respuesta provisoria de tal sondeo se plasma en la capacidad metamórfica de la psiquis de sus personajes—arena movediza de sombras perfiladamente posmodernas—la cual se desdobra copiosa e ininterrumpidamente. También, en la facultad autorreflexiva de una narratividad llena de interrogaciones, propuesta en una suerte de perfil psicoanalítico que busca incorporar tanto los terrores psíquicos y vacíos existenciales de los protagonistas como las dudas del escritor. De allí la omnipresen-

te figuración de lo metaficcional en los cuentos de Jaramillo Levi. Estos retos encarados en su obra constituyen en sí una demostración creativa de que la réplica tiene visos de una compleja profundización del enigma porque es en la transformación de lo visible—es decir, de trascender una consabida tendencia al fraccionamiento de conceptos—donde más productivamente se manifiesta el poder imaginativo de los textos de Jaramillo Levi, lo cual viene a restituir en realidad el territorio de las claves artísticas si acaso prestamos atención a su fecundidad fenomenológica en lugar de su traducción hermenéutica en significados.

La obra de Jaramillo Levi—ya sea en su venero relativo al de la sexualidad o al de lo metaficcional—conecta con las estrategias del poder social y político como de las funciones que una economía determinada—sus modos y medios de producción—ejercen en los perfiles y caracterización de lo sexual, y asimismo de los acercamientos encontrados en discursos teóricos existentes al respecto, incluyendo aquéllos particularizados a través de un gigantesco subproducto trivializado en modas y medios de comunicación masivos. Por otra parte, la obra del escritor panameño ofrece una suerte de cuadro daliano que en lugar de llamarse "La persistencia de la memoria" podría llamarse "La persistencia de lo metaficcional" en el que sus textos muestran la red de encuentros contradictorios que implica el recorrido de su escritura en los avatares culturales de fines del siglo veinte y comienzos del veintiuno. Se trata, indudablemente, de una admirable producción literaria que en mi parecer ha desafiado barreras socioculturales de diversa naturaleza, especialmente aquéllas que tienden a crear zonas de vigilancia conductual. Su obra cuentística en particular

ausculta situaciones límites buscando horadar fosilizadas convenciones de imposición cultural.

Ello exige un adentramiento en los signos más punzantes de lo posmoderno, lo cual la narrativa de Jaramillo Levi parece consumir con una delectación que va más allá de los procedimientos de una estética, ejerciendo en su obra un atractivo fascinante y hasta obsesivo que es lo que precisamente genera esa extrañeza perturbadora de sus personajes quienes en su afán de hacerse invisibles a las torres de vigilancia social y al impacto carcelario de tal custodia en lo psíquico deambulan en su propio ensimismamiento, en los ademanes fallidos de introspecciones, en las retribuciones de libertad creativa y de completa soberanía que presta lo onírico, en la pulsión por rebasar lindes de todo tipo y en particular marcas genéricas, posibilitando de este modo extensivas y rápidas transformaciones de aquello que precisamente más inquieta ver en mutación. En la amenaza de una intranquilidad que puede ser angustiante, el universo de esos personajes revive puesto que ese "estado" de exaltación o desesperación es preferible al de saberse acechados, y por lo mismo controlados. En este punto, lo sexual cumple un significativo rol de irreverencia a los cánones socioculturales como de emancipación psicológica, probándose esta última en sus textos como lo más difícil dado los remanentes del temor "disciplinario" a su contravención como sugiere Foucault. Cuestión que en el caso del autor panameño le lleva por esos senderos cruzados entre eros y escritura, lo cual a su vez impulsa el concepto de duplicación psico-erótica como contravención a principios culturales de homogeneidad, y el de la plasmación de germinaciones sexuales que trascienden una concepción autárquica

de principios masculinos y femeninos. Lo concerniente a lo erótico que acabo de mencionar requiere, sin embargo, de una clarificación especialmente en torno a los referentes erotismo y sexualidad.

El soporte dinámico que Octavio Paz traza entre erotismo e imaginación: "El agente que mueve lo mismo al acto erótico que al poético es la imaginación" (10) está destinado principalmente a entender el discurso del eros como una "metáfora de la sexualidad" (49) y sobre todo a dar énfasis al hecho de que en la propia poesía están ya todos los gérmenes del erotismo no sólo en cuanto a la diseminación erótica que corre por las venas del lenguaje poético sino también por su manifiesto deseo de otredad. En la obra de Jaramillo Levi, sexualidad y erotismo funcionan artísticamente en dos planos completamente diferentes del imaginario de su narrativa. Se puede afirmar de hecho que en los cuentos del escritor panameño lo erótico funciona más bien a nivel de reminiscencias y que lo sexual en sus múltiples rostros de expresión conducida por pulsiones incontrolables, de disfuncionalidad, de vínculos con el poder y volubilidad de la escritura, de anormalidad, de saciedad y vacío adquiere una extraña, irresistible y desahogada plasticidad escritural en la que ya deja de importar—para usar una de las tantas metáforas de su narrativa—si es el espejo lo que permite el examen del cuerpo sexual o si es la fuerza de la sexualidad la que conduce a la introspección de la conciencia. En mi perspectiva—aunque esto pudiera diferir con los puntos de vista del autor—lo sexual encapsula en los cuentos del escritor panameño lo erótico, lo muestra deglutido y digerido para ir a la raíz de lo libidinoso, dejando de importar los supuestos de lo bello y lo armonioso. El diálogo que sigue

fue realizado con motivo del congreso de homenaje al autor, realizado en Panamá en julio de 2010.

FB. ¿Qué orientación artística tiene tu obra narrativa aparecida entre 2008 y 2010, específicamente *Escrito está*, *Secreto a voces* y *Justicia poética*?

EJL Estas tres obras representan, paradójicamente, tanto una continuación de ciertas actitudes abordadas en mi cuentística anterior como una incursión para mí novedosa en otros acercamientos al concepto de ficción. Lo primero es comprender que los cuentos me van saliendo de manera individual, sin ninguna idea de conjunto. Como yo no soy de planear anticipadamente la forma o actitud o enfoque que tendrá una colección de cuentos, es decir, un libro, nunca escribo pensando en tales cosas. Cada texto es un pequeño mundo que nace en sus propios términos, tanto de contenido como de forma. Es como si cada texto se diera su propia orientación, y para ello trabajara con sus propias normas. Por tanto, en muchos de mis libros suele haber diversos tipos de cuentos; y esto es particularmente así en los que he venido escribiendo a partir de 2006: realistas, poéticos, eróticos, metaficcionales, oníricos, fantásticos. Pues esa misma mezcla de tipos de cuentos se sigue dando en las colecciones más recientes. También he seguido abordando en algunos de los nuevos cuentos el absurdo y las situaciones límites con una actitud y un lenguaje que oscilan entre el humor negro y lo cáustico, poniendo de relieve lo inescrutable que muchas veces es la realidad, debido a su carácter profundamente paradójico y contradictorio.

FB. En mi lectura percibo ámbitos diferentes.

EJL Acaso lo nuevo sea mi necesidad de explorar territorios que

hasta el momento me resultaban relativamente ajenos, tales como la naturaleza híbrida del arte, la confrontación ecuánime con la vejez y la enfermedad, y la crítica del pesimismo y el desánimo enfocados desde el pesimismo y la negatividad en sí mismos. Y sí, me parece que ahora se da en mí esa mirada retrospectiva y evaluadora, que busca entender y hacer balances, y que ocurre a mi edad irremediamente porque si bien el camino que queda por explorar no deja de ser todavía prácticamente infinito, uno sabe muy bien que ya están presentes una serie de limitaciones.

FB Es muy sugestiva en tu obra la diversidad de relaciones entre memoria e imaginación.

EJL Esa retrospectiva que a uno le apetece se ve limitada por algo tan primordial y básico como lo es la memoria, o la falta de ella. Y por eso se echa mano, al menos lo hago yo, de esa otra forma de memoria que es la imaginación: esa especie de recuerdo de lo que no ha sido, o de lo que será. En otras palabras, Fernando, lo que no se recuerda se inventa, y puede ser buen material literario en la medida en que se le pueda dar semblanza cierta, estatus de realidad, la tan traída y llevada verosimilitud. Así, una de las direcciones que exploro ahora desde ángulos inéditos es la de cómo la imaginación se sobrepone a todo lo demás, lo canibaliza.

FB Esos planos de imaginación, memoria y reflexión aparecen muy claramente en tu obra poética y, claro está, crean un puente con tu narrativa.

EJL En mi caso muy particular no sé si yo hubiera podido escribir tantos cuentos durante tantos años continuos si, al mismo tiempo, no hubiera estado escribiendo poesía. Aunque mis poemas prácticamente no han sido estudiados, salvo

en sendos ensayos casi desconocidos de un par de críticos procedentes del mundo académico norteamericano, en muchos de ellos están no pocas claves de mi cuentística. No es que se trate de textos autobiográficos en sentido estricto, ni mucho menos. Pero sí tiende a haber, sin duda, una actitud exploradora de la idiosincrasia personal, de la manera de ser de uno y de la forma de aprehender el mundo. Mi poesía implica una creatividad muy introspectiva, tendiente a la reflexión. Pero eso requiere antes de una indagación que busque una vislumbre interior.

FB. ¿Hay un devenir metapoético en tu poesía, así como hay una enorme productividad metaficcional en tu cuentística?

EJL Tengo muchos poemarios en los que sobresale la metapoesía; es decir, una meditación muy clara, deliberada, en torno a la naturaleza misma de la poesía en general, y sobre el tipo de poesía que yo escribo. Y en mi caso muy particular, muchos de esos poemas hablan de sí mismos en el proceso de crearse, de llegar a ser, por lo que inevitablemente también aluden a mi visión del mundo y del arte. Tanto en *Mirada interior* (2009) como en *Todo el tiempo del mundo* (2010), la tendencia escritural es hacia ese tipo de deliberación, pero explorando muchos ángulos de mira. Claro que al mismo tiempo, o por extensión, estoy reflexionando sobre mi propio ser.

FB He notado que la producción de tus minicuentos va en aumento.

EJL Estoy preparando *Visión de conjunto: 100 microrrelatos*. A ver si alguna editorial se anima a publicar este libro, para no tener que hacerlo a la larga yo mismo como hacen tantos escritores en América Latina. La minificción que he publicado no es tan conocida como la de mis cuen-

tos. Pienso que la recepción que pueda tener o no una obra depende de muchos factores. En mi caso se trata de un asunto de difusión, por un lado; y también de no haberse fijado los críticos que a lo largo de mi obra hay un número importante de minicuentos significativos. Y digo “significativos”, Fernando, porque sé que he logrado concentrar en espacios reducidos una gran carga emocional, dramática, con recursos adecuados, en la mayor parte de esos textos breves. Espero que en un futuro no lejano investigadores y críticos especializados en esta área, como lo son, por ejemplo, el mexicano Lauro Zavala y el chileno Juan Armando Epple, la cubana Dolores Koch, el argentino Raúl Brasca y los españoles Fernando Valls y Francisca Noguerol, entre otros, tomen nota de mi aportación, la analicen y la divulguen. Es una de las cosas que quisiera todo escritor: ser tomado en cuenta por gente inteligente; si además logra la estimación de gente común y corriente, tanto mejor, claro.

FB El cuento parece ser un género predilecto para los escritores panameños.

EJL Me parece que sí y no tengo una respuesta precisa para justificar esa preferencia. Pero lo que sí sé es que prevalece una actitud de nuestros escritores de profundizar en el instante, de sacarle todo el jugo posible a la fugacidad que supone un momento significativo en la vida de alguien, de una comunidad, o en la creación de una situación especial; las exploraciones de largo alcance, de orden panorámico—las novelas—han sido más bien escasas en la narrativa panameña y, en general, con no muy buenos resultados. Nuestros cuentistas, sobre todo a partir de los años setentas del siglo pasado, son intuitivos e ingeniosos, no tienen problemas con el tiempo a la hora de po-

nerse a escribir un cuento de una sola sentada. Y una vez que uno les sale a pedir de boca, por ahí se van y ya no los para nadie, hasta que en un tiempo relativamente breve completan un libro. Se entregan completamente a la experiencia propia, a la imaginación y a sus lecturas para crear. Y han tenido logros notables. Tampoco es un secreto que es más fácil en Panamá autopublicarse una colección de cuentos, que suele oscilar entre diez y veinte textos, que hacerlo con una novela necesariamente mucho más extensa como libro, ya que ésta tardará más tiempo en completarse y, para colmo, a falta de editoriales locales, sin duda costará más dinero su publicación. Entre los cuentistas de la segunda mitad del siglo veinte hay que mencionar a Justo Arroyo, Dimas Lidio Pitty y Rosa María Britton, por sólo decir tres nombres. Y, con respecto a los representantes más recientes, mencionaría a cuentistas excelentes tales como Carlos Oriel Wynter Melo, Ariel Barría Alvarado, Roberto Pérez-Franco o Melanie Taylor, para nada más referirme a cuatro de los más talentosos. La diversidad del cuento panameño es impresionante.

FB ¿Quiénes fueron tus compañeros generacionales como escritor? ¿Qué colecciones de cuentos destacarían?

EJL Soy el más joven del siguiente grupo: Álvaro Menéndez Franco, Ernesto Endara, Justo Arroyo, Enrique Chuez, Moravia Ochoa López, Pedro Rivera, Bertalicia Peralta, Dimas Lidio Pitty, y Roberto Luzcando. En edad, Menéndez Franco y Endara son los mayores. De entre ellos, el único que publicó un solo libro de cuentos es Luzcando, también destacado poeta y en su juventud ensayista. Otro que no ha seguido publicando cuentos hace muchos años es Chuez, también no-

velista y alguna vez poeta. Los más versátiles, en cuanto a que cultivan al menos cuatro géneros, somos Endara, Pitty y yo. Menéndez Franco, Peralta y Ochoa López son fundamentalmente poetas y cuentistas, mientras que Arroyo es novelista y cuentista, y Rivera es poeta, cuentista y ensayista. Considero, y este es un juicio muy personal, que *Peccata minuta* (1969), de Pedro Rivera; *Los caballos estornudan en la lluvia* (1979), de Dimas Lidio Pitty; *Héroes a medio tiempo* (1998), de Justo Arroyo, junto con mis *Duplicaciones* (1973), son las colecciones de cuentos más importantes de esa generación. Pero tanto Moravia Ochoa López como Bertalicia Peralta representan una alta cumbre de la cuentística femenina de Panamá del siglo xx. Los cuentos de Rosa María Britton (1936) y de Consuelo Tomás (1957), que vinieron años más tarde, reforzaron esa cumbre de manera sobresaliente en su momento.

FB Quisiera que me des una relación detallada sobre tu producción. Da mareos cuando uno trata de contar todas tus publicaciones.

EJL Esto de contar los libros publicados se vuelve complicado cuando uno empieza a dudar de si las *plaquettes* o libritos de pocos textos, que en algunos casos, en la práctica sólo anticiparon la inclusión de esos mismos textos después en libros de mayor calado, deben o no ser contabilizados como publicaciones válidas en su momento, y sobre todo como verdaderos *libros*. Sin embargo, hay situaciones en que a unos pocos cuentos reunidos en un mismo espacio y con una similar intencionalidad bajo un solo título, no hay más remedio que llamarle *libro*. En este sentido, se me antoja realista empezar a contar como libros las publicaciones con nombre propio que tienen un mínimo de tres cuentos, como fue el caso de mi primera colección de

cuentos, a la que siempre he llamado libro: *Catalepsia* (1965); sin duda “tres” es una cifra arbitraria, pero me sirve para sustentar mejor mi propia realidad literaria. Entonces, Fernando, vistas así las cosas en mi caso muy particular, yo tendría que hablar de veintiún libros de cuentos publicados (incluyendo las *plaquettes*), sin contar antologías, reediciones ni traducciones.

FB Entiendo que *Relatos* (1973), *3 relatos antes* (1995) e *Híbridos* (2004) no partieron con la idea de ser colecciones de cuentos.

EJL Las tres obras son pequeñas *plaquettes*. Allí aparecen unos pocos cuentos que después recogería junto con otros cuentos nuevos para formar parte de libros más cabales que después se publicaron. Me explico: de los cuatro cuentos que integraron *Relatos*, dos de ellos después entraron a *Duplicaciones*, que se publicó en el mismo año de 1973, y los otros dos a *El búho que dejó de latir*, que es de 1974. Los tres que formaban parte de *3 relatos de antes* habrían de integrarse después de manera definitiva a *En un abrir y cerrar de ojos* (2002). Y los nueve que estaban en *Híbridos*, luego fueron parte definitiva de *Para más señas* (2005). Es decir, esas tres *plaquettes* funcionaron en su momento como anticipos de libros mayores que aún estaban por nacer.

FB ¿Es la misma situación con *Tocar fondo* publicado en 1996?

EJL Es un libro pequeño. Más tarde incorporaría siete de esos cuentos como una sección de mi libro *Caracol y otros cuentos* (1998); sólo un cuento quedó fuera: “Aniversario”, porque luego me pareció muy fuerte, por tratarse de un caso de necrofilia.

FB Tu labor como compilador es también amplia.

EJL Son catorce antologías y compilaciones en torno a la literatura panameña, mexicana y centro-

americana, además de otras dos de autoría compartida; un libro de entrevistas a escritores panameños; tres compilaciones de estudios de autores panameños sobre el tema del Canal de Panamá (cuando se negociaba con los Estados Unidos su devolución), prologadas por mí; un libro de naturaleza didáctica de autoría colectiva sobre Investigación Documental. También me gustaría señalar que hay siete libros que se han publicado (en Panamá, Costa Rica y los Estados Unidos) en torno a mi obra literaria: varias de autoría individual y otras de autoría colectiva; así como una recopilación bastante exhaustiva de entrevistas que se me han hecho entre 1966 y 1999 (33 años), titulada *Referencias cruzadas. Entrevistas al escritor panameño Enrique Jaramillo Levi*, de Elba D. Birmingham-Pokorny y Clementina R. Adams (1999).

FB ¿Alguna obra que escribieras antes de iniciarte profesionalmente como escritor?

EJL Tengo una novelita breve de la que no suelo hablar, por adolescente, prematura y cursi: *Más fuerte que el pecado* (1961). La escribí a los dieciséis años y la publiqué en Colón, mi ciudad natal, a los diecisiete recién cumplidos. Fue una publicación hecha en papel periódico. Desde la perspectiva de hoy me da un poco de vergüenza. Me refiero a haber salido a la luz por primera vez de esa forma tan primitiva, en un librito hecho con hojas tipo papel periódico, con una serie de anuncios en la parte de atrás, y siendo una novela primeriza, literariamente floja. Pero bueno, así empecé. Cómo negarlo. Esa novelita representó mis principios. Fue lo primero que hice público.

FB Desde el año 2005 hasta el 2010 has publicado diez colecciones de cuentos, incluidas varias antologías que recogen cuentos diversos. Es verdaderamente admirable.

EJL Son ya cerca de 50 años de estar escribiendo, Fernando. Desde los años sesenta. Aunque la cosa realmente arranca en forma hacia 1968, estando en el taller de escritores del Departamento de Inglés de la Universidad de Iowa, en Iowa City, mientras hacía mi Maestría en Creación Literaria ahí. Al menos ahí parte de modo profesional, con plena conciencia de mis responsabilidades como escritor. Por cierto, no sé si sabes que mi tesis de graduación para optar al Master of Fine Arts (MFA) in Creative Writing fue una novela que tuve que escribir en inglés *A Kind Of Search*. No sé dónde quedó al cabo de los años. Me gustaría tratar de rescatarla alguna vez. La última vez que conté desde el principio, incluyendo los tres cuentos que considero defectuosos de mi primer libro en este género, *Catalepsia* (1965), hasta los inéditos más recientes, la cifra andaba por los 611 cuentos. Mi producción cuentística ha ido en aumento al tiempo que simultáneamente escribo una novela, nuevos poemas y nuevos ensayos, además de estar leyendo mucho sobre el nuevo cuento panameño para *Tiempo al tiempo*, la ambiciosa compilación que elaboro.

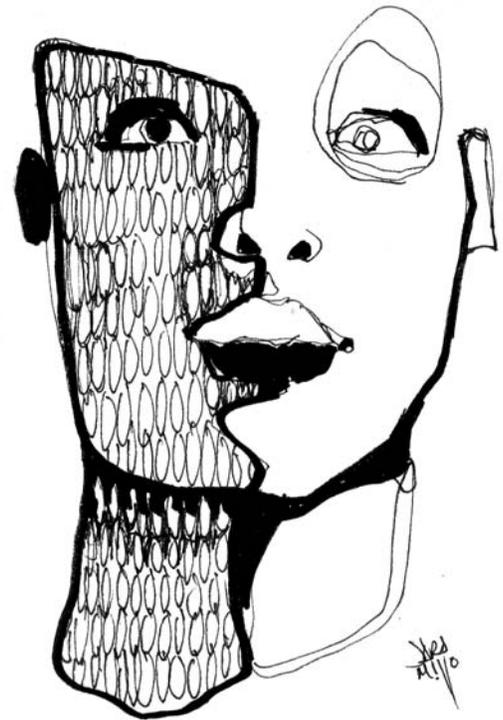
FB Se han publicado al menos siete antologías de tus obras.

EJL Yo las llamo “antologías personales”, porque en todos los casos yo mismo las preparé, y busqué de una forma u otra su publicación en México, Costa Rica, Panamá, El Salvador. La de más trascendencia divulgativa es *Cuentos enigmáticos* (2006), por haber sido publicada por una transnacional editorial con oficinas en Panamá: Norma; su premisa unificadora es el concepto de lo “enigmático” o extraño en los cuentos, como lo sugiere el título mismo del libro. Algunas son de tipo sub-genérico/temático, como *Caja de resonancias*, selección de cuentos fantásticos, y *Rom-*

per el molde, de cuentos eróticos; otros tienen parámetros ligados a la extensión de los textos: *El vendedor de libros* (largos) y *Cuentos de bolsillo* (minicuentos); otros más son de tipo general, sólo buscan escoger algunos de los cuentos que considero mejores en un momento dado: *La voz despalmada* y *Senderos retorcidos*. Como se sabe, en general, las antologías pretenden escoger con mucho rigor lo mejor o más destacado de algo; y los criterios suelen variar. Son una buena manera de difundir aspectos específicos de la producción de un autor que se quieren destacar o dar a conocer en una nueva luz; lo cual me parece, más que válido, conveniente hacerlo cada cierto tiempo, una vez se tiene ya una obra cimentada y amplia.

FB Considerando tu extendida trayectoria cuentística, me parece que es hora de reunir todos tus cuentos en uno o dos tomos. Debe ser abrumador para ti tomar distancia y reflexionar sobre tantos años “en el camino”.

EJL En esa trayectoria veo la suma de la gran mayoría de mis rutas creativas convertidas en textos palpables, susceptibles de ser leídos, degustados, valorados como parte de una vida dedicada a la literatura. Veo la otra mitad de mi vida, la que empezó en mi mente y termina en la de quienes se dignen leerme, lo cual a su vez es una interpretación de mi visión de mundo. Veo una de las repre-



sentaciones más sentidas de mi amor por la palabra, sobre todo la palabra escrita, siendo las otras mi obra poética y mi obra ensayística, igualmente válidas, pero acaso menos tomadas en cuenta por los lectores. Veo todo esto y me sorprende. Porque en verdad es mucho lo creado, y en muchos momentos de mi vida, y de alguna manera esa gran cantidad de cuentos sintetiza esa vida en tanto la complementa a veces, la explica otras, la inventa a menudo. Y hay situaciones que recuerdo y creo más reales en su formulación en la ficción que algunas otras que vagamente recuerdo como parte de la experiencia real. Es algo un poco surrealista, sobre todo en la medida en que la inmensa mayoría de esos cuentos me satisfacen todavía, no los quiero borrar de mi pron-



tuario literario ni deseo corregirlos mucho. En cuanto a lo que sugieres de publicarlos como *cuentos completos* (que nunca lo serán) o cuentos reunidos, dada la magnitud de tal empresa, tendría que hacerse en varios tomos de formato amplio. No estoy seguro que una editorial quisiera emprenderlo ahora ni en un futuro próximo. No sólo sería muy costoso sino que carezco del prestigio internacional que justifique tan arriesgada aventura editorial. Sin embargo, estoy muy confiado en la calidad de la mayoría de esos cuentos, y sé que serían de provecho para lectores inteligentes y sensibles. Tengo derecho a soñar con la posibilidad de dejar un legado, facilitándoles la labor a los lectores, a los escritores que vengan más adelante, sobre todo los de mi país. Para lo cual una recopilación

que sea exhaustiva, continua, coherente, y preferiblemente también anotada y comentada. ¿Qué mejor entonces que pensar en la existencia futura de un libro grueso; o, para ser realista, distribuido en varios volúmenes, que se llame *Cuentos reunidos*, en donde se congregue prácticamente toda mi obra cuentística, que tal vez sea lo mejor de mí como escritor, como artista?

FB Las temáticas de la sexualidad y del erotismo cruzan prácticamente toda tu obra narrativa desde *Duplicaciones* (1973) hasta *Escrito está* (2010). Se encuentra, además en tu poesía y en tu obra dramática.

EJL Lo erótico y lo sexual son en el fondo una misma manifestación de mi expresión vital y plástica frente a la experiencia humana. Es obvio que en la poesía lo erótico se

torna más personal, más íntimo, menos literaturizado. En los cuentos la ficción predomina, hay mucho de invento, de estructuración, suele haber una trama que va y viene y se desenvuelve de cierta manera. El erotismo es infinitamente más complejo en mi narrativa, probablemente porque el género lo permite, lo propicia. En la ficción debo lidiar con personajes que no necesariamente son mis dobles, hay que diversificar, ser el otro; y eso complica el asunto. Uno puede escribir poemas eróticos por el gusto de hacerlo, por la emoción misma, ya sea recreada o inventada; pero un cuento es distinto: por lo general debe haber una historia detrás, una trama mínima, algún tipo de desenlace, aparte de características ambientales y de personajes. Lo explícito es, en esos casos, no simplemente un regodeo lúbrico sino una impronta inevitable, determinante. Una pulsión vital. En cuanto a lo erótico como concepto más amplio que incluye sexo, amor, lubricidad de la existencia, estaría casi toda mi obra. Para mí lo erótico incluye la fantasía, lo que la imaginación añade a la pura sexualidad. La imaginación completa la realidad y le suma sus ingredientes siempre imprevisibles, haciéndola más interesante sexualmente. En muchos casos, el erotismo está más en su construcción y despliegue en la mente que en el cuerpo, donde por supuesto predomina lo carnal.

FB. ¿Cuál ha sido tu experiencia como conductor de talleres literarios?

EJL He tenido bastante suerte al conducir talleres de cuento. Me refiero a que por lo general me han tocado más buenos prospectos de cuentistas que malos. Y quienes no sirven para esto suelen irse apartando solos, después de varias sesiones en las que sus textos son severamente criticados. Asimismo, algo semejante

ocurre en general con el Diplomado en Creación Literaria que fundé en 2001 en la Universidad Tecnológica de Panamá, y que todavía se convoca anualmente: tiene talleres en todos los géneros, así como cursos breves sobre teoría literaria, literatura panameña, y grandes obras de la literatura universal. Y esos talleres son dictados, cada cual con su estilo, por profesores y escritores destacados.

FB ¿A qué elementos das más énfasis en los talleres?

EJL Aunque no todos los coordinadores o conductores de talleres lo entienden así, me parece que en los talleres mismos debe haber un componente teórico y otro práctico, independientemente del orden en que se presenten: varias sesiones teóricas iniciales sobre ciertos asuntos básicos en torno a la ficción, al género cuento y sus diversas concepciones, una serie de lecturas iniciales fundamentales que deben hacerse en casa y discutirse en clase, todo esto antes de leer y discutir los cuentos de los participantes; o bien, irlo haciendo más o menos de forma simultánea o alternada. Se puede comenzar con ejercicios diversos en los que se ejercitan componentes básicos, de cajón por conocidos, de la narrativa tradicional, tales como: descripción, narración, exposición, diálogos, monólogos interiores, práctica del uso del punto de vista narrativo con cambios o variantes en las diversas personas gramaticales, manejo de los tiempos, de los tonos; construcción de personajes, de atmósferas, de escenas. Esto, ya sea en clase o a manera de tareas a entregar, y en ambos casos discutir luego en clase esos textos. O se puede entrar en materia leyendo y discutiendo en clase, desde el principio, cuentos que ya han sido escritos por los participantes, e ir entrando en discusiones teóricas a medida que la discusión lo amerite o exija. El

asunto es que en el taller se despliegue una franca y abierta libertad de creación, se respeten las opiniones, no se ataque a nadie por sus ideas o estilo, y siempre se procure ser constructivo en la crítica a fin de salvar lo salvable de los textos en discusión. En todo caso, yo exijo a mis alumnos traer fotocopias de sus textos, que se llevan a casa, se leen, y en donde se anotan comentarios responsables, y es hasta la siguiente sesión cuando empiezan a discutirse. El profesor, que siempre debe ser un escritor respetado por su trayectoria, dirige la discusión, la orienta, y se reserva su opinión para el final. Después, el autor puede revisar los comentarios, y dar las explicaciones que estime convenientes. He escrito un artículo sobre el funcionamiento que para mí sería ideal en un taller literario. Forma parte de mi libro de ensayos, artículos, prólogos y entrevistas: *Gajes del oficio* (2007), titulado “Los círculos literarios y los talleres literarios”.

FB ¿Cómo nace *Por obra y gracia. Hacia una poética del cuento*? ¿Por qué escribir un libro de 310 páginas sobre un género literario —el cuento— que has cultivado durante tanto tiempo y que además dominas?

EJL Nace precisamente de esa larga experiencia, de ese dominio, pero también de mi deseo de transmitir a otros—sobre todo cuentistas en ciernes—algunos de los conocimientos y de las prácticas que ayudan a entender mejor el género, y a desarrollarlo mediante una obra personal si se tiene genuino talento y cosas interesantes que contar. Pero también es una lectura para escritores más experimentados que podrían encontrar útil comparar notas conmigo en cuanto a su propio quehacer escritural. Y, además, pretende interesar a los buenos lectores de cuentos, o a los que quisieran serlo, en torno a una serie de premisas fundamentales

relacionadas con el arte de escribir en general, y con el de crear cuentos artísticos en particular.

FB Obviamente no intentas prescribir en este libro.

EJL No es un manual ni un libro de preceptiva literaria, sino más bien un acercamiento a las reflexiones de un cuentista experimentado, quien al mismo tiempo ha investigado a fondo sobre este difícil género y conducido muchos talleres de cuento, antologado a muchos autores panameños, y publicado a muchos otros como editor independiente. Es decir: en ese libro se funden las experiencias del creador, el docente, el investigador, el antólogo y el editor, en un afán por transmitir un caudal de conocimientos adquiridos con los años, pero procurando hacerlo de tal manera que no se sienta un exceso de sofisticación académica que impida o limite una captación plena por parte de algún tipo de lector. No se trata, tampoco de un libro de texto tradicional (aunque algo tiene de esto en tanto en ciertas secciones ilustra conceptos y técnicas con ejemplos creados *ex profeso* para ese fin), porque en estricto sentido no lo es. Algunos capítulos están integrados por auténticos ensayos que, en términos generales o específicos, reflexionan acerca de diversos aspectos de la creación literaria, la ficción, y el género *cuento* en algunas de sus muchas variantes históricas y formales; pero otros fueron publicados originalmente como artículos de opinión, reseñas, prólogos o presentaciones en torno a temas relevantes del acontecer literario panameño o acerca de nuevas obras cuentísticas de autores nacionales. Esto significa entonces que *Por obra y gracia* tiene una composición diversa, híbrida si se quiere, y que en su objetivo didáctico—sólo una de sus pretensiones—se acerca a sus materiales desde muy diversos ángulos o puntos

de mira, dando por resultado una variedad de perspectivas y, por tanto, de resultados. Además, tiene una amplia y utilísima bibliografía de consulta, en español y en inglés.

FB ¿Lo escribes en primera persona?

EJL Sí. El libro mantiene un enfoque absolutamente individual de principio a fin. En todo momento queda claro que las reflexiones que se busca transmitir son las de un escritor que, como profesor de literatura, también ha enseñado la materia; pero sobre todo, que son el resultado de una experiencia muy concreta, muy personal, y por tanto de una visión igualmente personal. Es una suerte de memoria reflexiva o legado que, en vez de que con el tiempo se perdiera, quise recuperar, y que finalmente pude concentrar en poco más de trescientas páginas de formato amplio.

FB Pero tú ya habías escrito otro libro similar, publicado en 1998: *La mirada en el espejo –El arte de la creación literaria: visión de mundo, razón de vida*. Hasta donde sé, ningún otro autor panameño se había preocupado por ocuparse de un tema literario tan específico, ni antes de ese libro ni antes de éste nuevo. O sea que aquél ya cumplía una misión. ¿Por qué no dar por concluido ese ideal didáctico tuyo en esa obra, o simplemente reeditarla ampliada?

EJL Porque lo que pugnaba por nacer desde hace varios años era en realidad otra cosa, otra obra, con una concepción mucha más compleja, variada, mejor documentada. Siempre sentí que aquel otro libro me había quedado incompleto, que faltaba información y conocimientos teóricos, atribuibles sólo a mis propias limitaciones. Si bien *La mirada en el espejo* por un tiempo sirvió su propósito—ser usado con provecho en talleres literarios de cuento—tenía la

impresión de que faltaba ampliarlo mucho más, ilustrarlo con ejemplos (que podían ser tomados de otros autores, o de mi propia obra). Y un buen día caí en la cuenta de que no quería simplemente ampliarlo, sino escribir otro desde el principio, de raíz. Y eso hice, Fernando. Aunque parezca increíble, lo escribí en seis meses, de enero a junio de 2008, casi de un tirón, como si se hubiera estado gestando poco a poco en mí (y de hecho debe haber sido así) y sólo aguardara el momento propicio, mágico, para salir del cascarón, para desbocarse en palabras. Si cotejas ambos libros, verás que son bastante diferentes. Lo único que tienen en común es una pequeña sección en la que recopilo y cito lo que dicen algunos autores hispanoamericanos acerca del cuento, cosa que también hice en el libro anterior pero con autores distintos. Por cierto, habrás visto que algunas de esas citas provienen de tu voluminoso libro (720 páginas): *Los escritores y la creación en Hispanoamérica*, publicado en 2004 por Editorial Castalia, de Madrid (en el que, por cierto, aparece un trabajo ensayístico mío al respecto, que también recojo en *Por obra y gracia*, titulado “Autorreflexión y epifanía de la escritura”). Esa obra tuya, Fernando, con las reflexiones de los muchos autores sobre su quehacer cuentístico, ha sido una lectura mía de cabecera durante muchos años, y se la recomiendo a cualquiera que se interese por estos temas; incluso en la parte introductoria de esa sección de mi libro me permito abiertamente recomendarlo. Porque su valor es inmenso, en tanto recopila y plasma, a su vez, tantas reflexiones individuales originales, genuinamente valiosas. Pero volviendo a lo de mi libro anterior sobre el cuento, sólo añadiré que en cierto sentido se complementan, ya que aquél tiene un capítulo sobre los orígenes del cuento, que creo está

bastante bien, y que me pareció redundante retomar en la nueva obra.

FB Los tipos de cuentos en los que te detienes a reflexionar en este libro, y acerca de los cuales incluyes cuentos tuyos como ejemplos, son: realista, fantástico, onírico, metaficcional y erótico. Por supuesto, no es casual que esos sean precisamente las clases de cuentos que básicamente has producido en tu quehacer literario. Pero hay otros cuentos de muy diversa clase o denominación si hubiera que definirlos nominal o temáticamente por lo que más se destaca o prevalece en ellos: líricos, policíacos, metafísicos, mágico-realistas, filosóficos, políticos, históricos, humorísticos.

EJL Evidentemente. Hablo en el libro sobre lo que más conozco, sobre lo que yo mismo practico, acerca de lo que soy capaz de ilustrar con mis propios cuentos. Por eso te decía antes que se trata de un libro muy personal, de ahí que no sea una obra que resulta de la investigación erudita. No es, de ningún modo, un libro académico; ni era esa su intención. Yo ahí aclaro desde el principio que hay otros muchos tipos de cuentos, y que sólo voy a hablar de cinco. Además, el tono y la intención no son dogmáticas, no buscan imponer nada: ni una estética, ni una ideología. Sólo pretendo en sus páginas compartir mis criterios, mi visión de la realidad, de la literatura que se puede generar a partir de esa realidad; mi visión del cuento. Reflexionar sobre una forma de escribir: la mía. Pero sin negar ninguna otra. El lector tendrá que tomar nota, buscar otras visiones, descubrir poco a poco la suya propia; y luego ver qué hace en la práctica escritural con todo eso.

BIBLIOGRAFÍA

Bataille, Georges, 1971: *El erotismo*. Trad. de Juan Giner. Barcelona: Editorial Mateu.

Foucault, Michel, 1988: *The Care of the Self*. Trad. Robert Hurley. Vol. III. N. York: Random.

Hierbabuena

POR MADY MIRANDA DE ÁLVAREZ

---, 1990: *The History of Sexuality*. Trad. Robert Hurley. Vol. I N.York: Random.

---, 1990: *The Use of Pleasure*. Trad. Robert Hurley. Vol. II N. York: Random.

Jaramillo Levi, Enrique, 1973: *Relatos*. Veracruz, México: Ediciones Cosmos.

---, 1974: *El búho que dejó de latir*. México: Editorial Samo.

---, 1975: *Renuncia al tiempo*. Guadalajara, México: Departamento de Bellas Artes.

---, 1988: *Caracol y otros cuentos*. México: Alfaguara.

---, 1990: *Duplicaciones*. Tercera edición. Madrid: Orígenes.

---, 1992: *El fabricante de máscaras*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura.

---, 1993: *La estética de la esperanza (1971-1993)*. Dos tomos. Panamá: Fundación Editorial Signos.

---, 2002: *En un abrir y cerrar de ojos*. Bogotá, Colombia: Alfaguara.

---, 2002: *Luminoso tiempo gris*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma.

---, 2005: *Para más señas*. Caracas: Alfadil Ediciones.

---, 2005: *Romper el molde*. 29 cuentos eróticos. San José, Costa Rica: Uruk Editores.

---, 2006: *Gato encerrado*. Panamá: 9 Signos Grupo Editorial.

---, 2006: *En un instante y otras eternidades*. Panamá: Editorial Mariano Arosemena.

---, 2008: *Justicia poética*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.

---, 2008: *Secreto a voces*. San José, Costa Rica: Uruk Editores.

---, 2008: *Por obra y gracia (Hacia una poética del cuento)*. Panamá; Universidad Tecnológica de Panamá

Lacan, Jacques, 1999: *On Feminine Sexuality. The Limits of Love and Knowledge*. Trad. Bruce Fink. N. York: Norton.

Paz, Octavio, 1993: *La llama doble. Amor y erotismo*. Barcelona: Seix Barral.

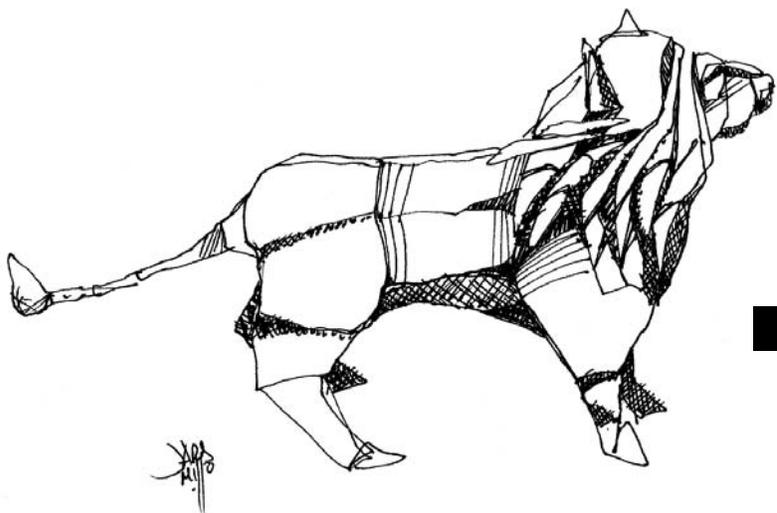
Sontag, Susan, 2002: *Styles of Radical Will*. N. York: Picador USA & Farrar, Straus and Giroux.

FERNANDO BURGOS: Chileno, catedrático de la Universidad de Memphis, en Tennessee, Estados Unidos. Es uno de los más importantes críticos literarios hispanoamericanos, especializado en cuento. Su libro más reciente: **Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi** (INAC, Panamá, 2010).

Llegué a casa justo antes del amanecer. Vi el balcón sucio y aproveché que la escoba estaba a la mano para limpiar un poco. Al sentir mi presencia el gato se acercó a saludarme. Dejé la escoba a un lado y lo acaricié un poco mientras admirábamos el mar en el tenue resplandor que anunciaba la mañana. Luego revisé las plantas que tenía en potes. La albahaca morada, la ruda, la salvia y la sábila estaban muy lindas. La hierbabuena necesitaba poda, así que le quité algunas hojas. Las llevé a la cocina, las amarré con un lacito rojo y las colgué para que se secaran. Puse la cafetera a colar mi primer café del día. Volví al

balcón para tomar la escoba y guardarla antes de que te despertaras pero llegué muy tarde. La viste llena de rocío de la noche y luz de luna. “Dijiste que aquí en la ciudad no andarías en eso”. “Lo sé. Pero mi amiga necesitaba mi ayuda y como están las cosas es más seguro viajar así que en el carro”. Sonreíste, moviste la cabeza desaprobando y fuiste a servirme mi café mientras el sol pintaba de colores las nubes sobre el mar.

MADY MIRANDA DE ÁLVAREZ. Nació en David, Chiriquí, en 1964. Profesora de Artes Visuales en el Colegio St. Marys, es Técnico en Artes Plásticas y Licenciada en Educación para el Hogar. Ha publicado cuentos en el libro colectivo **Letras cómplices** (Panamá, 2007), así como en la revista “Maga” y en el suplemento cultural “díaD” del diario Panamá América. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2006 de la UTP.



UNA ANTIQUÍSIMA PARÁBOLA SE PONE DE MODA

POR JORGE KATTÁN ZABLAH

Salvadoreño

A Don Torcuato Enríquez López

Don Macario Cárcamo, cronista oficial de Cojontepeque, decidió un día realizar un periplo por algunos de los pueblos más remotos del país. Fue así como arribó a una curiosa localidad escondida entre escarpados riscos que en el verano la protegían de los inclementes ventarrones y en el invierno le servían de abrigo contra el intenso frío.

Don Macario notó de inmediato que la población entera se encontraba participando en una fiesta que parecía no tener fin. Y, en efecto, no lo tenía, como vendría a saberlo después. Los altoparlantes ubicados estratégicamente en todos los rincones del villorrio vomitaban a todo volumen los sones en boga, provocando una visible alegría contagiosa entre los lugareños. Unos bailaban, otros libaban. Había también los que cantaban, los que comían hasta el hartazgo, los que estaban involucrados de lleno en juegos de azar y los que, formando animados corrillos, se dedicaban a despellejar inofensivamente al prójimo.

Al anciano cronista le daba la impresión de que a ninguno de los moradores le importaban un pepino las tribulaciones, dolores, sufrimientos y tragedias que afectaban al resto de los

ciudadanos de la nación porque allí el júbilo imperaba por doquier, y la verdad era que hasta los gatos, perros y chanchos callejeros se habían contaminado del irresponsable jolgorio. Aquella algarabía ahogaba los porfiados mujidos de las vacas en celo, los relinchos lujuriosos de los garañones y los rebuznos obscenos de los burros enamorados. Al mismo tiempo, Don Macario pudo observar con sus ojillos casi glaucos que muchos hombres y mujeres dormitaban a pierna suelta sobre el empedrado de las callejuelas y en las aceras, seguramente a consecuencias del cansancio y de haber ingerido licor sin comedimiento alguno. Ante aquel espectáculo entre paradisiaco y diabólico, un forastero cualquiera podría aseverar que la amargura, el desengaño, la desesperanza y las contrariedades de la vida habían sido desterradas de aquel diminuto mundo surrealista.

Mas lo que realmente tomó por sorpresa al desprevenido cronista fue constatar que allí nadie mostraba el menor interés en trabajar, prefiriendo zambullirse hasta el fondo en aquel océano de esparcimiento y holgazanería. Y aunque su incredulidad lo impulsó a frotarse los ojos repetidas veces, todo fue en vano porque lo que él veía no era producto de una alucinación, sino la pura realidad. Al principio,

sus pensamientos sobre las escenas que estaba presenciando se echaron a trotar con cierta parsimonia, pero no tardaron en transformarse en desbocado galope.

Impulsivamente, Don Macario interrumpió la juerga de uno de los lugareños con el propósito de despejar algunas de las interrogantes que lo asediaban y mantenían en un estado de soberana confusión:

—Dígame, buena señora, ¿qué fiesta es ésta que con tanto entusiasmo y pompa se está celebrando?

—Usted, por lo visto, es afuerino, caballero. Se le nota por la vestimenta y, en particular, porque es el único que anda con caites – respondió, dejando escapar una sonrisita estran- gulada.

—Lo que usted dice es la merísima verdad. Aquí sólo yo llevo sandalias y ropa hecha de sacos de harina, como es la costumbre en todas las otras localidades rurales del país.

—Mire, le voy a decir la verdad, señor forastero. Hace ya casi cuatro años que nosotros nos vestimos así, con galas hechas en la capital o en el extranjero. Por estos lados, los caites ya pasaron a la historia. Nosotros, como ha podido ver, calzamos botas, botines, mocasines y zapatos de tacón alto de los mejores cueros y los más lindos estilos.

—Sí -dijo lacónicamente el cronista-, ya lo había notado. Y agregó: ¿Y de dónde han sacado el dinero para mercar todas esas cosas, si aquí, por lo que he podido apreciar, nadie trabaja?

Y la señora, con gran derroche de cinismo, le respondió claro y pelado:

—Perdone usted, buen señor, pero hoy en día, como usted debería de saber, gran parte de los pobladores de nuestro villorrio vive en Estados Unidos y en otros lugares, y todos ellos son tan generosos que nunca se olvidan de mandarnos dinero religiosamente. Ahora, seamos francos, y dígame usted, ¿para qué

demonios tendríamos nosotros que laborar como antes si la plata nos llega puntualmente en esas abundantes remesas? ¿No le parece a usted que sería una tontería ponernos ahora a labrar la tierra y hacer tantos esfuerzos físicos que, por lo demás aseguran los entendidos que son tan malos para la salud? Cuando necesitamos mano de obra, la traemos de afuera; pero, eso sí, ninguno de los que somos de por aquí se rebaja a hacer esas labores. En esta villa de Dios, el único idiota oriundo de este lugar que trabaja es Fulgencio Aguirre....Mírelo, ahí va. Es el limpiabotas del pueblo... Dicen que está trastornado....

No había terminado de cerrar la boca la señora interpelada cuando Don Macario la dejó plantada ahí mismo y a paso acelerado salió a darle cacería al tal Fulgencio. Y tan pronto lo alcanzó, entabló con él el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, amigo. Disculpe, no soy de por aquí...Me llamo Macario Cárcamo.

—¿Dijo usted que se llamaba Macario Cárcamo? ¿El famoso Don Macario, cronista de Cojontepeque?

—El mismo; pero lo de famoso, no sé. Eso sí, yo soy Macario Cárcamo, cronista oficial de Cojontepeque, para servirle.

Fulgencio, hombre de rostro endurecido por los obstinados reveses de la vida, resultó ser una persona de fácil conversación y de palabra directa.

—Yo he oído hablar muy bien de usted. Sé que no quiere que le limpie los zapatos, porque los caites, como los que usted lleva puestos, nadie los lustra... Dicen que usted, con sus sabios cuenteretes, sabe arreglar cualquier enredo...¿En qué puedo servirle?

—Según me acaba de contar una señora, fuera de usted, aquí todos son enemigos del trabajo porque con las remesas que vienen del extranjero tal cosa se vuelve innecesaria.

—No le han mentado, Don Macario. Es la purísima verdad.

—Pero, y usted, ¿ por qué trabaja, entonces? ¿No tiene usted también parientes en el Norte y en otros lugares?

—Sí, los tengo...Y al principio me mandaban remesas, pero a los pocos meses me cansé y les dije que, por favor, ya no me enviaran dinero, que prefería valerme por mí mismo, como ha sido la tradición de toda mi familia. Aquí, entre nos, yo sospecho que esta bola de juerguistas algún día va a recibir un castigo divino, ejemplar...Como ha podido ver, señor cronista, aquí todo el mundo está enfiestado. Cuando les pasa el cansancio y la embriaguez a los que están durmiendo en las calles, despiertan y se incorporan a este relajó. Entonces, otros caen al suelo como guineos maduros y empiezan a roncar, y así sucesivamente se van turnando. El asunto es que aquí todo es diversión y fiesta, amigo...Una feria eterna.

—Me parece que sus ideas, mirándolas detenidamente, tienen sentido.

—Así pienso yo también, pero aquí me tienen por loco y descriteriado - Y continuó con encendidas palabras:

—Es que esto no puede ser, Don Macario, porque ese dinero que viene de nuestros parientes pobres que están afuera, a donde han ido en busca de un sueño que no se puede alcanzar, y donde en este mismo momento están sufriendo penurias, discriminación y otras injusticias, debería ser usado para ayudar a que mejoren los más pobres, que somos nosotros, y no para malgastarlo, como se está haciendo en este caserío. ¡Es un desperdicio sin nombre! ¿Qué dice usted, Don Macario? ¿Estoy loco o no? ¡Usted dirá!

—Pues no me lo va a creer usted, pero aquí mismo ando llevando en el bolsillo algo que leí recientemente en una vieja gaceta de mi comarca. Estoy seguro de que a usted, Fulgencio, le viene al pelo. ¿Qué le parece si nos acomodamos bajo la sombra de aquel frondoso conacaste para que se lo lea?

—Magnífico, así también logro descansar aunque sean unos quince minutos.

Y luego de que ambos se instalaron cómodamente, el cronista, calándose las antiparras sobre su roñosa nariz, engoló la voz y dio comienzo a la lectura:

DE CÓMO LO BUENO Y ABUNDANTE RESULTÓ DAÑINO

Un día de tantos, Dios, mostrando acusada preocupación en el semblante, llamó a San Pedro a gritos despepitados. Era obvio que el asunto era urgente no sólo por los chillidos que había pegado, sino también por lo que le dijo a su predilecto empleado celestial:

—Mirá, Perico, ¡llamame inmediatamente a todos los miembros de mi gabinete! Tengo que resolver un asunto que no me deja conciliar el sueño.

En cuestión de segundos ya estaban los santos reunidos alrededor de su admirado Jefe Supremo, cada uno de ellos acomodado sobre una nube. Dios, tal como le correspondía por su elevada jerarquía, hizo lo propio, despenancándose sobre un cirro muy grande y esponjoso. Y así dio comienzo aquella insólita asamblea plenaria a abocarse a la cuestión que el Jefe Máximo traía entre manos.

Dios les dijo que había estado observando con mucha atención lo que ocurría en un pueblucho centroamericano que ni en el mapa aparecía, donde los sufridos lugareños laboraban sin parar, a veces hasta dieciséis o veinte horas al día. Lo dicho incluía, además de hombres recios, a niños, mujeres y ancianos, según les hizo ver en aquella patética oportunidad. En seguida, y sin poder esconder su divina irritación, les dirigió la palabra en estos términos:

—Hermanos, os he mandado llamar para que me ayuden a encontrarle solución a esta tragedia humana que os acabo de relatar.

Lo cierto es que allí se barajaron muchas ideas, casi todas buenísimas, pero la que indicó San Judas fue la que prevaleció y la que más le agradó al Supremo Hacedor.

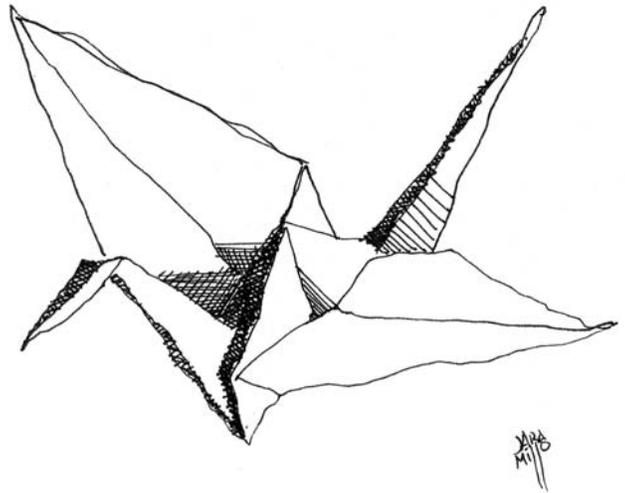
San Judas sugirió, con todo respeto, que para acabar con aquella reprochable injusticia sería bueno que Tata Dios hiciera llover moneditas de oro en el villorrio de marras. Sostuvo que tal milagro vendría a traerles felicidad a los lugareños y acabaría por sécula seculórum con los trabajos inhumanos que tenían que realizar cotidianamente para subsistir.

Y como Dios no se anda con babosadas, al poco rato estaban ya cayendo, o mejor dicho lloviendo, las moneditas de oro puro, de 24 quilates, sobre todo el pueblucho.

La reacción de los lugareños no se hizo esperar.

Lo que Dios y su gabinete presenciaron desde las alturas fue algo similar a lo que sucede cuando se revienta una piñata, pues todos arriesgaban sus vidas por coger más y más de aquellos dulces metálicos. Hubo sopapos, coscorrones, empellones, arañazos, soplamocos y hasta más de algún garrotazo que llenaron de horror a quienes observaban el evento desde los más altos círculos del cielo, pero como una vez que hubo pasado un tiempo prudencial se impuso la calma, allá arriba todos se tranquilizaron.

Día a día, Dios supervisaba personalmente, por así decirlo, su extraño proyecto. No tardó mucho en notar que desde que cayó la lluvia bendita la gente había abandonado por completo sus labores cotidianas, cosa muy ajena a sus propósitos, entregándose a un desenfundado jolgorio. Decir que estaba contrariado habría sido un eufemismo porque, la verdad sea dicha, hasta humo le salía de sus divinos oídos. De pronto, entre tanta celebración y despilfarro, notó algo que le llenó el pecho de profundo orgullo. Divisó a una persona, la única en la localidad que no participaba en absoluto en



aquel reprensible derroche. Se trataba de Catarino López, el zapatero del pueblo, hombre cuya minúscula nariz apenas emergía de su redondo rostro, pero poseedor de una integridad humana gigantesca. Al parecer, este ciudadano no se dejó llevar por aquel manjar dorado y prefirió continuar con su trabajo rutinario, bufando y sudando. Después de todo, los que habían participado en la piñata le compraban zapatos, pagándole, aunque mezquinamente, con las mismas moneditas que habían recogido y que, fuera de los golpes, empujones y trancazos de que hablamos, no les había costado ni siquiera una gota de sudor personal. Dios había visto a Catarino laborar con la persistencia de un abejorro, la terquedad desbordante de un armadillo y la reciedumbre moral de un mulo despechado. Y en ese momento, sin convocar de nuevo a su gabinete celestial, les echó mano a sus poderes omnímodos para hacer desaparecer ipso facto todas las moneditas de oro que generosamente les había prodigado, excepto las moneditas que se encontraban en poder del zapatero. En resumidas cuentas, gracias a su laboriosidad y honestidad, Cata-

rino terminó siendo el único verdaderamente rico en todo el villorrio.

Y en este punto el anciano cronista puso fin a la lectura de aquella parábola olvidada, por no decir oxidada. Luego, le habló a su perplejo amigo con estas tiernas palabras:

–Espero que le haya gustado lo que acaba de escuchar, aunque sé que no lo ha entendido totalmente por lo retorcido del lenguaje... De todas maneras, de lo que no haya logrado digerir, saque usted las conclusiones que le dé la real gana. Mire, Fulgencio, usted podrá tener todo el aspecto de un trastornado mental manicomiable, pero de loco, lo que se dice de loco, usted no tiene ni un pelo. Eso se lo puedo asegurar.

Y habiendo dicho esto, don Macario dio media vuelta y se fue, a pasos lentos, por el mismo camino peregrino que lo había traído.

Fulgencio, dejó rodar por sus mejillas unas cuantas lágrimas furtivas, y no le despegó la vista a aquel personaje caído del cielo, por así decirlo, hasta que lo vio desdibujarse por completo en lontananza.

JORGE KATTÁN ZABLAH: Narrador y ensayista salvadoreño. Se tituló de Abogado en Chile y de Doctor en literatura española y latinoamericana en Estados Unidos. Es autor de cinco colecciones de cuentos y de un libro (ensayo) sobre el tema de Don Juan. Sobre su narrativa se han escrito numerosos ensayos. Sus cuentos figuran en antologías a nivel salvadoreño, centroamericano y latinoamericano. Casi todos sus relatos tienen lugar en Cojontepeque, una ciudad mítica a la vera de Comala y de Macondo. Es Director Emérito del Departamento de Español de la institución académica Defense Language Institute, en Monterrey, California. Es miembro correspondiente de la Academia Salvadoreña de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Reside en Carmel, California.

La señorita Aurelia

POR MARÍA TERESA AZUARA

Mexicana

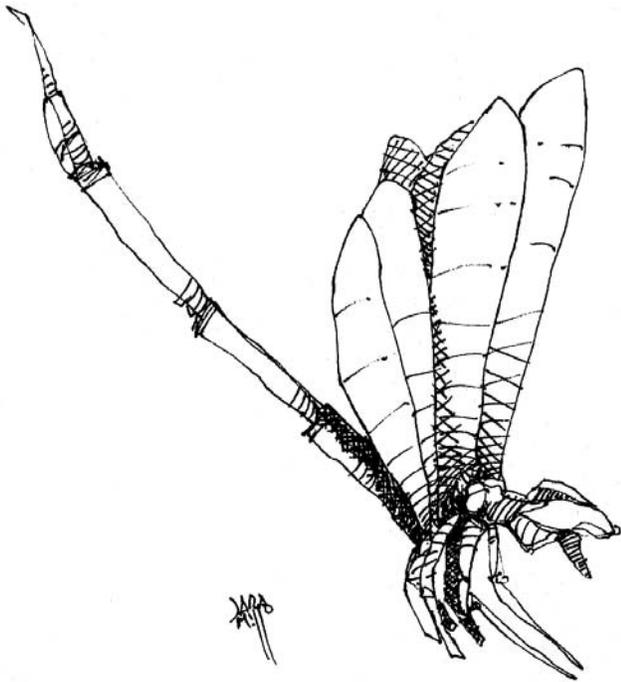
Esta mañana la señorita Aurelia se levantó más temprano que de costumbre. Había dormido mal, con un desasosiego que la inquietaba. Qué sería esa sensación en el pecho, como un cosquilleo que por momentos se convertía en galope. “Taquicardia”, le había dicho el médico unas semanas antes cuando lo había visitado alarmada. “Pero no había que preocuparse, eran cosas de la edad. Necesitaba caminar, llevar una vida sana, tranquila”. Pero si así eran sus días, sin mayores sobresaltos. Bueno, tendría que darse prisa si quería llegar a misa de siete, así que tomó un baño rápido, se recogió el cabello gris con una peineta y se puso el vestido azul con bordados a mano que la hacía verse más joven, a pesar de las marcadas líneas alrededor de los ojos que ya no podía disimular. Un poco de rubor, unas gotas de su loción de jazmín y no debía olvidar el chal negro sobre la cabeza. “No pueden entrar en el templo sin cubrirse la cabeza”, decía desde el púlpito el padre Luciano con el entrecejo fruncido cuando veía a alguna mujer descubierta. Pues sí, tenía razón, era en señal de respeto al Señor. Jaló la puerta y bajó sin hacer ruido para no despertar a los huéspedes. Doña Roque, la dueña de la casa, tomaba en pequeños sorbos su imperdonable café de la mañana en la mesa de la cocina, mascullando algo apenas inteligible que parecían ser sus pendientes del día. Aurelia no quería entretenerse, sabía que comenzar a conversar con ella era perder toda la mañana.

Le dio un buenos días cordial aunque precipitado e hizo como que corría para esquivarla. Una vez a salvo, alentó los pasos y lanzó un suspiro de alivio. Esta vez no tomaría la calle principal, no quería ver las mismas casas y las mismas caras de todos los días. Se iría por un atajo, la callecita solitaria de Dolores que desembocaba también en el jardín central. Era necesario un cambio de vez en cuando; ver otras miradas, escuchar voces distintas en el “buenos días, señorita Aurelia”. Aunque esa calle tenía muchas historias. “Puros chismes”, decía doña Roque, “pero mejor no camines por allí”. A Aurelia le tenía sin cuidado lo que decía la gente.

Ocupada en sus pensamientos no había notado que ya había llegado a la mitad de la calle. Tuvo que detenerse para dejarle el paso a un joven que salía de una casa cargando una cazuela con algo caliente. Entró en la puerta contigua. Aurelia se quedó frente al portón abierto. Era extraño, no sabía que había vuelto a ocuparse esa casa. Una muchacha con un delantal blanco ponía unos manteles a cuadros, platos y cubiertos en las mesas dispuestas en la pequeña estancia. En una de ellas, una anciana de ojos cansados, limpiaba con paciencia un puño de frijoles negros. Les soplabla y sacaba las piedras y basurilla para apartarlas en un montoncito a un lado. Sin salir de su asombro, Aurelia levantó la mirada: *Posada El Porvenir*, decía un letrero. No había oído que nadie la mencionara en el pueblo, seguramente la acababan de abrir. Al fin tendría un nuevo lugar en donde comer con un sazón diferente al de doña Roque, pensó con emoción; podría conversar con alguien que tal vez viniera de otra parte y le contara lo que sucedía fuera del pueblo. La plática con los huéspedes se había vuelto tan aburrida, era ya un hábito más en su vida. Con una mirada sonriente, la anciana la invitó a pasar y le hizo una señal con la mano para que entrara.

“Gracias”, balbuceó Aurelia asintiendo con un movimiento de cabeza y antes de reanudar el camino vio que la casa tenía el número 40. Ese mismo día vendría a comer, se dijo con el entusiasmo de quien espera un cambio en su vida, antes de que la vejez le sorprenda en la tan temida inmovilidad.

No pudo escuchar la misa con atención. Sería que la voz monótona del padre Luciano y el sermón que había oído una y otra vez ya no le decían nada. El acólito sonó la campana tres veces, “Señor, yo no soy digna de que vengas a mí” y repentinamente volvía a asaltarla la imagen de esa casa, número 40, ¿qué no era donde había vivido doña Daría?, y la taquicardia que no la dejaba estar, “pero una palabra tuya”...No, hoy no comulgaría, tenía dos semanas de no confesarse, para qué si el padre Luciano siempre le dejaba la misma penitencia, hasta parecía que mientras ella le decía sus pecados, él se quedaba medio dormido, pues es que ya se los sabía de memoria y qué pecados iba a tener en ese pueblo miserable en donde nunca pasaba nada. “Podéis ir en paz”... Salió de prisa para ahorrarse los saludos obligados. Tenía que ir a darles de comer a los canarios y al cenzontle y a terminar de tejer las carpetas para doña Serafina, necesitaba esos centavitos para comprar más estambre y cumplir con los pedidos que tenía. Ah, y avisarle a doña Roque que esa tarde no comería en casa. Se encaminó nuevamente por la calle de Dolores, pasaría otra vez por el mismo lugar para mirar bien esa posada. Cuando llegó al número 40 se detuvo en seco. Un sudor frío le bañó la frente y la estremeció hasta los pies. ¿Estaría volviéndose loca? Las palpitaciones le apretaron la garganta. Pero si acababa de estar allí hacía apenas una hora. No había ninguna señal de vida, era sólo una casa abandonada, sí, ésa había sido la casa de doña Daría, pero seguramente alguien la había comprado para poner la posada... Le-



vantó la vista. Ningún letrero. Ahora el portón estaba cerrado. Tocó fuerte, varias veces. Nadie respondió. Se asomó por la ventana ahora sucia y rota que daba a la estancia. Nada. Sólo ruinas de lo que había sido aquella casona muchos años atrás. La fachada carcomida era casi lo único que seguía en pie.

Desconcertada, Aurelia siguió su camino de regreso con torpeza. Entró en la casa sin detenerse a cambiar impresiones con doña Roque, como solía hacerlo cuando llegaba de misa. Se encerró en su habitación y no quiso salir a comer.

Ya entrada la noche, una fiebre inesperada se apoderó de ella. Su corazón comenzó a latir con brusquedad, obstinadamente. Un peso en el pecho le dificultaba la respiración. Presa del delirio repetía con insistencia el número cuarenta, el nombre de Daría. Durante dos días ininterrumpidos el médico del pueblo luchó por sacarla del sopor, pero el delirio se le convirtió a Aurelia en un leve suspiro y su corazón dejó de latir.

Dicen que en ese instante una intensa luz blanca y un tenue aroma a jazmín inundaron la habitación y la siguieron hasta el féretro, eso cuentan los que asistieron al velorio. "Será porque era una santa la señorita Aurelia tú", le dijo una de las huéspedes a otra, dándole un codazo con cierto disimulo. "¡Sshhhh!", las reprendió doña Roque frunciendo el entrecejo,

Han pasado tres meses desde su muerte. Algunos aseguran que la han visto en un nuevo lugar en el pueblo, la *Posada El Porvenir*, ayudando a una anciana en los quehaceres del lugar o asistiendo a los parroquianos. Aseguran que es ella, lleva el pelo recogido en una peineta y un albeante delantal blanco sobre su vestido azul.

MARÍA TERESA AZUARA, mexicana, nacida en Ann Arbor, Michigan. Vivió en México, D.F. hasta 1976. Desde 1981 radica en Querétaro.. Licenciada en Letras Modernas (Inglesas) por la UNAM, tiene Diplomado en Letras Hispanoamericanas de la Universidad Autónoma de Querétaro y un año de Maestría en Literatura Mexicana y Latinoamericana. En 1989 fundó el Taller de Lectura y Creación Literaria "La Buhardilla", que dirige hasta la fecha. Desde 1990 coordina el taller literario de la Casa de la Cultura del Centro. Paralelamente se ha dedicado a la traducción literaria, al periodismo cultural y a la docencia del Español. Coordinó la publicación de dos libros de cuentos infantiles con la participación de sus alumnos: **El árbol que florece cruces** y **Azul, ventanita de cielo** (1994 y 1998). Ha publicado los poemarios: **Fragmentos** (1996) y **Desde la arena que soy** (2003). En 1993 obtuvo Mención Honorífica en el Concurso Nacional de Haikú de Japan Airlines fundado por el poeta Octavio Paz. Forma parte de la **Antología de Mujeres Poetas de México** (Ed. Atemporia, 2008).

Una vela a San Aguántalotodo

POR LIZA ROE DE WALLER-BRIDGE

Soy vicepresidente de la más poderosa compañía de software en el mundo. Mis hijos acuden a la Dalton School en la East 87th Street, la vía más segura para ser aceptados en Oxford y en la Sorbona. Todavía no comprendo por qué quieren estudiar en el extranjero. Ambos visten ropa de diseñadores, ya que para mantener su posición en sociedad las apariencias son muy importantes. Cada uno tiene su chofer y profesores privados de cuanto se les ocurre y, al igual que los hijos de mis amigos, varias tarjetas de crédito. Firman en todas las tiendas de la Quinta Avenida y en los restaurantes de moda.

Mi pareja tiene una distinción que sólo la realeza podría superar, además se graduó *magna cum laude* en Harvard. Mantiene un trabajo estudiando como *chairman and CEO*, en la firma de su familia, *Fiduciary Trust Company International*, la cual administra *The Andrew W. Mellon Foundation*. Llega siempre más tarde que yo a casa, ¡trabaja tanto...! Nunca pido explicaciones; me apena que trabaje sin respiro.

Hoy no me siento muy bien; algunos problemas me aquejan, como a todos. Tengo la presión muy alta, al igual que el colesterol. Según el doctor debo de cuidar ambos males ¿pero qué va a saber ese doctor?

Hago ejercicios dos horas diarias y mantengo la misma talla desde el día en que me casé, hace ya doce años. El tiempo pasa lento.

Hoy las reuniones me mantuvieron en la oficina hasta muy tarde, por lo que di una larga vuelta por *Greenwich Village* antes de llegar a

casa. Sólo pensar en mi apartamento me provoca ansiedad, me irrita.

¿Quién podría pensar que aunque vivo en un *penthouse* de la *Fifth Avenue* que cuenta con una vista magnífica del *Central Park*, a mí me produce ansiedad? El elevador no demora; gracias a Dios el piso vino con ascensor incluido; es agradable no tener que verles la cara a los vecinos.

Llego al piso, mas no he podido deshacerme de esta sensación de encierro que padezco. Cada noche, al cruzar el recibidor, todavía espero que el tiempo y la resignación lo curen todo. Mis pasos me llevan directo al bar de cedro y repisas de cuarzo negro, tomo uno de los vasos de *Baccarat* y preparo un *güisqui* doble, me dejo caer en el sofá de cuero y repaso mentalmente las cosas que me había pedido hacer. *Check*, a lo de buscar la ropa al *drycleaner*: ahora me ha tocado a mí ir a dar esas vueltas; mi pareja decidió cambiar de establecimiento hace unas semanas, pues le arruinaron los pantalones *Versace* de la temporada hechos especialmente a su medida. Su ayudante personal no logró encontrar uno que repartiera a domicilio y que estuviese a tono con sus demandas y el actual es de tan alta clase y caro que no tiene reparto, pues los choferes de los clientes se encargan de recoger la ropa.

Los nuestros, que hacen las veces de guardaespaldas, están en el campamento de verano con Camilla y Charles, mis hijos. Este mundo está tan loco, que ahora todos los muchachos necesitan protección. *Check*, recogí las píldoras en la farmacia. Me las recetó una amiga, a quien tengo que mandar algo para su cumpleaños. No he podido dormir bien desde hace años. Antes de mi matrimonio era tan fácil... Bueno, eso pasa: las responsabilidades, la vida... En fin, ya casi no duermo. Ni siquiera me reúno con la familia. Es mejor evitarlos, hacen tantas preguntas... y yo prefiero que no sepan ciertas cosas. A las amistades las veo sólo de vez en cuando;

mi media naranja no gusta de ellas y yo prefiero evitar cualquier altercado.

Sin darme cuenta me he tomado todo el trago. Mejor me doy prisa y me sirvo otro, debo de ingeniarme para conseguir su aprobación y asistir a la reunión de la Universidad que, gracias a Dios, será cerca de la casa. De lo contrario habría gritos y bronca como el año pasado. Esa vez no pude asistir por culpa de la pelea que se armó y los celos se convirtieron en una ira que no sé de dónde salió.

¡Uy! creo escuchar el elevador. ¿Dónde esconde el vaso? Tal vez debajo del sofá; la última vez me tomó tan de sorpresa que tuve que hacer maniobras entre silenciosas y rápidas para dejarlo caer del balcón; tuve mucha suerte de no haber matado a un cristiano.

¡Ah, qué alivio!, falsa alarma. No escucho más que este silencio abrumador que pesa en casa a todas horas, o tal vez sea yo. ¿Estaré entrando en una depresión?

Sigo en ascuas; no sé si llegará con sus normales altibajos de silencios condenatorios o estrépitos iracundos en un torrente de palabras.

Estando en la oficina me llamó más de cinco veces al celular y no contesté porque me encontraba dirigiendo una reunión muy importante, bajo la mirada escrutante del CEO de la compañía. Cuando tuve un tiempo le llamé entre reunión y reunión y me aguanté sus gritos e insultos, acompañados de acusaciones sin razón. Le dije una y otra vez que estaba en el trabajo, que me llamara al teléfono de la oficina; me colgó a media frase, no sin antes decirme que podía oler mis mentiras. Después de unas horas llamó, diciendo que era culpa mía por no haberle mandado un *e-mail* a su *Blackberry* con la información completa de mis actividades diarias.

—Se me pasó —respondí.

—Lo entiendo —dijo— a fin de cuentas ¿qué se puede esperar de ti? Si sigues así, tu colega, el segundo vicepresidente, tendrá tu puesto en menos que cante un gallo; de todos modos es

un milagro que tengas ese empleo.

Era fácil imaginar esa mirada de hielo a través del auricular. Por todo esto no sé cuál será su disposición al llegar a casa. Suerte que le pago a un servicio de limpieza para que la arregle diariamente, si no sería una cantaleta de nunca acabar. Espero que le haya ido bien en todas las transacciones que tenía que hacer este viernes, las cuales siempre son complicadas por el cierre de la semana. Esa es la causa normal de sus tardanzas. ¡Pobre, trabaja tanto...!

Se me está acabando el trago ¿me tomo otro? No, mejor me voy a dar una ducha caliente, no llegue y diga, como en ciertas ocasiones, que siempre que estoy en casa me parezco a las personas sin hogar que ve en la calle y que detesta tanto.

También debo apresurarme a sacar el *sushi* que le gusta cenar todos los días; le tiene aversión a comer cualquier cosa que esté envuelta en envases plásticos, no los puede ni ver, así es que haré eso antes de ir a la ducha.

Tengo miedo de que se vaya a repetir el desastre de la semana pasada. El sueño me invadió después de la ducha y desperté por culpa de unos estrepitosos ruidos de la vajilla antigua de *sushi* que atronaban desde la cocina. El ruido que provocaba la vieja loza pesada rompiéndose contra el piso de granito negro de la cocina fue algo que me tomó por sorpresa; hasta ese día no le había dado por romper cosas que le gustan, o al menos las que yo creía que le gustaban. Cuando vio mis pupilas desorbitadas por el asombro y el espanto de observarle en aquel estado, se enfureció con mayor saña. Con todas sus fuerzas tiró en mi dirección una bandeja de color rojo combinado con ónix negro y pintada a mano. Todavía llevo el moretón verde-amarillento en el pecho; por suerte no me cortó la piel. No tiene importancia, ni siquiera me dolió.

Claro que después se arrepintió. De allí salió el *Bentley*. Me lo mandó a la oficina. Pidió que quitaran mi *Jaguar* viejo del estacionamiento y,

en su lugar, estaba el *Bentley*. Es muy detallista.

¡Qué buena estuvo la ducha bajo esta regadera *MasterShower*! Me siento como otra persona; nunca supe ni cuánto costó, no me dejó ver la factura; dice que yo no entiendo de estas cosas. Debo secar la ducha con una toalla para no dejar ni una gota de agua en su cuarto de baño, si se entera que estuve aquí le entrará una cólera que hará historia.

¡Listo! La mesa puesta; la música que le gusta, sonando; su vaso para la bebida, enfriándose. ¡Pobre, trabaja tanto...!

¡Ah, el elevador! Me atacan los dolores en el cuello y la espalda; tiene que ser estrés del trabajo. No sé qué hacer con las manos. Cruzo de la cocina a la antesala. Trato de acercarme para darle un beso de bienvenida. Me tiró el malecón, como siempre. Una vez me dio en la quijada, pero ya tengo esto practicado, ya no se me cae. No me ha dicho nada, se fue directamente a su cuarto de baño.

Está gritando. La furia se le escapa en cada palabra. ¿Cómo se me pudo olvidar? No limpié el lavamanos. ¿Me quedo en la cocina o voy a limpiarlo? Mejor voy y lo limpio. La sensación fría me tuerce el ojo. Fue un zapato y no lo vi venir. Empiezo a sentir que se me hincha el párpado.

Y oigo:

—¡No sabes hacer nada! Te he dicho que no entres a mi baño, llevas el asco hasta en los poros. ¿Nadie te enseñó a limpiar a ti? ¡Déjate de tocarte la cara que no ha sido para tanto! Anda, limpia la cochinidad de agua que dejaste y ponle cloro, que no quiero ni sentir tu olor.

Salió del baño dando un portazo. ¿Qué le ha pasado a mi vida, en qué me he convertido? Quiero llorar pero el orgullo no me deja. Llamo, le pido disculpas, el baño ya está limpio. Su cara está descompuesta, veo que se abalanza hacia mí con la mano abierta. Estoy contra la pared del comedor. No sé cuántas veces me pegó en la cara. Sus patadas todavía las siento en todo

el cuerpo. Ha dirigido toda su fuerza a mi entrepierna, dice que de todos modos sólo me sirve para mear. Me levanto, siento la sangre pegajosa por todas partes. No sé cuánto tiempo he estado en el suelo, trato de incorporarme y no puedo, me tengo que arrastrar hasta mi habitación, me apoyo en la silla *Luis XV* que está junto a mi puerta. Tengo que cuidar de no dejar sangre en ningún lado.

Finalmente llegué al poste de la cama y después al cuarto de baño. Trato de limpiarme, el dolor es sordo, agudo. La toalla se torna de un color marrón oscuro, debo esconderla; si llega a verla en esta condición se va a irritar, no acepta ningún artículo de baño que no sea totalmente blanco. Mejor la boto.

Con dificultad trato de orinar, pero el dolor en la entrepierna no me lo permite. Siento un grito mudo dentro de mí que no puede salir. Después de tres minutos tratando de vencer al dolor y finalmente con lágrimas en los ojos, el agua de la taza se vuelve roja, sangre en mi orina de nuevo. ¡No; una vez más, no! La cantidad es mayor de lo normal, tomo otra toalla, reprimo los gritos y las lágrimas. Debo desvestirme, quitarme este pijama de seda que, hecho jirones, se me ha pegado al cuerpo.

Tengo una ondulación en el tórax, me ha perforado con sus *stiletos*. Trato de ejercer presión en la herida para cortar la hemorragia y evitar que sangre más.

¿Cuándo me convertí en este perdedor? No hago nada bien.

LIZA ROE DE WALLER-BRIDGE. Es el seudónimo de LIZA MARUQUEL LYMA-YOUNG QUIRÓS de SCHOMBURG. Egresada del Colegio de las Esclavas y con estudios de Arte y Literatura en AMERICAN UNIVERSITY de Washington, V.A, Estados Unidos. Ha participado de Talleres Literarios en varias ciudades de los Estados Unidos. Terminó el Diplomado en Creación Literaria 2007, en la Universidad Tecnológica de Panamá. Es hija de la escritora panameña Lupita Quirós Athanasiadis.

El quemao

POR MARILYN DIÉGUEZ PINTO

¿Cómo se les ocurre que, aún con la carne doliente y la vergüenza en el pecho, podría mirarles a los ojos?

Como al cuarto día, después de aquel fin de semana en donde celebramos juntos, le vimos llegar al puesto de trabajo. No le pedimos explicaciones ni él las dio a pesar de todas las inquietudes que nos asaltaron durante su ausencia imprevista; no recibimos una sola llamada en todos esos días, a nosotros, sus amigos del alma. Cuando lo vimos apenas nos habló y evitaba las miradas. De su cuerpo emanaba un raro olor, similar al de la carne asada o caucho quemado.

Joaquín venía de campamento luego de cinco días de trabajar de sol a sol, sin mujeres ni tragos, sin un buen baño y, menos aún, descanso adecuado. Se dormía en catres, cuando no en tablones, dentro una tienda de campaña. Había hablado con su mujer en una ocasión y no llegó a comprometerse con nada a pesar de toda su presión inquisidora. Él sabía como escabullirse de interrogatorios al estilo Gestapo; era un día de pago, y todos sus amigos estaríamos en *El rincón de lo nuestro* después del trabajo.

Llegamos temprano al lugar de siempre y nos ubicamos en nuestro sector. ¡Que nadie jodiera! Nuestras mujeres ya estaban acostumbradas; a estas alturas no nos iban a cambiar las vidas. La mujer de Joaquín le había compartido, en aquella ocasión que hablaron, sobre los planes hechos comunes para el viernes cuando regresara de campamento. Ella quería ir de compras y hacer supermercado; faltaban cosas en casa, le había dicho. Le pidió, primero

sumisa y luego con determinación—casi amenazante, que no se perdiera, que llegase temprano, que tenía planes para compartir con él. De conocerlo tan bien pudo decirle, adelantándose a sus acciones:

—¡Ojo, cuidado con desviarte con tu amigo te René!; él se encuentra en dirección contraria a la nuestra. ¡No te busques problemas conmigo, “papito”!—. Como si Joaquín no lo supiera.

El día llegó a su fin y en el campamento recogimos todos los cachivaches, las herramientas y dejamos “libre” el frente de trabajo. El lunes será otro día y otra cuadrilla vendrá a seguir los trabajos. Tengo prisa, mas no me ha valido apurar las manecillas del reloj de tanto verlas girar. He quedado con los muchachos y si se me adelantan demasiado estaré fuera de la jugada, ellos alegres y yo en na’. Me podrían llevar varios tragos por delante. ¡Cómo si no los conociera! Llamé a René para conocer sus coordenadas, y me dijo que estaba haciendo supermercado con su mujer.

—¡Qué bien, te felicito!, fue mi única respuesta.

Joaquín no debe demorar, son casi las cinco de la tarde, ya debería estar aquí, intercambian entre si los amigos que lo esperan. En eso, un Joaquín limpio y sonriente se acerca al grupo de amigos saludando y comentando las últimas novedades del campamento; busca conocer también las de los otros dos que ya habían empezado sin él, los intercambios, los tragos, las novedades y hasta algunas nuevas amistades. Entre cuentos, chistes y risas, bajan tragos, salen a bailar, intercambian coqueteos con algunas “*guialcitas*” y regresan a la mesa sin percatarse del transcurrir del tiempo.

En la memoria de Joaquín, las palabras de su mujer fueron atacadas por el virus cibernético “*alcoholicus desmemoriatu*”, que las borró sin contemplación. Se relaja plenamente... piensa: merecido inicio de fin de semana, luego de toda una semana en la montaña, retirado, sin

tragos, sin mujer, sin nada... sólo trabajo de sol a sol. ¿Sol?

—Pero, ¿qué es esa luz que más nos ilumina? ¿Es el sol? ¿Ya amaneció? ¡Chuzo, tengo que ir pa'mi casa, mi mujer me'stá esperando! Ella comprenderá, piensa; debo llevarle algún regalito... ¡Qué bien que es sábado; podré descansar del estropeo que deja otro campamento!

Entre tanto, en su casa, su mujer no ha dormido; ha pasado la noche de un lado para otro, mientras tomaba varias tazas de té una tras otra.

—Esta vez me las pagará, repetía para sí misma.

A medida que pasaban las horas se sentía más furiosa; en algún momento pasó por su mente la duda de que algo malo le habría ocurrido a Joaquín pero, de inmediato descartó tan fatídica idea. Mala hierba nunca muere, se decía; seguro está chupando con sus amigotes. La tetera, de varios litros, permanecía sobre la estufa, llena de agua caliente. Ella se entretenía reponiendo el agua consumida en cada té. Perdió la cuenta de la cantidad de tazas que había bebido; sólo era conciente de rellenar la tetera para compartir el té si fuera el caso.

Joaquín tarareaba la última canción escuchada y bailada; llevaba mucho alcohol recorriendo las venas cuando entró en su casa, confiado. ¡Qué bien, es sábado, podré dormir hasta tarde!, le parece recordar aquellos pensamientos antes que se le borrara la cinta, los registros. Lo último que persiste en su mente, de aquella madrugada en casa es un dolor ardiente por todo su abdomen y un asqueroso olor a pelo, cuero y carne quemados.

MARILYN DIÉGUEZ PINTO. Doctora en Ciencias (Ecología) por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Obras: **POEMAS QUE PARECEN AMOR... AMOR QUE PARECE POEMA** (2003); **AROMA DE ROSAS Y ALMENDRAS** (2005); **ENTRE LA MAGIA PERDIDA Y LA REALIDAD MÁGICA** (2007); **VASOS COMUNICANTES** (2007); **AMOR EN LA DESESPERANZA** (2007).

Miedo en el corazón

POR PEDRO CRENES CASTRO

Panameño residente en Madrid

¡No te asomes que da miedo!

Mamá me lo advirtió justo cuando solté su mano, nada más entrar, y mi corazón estallaba de alegría al estar por fin allí, en La Gran Feria de Panamá. Fuimos caminando desde la casa de mi abuela Carmen, a la que acabábamos de mudarnos, y ella estaba en el balcón despidiéndonos, tengan cuidado, decía siempre, y allí en la Feria nos esperaban mi tía Gaby y mi primo Carlitos al que llamaba así por costumbre aunque fuese a cumplir trece. Yo quería ser como él, libre, rebelde y valiente. Sobre todo valiente.

Había de todo en aquella feria itinerante que la Coca-Cola estaba montando en todas las fiestas patronales de cierto nivel en Panamá y por fin, para los Carnavales, la trajeron a la Capital. Caballitos brillantes, "carros locos" que se chocaban unos contra otros mientras sus ocupantes se reían a carcajada limpia, la noria, desafiante y tentadora para amantes sedientos de besos románticos y manoseos aéreos, y la gran atracción de aquel año 78, "El huracán", a la que sólo podían montar los que tenían diez o más. Yo casi los tenía pero a mamá no le gustaban esos aparatos, no se fueran a soltar y tremendo susto, y menudo problema con tú papá, el muy sin vergüenza que se fue con la tipa esa y ¡que no!, me decía por el camino y de la mano y le dejé de insistir con lo de "El huracán" y llegamos a la feria y solté la mano de mamá y su advertencia me reveló el terror.

¡No te asomes que da miedo!

No me había dado cuenta de que estaba allí, agazapada como el dinosaurio para cuando me despertara de la fascinación de aquellas atracciones. Era una carpa pequeña y oscura, como esas de las películas de circos antiguos o ferias espeluznantes. Parecía no formar parte de la Gran Feria, estaba fuera de la luz del recinto y apenas un cartel triste y deprimido anunciaba el espectáculo: "La mutante enana: cabeza de mujer y cuerpo de rana".

Da mucho miedo.

Mamá me lo volvió repetir con un sustancial incremento del terror de la mano del adjetivo "mucho" al ver que la miraba con intriga y yo me detuve en seco, casi retrocedí como cuando uno llega al borde de un precipicio pero había cierta fascinación en esa carpa raída y sucia de tal vez cientos de grandes y pequeñas ferias, de vaivenes de viento, sol y lluvia: había algo atrayente que casi me arrastraba hasta ella. Por debajo de la carpa se escapaba una luz tenue y unas sombras deslizándose de un lado para otro revelaban que algo se movía, que algo estaba ocurriendo. Miré a mi mamá y pensé que exageraba, como le decía de vez en cuando mi papá cuando comenzaban a levantar la voz en la que fue nuestra casa hasta esa noche de sábado de Carnaval en la que nos fuimos a vivir con mi abuela Carmen.

Ven, te dije que da mucho miedo y luego no duermes.

Mamá quería protegerme, impedir que su niño adorado y único sufriera más de la cuenta, sobre todo después de que mi padre nos hubiera abandonado en plenos carnavales del 78. Se fue a vivir con una cajera del Supermercado Bahía donde hacíamos cada quincena la compra, una chica que se teñía de rubio y se pintarrajeaba como un Miró. Mamá estaba furiosa y decidió que cambiaríamos de supermercado para siempre a pesar de las ofertas de la pescadería que era muy buena y de que

el aceite de oliva español fuera con diferencia el más barato de la ciudad de Panamá.

Mamá no había dudado en rehacer su vida y, mientras encontrábamos un lugar donde vivirla, nos fuimos a Calidonia, a casa de mi abuela Carmen que además de cocinar muy rico era una mujer que sabía contar historias como nadie y nos dijo que nos fuéramos a la feria para comenzar con alegría la nueva vida, son los carnavales hija y el niño tiene que divertirse, le decía a mi mamá que se convenció rápido de las razones de mi abuela y que además le dijo que mi tía y mi primo andaban por allí.

—Te doy tres dólares y no te pierdas ¿okey? Busca a Carlitos.

Okey, contesté, cogí los tres dólares y me fui a buscar a mi primo Carlos, dejando atrás la carpa de la mutante con sus sombras de vida, que andaba por la zona de "El pulpo", una atracción que no estaba mal pero que era cosa para pequeños. Le encontré en la fila para subirse y me pretextó que se subía en esa no por miedo a "El huracán" sino por falta de plata. Le dije que éramos ricos, que teníamos tres dólares, y nos sentimos en ese momento los dueños de toda aquella feria incluso de la carpa tétrica y desenfocada de la entrada en donde la mutante enana seguro esperaba que alguien se asomara.

—¿Nos subimos a "El huracán"?

Mientras le miraba con cara de niño bueno, Carlitos me soltó una sarta de motivos, razones, excusas posibles, subterfugios ante un hipotético interrogatorio y hasta me asesoró sobre qué cara ponerle a mi mamá si se daba cuenta. Luego terminó su discurso con un échame a mí la culpa que tu mamá no me va ha hacer nada y eso fue suficiente para que, a cuenta de nuestra fortuna, nos montarnos en la atracción prohibida. Subí a mi celda de metal, de pie, me ataron el cinturón de seguridad, cerraron mi puerta y allí esta

yo en aquel gran círculo rojo de celdas una al lado de otra, dispuesto a dar vueltas y a que “El huracán” subiera y bajara como una moneda que da vueltas antes de posarse sobre el suelo rendida por tanto movimiento. Estaba exultante, lleno de vida, había subido y mamá no lo sabría nunca, era como Carlitos, libre, rebelde y ahora un mentiroso no arrepentido. Di vueltas y vueltas y todo se desvanecía por la velocidad y al llegar la atracción a lo más alto me sentí volar. Mi primo, en la celda de al lado, gritaba palabrotas para que se las llevara el viento o para dominar su miedo.

Carlitos y yo nos bajamos y comenzamos a caminar en busca de nuestras madres. Comentábamos la jugada, la locura de luces sucesivas, la realidad vista a velocidad de vértigo, el meneo de la atracción, los gritos de las muchachas y el tipo con cara de indio que se bajó todo meado del miedo, tremendo mariquita, “¿pa’ eso se sube?” y yo me reía como un verdadero hombrecito de casi diez años cuando en ese camino emprendido y mermada sensiblemente mi fortuna, Carlitos paró a unos metros del lugar del miedo.

—¿Nos asomamos a ver que hay en esa carpa?

“No te asomes que da miedo”.

Recordé lo que mamá me había dicho y lo puse al lado de la propuesta de Carlitos que siempre había sido un aventurero, tenía doce, y sabía mantener a raya a mi tía Gaby. Además ¿cómo sabía mi mamá que daba miedo? Lo mismo lo decía para protegerme demasiado, para hacerme sentir un niño pequeño. ¿Qué miedo puede dar una mujer con cuerpo de rana? Seguro que es una tontería, pensé, mientras mi primo esperaba una respuesta.

—¿Te da miedo?

Carlitos no se daba por vencido y no iba yo a quedar de gallina delante de mi único primo varón, que además era un bochincho y

que seguro terminaría yéndole con el cuento a mis primas y de allí a mi escuela y a todo el país. Tenía que asomarme, total unos segundos, seguro que no sería para tanto y que me daría cuenta del truco, papá me decía siempre que estuviera atento, que todo es puro cuento.

—¿Miedo yo?

Carlitos escuchó mi respuesta y emprendió la marcha decidida y valiente hacia la carpa tétrica y oscura de la enana mutante como si estuviera siendo atraído hacia ella por la melodía de un flautista de Hamelín del terror. Yo me fui también detrás de él como un ratón fascinado por la música de la curiosidad, por las pocas luces y el patetismo de barraca de circo monstruoso que envolvía a aquella carpa.

“No te asomes que da miedo”. Recordé otra vez.

Carlitos ya estaba asomado y parecía no darle miedo. Yo soy un hombretón, me lo decía mi papá, que no me lo amaricones, le decía a mi mamá y ella le contestaba a gritos que no permitiría que yo fuese como él. Comencé a escuchar mis pasos con claridad y poco a poco los latidos de mi corazón subían de volumen y el ruido de fondo, como en las películas, disminuía lentamente. Los latidos aumentaban, los oía, cada golpe, se hacían más audibles, ensordecedores...

—Asómate.

Carlitos tenía ya pintada en la cara una risita maliciosa y me dijo que mi mamá nunca lo sabría por su boca, te lo juro por mi vieja, me dijo, llevándose a la boca el índice y el pulgar cruzado y besándolos, lanzando ese beso de juramento al cielo, que por mí tu mamá no lo va a saber. Los latidos casi no me dejaban oír, Carlitos no conseguía frenarlos, hacer que se callaran, hacer que me dejaran.

“No te asomes que da miedo”.

Mamá exagera, seguro, y me dispuse a

levantar la cortina levemente, como hizo Carlitos con suficiencia valiente de héroe irreductible, para mirar adentro sin ser visto y confirmarme que mamá definitivamente es exagerada, que la vaina (lo pensé pero a mamá no le gustaba que dijera eso), no era para tanto como decía mi papá.

Me asomé y casi me caigo de espaldas.

Sobre una mesa, suspendida en el aire, a dos palmos, lo juro, estaba una cabeza de mujer que tenía los ojos cerrados. El pelo largo y negro caía casi hasta la mesa. Sintió que me moví y abrió los ojos como si la hubiera despertado de un sueño profundo y dijo, en un susurro que escuché perfectamente como llegaba hasta mis oídos por encima de los latidos de mi corazón, “¡qué haces!”. Retrocedí como quien quita la mano de encima del fuego.

– ¿Te dio medio?

Carlitos se empezó a reír, me señalaba y sabía que yo estaba aterrado, que no salí corriendo de milagro porque la piernas estaban paralizadas, me pesaban como dos fardos de piedra, estaban clavadas al suelo. Los latidos, sus golpes sordos como quien tiene escondido bajo la almohada un reloj de cuerda ponían música a mi miedo. Nos alejamos de allí como pudimos y le recordé a mi primo que no dijera nada, que lo había jurado por su vieja dando un beso a la cruz de dedos que había formado y que lo había lanzado al cielo. Caminamos y pasamos cerca de un puesto de manzanas caramelizadas, rojas, brillantes, dulces, necesarias para calmar el susto, azúcar para tranquilizarme de la visión de aquellos ojos negros abriéndose, de aquel susurro que me lamía los oídos, ¡qué haces!, y aumentaba con el solo recuerdo el volumen de mi corazón. Pedimos, pagué y volví a recordárselo al bocazas bochinchoso de mi primo: A mi mamá ni una palabra. Mientras nos comíamos las manzanas y localizábamos a nuestras

madres a las que encontramos por fin en un puesto de comida tomándose una cerveza y un ceviche.

– ¿Te asomaste?

Mamá me lo preguntó no sé por qué, escucharía los latidos de mi corazón que habían decidido dejarme sordo, y mi primo comenzó a reírse mirando para otro lado y mamá me lo volvió a preguntar. Te dije que daba miedo y casi me echo a llorar allí mismo pero me contuve y mi tía Gaby le reclamó a mi primo que por qué tenía que llevarme a ver cosas que dan miedo sabiendo que yo soy más chico. Me sentí humillado. Nuestras madres decidieron que nos íbamos ya y nos fuimos caminando juntos en la misma dirección, ellos a su casa y nosotros a la de la abuela Carmen que estaba a dos calles más allá de la de ellos para pasar nuestra primera noche con ella.

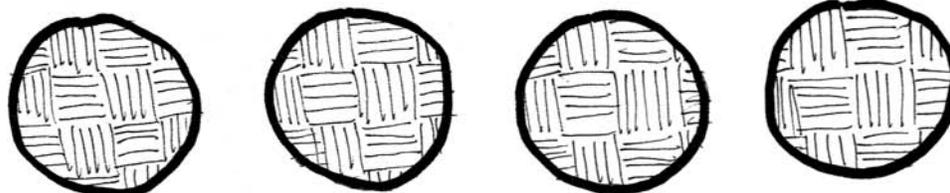
El apartamento de mi abuela, que por esas noches antes de nuestra nueva vida era nuestra casa, tenía una única habitación y dos camas. La suya y la que mi mamá y yo ocuparíamos mientras me compraban una para mí. ¿Eso significaba que nos íbamos a quedar a vivir con ella? Mientras caminaba junto a mi mamá me preguntó qué vi. Los latidos, el susurro, la mirada súbita de ojos negros, la cabeza suspendida en el aire. Lloré.

– Te dije que daba miedo ¿y ahora qué?

Estaba aterrado. En cada esquina del barrio oscuro de mi abuela, no había ni siquiera una farola, me asaltaba todo aquello y el corazón, delator e implacable, me torturaba con sus latidos. Subí con mamá de la mano las escaleras hasta la puerta de mi abuela. Por la espalda sentía que unos ojos se me clavaban, que un susurro se me acercaba, “¡qué haces!”, y se me ponía la piel de gallina. Al abrirnos la puerta, mi abuela Carmen me lo notó. Oiría, seguro, los latidos de mi corazón.

– ¿Qué te pasa?

Mamá me dijo que se lo contara a mi abue-



la y
lo hice
y ella me
miraba raro
pero con una ternura comprensiva
que me animó a echar
unas lagrimitas, ya de pura
rabia, por no poder sacudirme
de la retina las imágenes de aquella
cabeza ni de los oídos el susurro
de su voz de ultratumba. No dije nada
de Carlitos para que mi abuela no lo regañara
haciéndome sentir de nuevo humillantemente
pequeño.

Las camas estaban listas y mamá anunció
que se iba a lavar los dientes y teníamos que
dormir ya, "que mañana tenemos que levantarnos
temprano", no sabía para qué, sería domingo
y supuse que tendría que ver con la nueva vida.
"Apago la luz", dijo mamá y yo la miré aterrado
y ocurrió lo que le dije cuando estábamos
juntos en el baño ante el espejo y con los
cepillos en las manos: cuando cierro los ojos
veo la cabeza flotando que me mira. "Bien
hecho por desobedecer", fue toda la respuesta
de mi mamá ante mi terror y parecía estar
disgustándose por dentro a fuego lento. Apagó
la luz e intenté mantener los ojos abiertos,
pensar en "El huracán" y en los carros locos
pero nada, la cabeza flotante me miraba y su
voz volvía. El corazón comenzó de nuevo su
aceleración de pánico y se propuso amenizar
mi desvelo de miedo. Intenté acercarme a mi
mamá que me apartó diciéndome que hacía
calor y que si tenía miedo tenía que haberlo

pen-
sado
antes.
Todo eso en
susurros: "te dije
que daba miedo",
sentenció y me sentí
abandonado en la oscuridad
con la cabeza de mujer
mutante y su voz mortecina.

"Déjalo que se venga para acá".

Mi abuela Carmen había escuchado el diálogo en susurros y en medio de la oscuridad me hizo pasarme a su cama. El silencio era ya completo y a lo lejos aun se escuchaban los últimos rumores de la Feria. Mamá no le protestó a mi abuela y me fui con mi terror hasta su cama con el corazón latiendo con fuerza, creyendo que por el camino, apenas dos pasos, aquella cabeza aparecería para mirarme a la cara y decirme "¡qué haces!"

y la piel de gallina otra vez. Llegué hasta su cama, me acosté a su lado cerca de su pecho y ahora podía escuchar el corazón de mi abuela Carmen tranquilo, con una cadencia de paz y energía.

– ¿Lo oyes?

Le dije que sí.

–Entonces pon el tuyo al ritmo del mío, ¿okey?

¿Cómo sabía que el mío estaba acelerado? Comenzó a acariciarme el pelo, a decirme que cuando ella era más chica, si tenía miedo de algo, pensaba en la brisa meciendo las ramas de los árboles o en el sonido del río como el que ella visitaba los domingos cuando se iba de paseo. Mi abuela Carmen no susurraba parecían haberle bajado el volumen para que su voz no sonara extraña en medio de aquella madrugada de terrores que yo estaba viviendo. Mis ojos dejaron de resistir al sueño y mi corazón dejó de latir tan fuerte y su sonido ensordecedor fue cediendo a sus caricias, a su voz de río y de brisa. Me dormí escuchando los latidos del corazón de mi abuela que a la mañana siguiente cuando desperté, no estaba: se había levantado temprano para hacer el desayuno.

Mamá tampoco estaba en su cama. Por la ventana de la habitación se colaba con fuerza un rayo de sol que dejaba ver como las partículas de polvo bailaban en el aire. Aquella visión me dejó fascinado, hasta acerqué mi mano para palpar esa belleza simple, un prodigio sencillo que convertí en mi propia imagen de serenidad.

Las siguientes noches dormí con mi abuela pero por fin llegó mi cama, la cama que ocu-

paría durante muchos años hasta que me vine a Madrid para especializarme en cardiología porque al final, nuestra nueva vida, la vivimos allí en Calidonia con mi abuela Carmen.

Al acostarme, después de cerrar los ojos y ver la cabeza flotar y hablarme le decía que se marchara, que no quería verla más y aunque me asustaba un poco al principio, acto seguido, pensaba en el río o en la brisa de mi abuela y después pensaba en las partículas de polvo bailando en la luz, en cómo se movían, en cómo oscilaban y si pensaba muy detenidamente en ello, me parecía a veces que estaba buceando en la playa y me sentía libre y me dormía y noche a noche le gané la partida al miedo. Me enseñó mi abuela, esa noche de carnaval, de vida nueva recién estrenada, la manera de amansar miedos y olvidar monstruos para el resto de mi vida.

Muchos años después, en mis viajes de vuelta a Panamá, revisaba el corazón de mi mamá y por supuesto el de mi abuela. Cuando lo hacía ella volvía a recordarme con una sonrisa tierna el terror dibujado en mis ojos y la desesperación de aquella noche y la manera en la que me quedé dormido junto a ella. En lo que nunca nos pusimos de acuerdo fue en eso de que ella escuchó los latidos de mi corazón. Yo siempre creí que sí y aunque ella lo negaba quise estar convencido de que no quería reconocerlo por modestia. Decía que no se acordaba de esa parte del cuento.

PEDRO CRENES CASTRO (Panamá, 1972). Reside en Madrid desde 1990. Ha publicado cuentos y artículos en distintos medios de comunicación: *Revista Letras de fuego* y *Maga* (ambos de Panamá), en las revistas virtuales *Delibros*, *Revista de Letras*, *La Biblioteca Imaginaria*, *El placer de La lectura* (España) y *Resonancias* (Francia) y *El placer de La lectura*. Ha colaborado con los periódicos panameños *La Prensa* y el *Panamá América*. Ha participado en el taller literario "Entrelíneas" del escritor peruano Jorge Eduardo Benavides. Fue segundo finalista del III Certamen del Libro Deportivo Marca con la novela inédita **Los juegos de la memoria**. Redacta un blog senderosretorcidos.blogspot.com en el que habla de libros, cine, jazz y política.

El impostor que no quiso serlo

POR LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS

Doña Florence Fogarty, una encantadora dama inglesa, poseedora de una inmensa fortuna, era una anciana que se sentía muy solitaria a pesar de vivir rodeada de una gran cantidad de sirvientes en su lujosísima mansión. Sus pensamientos más felices los tenía cuando imaginaba el regreso de su único pariente: un nieto desaparecido en combate, del cual solamente guardaba una foto, conservando, indeleble, el recuerdo de la última vez que lo vio cuando éste tendría unos cuatro años.

Ella estaba ahora en el invernadero de su hermoso jardín donde pasaba algunas horas diarias cuidando de orquídeas y tulipanes. Este entretenimiento le producía alivio a su soledad y, además el cultivo de las flores le había merecido reconocimientos internacionales. A su lado estaba su querida mascota: un avispa perrito faldero.

Sus viejas manos acomodaban una planta mientras recordaba a Emilie, la hija, quien antes de embarcarse con aquél “bueno para nada” de su marido americano, y llena de furia le gritó:

—Tú siempre has querido mandar en mi vida, mamá, y piensas que tus decisiones son las únicas correctas. Pues me voy con mi esposo y mi hijo y te prometo que ya nunca más nos verás.

Emilie había continuado hablando, pero Florence ya no la escuchaba, sólo veía los ojos llorosos de Ernest, su nieto adorado, el cual en un último arrebató infantil se zafó de

la mano de su madre y corrió a abrazar a la abuela, quien lo apretó contra su pecho. Todavía llevaba ese recuerdo prensado, adherido -pensaba Florence con tristeza-, porque se aferraba a la ilusión de volverlo a ver, aunque desde aquél momento habían pasado veinticuatro años.

Durante ese tiempo, Emilie cortó toda comunicación entre ellas hasta que, dos años atrás y desahuciada por los médicos que le diagnosticaron una enfermedad terminal, escribió una carta a su madre y le pidió que tratara de encontrar a su hijo Ernest. A pesar de que el ejército le informó que había desaparecido en combate, nunca se había encontrado su cuerpo. Emilie le adjuntaba una foto del nieto vestido con uniforme militar.

Florence escribió numerosas cartas e hizo incontables llamadas trasatlánticas al Ejército de los Estados Unidos, pero sólo recibía negativas: nadie sabía nada sobre su paradero. Sin embargo, ella no se resignó: su nieto debía estar en alguna parte. Finalmente, desesperada en su intento de dar con él contrató los servicios de un detective a quien prometió una considerable suma de dinero si se dedicaba, de manera exclusiva, a encontrar al nieto ausente. El primer informe que éste obtuvo fue muy triste: efectivamente, su hija Emilie había muerto poco después de enviar la misiva.

De ese suceso hacía siete meses. En este momento Florence Fogarty estaba en el invernadero donde aguardaba a Stevens, el investigador, el cual arribaría en cualquier momento. Desde allí vería la llegada del automóvil. Estaba tratando de dominar, estoicamente, el revoloteo que sentía en su viejo corazón, a partir de cuando éste le informó que desde el lugar en donde se encontraba no podía darle muchos detalles, pero que había dado con él.

Mientras conducía hacia la casa de su cliente Stevens sonreía, consideraba que había sido una investigación muy ardua la en-

comendada, sobre todo si se tenía en cuenta que se encontraban en tiempos de guerra en donde los procedimientos burocráticos que de por sí son lentos, ahora ni se movían, anquilosados y relegados por las obligaciones de las tareas más urgentes. Un pariente desaparecido en combate era un caso de entre miles que tenía que manejar un gobierno y, aunque él se consideraba bueno en su profesión, sus pesquisas no habían dado resultado positivo, por esa razón consideró una bendición divina el haberse encontrado cara a cara con aquel joven soldado que yacía en una cama de hospital y cuyo increíble parecido con el de la foto lo llevó a pensar que había dado con el hombre correcto.

Buscó con ahínco todo lo referente al chico, pero encontró muy poco. Sin embargo, esa exigua información le indicaba que no se trataba de Ernest, sino de un soldado que debido a un traumatismo de guerra sufría de amnesia y, desafortunadamente, los padres, sus únicos parientes, habían muerto en un accidente antes de recibir la noticia sobre su paradero. Amparado en sus tretas de detective falsificó los documentos necesarios que lo autorizaban para sacarlo del hospital y llevar al joven enfermo donde un familiar cercano, inexistente por supuesto. Fabricaría el caso perfecto de suplantación de personalidad —se regodeaba el detective.

Aunque el dinero que le daría doña Florence era el motivo de su timo, él se envanecía para sus adentros por haber encontrado el “*match*” ideal: de un lado tenía a un hombre enfermo de amnesia crónica y sin familia, y del otro, a una anciana deseosa de tener en sus brazos al nieto amado. Y si, además, se tomaba en cuenta el increíble parecido con el de la foto, el asunto parecía una conciliación pactada en el mismísimo cielo.

Ernest, por su parte, sentado a su lado, miraba las manos regordetas de su salvador,

el hombre que había llegado hasta la clínica para ofrecerle un nombre y un futuro porque de su pasado no recordaba nada. El señor Stevens le habló sobre la terrible enfermedad de su madre Emilie y el próximo encuentro con su abuela, y él se sentía esperanzado por primera vez en dieciocho meses desde que sufrió aquel fatal traumatismo.

El perrito de la señora Florence fue el primero en anunciarle la cercanía del automóvil. Ella puso sobre un banco sus tijeras podadoras, los guantes, el sombrero y el delantal de jardinera y salió del invernadero con un cesto repleto de coloridos tulipanes, los cuales colocaría ella misma en la habitación de su querido nieto.

Ernest podía distinguir desde el auto a la dama que desde lejos les saludaba con un pañuelo; estaba realmente extasiado con los extensos jardines y la magnífica y señorial mansión a la que se aproximaban. La tarde, que había estado nublada, se aclaró: las nubes se separaban para dejar pasar los rayos del sol; parecía como si éste hubiese decidido asomarse con el único afán de no perderse el esperado encuentro, porque una vez terminados los saludos y los abrazos, y cuando ellos se adentraron en el caserón, se volvió a ocultar, satisfecho.

El detective habló por breves momentos con la señora Fogarty y ella le entregó un sobre con el segundo tercio del pago, pidiéndole que por favor esperara diez días por el resto. “Cosas de viejas” pensó Stevens para sus adentros cuando subió al coche y se dirigió a la ciudad.

Entre la supuesta abuela y el joven, que sin saberlo estaba usurpando la posición de nieto, había nacido una relación muy especial y cariñosa. Ella estaba radiante y rejuvenecida por sus recién adquiridas obligaciones de abuela y él, un hombre bueno, le correspondía.

El destino que parece ser veleidoso y anto-

jadizo es, algunas veces extrañamente simétrico porque una hermosa mañana, después de desayunar juntos en una de las terrazas, doña Florence despedía al nieto, quien iba a hacer, a lomos de caballo, un recorrido por la propiedad.

—Toma —le dijo ella con dulzura y le alargó un panecillo envuelto en su pañuelo de encaje—, no has comido suficiente.

—Si me sigues alimentando de esa forma, un día de estos reventaré —se quejó sonriente y aceptó el obsequio.

Ambos rieron y el perro ladró de contento, y se fue tras el caballo. Doña Florence llamó un par de veces a la mascota pero ésta no regresó. ¡Qué rápido le ha tomado cariño!, pensó y lo dejó alejarse. Pasados unos momentos se acomodó en la mecedora blanca de mimbre y se quedó plácidamente dormida.

En el campo abierto cercano a la casa, mientras cabalgaba, el caballo se encabritó espantado por el siseo de una serpiente a la que éste casi pisó. Tiró a Ernest al suelo, con tan mala suerte, que cayó boca abajo y se golpeó la frente con una piedra. Hombre, caballo y perro estaban asustados, pero Ernest logró sentarse, alcanzó el pañuelo de encaje que le dio la abuela y se limpió la herida. Pensó que ésta no sería muy grande, a juzgar por la poca cantidad de sangre que tenía el pañuelo. Sin embargo, tuvo dificultades al tratar de incorporarse y pensó que se había roto el tobillo.

Se quedó sentado, esperando reponerse, aunque lo inquietaban unas imágenes dispersas que le transmitían sus neuronas, que le llegaban como lamparazos, pero difusas, y él no lograba hilvanarlas.

Mientras tanto, el avisgado perrito de doña Florence robó el pañuelo ensangrentado y corrió hacia donde su ama; al llegar lo depositó en el piso y ladró con alboroto buscando su atención.

Ha pasado una hora y media. Están en el

hospital y han sucedido cosas extraordinarias: Las imágenes que le envía el cerebro de Ernest son cada vez más nítidas, pero no ha hablado con su abuela todavía sobre ese algo que se recolocó en su memoria y que lo lleva a concluir la triste verdad: él no es Ernest.

Doña Florence, por su parte, sintió una premonición al ver esa constelación de gotas de sangre en el pañuelo y mandó a que tomaran una muestra de sangre de la herida para hacer una averiguación —ella sabe el tipo de sangre del nieto porque se menciona en un documento del gobierno americano que conserva— y está aguardando, anhelante.

Sentada en una butaca de la sala de espera, Florence se siente entumecida por dentro, la expectativa la ha hundido en un pozo de incertidumbre; pasa los dedos finos por sus cabellos blancos como queriendo asirse a la lucidez que le han dejado los años. Entonces se endereza en la silla y permite a su mente calmarse con las reminiscencias del sentimiento que experimentó cuando se supo abuela. Las imágenes se sucedieron unas a otras, suturando el pasado y dándole valor para afrontar el presente; acto seguido, quemó las naves de su cobardía y fue por el resultado.

Poco después ambos regresaron por separado a la mansión de los Fogarty. Afortunadamente, lo de Ernest no fue grave, aunque han vendado su pie y el doctor le aconsejó que usara muletas por un tiempo. En realidad, la contusión la sufrió en el alma; en pocos minutos se verá cara a cara con doña Florence y él ya sabe lo que dirá a la gentil dama.

Doña Florence está en su habitación doblando una carta que introducirá en el sobre donde ha colocado el dinero que le adeudaba al detective Stevens. En ella ha escrito una nota de agradecimiento con palabras almibaradas, a pesar de tener la garganta repleta de palabras con hiel. Se lo dará al chofer para que lo entregue cuanto antes.

Contiene la humedad que puja por salirse a los ojos y hace acopio de toda su entereza, es verdad, se dice, "hay certezas que matan", pero —y se corrige ella misma— la única sabiduría, la esencial, es la de saber vivir y, haciendo un esfuerzo, sonrío y sale de la alcoba en dirección a la terraza donde Ernest la está esperando.

Él se encuentra sentado en una silla extensible, con el pie sobre almohadones. Doña Florence se le acerca, le da un beso y, al contemplar el esplendor de sus ojos color miel, le dice con voz dulce y cantarina:

—¿Cómo se siente mi nieto adorado?

Transcurren unos segundos de silencio que permiten al joven sopesar la verdad... finalmente responde:

—Mucho mejor, querida abuela.

El perro los mira a ambos como si supiera lo que sucede y, contagiado por el cariño que se profesan, empieza a ladrar y a hacer cabriolas. Las nubes se detienen curiosas y los pájaros, que antes piaban, han empezado a cantar.



LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS: Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003, de la UTP. Libros: *Si te contara...* (2004); *La viuda de la casa grande* (2005), *No se lo cuentes a nadie* (2007); *El caso el asesino del ascensor y otros cuentos* (2008); *A cuentagotas* (2009). *La tarde en que llegaste a verme* (2010).

El despertar

POR CLARIBEL ALEGRÍA

nicaragüense

Fue a mediados de mayo. Laura y Juan Carlos, sentados frente a una mesita del bar contemplaban el paisaje marino saboreando un Extra Seco. Habían venido a pasar el fin de semana a Montelimar y se hospedaban en uno de sus bungalows, el número 233.

—¿Por qué no vamos a nadar un ratito y después volvemos a terminarnos las bebidas? —sugirió Laura—, el sol ya se va a hundir y quiero ver la chispa verde. ¿Nunca la viste, verdad?

—No —dijo Juan Carlos—, creo que son cuentos tuyos.

—Vamos —se puso de pie Laura.

—No se lleve las bebidas —le dijo Juan Carlos al mesero—, dentro de diez minutos regresamos.

—Está bien, pero mejor déjelas pagadas.

Juan Carlos sacó dos billetes y se los extendió.

—Podés quedarte con el vuelto —dijo.

Laura salió corriendo hacia la playa en su bikini estampado y Juan Carlos la siguió con pasos medidos.

Apurate —gritó Laura— o no vas a ver nada.

Agarrados de la mano se internaron los dos hasta que el agua les llegó a la cintura. El sol, un enorme disco rojo, empezaba a hundirse en el horizonte.

—No dejés de mirarlo y procurá no pestañear —dijo Laura con voz cantarina—, cuando veás la luz verde, pedí tres cosas y verás cómo se te conceden.

—Supersticiones —le apretó Juan Carlos la mano y ambos fijaron su mirada en el sol.

Ya, ya se va a hundir —decía ella cuando

una enorme ola los aplastó contra el fondo separándolos, arrollándolos, succionándolos mar adentro en la resaca. Laura alcanzó la superficie. Intentó gritar pero no pudo. Tenía la boca y la garganta llenas de agua salada y estaba enloquecida de terror. Otra ola gigante la cubrió, la sacudió en sus fauces como si fuera una muñeca de trapo, la sumergió de nuevo y entonces sí, ella gritó y el mar entró a su boca y a sus narices entorpeciendo el aullido. Los segundos se dilataron, se volvieron horas mientras ella agitaba piernas y brazos convulsivamente. De pronto, un pie tocó la arena y se orientó en un mundo de arriba y abajo, de planos separados de agua y aire.

Luchó a ciegas por alcanzar la playa y se lanzó sobre el reflujo de una ola agarrándose a la arena. Levantó la cabeza, aturdida. Divisó a Juan Carlos a unos cuantos metros de distancia haciendo esfuerzos por levantarse y salió tambaleándose, a su encuentro.

Se besaron desesperadamente y se tumbaron sobre la playa. Estaban magullados y adoloridos.

–Qué susto –dijo Laura –, te juro que creí que me moría.

–Yo también. Todo debe haber durado un minuto, pero sentí que eran siglos y qué cosa curiosa, de repente perdí el miedo, pensé que qué manera más idiota de morir y vi cómo toda mi vida desfilaba ante mí.

–Lástima que no viste la luz verde.

Juan Carlos sonrió y no dijo nada.

–Lo increíble –cambió ella de tema –, es que tragué toneladas de agua y ahora no siento nada en los pulmones.

–Yo tampoco, la debemos haber vomitado sin darnos cuenta.

–Podríamos habernos muerto –abrió Laura grandes los ojos –, juro que no vuelvo a meterme al mar.

–Después de semejante susto –hizo Juan Carlos una mueca y se estremeció –, lo que



más necesito en este mundo es un trago fuerte para brindar a la vida. ¿Qué te parece si volvemos al bar?

Se incorporaron con dificultad y caminando despacio se dirigieron hacia allí. Las bebidas los estaban esperando en la mesita.

–Qué rico sabe este ron –dijo Juan Carlos –, más rico que hace unos minutos.

–Tenés razón –, tiene como un sabor más intenso.

–En cambio la música –torció Juan Carlos el rostro –, me golpea los oídos. Le diré al camarero que la ponga más baja.

Se levantó, fue hasta el mostrador y pidió que la bajaran. No hubo caso. Julio Iglesias seguía cantando a voz en cuello.

–Estaba mirando esta rodajita de limón –dijo Laura cuando volvió Juan Carlos –, nunca me había dado cuenta de este verde iridiscente que tiene el limón. Parece mentira que sólo hasta ahora lo haya descubierto.

–Es como si de pronto todo se hubiera intensificado –dijo Juan Carlos –, mirale la cara al mesero. ¿Te habías dado cuenta de la enorme tristeza y de la rabia que ese rostro encierra?

Laura levantó la vista de la rodaja de limón y la fijó en el rostro del mesero que les servía a los otros dos parroquianos en la mesa de al lado.

–Increíble –dijo –, dan ganas de llorar.

–¿Querés otro ron?

–No, amor, estoy muy cansada y no soporto la música. Cuando salieron Laura levantó la mirada hacia el cielo. Las estrellas eran enormes, jamás había visto estrellas así. Brillaban de una manera extraña y se sintió al borde del vértigo.

–¿Sabés? –dijo –, me siento igualito a aquella vez que tomamos LSD. ¿Te acordás?

–Es verdad, yo también. Sólo entonces he sentido esa intensificación de las cosas que siento hoy. Estuvimos a punto de ahogarnos, ¿será eso?

–Fue horrible –dijo Laura apretándole la mano –, procuremos olvidarlo.

Los bungalows eran todos igualitos. Caminaron dos cuadras en silencio y doblaron a la izquierda.

–Creo que es por aquí –dijo Juan Carlos –estoy confundido.

–Parece un laberinto.

–No, no es por aquí, creo que había que doblar a la derecha.

–Estoy tan cansada, ni un alma a quien preguntarle. ¿Te fijaste que fuera de la pareja que dejamos en el bar no hemos visto a ningún otro turista?

–Sí que me fijé. La crisis es tremenda, pero qué lindo tener la playa para uno solo, ¿verdad?

Siguieron caminado y perdiéndose en el laberinto hasta que por fin, después de más de media hora de dar vueltas y sintiéndose ambos exhaustos, Juan Carlos descubrió el número 233.

Laura entró primero y fue directamente al baño. Cuando volvió al dormitorio Juan Carlos ya estaba dormido. Ni siquiera se había quitado la calzoneta. Se tendió junto a él, desnuda, apagó la lamparita de la mesa de noche y se quedó dormida.

Soñó. La luz de la mañana entraba a chorros

por la ventana y se filtraba por las cortinas iluminando la habitación. Dos muchachas vestidas en uniforme azul y delantal blanco entraron conversando. Laura trató de incorporarse y no pudo. Sentía el cuerpo pesado. Trató de increparlas y tampoco pudo. La voz no le salía, era como si tuviera la boca llena de algodones. Trató de despertar a Juan Carlos. Todo en vano. Más que miedo sentía indignación. Reconoció que estaba atrapada en un sueño. La familiar sensación de pesadilla en la que uno queda inerte ante las circunstancias.

Las dos muchachas se dirigieron al armario.

–Empecemos por aquí –dijo una.

Laura las miró atónita, enmudecida, mientras ellas empezaron a sacar la ropa y lo metieron todo en la maleta que reposaba sobre un banquito, al lado. Cuando terminaron se dirigieron al baño.

–“Opio de St. Laurent” –exclamó la más bajita –, voy a quedármelo de propina.

–Hacés bien –dijo la otra estallando en risas –, yo en cambio me quedaré con el bikini amarillo que encontré en el closet.

Regresaron al dormitorio y entre las dos pusieron la maleta sobre la cama para cerrarla.

Fue sólo entonces, cuando la colocaron sobre sus piernas sin que ella sintiera nada, absolutamente nada, que Laura comprendió.

*Tomado de la revista electrónica “Carátula” (Director: Sergio Ramírez), con autorización de la autora.

Claribel Alegría. Nació en Estelá, Nicaragua, el 12 de mayo de 1924. Vivió su niñez y adolescencia en El Salvador. Residió en Palma de Mallorca (España). Desde 1979 radica en Nicaragua. Ha merecido infinidad de premios y distinciones por su trayectoria literaria y humana, sobre todo por la calidad de su poesía. Algunos de sus poemarios: **Anillo de silencio** (1948); **Vigilias** (1953); **Huésped de mi tiempo** (1961); **Pagaré a cobrar** (1977); **Sobrevivo** (1978); **Suma y sigue** (1981); **Umbrales** (1996); **Soltando amarras** (2002); **Vía única** (2004); **Mitos y delitos** (2008). También es novelista.



El día de las moscas

POR ROBERTO PÉREZ-FRANCO

a *García Márquez*

Cuando la tercera mosca cayó en su taza de café, Ceferino se decidió a romper finalmente el silencio.

—Ya no se aguantan las moscas en esta casa.

Aunque habló en el mismo tono cortante que había venido usando por años, le pareció notar algo nuevo en su propia voz. El trío de moscas seguía girando sobre el espiral de espuma, batiendo sus patitas negras como un diminuto ballet fúnebre. Ceferino repasó en su mente el sonido de sus palabras. No había hablado en meses, desde la última pelea con su mujer. Tal vez la falta de ejercicio de sus cuerdas vocales las había atrofiado.

Licha siguió impávida, desayunando frente a él sin prestarle atención. Ni el más pequeño cambio en su expresión contrariada acusaba recibo del comentario. «Se habrá quedado sorda la vieja», pensó el marido, contemplándola con ojos torvos. Ella arrancaba un pedacito de pan tostado, lo restregaba contra la yema del huevo frito y se lo llevaba a la boca. Masticaba repetidamente cada bocado, mirando el reloj

de péndulo de la pared, ignorando al marido como lo había venido haciendo desde hace mucho.

Ceferino revisó el termo de café: estaba vacío. Así que tomó el tenedor con que se había servido su mujer el huevo, lo limpió con la servilleta y sacó una a una las tres moscas de su taza. Esa era su desayuno: una taza de café con leche. Su mujer se había preparado, como todos los días, un huevo frito, varias tiras de tocino, dos tostadas y unos cortes de queso fresco. Pero él sólo tenía un café y hasta el mediodía no probaba bocado. Así de triste, pensó, era su vida.

Licha vio a su marido poner las moscas empapadas sobre el mantel. Con el mismo esfuerzo hubiera podido ponerlas sobre la servilleta que tenía junto al plato. O en el plato del café. O en el basurero. Pero no. Lo vio colocar el tenedor, sucio de moscas, en el plato de ella. La cortesía básica requería que él buscara un tenedor limpio, pensó ella, o que como mínimo fregara éste antes de devolvérselo. Pero no. Ahí quedó el tenedor *mosqueado*, chorreando aquel líquido impuro al lado de su tocino.

La mujer lo vio de reojo y se deleitó en la cara de asco que puso Ceferino al bajar el café maculado. Esa mañana ella estuvo tentada a freírle un huevo y hacerle unas tostadas para él, como ofrenda de paz, y a dejárselas en un plato junto al café para que el asunto se explicara por sí solo. Pero se resistió, pues sintió que él no se lo merecía, entre otras cosas, porque no le dio los buenos días cuando llegó a la cocina. Es cierto: hace ya meses que no se hablaban, pero eso no era excusa. Ella, por supuesto, tampoco se los dio a él. Pero él fue el causante de la pelea, y debía por tanto tender el puente primero. Estuvo nuevamente tentada a ceder cuando Ceferino se quejó de las moscas en el café. Pero había una aspereza en su tono de voz que hizo a Licha tomar el comentario como un reproche, por lo que decidió seguir castigándolo con el silencio.

Ya ninguno de los dos recordaba cuándo ni porqué habían dejado de hablarse. Ceferino tenía en la memoria la impresión vaga de una rabieta relacionada con la vecina, y un periódico enrollado que vino volando desde la mecedora hasta su cabeza. Licha, que durante los primeros años llevaba minuciosamente la contabilidad de las afrentas recibidas, había cambiado de pasatiempo cuando los hijos se casaron y se fueron, dejándolos a los dos solos en su pequeño infierno privado, y ahora dedicaba la poca memoria que le dejaron los años a aprender nudos de macramé. Esa mañana, buscando fuerzas para sobreponerse a la tentación de hacerle desayuno a su marido, trató de recordar el incidente, pero fue en vano. Era una cuenta indistinguible en el rosario de sus discusiones.

Sentados en la sala, sin hablar una palabra, se les pasó la mañana. La vieja en la mecedora, tejiendo algo para un nieto; el viejo en el sofá, leyendo un periódico de otro día. Las moscas se paseaban entre ellos, y caminaban sobre sus rostros, pero ambos las ignoraban.

Cuando los ruidos de su estómago avisaron a Ceferino que se acercaba el mediodía, y como no viese movimientos en la estufa, le echó a su mujer una mirada de cejas altas. Licha la sintió caer sobre su nuca (pues se sentaba de espaldas al marido), y se hizo la desentendida. El viejo siguió mirando con insistencia, hasta que a ella se le erizaron los cabellos por la ira. Con calma, terminó los nudos del tejido, guardó en la canasta los hilos, y se levantó de la mecedora. Sacó de la despensa una lata de sardinas y puso unos panes en la tostadora. Abrió la lata y echó todo en un plato.

Cuando su esposa se sentó nuevamente a tejer, Ceferino entendió que aquello era lo único que habría en la casa para el almuerzo. La calidad y cantidad de la comida habían venido empeorando desde hace años, pero cayeron en picada tras la última reyerta. En un día bueno, comerían arroz blanco con sopa de paquete. En un día como éste, sin embargo, sardinas y pan recalentado era lo que tenía. El viejo se puso de pie y se acercó a la mesa. A unos pasos se detuvo y contempló los trozos fríos de sardina y los panes quemados. Normalmente se los habría comido, rezongando entre dientes. Pero no hoy: las moscas habían llegado primero. Sobre el pellejo metálico de las sardinas, los bichitos negros se agrupaban por docenas, caminando unos sobre otros, lamiendo la salsa de tomate y la carne expuesta.

—Hoy es el día de las moscas, carajo—se quejó el viejo.

Licha no respondió nada. Siguió tejiendo en la mecedora. Era la segunda vez que su marido hablaba, pero lejos de sonar como una disculpa, el comentario también era—o al menos podía interpretarse como—un reproche contra el aseo de la casa. Atacar el aseo, que era su responsabilidad según el esquema machista en que habían crecido, era atacarla a ella. Así funcionaba el asunto. Despreciar la comida, que también era su responsabilidad,

era sinónimo de despreciarla a ella. Sus labios se apretaron en una mueca de amargura, que el marido no vio.

Ella escuchó, sin voltear, el sonido de la puerta cerrándose. Las moscas no eran su culpa, se lamentó: habían llegado con la primera lluvia, heraldos macabros del invierno cercano, y se habían quedado en las cocinas de todas las casas del pueblo. Pero así era Ceferino, se lamentó, culpándola a ella de todo.

Cuando regresó Ceferino, con una bolsa de papel en la mano, ella supo que había ido a comprar comida donde la vecina. Entonces recordó, como una epifanía, la razón de la pelea. Aquella vez, hace unos tres meses, ella se quedó dormida en la mecedora y no preparó el almuerzo. El marido (¡el muy sinvergüenza!), se fue a comprar comida donde la «otra». Eso, en la aritmética de aquella guerra fría, equivalía a una traición tan grande como si el viejo hubiera sido sorprendido con la susodicha en el lecho nupcial. Tras el largo castigo, el descarado no sólo no aprendió la lección, sino que reincidió con la mano en la cintura, pensó Licha. ¡Y ahora se sentaba a comerse el manjar pecaminoso en su mesa matrimonial, bajo sus narices!

La vieja se puso de pie, sobresaltada. Ceferino, que había empezado a comer a pesar de las moscas, se asustó por el brinco de su esposa. Pensó que le había dado un ataque, hasta que le vio en el rostro la expresión, muy conocida, de furia femenina. El marido había comprado sólo un plato de comida, el suyo. Cuando vio a su esposa con la palidez del hambre en el rostro, lo asaltó el remordimiento, el cual se sacudió pronto con un pensamiento abrupto: «Si no quiere cocinar, que se joda». Espantándose las moscas, comía apresuradamente. La esposa lo miraba con la frente iracunda y el semblante congestionado. «¡Mmm!», murmuró él, como saboreándose, y los cabellos de la esposa se volvieron a erizar.

—¿No te molestan las moscas?—preguntó la mujer.

El marido no reparó en el detalle crucial de que su mujer había hablado por primera vez desde la pelea, si bien casi involuntariamente y movida por el asco, y dejó pasar esta oportunidad para empezar a reparar el famoso puente, ripostando enseguida:

—¿Molestarme? ¡Me arrullan!

Licha tomó aquello como la última afrenta que su dignidad podría soportar jamás y juró por Poseidón no pronunciar otra palabra en su vida. Se sentó al otro lado de la mesa, sin mirar al esposo, y haló hacia sí el plato con las sardinas y el pan quemado. Al menos cien moscas levantaron el vuelo, pero se volvieron a posar prontas sobre el plato. La mujer se quejó con un mascullar indefinible, suficientemente vago para no romper su recién renovado voto de silencio, pero con el énfasis necesario para desahogar la frustración que le causaban las moscas.

—Te dije que había que comprar el papel engomado—disparó el viejo.

En efecto. Fue el día de la pelea. Las moscas entonces apenas empezaban a llegar al pueblo. Pero Licha se opuso. El problema con el papel engomado—y con casi todo lo demás en su matrimonio—no era de fondo, sino de forma. Si el marido hubiese dicho: «Mi amor, a pesar de que tú mantienes la casa prístina, estas moscas siguen molestando», entonces el papel hubiera estado ese mismo día en la mesa. Pero como él, con su tono de reproche, le había espetado: «Hay que comprar papel engomado», a ella no le quedó más remedio, para defender su dignidad, que negarse de plano.

La mujer se giró de lado y empezó a comer las sardinas. Las moscas llegaban ahora por docenas. Se posaban sobre las cucharas y apenas si alzaban vuelo cuando llegaban a las bocas. Los platos eran una mancha de puntos



negros, donde las cucharas se hundían a tientas. Tras unos minutos ya ni siquiera se veían los rostros el uno al otro, ni distinguían sus propias manos tras la masa de moscas que volaban frente a ellos. Licha cerró los ojos y siguió comiendo sin decir palabra y sin levantarse de la mesa, porque levantarse era perder, era reconocer que el viejo tenía la razón, la razón sobre algo que no recordaba bien y que en el fondo no le importaba, pero que no quería olvidar del todo, por orgullo.

Tras unos minutos comiendo a ciegas, sin ver ni escuchar nada de su esposa, Ceferino fue el primero en ceder. Se puso de pie y avanzó a tientas hacia la puerta; la abrió y una nube de partículas aladas salió volando de la habitación. Cuando retornó la visibilidad al cuarto, Ceferino vio a su esposa, en los últimos estertores de la muerte, tosiendo las moscas que había inhalado. Supo que era muy tarde, y se quedó quieto. Le pareció ver una sonrisa de victoria sobre los labios azulosos.

*Tomado de: Roberto, Pérez Franco. **Catarsis**, 2008.

ROBERTO PÉREZ-FRANCO. Chitré, Panamá, 1976. Ingeniero Electromecánico por la Universidad Tecnológica de Panamá (2001). Máster en Logística (2004) y Doctor en Estrategia Logística (2010) por MIT (Cambridge). Libros de cuento: **Cuando florece el macano** (1993); **Confesiones en el cautiverio** (1996); **Cierra tus ojos** (2000); **Cenizas de ángel** (2006); **Catarsis** (2008); **Cuentos selectos** (2008).

EN NOMBRE DE ELLOS: RADIOGRAFÍA DE LA SOCIEDAD PANAMEÑA

POR MELQUIADES VILLAREAL CASTILLO

José Chen Barría en su primera novela **En nombre de ellos** nos presenta una interesante radiografía de la sociedad panameña de nuestro tiempo, una clara imagen de nuestro Panamá en el cual mientras unos mueren de hambre otros mueren de indignación.

Es una vergüenza la imagen que se tiene de nosotros en el exterior, en el plano interno las mentiras vertidas por gobernantes inescrupulosos una y tantas veces han terminado siendo verdades: En Panamá no hay problemas, vivimos en un paraíso. Cuando nos hablan de los pobres miramos al vecino, tristemente Cristo tiene la razón una vez más: vemos la baurita en el ojo ajeno, pero somos incapaces de percibir la viga que nos niega la oportunidad de percibir nuestra propia realidad.

La novela tiene una estructura circular. Su duración es brevísima. Todo empieza cuando María, la protagonista, cansada duerme y sueña con su hermano Pedro que la saludaba entre las

nubes, rodeado de ángeles. En ese mismo momento Pedro, un conductor de taxi había sido asesinado mientras hacía una carrera al aeropuerto. Su nombre fue mencionado como el de un delincuente de la peor calaña, pero se calló el nombre del pasajero, un influyente hombre de nuestra sociedad, que iba cargado de drogas, cuando fue víctima de un tumbé.

Luego, la novela toma otro rumbo: cuenta todo lo que María vivió desde su infancia, hasta llegar a la capital en la búsqueda de una mejor oportunidad de vida, hasta el momento final en que se encuentra, frente a frente, con la triste muerte de su hermano Pedro.

En Panamá se desarrolla una cumbre tendiente a presentar las conclusiones de las Estrategias para combatir la pobreza. La cumbre se desarrolla en un hotel cinco estrellas, alejado de toda posibilidad de carencia; a la cumbre existen personas finamente vestidas, el Presidente de la Repúbli-

ca llega rodeado de una cantidad sorprendente de guardaespaldas en un auto blindado de fabricación europea. ¿Para qué describir su vestido? La pobreza es hambre. Y en la recepción de los defensores de las estrategias para combatir la pobreza podemos mencionar humildes platillos, tan distantes a nuestro arroz con frijoles, macarrones santos, caldo de yuca, arroz con huevo, etc. No. Quienes luchan contra la pobreza deben estar bien alimentados. Es irónico que quienes hablan de pobreza, esto es fiel imagen de la realidad, tuvieran entre sus humildes viandas: De entrada, crema de mariscos, cóctel de langostinos con salsa inglesa, salmón ahumado con aderezos y queso crema con caviar, vinos finísimos servidos en copas de acuerdo con las normas de protocolo; mientras que muchos de nuestros campesinos, entre ellos yo, bebemos agua en vasos oscuros para olvidar que en las clases de ciencia nos enseñaron que el agua debe ser incolora, sin sabor, sin olor, mientras

que nuestra agua tiene apariencia de chicha de tamarindo y sabor y olor a hojas podridas. Pero no importa. Es un caso particular. Mientras que en la ceremonia a la que nos referimos se bebió agua mineral importada de Francia. Sin embargo, el humilde banquete no se queda ahí: había la primera opción de tomar algunos tipos de carnes importadas; la segunda, platos de la alta cocina española; la tercera, las exquisiteces de la cocina italiana. Así, pavos al estilo country club, pato en salsa de fresas, pernil a la cubana y filete de res a la pimienta importado, eran tan solo ligeras entradas para alimentar a los enemigos de la pobreza, quienes posteriormente tendrían la oportunidad de elegir entre ravioles en salsa de cangrejo y langosta, spaguettini a la carbonara y los frugales postres entre los que se destacan flan crocante con astillas de caramelo, canastas de almendras rellenas de fresas, cheese cake de frambuesas y, por cierto, para los menos golosos hubo platillos de frutas tropicales o sorbete de guanábana; también había algunas cosillas de tomar, como licores de menta, anís, cognac, café americano, capuchino o té de especias orientales.

Es fácil concluir que quienes estaban frente a semejante banquete no tenían la más mínima idea de sentir el felino que descuartiza infantiles estómagos con las garras del hambre.

La obra, entonces toca tierra. Va al pueblo donde vive María, quien escucha a sus padres teniendo relaciones sexuales, con la más inimaginable ignorancia:

su padre, un macho propio del siglo XVI se acerca a su madre sin caricias, sin palabras motivadores y la posee de manera bestial, lo más triste es que interpreta los quejidos de ella como la muestra intrínseca del placer.

María termina la escuela primaria y ayudada por la maestra Tita, después de mucho luchar con el padre que quería mantenerla en el campo (para que siguiera multiplicando la pobreza). Luego, María llegó a la capital a trabajar con doña Kukita, quien la fue a recoger a la Terminal en una humilde camioneta exonerada de impuestos con algunas cualidades de frugal comodidad: asientos reclinables de cuero, cd player, llantas gruesas, seguridad digital antirrobo, ecualizador de sonido, en fin... lo que todos sabemos. Un carro cuyo valor es de B/.85.000. Aquí Chen Barría llama nuestra atención. Saben por qué. María iba a trabajar con un salario de B/.100.00 al mes. Por lo tanto, si hacemos la cruel relación matemática nos percatamos de la canalla distribución de la riqueza en Panamá. B/.85.000, el valor de la camioneta, dividido entre los B/.100.00 que ganaba María, es igual a 850 meses de salario, lo que traducido a buen cristiano nos indica que si María quería tener una camioneta como esa debía ahorrar el ciento por ciento de su salario durante 70 años.

En la ciudad, sin embargo, María se las arregla para estudiar, inclusive hace la carrera de finanzas y banca, para enterarse de realidades más crudas, tales

como que muchos de los elegantes empleados de los bancos, cuya corbata les da un fino aire ejecutivo, gastan la mayor parte de sus ingresos en su vestuario, por lo que se ven obligados a almorzar sopas de fideos. Como dirían los mexicanos, son fiel reflejo de don Catrín de la Fachenda, pura fachada y nada de fondo.

En la Universidad, María se encuentra con una amiga muy guapa que es electa reina de la facultad. Recordemos que ya Rosa María Britton nos enseñó que todas las muchachas quieren ser reinas. Y ésta lo logro. Sin embargo, el único producto de su reinado fue convertirse en la mujer más codiciada por los hombres. Finalmente fue seducida y quedó embarazada teniendo que enfrentarse a una cruda realidad a la que se ven abocadas tantas muchachas en este país que viven en un ambiente de pindín permanente: embarazadas y abandonadas.

Lo más cruel que María vive es cuando va a tratar de conseguir un ascenso. Fue la mejor estudiante de su generación, fue la más eficiente y capaz de todos los aspirantes, pero el puesto no le fue asignado porque el mismo era para el hijo de un rico egresado de una universidad norteamericana. La clase alta de nuestro país le permite al pobre aspirar a ser clase media, pero jamás le permitirá cruzar los linderos de su estirpe.

Así, pues, puedo destacar que los aspectos más trascendentales de esta obra son:

Las múltiples aristas que he encontrado en la novela **En**

nombre de ellos de Chen Barría, las cuales no pienso comentar a plenitud ni en su totalidad, porque violaría tu derecho a percibir a través de la lectura tu propia interpretación; en primer lugar me sorprendió su carácter de novela de tesis, puesto que las ideas no están sueltas ni son suposiciones infundadas; al contrario observamos que cada problema comentado a lo largo de la obra está sustentado (muchas veces estadísticamente) con elementos del diario vivir del panameño; no es una obra que se remonta a un solo fragmento de la sociedad, sino que sus tentáculos –de manera magistral alcanzan los dos sectores fundamentales de Panamá– la ciudad y el campo, la civilización y la barbarie percibida desde sus dos ópticas posibles.

En muchos casos la novela se torna cruda, carente de los aparatos ideostéticos, los cuales, para muchos de nuestros críticos, son los ingredientes fundamentales de la buena literatura: la concepción de una obra con perspectivas arquitectónicas, cada ladrillo en su lugar; cada línea encajada perfectamente dentro de un espacio específico, lo que me ha llevado a diferir de algunos de ellos, puesto que defienden a ultranza el ingrediente estético, el entramado formal y descartan el carácter axiológico de la obra desde el punto de vista de su finalidad social.

La novela, aunque tiene como protagonista, en apariencia, a una niña campesina, de cualquiera de nuestros campos, en su estructura profunda tiene como

personaje principal a todo el pueblo panameño; en alguna medida, nos recuerda **Fuenteovejuna** de Lope de Vega.

María trata de escapar de la pobreza, trasladándose a la capital a trabajar como doméstica, a la vez que encuentra en el estudio una herramienta que le permite intentar escapar de su condición; no obstante, inclusive con un título universitario, se percata de que mucho más que títulos universitarios se requieren una serie de conexiones y entronques con una sociedad corrompida que no contempla ni valora las cualidades individuales de la persona sino los intereses de los círculos poderosos que se han repartido el país como herencia a través del paso de los años.

La obra, inclusive, recordemos el incidente de Teresa, con una realidad tan cruda que raya en la ironía, nos habla de una bella chica que se hace reina, recordemos que en Panamá, aunque no tenemos tradición reinal, sino de presidentes y generales, mantenemos intactos en nuestros genes el capricho europeo de las monarquías. Sin embargo, lo único que sacó esta niña de su reinado fue un embarazo indeseado que le produjo consecuencias muy negativas, fiel reflejo de la realidad social.

Sin embargo, no todo en la obra es oscuro. Pues Panamá cuenta con recursos inimaginables que no son debidamente explotados. Entre ellos, la facilidad con que se puede lograr una carrera universitaria que le permita a su gente aprender a combatir la pobreza a través del conoci-

miento. Me decía un amigo que había vivido algunos años en Estados Unidos que la situación de pobreza de nuestro país no tiene como causa la falta de riquezas, sino la falta de voluntad y creo que tiene razón. La Universidad, no se habla de cuál, pero es evidente suponer que se trata de la de Panamá, ofrece licenciaturas con costos simbólicos, los cuales, lamentablemente, no son aprovechadas por nuestros conciudadanos en todas sus posibilidades. La obra también critica la planta de educadores, muchos de los cuales se han preocupado por la adquisición de puntos a través de la consecución de títulos (esto ha alcanzado proporciones hiperbólicamente deleznable), en los cuales se refleja una puntomanía que permite ascensos de categoría y nombramientos, sin que los mismos se constituyan en imagen de conocimiento y de la eficiencia de quienes los poseen.

Los hombres no se han percatado aún de que las mujeres, quienes conservan sus dos armas fundamentales, por lo menos las que el pensamiento social les ha atribuido (lágrimas y sonrisas) ahora están recurriendo a la formación académica, al cultivo del intelecto y a la supremacía personal, en la búsqueda del lugar que les corresponde o por lo menos al que aspiran; lo que resulta más interesante es que además de lograrlo, han empezado a domeñar los intereses masculinos. Hasta los años 60 del siglo XX, era común advertir que a los hombres se les enviaba a la escuela con el fin de que se prepararan para la vida,

que lograran un empleo decoroso y así poder mantener un hogar. Las mujeres, por su parte, se quedaban encerradas en el hogar, ayudando a los padres, preparándose para ser futuras madres de familia, pues su misión se circunscribía al cuidado de los hijos y del hogar. Hoy, las féminas nos superan a los hombres, porque, a través de la educación, se preparan para enfrentar los retos de nuestro tiempo, mientras que los hombres aún navegamos plácidamente en las aguas, aparentemente sosegadas, de un machismo decadente.

Encuentros reflexivos de la creación y la crítica en *Un lector y un escritor tras el enigma:*

la narrativa de Enrique Jaramillo Levi, de

Fernando Burgos

POR FÁTIMA NOGUEIRA

University of Memphis

Entre los estudios dedicados a la obra del autor de *Duplicaciones*, la sólida obra de Fernando Burgos *Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi* provee una perspicaz visión tanto sobre la situación de la naturaleza posmoderna de la obra del escritor panameño como sobre los elementos cruciales que identifican su narrativa, poesía y obra dramática. Aparte de estos dos significativos logros, el examen de la obra de Jaramillo Levi sirve de puente en el libro de Burgos para adentrarse en el conocimiento de la literatura panameña. El crítico chileno lleva a cabo estos meritorios propósitos a través de su enjundioso ensayo “De lo insólito a lo psíquico y de lo metanarrativo a lo existencial en la cuentística de Enrique Jaramillo Levi”, y por medio de un vigoroso, inteligente e iluminador diálogo con el autor. Antes de detallar los aspectos más significativos resultantes de la perspectiva señalada, me referiré primeramente a la génesis de esta obra, especialmente por el hecho

de que presencié directamente su realización que tomara por lo menos tres años. Un día que viera llegar a la oficina de la universidad a Fernando Burgos con un maletín que debe de haber tenido al menos quince libros, le pregunté con curiosidad cual era su proyecto, vocablo este último que le había escuchado utilizar asidua y entusiastamente a mi colega en los años que lo conozco y por lo cual presentía que tendríamos una larga conversación al respecto. Estoy preparando un libro que incluye una larga entrevista, pero que en realidad no es una entrevista, me dijo. Hablamos extensamente esa tarde y en muchas otras ocasiones sobre su enigmática propuesta de “una entrevista que en realidad no lo era”.

En mi propia labor crítica, yo me había beneficiado enormemente de entrevistas publicadas en revistas académicas, o de vídeos tanto sobre autores de habla española como de otras lenguas, y especialmente de libros dedicados totalmente a este propósito en



los que el diálogo con el escritor constituía un sustancial aporte a la elucidación crítica de su obra. Entre ellos debo mencionar los siguientes: *Into the Mainstream: Conversations with Latin-American Writers* (1967) de Luis Harss y Barbara Dohmann; el dedicado a Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza* (1982); *Espejo de escritores: entrevistas con Borges, Cortázar, Fuentes, Goytisolo, Onetti, Puig, Rama, Rulfo, Sánchez, Vargas Llosa* (1985) compilado por Reina Roffé; *Memoria plural: entrevistas a escritores latinoamericanos* (1986) de Danubio Torres Fierro; *Emergentes* (1986) de María Esther Gilio; *Los escritores latinoamericanos: biografías del continente* (1986) de Haydée M. Jofré Barroso; *Las dos caras de la escritura. Conversaciones con Mario Benedetti, María Corti, Umberto Eco, Sylvia Molloy, Carlos París, Ricardo Piglia, Xavier Rubert de Ventós, Susan Sontag, Gonzalo Torrente Ballester, Nilita Vientós Gastón* (1988) de Marithelma Costa y Adelaida López; *América Latina, marca registrada: conversaciones con Jorge Amado, Mario Benedetti, Adolfo Bioy Casares, Guillermo Cabrera Infante, René Depestre, José Donoso, Jorge Edwards, Roberto Fernández Retamar, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti, Nicanor Parra, Octavio Paz, Augusto Roa Bastos, Ernesto Sábato, Arturo Uslar Pietri, Mario Vargas Llosa* (1992) de Sergio Marras; *Interviews with Latin American Writers* (1992) de Marie-Lise de Gazarian-Gautier; *Escritores de América: 31 entrevistas publicadas en Revista de Libros de El Mercurio, Chile* (1993); *Conversaciones* (1993) de María Esther Gilio; *Speaking of the Short Story: Interviews with Contemporary Writers* (1997) de Farhat Iftekharruddin, Mary Rohrberger, y Maurice Angus Lee; *Dieciséis entre-*

vistas con autores chilenos contemporáneos: la emergencia de una nueva narrativa (2005) de Guillermo García-Corales; *El arte de la conversación: diálogo con escritores latinoamericanos* (2007) de Carlos Dámaso Martínez; *A viva voz: Entrevistas a autores puertorriqueños* (2008) de Carmen Dolores Hernández.

En esas conversaciones mi colega me indicó que él contaba con dos modelos específicos para el proyecto dedicado al autor panameño. Estos eran el libro de Pedro Lastra *Conversaciones con Enrique Lihn* publicado en 1980 y reeditado en 1990 y 2009 y *Diálogos* de Gilles Deleuze y Claire Parnet, publicado por primera vez en 1977. El primero de ellos era para Fernando Burgos el encuentro ideal entre un crítico (Pedro Lastra) que es poeta al mismo tiempo y un escritor (Enrique Lihn) quien fuera también un lúcido crítico. Si tú lees ese libro—me dijo—encontrarás una de las aproximaciones más estimulantes y esclarecedoras sobre la obra de Lihn. El segundo—continuó—es un ideal absoluto de cómo dos voces pueden llegar a confundirse y a constituirse en una sola. Una demostración maravillosa del genio filosófico de Deleuze sobre como se puede trascender el formato de una entrevista creando un texto integrado de pensamiento crítico. Obviamente, me dijo, me refiero a paradigmas de los cuales estaré muy lejos de alcanzar. Lo importante, agregó, es intentar situarse en una tradición del diálogo como provocación intelectual que te deje al menos en el umbral de pistas y de aperturas con respecto a la multiplicidad de significantes de una obra artística. Me participé, además, del hecho de que desde que conociera a En-

rique Jaramillo Levi en los años ochenta, se había leído cada una de las obras que el escritor panameño le remitía sistemáticamente, contando, por lo tanto, con un vasto conocimiento de su literatura y que en la relectura que hacía ahora buscaba desmontar esa maquinaria estética interna que guiaba los principios creativos del arte de Jaramillo Levi. Ya que él mismo lo emprende en su obra, la incitación está generada, comentó.

Este acicate es ampliamente logrado en el libro *Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi*, que realiza un proceso interactivo y creativo del cual participan el crítico y el escritor resultando en un análisis abierto a posibles interpretaciones de la obra del escritor panameño, para lo cual se detiene en aspectos esenciales de su elaboración técnica y de su fundamentación estética. En el ensayo “De lo insólito a lo psíquico y de lo metanarrativo a lo existencial en la cuentística de Enrique Jaramillo Levi”, Fernando Burgos nos ofrece un brillante y extensivo análisis de los diversos componentes estéticos presentados en la cuentística del escritor panameño. Para el crítico chileno, la conformación de dos conjuntos unidos por la exploración de lo psíquico corrobora a la composición de estos componentes. De un lado se encuentra la temporalidad, la escritura y la transformación de ambas. De otro, una visión artística, que explora la condición humana y los contextos culturales creados por una sociedad posmoderna con su desplazamiento de lo humano hacia una “proyección espuria de progreso o de alarmantes formas de alienación cultural” (18), gene-

rando la visión de un mundo extraño. Según Burgos, esta visión de mundo activa el tratamiento de lo fantástico articulada en torno de conflictos creados por nuevos modelos culturales, sugiriendo por tanto la existencia de una expresividad de lo extraño más que la presencia de lo fantástico en el caso de la obra del escritor panameño. Así, constituyéndose como una forma de desnudez de lo más oculto de la naturaleza humana esta expresión de lo extraño se enlaza a una exploración de lo psíquico.

Desde ahí se revela la existencia de dos metafísicas encontradas—una existencial y otra escritural—que dan dirección a la obra del referido escritor, creando condiciones para la plasmación de sus fundamentos estéticos entre los cuales se destacan: primero, una realización estética de lo insólito vinculado a lo transformacional que nos lleva a: “repensar nuestros espacios psíquicos y nuestras construcciones sociales, apremiándonos a mirar críticamente la carrera ciega del individualismo” (18). Segundo, una identidad entre el tiempo humano y la escritura, ya que sólo ésta puede realizar completamente la experiencia plural de tiempos en que convergen lo imaginario, lo espiritual y lo confesional. Al rescatar el poder introspectivo del arte, tal identidad provoca la emergencia de las dudas sobre la escritura y el escritor. Esta relación entre escritura y escritor supone desde luego la figura del lector desdoblada en la multiplicidad escritor-lector, ya que el primero “siempre es un lector multiplicado por un infinitesimal número de lectores y lecturas” (39). La relación escritura-tiempo anula tam-

bién cualquier seguridad sobre el quehacer creativo, incluyendo los planos y modelos de construcción narrativos, las sistematizaciones de procedimientos estéticos, las canonizaciones y afirmaciones sobre lo artístico postuladas como verdad en la medida que ambos favorecen el movimiento y el cambio. Tercero, una conciencia del poder multifacético de la escritura, la cual entiende todo acto creativo como una experiencia de multiplicación de la unidad que cuestiona el mismo principio de unidad. Se produce así una escritura que anula las barreras de las experiencias espacio-temporales y psíquicas debido a su cuerpo multicelular. Tales experiencias permiten, por un lado, una suerte de traslado psíquico de lo individual hacia su tribalización en consientes colectivos ancestrales. Por otro lado, este movimiento corporal se encuentra con otros cuerpos disipándose en una cadencia erótica que los une debido a la disposición imaginativa inherente al erotismo. Cuarto: una disposición de planos integrales de la labor creativa de tal manera que un cambio en uno de éstos afecta a todos los demás. Se trata aquí de una extensión de la práctica de la multiplicidad hacia una nueva experiencia de lectura en la cual se experimenta el carácter mutante de una escritura movimentada por la discontinuidad de su cuerpo así como de sus réplicas. El acto de escribir, se transforma entonces en un proceso inagotable de lecturas y re-escrituras.

En este proceso se embarcan Enrique Jaramillo Levi y Fernando Burgos durante una entrevista en que se discuten los principales trazos de la extensa obra del escritor, alternando

momentos de profunda reflexión teórica con otros amenos en los cuales Jaramillo Levi se aproxima al lector de manera más personal. Este recorrido se inicia con *Duplicaciones* (1973), libro de mayor fortuna crítica de la obra del escritor panameño, del cual comentan cuarenta y uno de los cuarenta y cinco relatos que lo componen. Se empieza por definir la función estética de las duplicaciones entendida como búsqueda del desciframiento del enigma así como un medio de comprensión de las relaciones entre el yo y el universo, siendo que muchas veces las duplicaciones de los personajes, conciencias y situaciones se plasman como una multiplicidad de cuerpos sin evadir la posibilidad opuesta de contracción de todos los cuerpos en una entidad absoluta. A partir de ahí se discuten algunos elementos presentes en estos relatos tales como sus principales temas y motivos, las consideraciones sobre la escritura que ellos engloban y las técnicas escriturales utilizadas en su composición. De igual modo se discute su orientación posmoderna cuyo signo es la transformación—entendida como una necesidad de reorientar la cultura y nuevos modos de existencia—, así como las conexiones vanguardistas, filosóficas, psicoanalíticas e intertextuales que la obra presenta.

Entre los temas y motivos encontrados en *Duplicaciones* se destacan la duplicidad, la vigilancia, la violencia, la crueldad, el adulterio, la culpa, el incesto, lo erótico, la enajenación, la desesperación, la soledad, lo onírico, el auto-engaño, lo sublime y los enlaces entre la realidad y la ficción, así como entre la vida y la muerte. Se enfatiza también la cuestión

de la percepción y sus relaciones con la mirada y la perspectiva. El crítico y el escritor acentúan dos elementos preponderantes en la escritura de Jaramillo Levi: el tiempo y el espejo. Se trata el primero en sus diversos aspectos: el paso del tiempo y la caducidad, la anulación de las categorías y de la sucesión temporales, la crítica a una sociedad que acumula tiempo, almacenándolo para el futuro, las relaciones del tiempo con la memoria e imaginación, así como con lo confesional. El segundo muestra la realidad y la distorsiona, funcionando también como un elemento mágico transformador. Ambos elementos adquieren magnitud en la obra del escritor panameño en la medida que se identifican con la escritura y posibilitan la aparición del doble. Las reflexiones sobre la escritura engloban su identificación con un acto de magia donde se entromete el subconsciente, resultando que muchas veces “los cuentos se escriben por sí solos” y los personajes escapan de la intervención del autor. Al relacionarse con lo psíquico por medio de un ejercicio de introspección, las transformaciones actúan como metáforas de las regiones oscuras del ser humano y la intuición del mal alcanza un punto climático. El proceso de la creación-lectura se acompaña de la auto-crítica, en correspondencia con el hecho de que las técnicas escriturales emplean una conexión entre palabra, imagen, metáfora e imaginación. Jaramillo Levi observa que en muchos de sus cuentos el realismo se impregna de una supraestructura metafórica dando lugar al apareamiento de lo metafísico. Tanto el crítico como el autor destacan una fluidez escritural

en las obras del escritor panameño la cual aproximan al concepto deleuziano de rizoma. Además de Deleuze, señalan pensadores como San Agustín, Lacan, Freud, Jung y Bataille y corrientes filosóficas como el existencialismo y el nihilismo que podrían sostener teóricamente la labor creativa de Jaramillo Levi.

Se pronostica que dos libros posteriores a *Duplicaciones* despertarán la misma atención crítica que éste. Son ellos: *Caracol y otros cuentos* (1998) y *En un instante y otras eternidades* (2006). Sobre el primero, se reconoce su orientación hacia la disquisición filosófica sobre el tiempo y la creación, posibilitando que aquello reciba en ciertos relatos el tratamiento de sujeto y objeto de la creación mientras ésta enfoca el deterioro de la escritura y del escritor en el sentido de un estancamiento que resulta en la frustración del escritor. Vale notar aquí que la esterilidad también nutre la creación. Otra observación refiere a la cuestión de la autoría en el sentido barthesiano de la “muerte del autor”, así como la confrontación o incorporación del simulacro en el sentido que le confiere Baudrillard. En los cuentos en que el protagonista es un escritor se percibe el tono de confesión que transforma al lector en confidente, lo que confirma una existencia ficcional de ambos. Fernando Burgos y Jaramillo Levi especulan aquí sobre la posibilidad de la existencia de lo autobiográfico en la ficción. Se percibe en el libro un tono existencialista así como una dialéctica entre el pesimismo y un punto de esperanza representado por el amor. Sin embargo, se retrata las dificultades de las relaciones amorosas. Los temas giran

principalmente alrededor del desamor, la duplicación, la vigilancia y el desenmascaramiento. *Caracol y otros cuentos* reafirma la posición vanguardista del autor al presentar en ciertos relatos una tendencia hacia lo pictórico, en la cual se realiza la técnica del claroscuro.

En el libro *En un instante y otras eternidades* predomina una estética orientada hacia el proceso de la escritura y sus posibilidades de repetición. Es decir que los temas sobresalientes en los relatos que lo componen—lo erótico, lo fantástico, lo metafísico, lo poético y lo metaficcional—constituyen la materia misma de los cuentos, no sólo exhibiendo la expresión torturada de una escritura fallida sino que enfatizando el proceso de la escritura en el momento de su realización, es decir, la escritura haciéndose. De esta manera las cuestiones de la temporalidad, trazo constante de la narrativa del escritor panameño, lejos de ausentarse de esta obra, se concentran particularmente en el tiempo de la escritura y de la lectura. A esta mortificación de lo imposible corresponde el sarcasmo y la paradoja revelados como actitud estética. En cuanto a lo erótico, se observa una aproximación entre seducción y escritura, redundando en una unidad entre Eros y la escritura. Por otro lado, el placer total presentado como medio de escape del tiempo, es destructivo, permitiendo un acercamiento de la lujuria a la locura así como del sexo al crimen. En este apartado se incluyen también algunas reflexiones sobre el micro-relato, género al que Jaramillo Levi ha contribuido y difundido, así como una crítica a la máquina editorial que alimenta la sub-literatura.

En lo que concierne al cuento, las reflexiones críticas sobre la creación de Jaramillo Levi prosiguen abordando— no necesariamente en este orden— los textos de *Luminoso tiempo gris* (2002), *Gato encerrado* (2006), *La agonía de la palabra* (2006), *Todo es nuevo bajo el sol* (2007) y *Justicia poética* (2008). Aunque los temas centrales del escritor panameño continúen vigentes en estas colecciones, el crítico y el literato nos ofrecen direcciones estéticas diversas que predominan en cada una de ellas. Así, en *Luminoso tiempo gris* prevalece la tendencia posmoderna de conferir a la escritura una autarquía estética basada en una mezcla de sabiduría intuitiva e imaginación, sumadas a la experiencia y a las lecturas personales del artista. En *Gato encerrado* se acentúa la fusión de lo erótico y lo metaficcional conducida hacia la exploración del narcisismo del escritor y de la escritura. Desde la perspectiva de la metaficción aparece el lector virtual en la narración y se refuerza la concepción de la ficción como simulacro y prestidigitación. Otras novedades del libro se resumen en la insistencia en el sin sentido de la realidad así como se percibe un desligamiento del antropocentrismo. La dirección estética predominante en *La agonía de la palabra* sería, como sugiere el título, una demanda de otras capacidades de expresión artística o una nueva potencialización de la palabra, haciendo hincapié en la arbitrariedad del signo. La escritura se entiende aquí como un proceso de múltiples interacciones, desapareciendo por tanto la concepción de autor y de texto únicos. Por primera vez se asoma la tendencia a acomodar a determinados contextos el uso de

expresiones coloquiales, frases de doble sentido y dichos para obtener un efecto crítico o sarcástico. Tal tendencia hacia una incursión al humor negro, lo satírico y lo paródico perdura en *Todo es nuevo bajo el sol* y *Justicia poética*. En el primer libro se adjunta una preocupación ecológica que pronostica lo deforme como consecuencia de la capacidad humana de destrucción, mientras que en la segunda obra el autoerotismo adquiere un papel acentuado.

La entrevista a Jaramillo Levi aporta también información sobre su poesía, su ensayística y su retorno al teatro después de cuarenta años con la pieza inédita *Círculo vicioso*, donde se abordan los temas infidelidad y SIDA dentro de la perspectiva de una relación amorosa auténtica. En cuanto a la obra poética tenemos la grata sorpresa de topar con una breve antología de poemas ofrecida por el escritor que sirve de introducción al lector que desconoce su poesía cuyos temas presentan una relación de continuidad con la obra narrativa. Fernando Burgos resume el enfoque poético de Jaramillo Levi como una persistencia de dos motivos, el tecleo y el cuerpo, la máquina de escribir y el cuerpo de la mujer, por fin, la escritura y el amor desdoblados en los temas de duplicidad, extrañamiento, muerte, erotismo y creatividad poética.

El ensayista Jaramillo Levi se encuentra en profunda conexión con el promotor cultural y divulgador de obras de la literatura mexicana, centroamericana y panameña. El número de textos de la obra conjunta de Jaramillo Levi (quinientos y ochenta cuentos distribuidos en diecinueve colecciones y ocho antologías persona-

les, doce poemarios, cinco obras de teatro y ocho libros de ensayo) se vuelve aún más impresionante cuando se le compara con su actividad de promotor cultural. Ésta engloba doce años de periodismo cultural en México promoviendo libros y autores mediante entrevistas y antologías, conducción de talleres literarios, participación en conferencias y seminarios sobre la literatura panameña e hispanoamericana, fundador y editor de *Signos* transformada posteriormente en *Fundación Cultural Signos* en la cual editó más de ciento y cincuenta libros de escritores panameños, fundador y editor de la *Revista Maga*, creador de certámenes y premios literarios, profesor, investigador y creador de un Diplomado en Creación Literaria en la Universidad Tecnológica de Panamá.

Frente a estas actividades se incluyen en la entrevista los apartados “El promotor y el epifónimo” así como “Intimando con la Literatura Panameña”. En este último no sólo tenemos la oportunidad de conocer a los escritores jóvenes y los proyectos actuales de la literatura que se realizan en Panamá sino que también contactamos con la producción literaria modernista y vanguardista de este país. Esta incursión en la producción literaria de Panamá ofrece al estudioso de Jaramillo Levi la oportunidad de contextualizar su obra en la referida producción. Contribuye a esta visión conjunta de las actividades de Jaramillo Levi el capítulo “De todo un poco” en el cual se puede apreciar sus perspectivas sobre el proceso creativo, su opinión sobre escritores y movimientos literarios hispanoamericanos, su formación teórica y sus posibles influencias.

De esta forma la obra *Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo* logra ofrecer una excelente exposición y análisis de los elementos destacados en la obra del escritor panameño, así como de su formación teórica y orientación estética. Fernando Burgos con su extraordinaria formación crítica auxiliada por una actitud perspicaz y algunas veces provocativa no sólo consigue sondear sobre el enigma que da dirección a la producción de Jaramillo Levi y compartir con nosotros su profundo conocimiento del autor sino que también nos pone en contacto con la figura humana y con el descomunal promotor cultural de Panamá. Frente a este logro, preveo que tal obra innegablemente se transformará en herramienta indispensable al crítico que se proponga estudiar la producción de Jaramillo Levi de modo particular y la literatura panameña en el ámbito general. Mezcla de indiscutible calidad académica y dispositivos placenteros al amante de la literatura, este libro indudablemente despertará también el entusiasmo del lector habitual.



Obras citadas

Barthes, Roland. "The Death of the Author." *The Norton Anthology of Literary Criticism*. Ed. Vincent B. Leitch. New York/ London: Norton, 2001. 1466-70.

Deleuze, Gilles and Felix Guattari. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Trans. Brian Massumi. London, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.

Jaramillo Levi, Enrique. *Duplicaciones*. México: Joaquín Moritz, 1983.

---. *Caracol y otros cuentos*. México: Alfaguara, 1998.

---. *En un instante y otras eternidades*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 2006.

---. *Luminoso tiempo gris*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma, 2002.

---. *Gato encerrado*. Panamá: 9 Signos Grupo Editorial, 2006.

---. *La agonía de la palabra*. Ciudad de Guatemala: Letra Negra, 2006.

---. *Todo es nuevo bajo el sol*. Ciudad de Guatemala: Letra Negra, 2007.

---. *Justicia poética*. San José, Costa Rica: EUNED, 2008.

Lastra, Pedro y Enrique Lihn. *Conversaciones con Enrique Lihn*. Cuadernos de texto crítico, 10. Xalapa, Ver., México: Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, 1980.

Parnet, Claire y Gilles Deleuze. *Diálogos*. Valencia : Pretextos, 1980.

¿HASTA CUÁNDO?

Desde el minuto fatal
 Hasta la hora señalada
 Desde el día que me quieras
 Hasta que la muerte nos separe
 Desde una tarde de perros
 Hasta el anochecer de un día agitado
 Desde el naciente
 Hasta el poniente
 Desde el cuarto intermedio
 Hasta el cuarto creciente
 Desde la A
 A la Z
 Desde la primera vez
 Hasta el último gemido
 Desde que te conocí
 Hasta que te olvidé
 Me pregunto si fue suficiente

2 poemas
de Alberto Sáez

ESTOS LABIOS

Con estos labios que tanto han gritado
 Que tanto han callado
 Que tanto han murmurado
 Que tanto han sangrado
 Que tanto han sido mordidos
 Que tanto han soplado, silbado y escupido.
 Son estos mismos labios que tanto han hablado
 Que tanto han susurrado
 Que tanto han seducido
 Que tanto han convencido
 Que tanto han besado
 Que no se atreven a decir te quiero
 Por temor a no ser escuchados.

ALBERTO SÁEZ. Buenos Aires, Argentina, 1949. Reside en Panamá desde 1979. Magister en Administración de Empresas con especialidad en Finanzas. Piloto privado de avión. Trabajo actual: Gerente de Finanzas de Motta Internacional, S.A. (Zona Libre). Distinciones: 2° lugar concurso IPEL sección cuentos 1997; 1° lugar concurso INAC cuento 2005; 2° lugar Premio Municipal de Poesía "Amelia Denis de Icaza" 2009. Ha publicado cuentos en la revista *Maga* y en el periódico *El Universal*.

50 AÑOS DE ESCRITURA: CONGRESO INTERNACIONAL EN TORNO A LOS APORTES DE LA OBRA LITERARIA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Del 6 al 8 de julio de 2010 se llevó a cabo en el Teatro Anita Villalaz del Casco Antiguo una actividad académico-literaria denominada 50 AÑOS DE ESCRITURA: CONGRESO INTERNACIONAL EN TORNO A LOS APORTES DE LA OBRA LITERARIA DE ENRIQUE JARAMILLO LEVI, organizada por el Instituto Nacional de Cultura y la Universidad Tecnológica de Panamá. “La sobresaliente trayectoria literaria del escritor panameño Enrique Jaramillo Levi (1944), su destacada y comprobada proyección y valoración internacional, la excelencia de los aportes de su amplia bibliografía a la literatura hispanoamericana de los últimos 40 años, y el hecho de que en 2010 se cumplen 50 años consecutivos de escritura de este autor (quien empezó a escribir a los 15), ameritan la organización, en nuestro país, de un Congreso Internacional en el que los diversos aspectos de su valiosa obra cuentística, poética, ensayística y como promotor cultural infatigable sean debidamente analizados y divulgados por reconocidos críticos nacionales e internacionales”, señaló en su momento Fredy Villarreal Vergara, crítico literario santeño y profesor de la Universidad Latina de Panamá en la ciudad de Chitré, gestor del Congreso.

Si bien la iniciativa de organizar este Congreso fue una propuesta del Prof. Villarreal Vergara, se logró para su exitosa realización el apoyo del Instituto Nacional de Cultura y de la Universidad Tecnológica de Panamá, entidades que asumieron decididamente esta iniciativa de ha-

cer en Panamá dicho foro académico que se realizó mediante un Acto Inaugural en el que hubo una Conferencia Magistral de Villarreal Vergara sobre el conjunto de la obra de Jaramillo Levi la noche del 6 de julio, y 5 Mesas Redondas y presentación de nuevos libros de y sobre este autor los días 7 y 8 de julio.

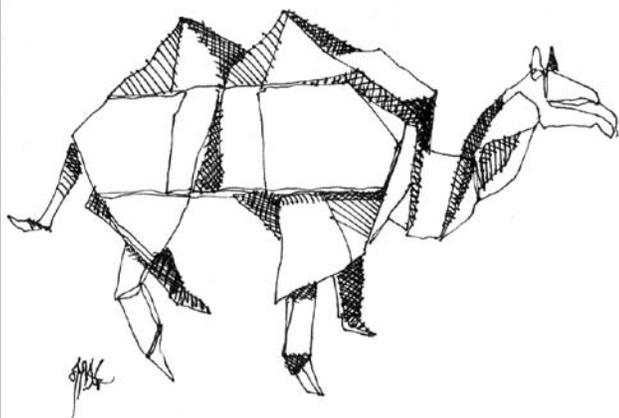
Se contó también con el apoyo de la Embajada de España en nuestro país, así como de varias empresas patrocinadoras: Hotel Country Inn & Suites (Amador); Supermercados Riba Smith; Editora Panamá América, S.A.; Lotería Nacional de Beneficencia; Librerías El Hombre de la Mancha; Universidad del Arte Ganexa; Restaurante Tinajas; Universal Books y Agasajos Chez Marie.

La Comisión Organizadora estuvo integrada por el crítico Fredy Villarreal Vergara (Presidente), y por los escritores Lupita Quirós Athanasiadis (Coordinadora), Gina Paola Stanziola (Tesorera), Lissete Lanuza Sáenz y Alberto Cabredo, así como por la Lic. Vielka Vargas (Directora Nacional de Publicación del INAC) y la Ing. Geomara Bethancourt de Escobar (Directora de Extensión de la U.T.P.). Además de contarse en este foro académico con un número importante de ponencias de destacados estudiosos panameños, vinieron a nuestro país distinguidos especialistas literarios de España, México y los Estados Unidos, quienes conocen a fondo la extensa obra de Jaramillo Levi, y aceptaron hacer públicos aquí sus análisis y juicios de valor, junto con sus colegas nacionales. De forma complementaria,

se realizó también la presentación de un nuevo libro de cuentos de Jaramillo Levi (**Escrito está**, Letra Negra Editores, Guatemala, 2010) y de un libro del crítico chileno Fernando Burgos (Universidad de Memphis, Tennessee), titulado: **Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi**.

Próximamente se publicará como libro la **Memoria del Congreso** (3 discursos, 1 conferencia magistral, 14 ponencias y 2 reseñas de los libros presentados).

Los expositores analizaron diversos aspectos de la producción cuentística, poética, ensayística y como promotor cultural de Jaramillo Levi. En este Congreso Internacional participaron: de España, el crítico Fernando Valls (Universidad Autónoma de Barcelona); de los Estados Unidos, los críticos Fernando Burgos y Fátima Nogueira (Universidad de Memphis, Tennessee), y Nicasio Urbina (Universidad de Cincinnati, Ohio); de México, el crítico Lauro Zavala (Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F.) y de Guatemala, el editor y escritor Armando Rivera. Por Panamá, participarán como expositores los críticos: Fredy Villarreal Vergara, Irina de Ardila, Rodolfo de Gracia, Fulvia Morales de Castillo, Margarita Vásquez, Melquíades Villarreal Castillo, Beatriz Valdés y Allen Patiño. En el Acto de Clausura Enrique Jaramillo Levi pronunció un breve discurso de agradecimiento en el que, a su vez, expresó algunas de sus convicciones y principios literarios.



Cuando la escuché cantar por vez primera, su voz suscitó un movimiento súbito en mi mano, para llamar la atención de quienes conversaban conmigo en aquel instante.

–¿Escuchan esa voz?

Todo en derredor pareció aminorar su velocidad. Esos cautivantes códigos de Hidrosfera me eran familiares. Cinco minutos de inmersión y el trasmallo del saludo me sacó de la realidad.

–Hola – su andar por el pasillo central del auditorio desencadenó una onda suave de brisa marina de amanecer.

–Hola, ¿qué tal? –no sé cómo atiné a responder.

–Muy bien. Que tengan buena suerte– dijo, sin detener el ondular pisciforme de su pantalón de bastas de elefante que la conducía a la salida.

Nuestro turno al ensayo se acercaba.

–Quiero que ella cante para mí.

–Bueno, corre y háblale.

–Después del festival, será mejor.

Una expectativa de generoso y plano remanso me subía por los pies a medida que transcurría el espectáculo.

El trueno del veredicto favorable desató una borrasca de besos y abrazos entre los miembros de la agrupación, en medio de la marejada del público en desorden. Por más que me empinaba por encima del nivel de las cabezas, no lograba dar con ella. En la hoja del programa, sólo me quedaba su nombre y el de la escuela que había representado.

Durante dos meses, mis horas de sueño con-

cluían con una sensación de oleaje y la remembranza de aquellos dibujos que aparecían con sólo colocar las curvas francesas de mi abuelo sobre el papel. Él se limitaba a sonreír cuando veía esos seres en mi cuaderno; una en cada página, terminadas con ese vigor de resplandores acuáticos que se derramaban de la caja de 36 lápices que, como un augurio, me había regalado.

El anuncio de la Muestra Musical Universitaria me empujó lejos de las orillas del recato.

“SE BUSCA A LA ENFERMERA
ORIANA OBDULIA ORTEGA
PARA INTERPRETAR CANCIÓN.
FAVOR LLAMAR A **RADAMÉS MEREJO**
AL TELÉFONO **264-5459**.”

Puse los letreros tamaño carta, hechos con marcador negro, por todos los espacios visibles.

Un día de inicios de enero, la vi bajar por las escalinatas de su escuela con su paso de brisa marina de amanecer.

–¡Al fin! – rompí la paz de su andar.

–Hola – se sorprendió como pez circunscrito por la tarraya.

–¿Imagino que viste los letreros?

–N... no. ¿Cuáles letreros?

Su sonrisa de ola ancha y sus ojos de ónice y nácar me distrajeran un poco.

–Hace más o menos un mes, puse letreros en todas las paredes de tu escuela, solicitándote para que cantaras una canción mía en el festival de mayo.

–¡Ay, eras tú!

–Pero, si los letreros hasta tenían mi nombre y mi número de teléfono...

–No, es que no fui yo quien los vio. Unas compañeras de la escuela me hicieron el comentario y pensé que estaban jugándome una broma, porque cuando revisé las paredes, no vi nada.

–Bueno. Eso ya no importa. El asunto es que hay un festival en mayo y quería saber si estarías dispuesta a cantar una canción mía.

–S... sí, está bien.

Algo mareado por el sencillo mecer de su respuesta increíblemente afirmativa, propuse ensayos y acordamos días, horas y lugares.

Al principio, creí que era mi imaginación, pues ensayábamos en un salón cerrado de pequeñas ventanas dispuestas a dos metros del piso. Pasadas seis semanas, iniciamos los ensayos al aire libre, con la idea de inmunizarla contra el pánico escénico. Fuese plaza, parque o jardín, siempre ocurría lo mismo. Cuando cantaba, la velocidad de todo aminoraba y sus cabellos largos, recogidos en una cola, oscilaban irregularmente con la textura y forma de las algas pardas del mar del Sur.

La obtención del segundo lugar fue motivo de celebración, sobre todo porque estábamos convencidos de la culpabilidad del baterista, quien, al parecer, desconocía por completo el ritmo del mar.

La madre de Oriana dispuso que nos reuniéramos el domingo, para almorzar en el Club de Montaña. Pero, como nadie supo lo de la piscina, únicamente Oriana fue preparada para el nado.

Sus movimientos eran tan precisos que el desplazamiento del agua pasaba inadvertido. Lo más impresionante era el tiempo que permanecía bajo el agua y la salida de su cuerpo hasta la cintura, con los brazos extendidos hacia el cielo y sin tocar el fondo con los pies. Nunca hacía clavados. En lugar de eso, prefería entrar deslizándose por los bordes.

Entre amarres de notas y versos, se fueron acercando las naves de nuestras vidas sin darnos por enterados, hasta que, durante un ensayo, ella me regaló una tarjeta de San Valentín.

Por un momento, me sentí sumergido entre in-

seguridades que me impedían el movimiento fácil.

–Pensé que, si alguien merecía una tarjeta en el día de la amistad, ése eras tú –me rescató con su voz ante la inminente asfixia.

–Gracias – es todo lo que fui capaz de decir, mientras recuperaba el aliento. Ella no levantaba la vista del suelo.

Un minuto después, la invité a cantar. Afiné la guitarra, introduje el tema con un arpegio y su voz se esparció, aminorando la velocidad de todo en derredor. Empero, una variante en su timbre habitual propició el desalojo de los corredores y, en el edificio entero, sólo quedamos ella y yo.

Lo mismo empezó a ocurrir donde quiera que estuviéramos ensayando, siempre y cuando yo le hiciera alguna observación con respecto a entonación, dicción o interpretación. Aún así, ella procuraba estar conmigo más a menudo, haciendo sus pasos mucho más sutiles al acercarse.

Por mi parte, yo buscaba entre libros, folletos, revistas, sueños y recuerdos alguna fórmula para hacerle frente a este desconocimiento de palabras que me ahogaba con cada muestra de cariño que ella me daba. Claro que, además, era urgente corregir lo del timbre de voz. Si no, ¿quién nos iba a escuchar?

Una noche de vacaciones en Gardí Súdgup, decidimos ensayar para participar en una actividad cultural de la comunidad. Bastó la observación sobre la letra de una canción, para que la voz de Oriana causara el desalojo paulatino de las veredas y hasta del firmamento, haciéndole perder sus adornos adamantinos. Esta vez, una lágrima se resbaló de su conjuntiva a la arena, dejando paralizado al mar por un minuto.

Me retiré desconcertado hacia el embarcadero. Allí me fue a buscar ella.

–Perdóname, Radamés. Prometo que esto no volverá a suceder.

–Perdóname tú a mí. Sé que te estoy haciendo daño.

–No te preocupes por eso y regresemos a ensayar. No quiero perder tu amistad.

–Nunca perderás mi amistad. De eso puedes estar segura. Pero, ahora, necesito estar a solas.

–Está bien.

Los trinos de la mañana me sacaron de la hamaca con un regocijo salino. Había encontrado la solución. Me dirigí al rancho en donde se alojaba.

–Se fueron al muelle.

–¿Se fueron?

–Sí. Todos se fueron al muelle.

Agitado por la carrera, alcancé a ver el velero que pasaba veloz frente al muelle.

–¡Ven con nosotros! – su gritos levantaban crestas violáceas en el agua.

–¡No sé nadar!

–¡No importa, yo te salvo!

–¡Cuando vuelvas, te daré un beso! – una salpicadura me roció el rostro.

–¡Que, ¿qué?! – pero, el quejido de las gaviotas no la dejaban escuchar con claridad y, a la tercera vuelta, ya no estaba en el velero.

Más allá de Tupile, la alcancé a ver nadando como siempre; sin esfuerzo alguno. Se sumergía por minutos y, otra vez, aparecía con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. Lo último que vi fue una cola horizontal de mamífero acuático.

Dicen los nativos que la han visto cantando, reposada en los bancos de arenas blancas, aminorando la velocidad de los pelícanos en clavado. Para esos días, aseguran que la pesca es mejor, porque viento se detiene, para escuchar su voz.

Casualmente, ayer, recibí una fotografía, como de postal. Ella aparece con el torso fuera del agua, hasta la cintura, y los brazos extendidos hacia el cielo, saludando con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. A sus espaldas, va un crucero de turistas navegando.

Al revés de la fotografía, escritos en tinta de sepias, estaban los siguientes enunciados:

“Cuando quieras cantar conmigo, volveré a ensayar contigo”

RAMSIS MEJÍA AGUILAR: Panamá, 1963. Técnico en Artes Plásticas (INAC); Licenciado en inglés con énfasis en traducción; Profesor de Inglés; Postgrado en Docencia Superior. Ha publicado los poemarios: **El canto de la Choroteca** y **siete sonetos de aguacero** (2002) y **Memorias del mar y otros platónicos secretos** (2007). Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Marla bajo la lluvia

POR SHANTAL MURILLO

Esta es la historia de Marla y de los extraños sucesos acontecidos a su alrededor cada día lluvioso de abril de 2005. No me pregunten por qué sucedían estos extraños e insólitos eventos, porque seguramente la única repuesta que podría darles es que lo ignoro por completo. No, no estoy aquí con el propósito de explicarles las causas, mi cometido es única y exclusivamente documentar lo que con mis propios ojos observé aquel extraño mes de abril en Panamá, específicamente en la comunidad de Las Tablas.

Marla Rivera, una jovencita de trece años, es hija de la hermana de la abuela de mi prima, y era la única persona que conocía en el pueblo de Las Tablas. Desde hacía algunos meses que venía dándole vueltas a la idea de hacer un estudio sociológico del comportamiento de las personas, cuando éstas estaban alejadas del ruido y estrés de la vida en la ciudad. Las Tablas era un pueblo más que perfecto para esta misión, pero invariablemente necesitaba pedirle el favor a la madre de Marla para que me diera hospedaje por el mes y medio que duraba el experimento.

Casi he olvidado la primera vez que vi a Marla... recuerdo que fue en uno de los famosos carnavales tableños, la familia de mi prima me había invitado a pasar los carnavales con ellos y nos quedamos en la casa de la pequeña. Yo podría tener unos diez años y la niña unos cuatro o cinco. No se por qué, pero desde el primer momento

en que la vi supe que había algo especial en ella, algo fascinante que no pude realmente descifrar aquella vez.

Llegué al pueblo el domingo 27 de marzo de 2005, con una maleta pequeña llena prácticamente de libros y todas aquellas expectativas y emociones que la profesión generaba en mi joven espíritu de 19 años. Era un día soleado y seco, no había casi ni nubes en el cielo.

Cuando me bajé del autobús que me traía desde la ruidosa capital, la madre de Marla, Elena y la niña ya estaban en la estación esperando por mí. Me mostré agradecida por la cortesía que mostraron al esperarme, sobre todo porque su casa no quedaba muy lejos de allí. De hecho la casa estaba en lugar perfecto, justo en el centro del pueblo, a solo una calle del parque central.

Marla era una joven, de lo más agradable y cariñosa, hizo todo lo que pudo por hacerme sentir bienvenida, a pesar de que casi nunca habíamos hablado antes; gracias a ella la primera semana resultara menos incómoda de lo que me imaginaba que sería.

El primer suceso fuera de lo normal que noté ocurrió el sábado 2 de abril. Amaneció como cualquier otro día de abril, soleado y seco, y se mantuvo así hasta eso de las once de la mañana cuando el sol quedó oculto tras una nube de intenso color gris. La primera cosa que me llamó la atención fue la mirada extraña, llena de preocupación, que le dirigió Elena a su hija mientras tomábamos el desayuno. A medida que la mañana se volvía más nublada Marla parecía estar más pálida y poco a poco aparecían marcas moradas debajo de sus ojos. Marla no daba la impresión de una niña que le gustara estar encerrada.

– Oye, Marla, por qué no me acompañas a la tienda un rato a comprar un helado, todavía no he hablado con el encargado de ese local para mi investigación – propuse inocentemente. La cara de la niña se iluminó de pronto, como lo pensé, estar encerrada en la casa no era mucho su estilo, además la tienda estaba muy cerca y ambas, flacas como éramos, cabíamos en un solo paraguas en el caso de que empezara a llover.

–No es buena idea que Marla salga con este clima – dijo su madre antes siquiera de que ella pudiera responderme. Era muy raro que Elena se mostrara tan sobreprotectora con su hija.

–Solo es ir a la tienda mamá – intervino Marla de inmediato – no tardaremos... Nada malo va a pasar.

Me extrañó un poco la cara desesperada de Marla, pero no supuse nada extraño.

–Te juro, Elena, solamente vamos a la tienda – insistí a favor de nuestro pequeño escape – llevaremos el paraguas más grande que tengas.

Elena se mostró cautelosa pero al final terminó accediendo y, cuando mencioné el paraguas más grande que tuviera, ella se lo tomó muy en serio, pues nos dio un paraguas suficientemente grande como para cinco personas.

Preferí no mencionarle nada a Marla de la extraña reacción de su madre y nos fuimos corriendo a la tienda para que no nos agarrara el aguacero. Ninguna de las dos teníamos ganas de abrir el enorme paraguas que nos dio Elena.

Justo cuando llegamos a la tienda empezó a caer este aguacero, que nos era casi imposible distinguir qué había más allá de dos metros de donde estábamos. Algunas personas quedaron atrapadas dentro de la tienda como nosotras, entonces me empecé a arrepentir de haber insistido en venir de todas maneras.

Marla parecía absorta en la lluvia, en un momento estiró la mano para tocar las pequeñísimas gotas y, por un instante vi cómo su mano se volvía azul. ¿Me había vuelto loca? Miré a Marla y ella me devolvió una mirada llena de pavor, yo le sonreí como si no hubiera visto nada, y es que, ¡No pude haber visto algo!

Después de un rato dejé de llover y nos regresamos a la casa de inmediato, pues Marla estaba muy cansada (no sé de qué) y no podía mantenerse de pie sin quedarse dormida. La excusa que me dio fue la falta de sueño de la noche anterior. En mi cabeza empecé a ordenar un plan lógico: Marla tenía ojeras y estaba pálida porque no había dormido bien la noche anterior, y su madre no quería que saliera por eso. ¿Y la mano azul? Nunca hubo ninguna mano azul, todo estaba en mi imaginación.

Poco antes de entrar a su casa, Marla me pidió que no comentara nada con su madre. Al principio la miré confundida ¿nada de qué? Luego pensé en el incidente de la mano, pero eso solo había sido mi imaginación... ¿o no?

El día pasó y yo como si nada, no hice alusión alguna a nada en particular que hubiese pasado. Los días que siguieron no insistí en salir con Marla a ningún lado, aunque era innecesario, pues ella iba conmigo a todas partes. Era una guía excepcional en nuestros recorridos, conocía muy bien el pueblo y sus alrededores, además parecía ser que todos en el lugar sabían quién era y la querían mucho. Aparte debo confesar que tenía una energía que Dios mío, daba la impresión que el fulminante sol y el calor inclemente que había solo le impulsaban a seguir más y más. Pasaron siete días desde el casi imposible incidente en la tienda y, desde entonces no había vuelto a llover.

Cuando terminábamos el trabajo comprábamos unos refrescos y nos sentábamos en el parque a ver pasar a la gente. En una de esas tardes se dio la siguiente conversación:

–Qué rico clima hoy – comenté.

–Si, por aquí, por lo general, no comienza a llover sino hasta mayo.

–Qué bien.

–Si, por eso vivimos aquí – suspiró casi sin darse cuenta. Yo me le quede mirando con una mezcla de intriga y disimulo. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho se puso pálida, me sonrió como si nada y de inmediato insistió en regresar a la casa.

Luego, el 9 de abril, amaneció con una lúgubre pantalla de nubes grises en el cielo, por lo que se podía decir pronto nos caería un largo palo de agua. Como la vez anterior, Marla se veía pálida, con ojeras muy marcadas y un cansancio visible. En cuanto la lluvia empezó a caer Elena y Marla se metieron en el cuarto de esta última, la madre salió unos minutos después, pero a la hija no la volví a ver hasta el día siguiente. Esta conducta se repetía cada día lluvioso, contrario a lo que acontecía los demás días, cuando el sol amenazaba con incinerar todo el pueblo. Tal parecía que entre más calor hiciera más activa estaba Marla.

La situación empezaba a convertirse en una mezcla de emociones para mí: por un lado me asustaban todo los eventos extraños que pasaban, por otro no podía evitar sentir una culposa y creciente curiosidad, por último me sentía ridícula por siquiera concebir la idea de que algo sobrenatural pudiera estar pasando. Además, no podía ser tan metiche, esa familia, que no era ni mía, me había acogido sin reparos cuando nadie más lo hizo... no, no podía inmiscuirme en sus asuntos privados, por más raros que fuesen.

En adelante traté de evitar pensar en cualquier cosa rara o fuera de lugar que ocurriera con Marla o su madre. Pero mi lado curioso e investigativo siempre suele barrer con todo los demás, y poco a poco me sorprendí buscando indicios que explicaran los síntomas de Marla en los días lluviosos.

Titulé a mi investigación "Marla Bajo la Lluvia". Después de un rato pude concluir lo siguiente: por toda la casa se mostraban fotos de Marla al aire libre jugando o realizando algún tipo de actividad, muchas de estas fotos (algunas muy recientes) eran de ella bajo la lluvia, por lo que el comportamiento y los síntomas extraños debía tener otra connotación además del hecho de que lloviera. Revisé las fechas de las fotos y por fin creí encontrar la respuesta... era el mes, no había fotos de ella bajo la lluvia durante los meses de abril y octubre. Pero octubre en Panamá es un mes muy lluvioso y ella tiene que ir a la escuela y luego estaba el comentario que me hizo en el parque... es raro ver lluvia por estos lugares en abril, pero últimamente el clima estaba cambiando por el calentamiento global y todo eso. Tenía que ser el mes y la lluvia lo que causarían... No sabía ni cómo decirle a lo que pasaba.

Síntomas: Tez pálida y enfermiza, contrastante con su color vivo y saludable de siempre; ojeras muy marcadas; cansancio visible y en aumento; humor inestable, en la mayoría de las veces depresivo; al parecer, sensibilidad a la luz, pues se encerraba en su cuarto con luces tenues todo el tiempo que durara el clima lluvioso; y por último... piel que se torna azulada (no puedo creer que haya escrito esto).

Al final tuve mucho contenido sobre Marla, contenido abundante que solo servía para ge-

nerar abundantes preguntas. Indagué y divagué mucho sobre todo lo que pasaba, pero al final, fue eso lo único que hice, pues para la pregunta de *¿qué esta pasando?* Nunca tuve respuesta.

Durante todo el tiempo que duró mi estancia muchas veces estuve tentada a preguntarle a Marla si es que me estaba volviendo loca o si realmente algo pasaba con ella aquellos días lluviosos de abril. Muchas veces quise entrar en esa misteriosa habitación en la que la chica se encerraba por tanto tiempo.

El último hecho que puedo documentar es el más extraño y es el que terminó con mi estancia en casa de Elena y Marla. Sucedió el 29 de abril, aún faltaban dos semanas para que regresara a la ciudad de donde había venido, de donde nunca debí haber salido.

Era una noche muy lluviosa, el ruido de las gotas de agua que azotaban el techo interrumpían mi, por lo general, apacible y profundo sueño. A eso de las once el ruido de la tormenta se volvió más intenso de lo que me gustaba, y, por contradictorio que parezca, fue en ese momento cuando oí aquel extraño ruido procedente de la habitación continua a la mía... la habitación de Marla. La intriga intensificó el insomnio que tenía. Aun así no sé qué impulso loco me llevó a meterme en el closet y balancearme en una silla para acabar mirando por el único, pequeño, agujero que había entre ambas estancias.

Lo que vi no puedo explicarlo, no sé si fue real, y si fue algo que jamás debí haber visto en un principio. Marla yacía boca abajo desnuda en la cama y amordazada con un trapo en la boca. Su madre le acariciaba la cabeza mientras murmuraba algo que no pude escuchar. La pobre chica se estremecía en la cama empapada de sudor presa de incontrolables espasmos. El suelo estaba cubierto de un polvo brillante, de color azul, parecía escarcha, pero se veía mucho más fino, como la arena de alguna isla virgen en medio del Pacífico. Sobre la espalda de Marla, a la altura de los pulmones había un par de lo que parecían ser alas (como las de las luciérnagas) que se movían incontrolablemente hacia todas las direcciones,

de ellas salían disparadas grandes cantidades del polvo que cubría el piso. La niña luchaba por mantenerse calmada, su cuerpo se veía más frágil de lo que nunca antes había visto y la blancura de su piel era la misma que la de una hoja de papel, excepto por sus pies y manos, estos eran azules.

Aparté bruscamente los ojos del agujero, me sentía mareada, casi sin aire, me empezaba a costar mucho el respirar y me di cuenta de que jadeaba incesantemente. Me senté en la cama con los pies sobre ella y los brazos apretando fuerte las rodillas. En cuanto cesó la lluvia Elena entró en mi cuarto.

–Tienes que irte mañana – dijo muy seria. En su mirada distinguí reproche y miedo.

–Está bien – no me quedaba fuerza o cordura suficiente para fingir que no había visto nada.

El 30 de abril de 2005 terminó mi estancia en Las Tablas. Ese día Elena preparó un rico desayuno, que Marla y yo devoramos en silencio. Ambas me acompañaron a la estación, Elena no dijo nada. Antes de montarme en el autobús de Panamá Marla me abrazó y me dio las gracias por haber pasado tiempo con ella y su madre. Hice mi mayor esfuerzo por sonreír y le di las gracias a ambas por la amabilidad que tuvieron conmigo.

Los sucesos vividos aquel mes en Las Tablas nunca se irán de mi memoria. Pasado algún tiempo el miedo dio paso a la duda y al misterio, sin embargo no volví a Las Tablas, no le conté a nadie lo que vi en casa de Marla y nunca lo haré. Jamás investigué nada sobre los síntomas que observé en ella ni busqué respuestas que explicaran la escena que presencié. El misterio de Marla y la lluvia en abril quedaran por siempre en las sombras, al menos para mí.

Hay cosas que están ocultas, y deben permanecer ocultas. A veces, es mejor no saber, no buscar, no mirar. En ciertas ocasiones la ignorancia es una bendición.

SHANTALL MURILLO. Panamá, agosto de 1990. Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras del Instituto Episcopal San Cristóbal en el 2008. Actualmente está en segundo año de la carrera de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Santa María la Antigua. Egresada del Diplomado de Creación Literaria 2010 de la UTP.

La fotografía de Juancito

POR ANA LORENA SÁNCHEZ OTERO

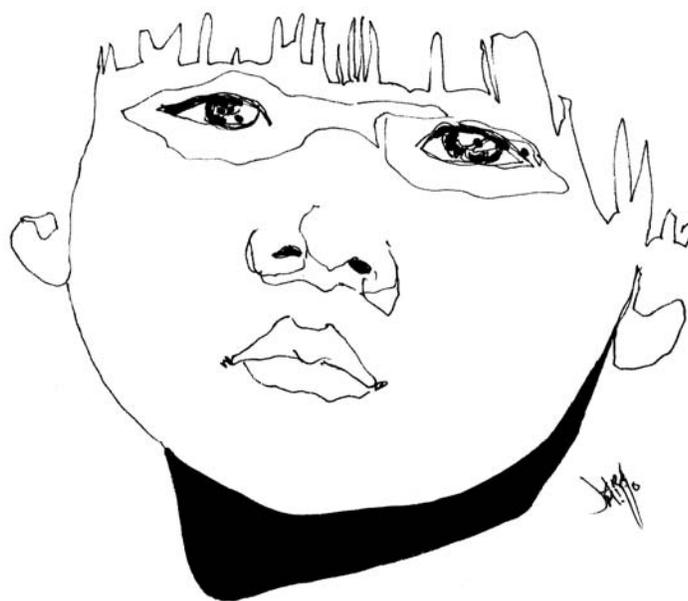
Aquel día parecía uno más para Juancito, estaba dando de comer a las gallinas, como cada mañana. Juancito lanzaba con mucha energía un puñado de maíz, las gallinas reaccionaban asustadas, pero rápidamente se recuperaban e iniciaban un frenético picoteo, que Juancito observaba con mucho cuidado, tratando de entender la naturaleza de este animal, que como otros de la finca y del monte le causaban mucha curiosidad. Así Juancito aprendía de primera mano en esta maravillosa escuela, observando y pensando. Lanzaba otro puñado de maíz con fuerza y se repetía de nuevo aquel ritual mañanero. Juancito estaba observando el comportamiento de las gallinas con suma atención como siempre; cuando desde la cocina de su pequeña casa de madera, escuchó la voz de su madre que gritó, -Juancito alístese, que lo vamos a dejar con su tía Selsa.

A Juancito se le había olvidado que sus padres saldrían a la ciudad ese día, debían comprar algunas cosas que no vendían en la tienda del pueblo.

Lo dejarían como siempre con su tía Selsa. Ella vivía frente a su casa, a unos 300 metros. Era la casa más cercana. Ambas rodeadas por una hermosa finca de tierras fértiles y abundante agua.

Juancito tiene cinco años y todavía no va a la escuela, es un niño grande y fuerte, que aparenta unos ocho años.

Le lanzó Juancito a las gallinas, de un solo golpe, todo el maíz que quedaba en su totuma y salió corriendo hacia la casa.



Entró por la cocina, mientras que su padre ya estaba parado en la puerta de enfrente apurándolos a él y a su madre. Sólo logró cambiarse su sucia camisa de trabajo por una recién planchada y se dejó los pantalones cortos que eran los únicos que le permitían utilizar a un hombre de su edad.

Como era costumbre, se fue sin zapatos, pues sólo se usaban para acontecimientos importantes.

Siguió despacio a sus padres, como si lo arrastraran. Miraba el suelo. Así sin levantar la mirada, sólo siguiendo el camino marcado por la costumbre, llegó a casa de tía Selsa.

-Selsa, gritó Aminta.

-Mande, comadre-, contestó una voz desde lejos.

-Aquí le dejamos a Juancito, que nos vamos pa' David.

-Déjelo comadre no se preocupe -grito la voz desde lejos nuevamente.

-Vaya pa' adentro, Juancito. Pórtese bien y no se atuelle, dijo la madre.

-Vámonos, Aminta -dijo Pedro, un poco desesperado, no entendía por qué a su mujer le tomaba tanto tiempo salir de casa.

Aquel día parecía uno más. Nada especial. Lo mejor del día, para Juancito, sería la comida de tía Selsa, porque no sabía igual a la de su madre; además, ayu-

daría en los quehaceres de la casa y al terminar jugaría con sus primos, pero eso lo hacía todos los días. Al anochecer volverían sus padres y le contarían a su tía las nuevas de la ciudad. Él se quedaría muy callado escuchando cada detalle y armando en su cabeza sus propias imágenes a partir de aquellos relatos. Si llegara a sobrar dinero, comprarían algo nuevo para él, pero ya había aprendido a no hacerse ilusiones, pues la mayor parte del tiempo, el dinero estaba contado para las compras.

Juancito estaba ayudando a su primo Anel a recoger leña para la tía Selsa, que desde temprano preparaba el fogón para los frijoles, cuando se detuvo. Había un sonido fuera de lo normal, que lo hizo despertar. Ladeando la cabeza escuchó con cuidado; era el motor de un automóvil. Soltó la leña y con mucha emoción, se dirigió corriendo hacia el frente de la casa. Pocas veces llegaban automóviles por aquel lugar. Cuando su familia necesitaba transportarse, caminaban unos 25 minutos hasta la estación del tren o usaban el lomo de algún caballo.

Cuando Juancito llegó al patio delantero, se detuvo de golpe, su rostro se iluminó lentamente, sus ojos se abrieron como en cámara lenta, dejando ver aquella pupila café claro, y en su boca muy abierta se dibujaba poco a poco una sonrisa, agregando una compleja expresión, un tanto graciosa pero hermosa al mismo tiempo.

Era el tío Manuel, llegaba desde muy lejos; desde la ciudad de Panamá a visitarlos. Hacía unos pocos meses, el tío Manuel se había comprado un automóvil de segunda, era un Ford de 1947. Con cinco años de uso, pero muy bien cuidado. El tío se había ido a la ciudad antes que Juancito naciera, pero Juancito lo recordaba muy bien porque siempre volvía para Semana Santa.

-Mira, Anel, un carro, gritó Juancito cuando pudo reaccionar.

Anel, no se detuvo, rebasó a Juancito, quien al ver esto, arrancó a correr nuevamente y no paró hasta que llegó al carro, donde ya estaba Anel pegado a la ventanilla, mientras su tío lo saludaba, tocándole la cabeza, a diferencia de Juancito, Anel era un niño pequeño, pero también alegre y vivaz.

La tía Selsa llegó un poco después y sorprendida pero alegre recibió al inesperado visitante.

-Toño y Aminta salieron a David, dijo Selsa.

Los mayores siguieron conversando y poniéndose al día de los acontecimientos, de uno y otro lado de la familia, mientras Juancito muy alegre escuchaba las conversaciones, sin entrometerse por supuesto, como le corresponde a un niño de su edad.

Juancito y Anel se fueron a recoger naranjas para brindarles un refresco al recién llegado y además, a buscar una cabeza de árbol pan. A tío Manuel, le encantaba y en Panamá no se conseguía.

Cuando Anel y Juancito estuvieron de vuelta, tío Manuel, tenía en sus manos una cámara fotográfica, esta era apenas la tercera vez que Juancito veía una, la primera vez fue en una boda, y la otra en casa de su tía Lucila, la única ocasión que había salido a la ciudad, desde que tenía memoria.

Tío Manuel les pidió a todos que se acercaran para hacerles una fotografía, pero Juancito se quedó a lo lejos. Mientras, tía Selsa se fue a la casa para arreglarse un poco y ponerse perfume, siempre se ponía perfume antes de tomarse una foto. A Juancito esto no le parecía extraño, las fotografías eran para siempre, y más que imágenes, su Tía Lucila le había contado, aquella primera vez que vio una cámara, que ellas atrapaban todo lo que tenían en frente, y para Juancito todo era todo, y la tía Lucila no mentía. La fotografía se convirtió en un gran acontecimiento. Anel, corrió a cambiarse y buscar sus zapatos. Aparecieron Leticia, Selsita, Daniel, uno a uno todos sus primos, que hasta hace poco estaban sumergidos cada uno en un quehacer, todos ataviados con sus mejores galas.

-Juancito, ven para acá tienes que salir en la foto, dijo tío Manuel.

Juancito negó con la cabeza.

-Ven acá muchacho, no seas cimarrón. Dijo, el tío con autoridad.

Juancito se acercó tímidamente y despacito, como si lo castigarán.

-Ponte ahí, que vamos a tomar la foto. Dijo, cariñoso el tío Manuel.

Poco a poco el rostro de Juancito empezó a transfigurarse, su boca empezó a temblar, sus ojos parpadaban más de lo necesario. Trataba de contenerse como un hombre de cinco años, pero el sentimiento era más fuerte que él, y entre sollozos contenidos salieron un par de lágrimas.

-Hombre, dijo el tío Manuel, -¿qué te pasa?
Juancito, con mucho esfuerzo, porque no quería llorar pero no podía evitarlo, dijo -no traje mis zapatos.

-El tío Manuel rio y dijo -anda muchacho anda, anda, busca tus zapatos.

Juancito tragó y sus ojos brillaron, y corrió lo más rápido posible hacía su casa, solamente miraba el camino polvoriento por el que había venido más temprano con sus padres, el tiempo parecía eterno, Juancito quería salir en esa fotografía -una foto, pensaba, mientras miraba el suelo y corría en busca de su único par de zapatos.

Llegó a la casa y abrió la puerta, no había llaves o cerraduras, no había ladrones o nada que robar. Empezó a buscar por todas partes, debajo de las viejas camas, en la pequeña cocina, en los baúles, pero no encontraba los zapatos. Se subió en una silla y revisó arriba de los estantes, pero los zapatos no aparecían. Juancito conocía a su madre, seguro había escondido los zapatos para que no se los pusiera sólo para ensuciarlos.

Derrotado, se sentó en el borde del piso que rodeaba la casa de madera, sus pequeños piecitos descalzos, de hombre de ocho años, aunque tuviera cinco, colgaban, mientras lloraba amargamente. Lloró y lloró, mientras cuidaba que no viniera nadie. Cuando sintió que no podía llorar más, se lavó la cara con un poco de agua que tomó del cántaro de la cocina y volvió despacio por el viejo camino a casa de tía Selsa. Llegó con la cabeza agachada.

-No encontré los zapatos tío, dijo, sin levantar la mirada.

-Ponte allí para que salgas en la foto, qué importan los zapatos, dijo tío Manuel muy sonriente, mientras zarandeaba a Juancito, tratando de animarlo.

Allí estaban todos, frente a aquella casa de madera construida al estilo Chiriquí Land Company. Selsa, Daniel, Anel, Selsita, Leticia y Juancito, quien sólo un segundo antes que su tío presionara el obturador, sonrió. En la fotografía su cara salió resplandeciente; con la luz de la inocencia.

ANA LORENA SÁNCHEZ OTERO. Chiriquí, 1976. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP. En 2004, Mención de Honor, en el III Certamen Internacional de Editorial Nuevo Ser, categoría cuento breve.

Resoluciones

POR CARLOS GÓMEZ

Desde aquí la ciudad tiene un aspecto diferente, los sombríos atardeceres parecen adornados con nubes de oro mordidas por el sol, algo que nunca había visto antes. Las gotas de lluvia caen de los techos congeladas en el tiempo y los charcos de la carretera que reflejan las luces de la calle tiemblan al ver el cielo ser conquistado por la noche. Aún los rincones más oscuros, donde la tarde se ha ido más rápido, dejan de ser los nidos de ratas de siempre, para volverse solo depósitos absurdos e irreconocibles de hojas muertas por el invierno, todas las demás hojas vuelan siguiendo su rumbo por las calles hasta terminar ahí, en el olvido, sin pulso, pálidas. El único ruido que se escucha son los autos al pasar sin ir a ningún lugar, el camino que se extiende entre los grises edificios y el vapor de las alcantarillas se prolonga hasta el horizonte y los lleva al infinito, el vértigo es el único sentido...

...Y lo puedo ver, caminando por las calles inexistentes de sus delirios, perdido, acogido a sus pensamientos, resguardado del frío de la noche por medio de laberintos tejidos en base a elucubraciones sobre su futuro o la falta del mismo. Lo puedo ver y aunque parece él, no es sino la sombra de un pasado vencido, de un sueño rendido, por eso es que parezco saber sólo lo que me han contado. Aunque lo conozco bien, su voz aún resuena en mis oídos y su silencio contrae mi corazón. Tal vez no recuerda quién soy, pero ni yo recuerdo quién soy, porque la espiral en la que estamos girando nos ha robado la identidad.

Esta tarde de invierno es igual a aquella en la cual lo conocí, cuando lo vi empapado de alcohol en la esquina del bar. Juro que las calles se ven

iguales ahora si miro hacia ese lado, pero su silueta maltrecha ya no está estancada en ese lugar donde le dije hola y él sólo movió la cabeza como queriendo decir “No necesito más amigos, ya tengo suficientes”, mientras en sus ojos se dibujaba su nombre: Julio. No habló mucho, yo no tenía nada que decir, y en el mutismo nació la amistad, empezamos a caminar juntos por el boulevard.

Llegamos 10 minutos después, bajo el aguacero, a ese lugar fuera del tiempo y el espacio lleno de astillas de vidrio y platos rotos, infestado de ratones fanáticos de Led Zeppelin que llamaba su casa y me invitó a pasar, éramos personificaciones de charcos que se paseaban por la habitación, esquivando las goteras, buscando un poco de calor. Ahí dentro, entre esas cuatro paredes los bajos de su voz se acentuaban, las paredes manchadas iban perdiendo del todo el color mientras avanzaba la noche, me contó cómo había llegado al pueblo, cómo había muerto su madre y que nunca había conocido al padre. Una tragedia tras otra, una cicatriz gigantesca que nunca sanaría, pero que se apaciguaba con la garganta de chimenea y la nieve en la cabeza. Abrimos las botellas y todo empezó a dar vueltas, era una canción. Esa fue la primera vez que lo vi y solo esa visión bastó para corromper mi alma, para reconocerlo entero por estar hecho pedazos y yo en vez de recogerlos y juntarlos me dejé arrastrar por la ola que me envolvía en esa habitación iluminada a medias, no debí seguirle aquella noche. Salí de su casa al mismo tiempo que los fantasmas anuncian la media noche y lo dejé tirado en un rincón, con la frente golpeando sus rodillas, como si acabara de nacer.

Regresé a verlo en la mañana, las calles aún estaban mojadas de la lluvia del día anterior y aunque no recordaba muy bien cómo llegar, me dejé guiar por el resplandor de las luces rojas y azules de la ambulancia que estaba estacionada afuera y el escándalo de los oficiales que acordonaban la puerta de entrada con su cinta amarilla. Los paramédicos empujaban una camilla. Era la impresión más real que había tenido en toda mi vida, verlo con el sudor en su frente y sus mejillas lívidas, un aspecto pálido y profundo como si el tiempo se estancara en su piel. La policía me hizo unas

preguntas y yo les contesté la misma historia que Julio me contó en la víspera. Apenas salí de la estación, me dirigí al hospital central, donde de seguro lo llevarían. Caminé distraído, estaba seguro que no había muerto, pero en su cara demostraba la gravedad del asunto.

Sentado frente al cuarto donde esperaba una respuesta de los doctores veía a Julio traslúcido, detrás de las cortinas, retorcerse y revolcarse en su cama, las enfermeras no me dejaban entrar, los pacientes del pabellón de enfermedades mentales, decían, son muy inestables y lo mejor es que nadie los visite hasta que se recuperen. Yo me moría por saber qué pasaba.

Un doctor muy joven y de seguro inexperto se acercó a mí esa misma tarde cuando Julio dormía y me contó lo que había ocurrido. Empecé a ir todos los días a verlo. No puedo decir qué me ataba a ese ser humano o a los restos que quedaban de él tirados en esa cama, con los brazos vendados y los ojos en blanco, pero no podía irme y dejarlo solo como habían hecho todas las demás personas, no podía darle la espalda también, cuando más nadie le daría nada. Julio podía escucharme cuando yo le hablaba y podía ver sus ojos moviéndose dentro de sus párpados, era como si dentro de sí librara una batalla por salir de ese estado, la guerra interna ha de ser feroz cuando no se tienen motivos para vivir pero el cuerpo se aferra a seguir consumiendo oxígeno y bombear sangre.

Debo decir, que Julio era más bien un fantasma allí acostado, no hablaba y luego de varios días, los espasmos que lo acosaban al principio habían cesado completamente, de manera que solo se podía ver el movimiento de sus pulmones bajo su pecho, las demás partes de su cuerpo estaban estancadas por el peso de los huesos y la incapacidad de los músculos. Sus brazos habían quedado en muy mal estado luego de la ingesta de veneno para ratas que había consumido la noche en que lo conocí, la sangre en ellos se había empezado a coagular para cuando lo encontró la señora que cobra la renta en la mañana y su piel estaba toda llena de quemaduras y cortadas profundas.

Siempre me pregunté qué podría estar soñando, por la violencia con que sus ojos se movían, tal

vez imaginaba caminar por planetas lejanos, veía formas que nunca se han visto en la tierra ni se pueden imaginar despiertos, colores diferentes, volaba sin límites de espacio. Tal vez luchaba con Caronte, lo sobornaba para que lo llevara de todas formas al otro lado del río, pero el viejo gruñón no lo dejaría pasar aún, no mientras las máquinas hicieran su trabajo, no mientras el respirador siguiera insuflando el aire vano, ni aunque las otras manos le tendieran ayuda, lo empujaran y jalaran a ahogarse en ese lago eterno. Afuera del hospital, el invierno se hacía fuerte, los días pasaban más fríos y yo prefería estar ahí viendo esa escena de muerte, leyéndole un libro antes que vagar por las calles en las que vivía. Salía sólo a conseguir algo de dinero y a reencontrarme con el vicio del bar. Todas las tardes antes de irme le susurraba al oído que luchara, que se recuperara pronto, porque teníamos tanto por saber. Él, mi amigo que acababa de conocer, se había vuelto un refugio para mí, alguien quien en el silencio comprendía las penas que me agobiaban, que tenía la fuerza para hacer lo que yo nunca pude hacer, halar el gatillo.

Conforme pasaban las semanas se veía mejor, el bulto que yacía en la cama parecía retomar color, retomar sus rasgos de vida en la cara y yo me convencí de que podía escuchar, a lo lejos, las voces que llamaban angustiadas, pidiendo una segunda oportunidad, su nombre y al mismo tiempo podía sentir la oscuridad envolver lo más interno de su corazón... y se dejaba llevar mientras el veneno entraba, haciendo presas a sus brazos, mezclándose poco a poco con su saliva... ¿Fue ese sabor en su boca lo que lo convenció de sus propósitos? Poco a poco se fue envolviendo en la telaraña que él mismo había tejido, y empezó a perder el rumbo, hasta que decidió no tratar más y resignarse al mandato tirano del destino.

Los días terminaron abruptamente, sus ojos se abrieron y vieron la decadencia, la ruina y la ironía en la que todo se había hundido, pero sus ojos siempre estuvieron abiertos, sus ojos siempre vieron que había algo más allá de lo que parecía... el agua que nos llamaba. Yo no estuve ahí para verlo, pero el doctor me contó la serenidad con la que Julio se había levantado una mañana, tomó unos

medicamentos y luego de varias pruebas volvió al cuarto. Fui a verlo al mediodía y lo encontré sentado leyendo el libro que yo solía leerle, 4 páginas después de donde lo había dejado el día anterior, le costaba cambiarlas por el mal estado en que estaban sus brazos, conversamos horas ese día y todos los días que iba a visitarlo. Sé que Julio era feliz al verme, y aunque hablábamos de todo un poco, nunca le pregunté qué motivos lo habían empujado a querer suicidarse con el veneno de ratas, aunque él era mi amigo, yo sentía que debía respetar sus decisiones.

Día con día su rostro conseguía más luz, sus pensamientos más lucidez y aunque al principio le costaba un poco articular sus oraciones en un par de semanas era tan elocuente como la primera noche. Me alegraba verlo así, rejuvenecido. Los doctores le realizaban pruebas casi siempre para medir su progreso y la asistencia psicológica parecía darle un nuevo aire a su futuro, siempre que se dirigían a mí me contaban que estaba muy optimista y con ganas de salir a rehacer su vida. Todas las noches Julio me contaba los planes que tenía y sus deseos de ser un gran escritor. Ansiaba el día de salir de ese hospital. Si yo hubiera tenido una casa le hubiera ofrecido un lugar donde ir, pero yo también vivía en la calle o en el bar, dependiendo de donde me encontrara el sueño.

El invierno terminaba cuando la enfermera trajo la aprobación de dar de alta al paciente Julio Venegas de 24 años. Cuando terminamos de recoger todo de su habitación lo esperé afuera de la sala para que se vistiera. Caminamos por el bulevar a paso lento porque sus piernas no se habían restablecido con la terapia del todo aún, lo dejé en su casa con sus ratones y sus goteras. El lugar no había cambiado, el polvo no había entrado y la lluvia nunca lograba inundarlo. La casera le había dado dos meses gratis por la impresión de haberlo encontrado tirado con espuma en la boca en el piso la vez anterior. Me quedé a dormir allí varias noches para cuidarlo, y siempre se despertaba a las tres de la mañana asustado y sudando, la movilidad de sus manos volvía lentamente y le costaba tomar un vaso de agua, que siempre me tocaba darle. Julio era mi mejor amigo, así en su estado



convaleciente, en sus locuras y miedos absurdos. Cuando la segunda semana llegó decidí dejarlo solo e irme a la calle como siempre. Él aceptó, más seguro cada vez de sí mismo. Así que nos encontrábamos todos los días para ir al bar en la noche y hablar un rato. Creo que Julio me consideraba su amigo también y a pesar de que su presencia siempre reflejaba sombra y el dolor de su aspecto físico, parecía que iba en buen camino.

Existen algunos seres en el mundo que por más que logren dejar pasar los rayos de luz a sus almas, no pueden llenarse con ellos. Necesitan los días de lluvia y la oscuridad para sentirse en balance, son esos seres que han visto demasiado de la irrealidad que mueve el mundo, porque ningún camino es correcto y ninguno los lleva a ningún lugar, es ese momento inoportuno cuando descubren la vanidad absurda que cubre las venas que laten, los pulmones que respiran, los brazos que abrazan y los corazones que aman. Y así, en ese estado descompuesto por el final del invierno, me encontré con Julio una noche en la calle antes de ir al bar. Me dijo que ese día no iríamos, que caminaríamos. Recorrimos calles desiertas, con el frío en las manos y calentando serpientes en el pecho, demasiado cerca del corazón, hasta que llegamos

a un puente peatonal y nos detuvimos en el medio a mirar el paisaje, desde allí la ciudad tenía un aspecto diferente, los sombríos atardeceres parecían adornados con nubes de oro mordidas por el sol, algo que nunca había visto antes. Las gotas de lluvia caían de los techos congeladas en el tiempo y los charcos de la carretera que reflejaban las luces de la calle temblaban al ver el cielo ser conquistado por la noche. Aún los rincones más oscuros, donde la tarde se había ido más rápido, dejaban de ser los nidos de ratas de siempre, para volverse solo depósitos absurdos e irreconocibles de hojas muertas por el invierno, todas las demás hojas volaban, siguiendo su rumbo por las calles hasta terminar ahí, en el olvido, sin pulso, pálidas. El único ruido que se escuchaba eran los autos al pasar sin ir a ningún lugar, el camino que se extiende entre los grises edificios y el vapor de las alcantarillas, se prolongaba hasta el horizonte y los llevaba al infinito, el vértigo es el único sentido cuando se mira hacia abajo y se ronda mentalmente la distancia.

Julio me pidió que buscara algo de tomar en el bar, bajé las escaleras rápido, apuré el paso al entrar a un callejón oscuro. Miré hacia atrás en la penumbra por miedo y vi la imagen completa, como un círculo de puntos que de pronto se cierra. Corrí de regreso al puente y desde la entrada del callejón vi a Julio lanzarse, con sus brazos extendidos, cortando el viento. Parecía un ángel caído que por fin lograba su cometido, llegando a ese lugar donde el destino siempre lo había llevado, ese lugar por el cual yo lo había encontrado y dado la mano. Pude ver una sonrisa en su rostro, justo antes que su cara golpeará la carretera y la lluvia coagulada se volviera rubí, mientras el asfalto se tragaba su aliento y le mostraba la salida definitiva de su laberinto. Al final no había luz en los acosos de sus resoluciones ni vuelta atrás. Aquella tarde fue la última del invierno de 1996...

CARLOS GÓMEZ nace en La Chorrera el 7 de Julio de 1989. Es estudiante de Psicología de la Universidad Interamericana de Panamá y trabaja en el departamento de Servicio al Cliente de la Compañía International Call Center Services. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la Universidad Tecnológica de Panamá.

Mi abuela Chefa y la favorita

POR EDITHA BETHANCOURT

No la soporto más!, pensé aquel día. En verdad, pudo haber sido cualquier día de mi vida, mientras viví con mi abuela Chefa. Mi nombre tiene una combinación exótica de dos nombres, así que en la casa de mi abuela me decían Reinita, pero en verdad, de reina yo no tenía más que el apodo. Todo el imperio lo gobernaba la engreída de mi prima Tatiana.

Por esos laberintos genéticos que ocurren en casi todas las familias, y que parecen ser consecuencia de lo que la mayoría de los adultos deciden cuando escogen pareja, yo nací del color del chocolate amargo, con ojos negros y pelo cuscús, como decían antes hasta en las poesías; tiempo después, en una revista Vanidades, leí que ahora al cabello con el que nací le llaman *KinKi* creo que mi abuela Chefa estaría de acuerdo con este nombre, porque según ella, ¿*KinKiere peinar eso?*

Y en cierta forma, por ahí empezaban mis angustias cada día, porque mi prima Tatiana, nació de una tía, que en el empate genético que hizo, tuvo esta hija casi rubia, es decir muy blanca de piel y con cabellos entre amarillos y naranjas, diría yo a mis nueve o diez años. Y así, todas las mañanas, peinar a mi prima Tatiana, era casi un acto de relajación y confort para mi abuela; pero... peinarme a mí significaba un esfuerzo y una tortura para todos. Mis primos y hermanos que al igual que yo, se cobijaban bajo el paraguas de este enorme albergue infantil que nos parecía la

casa de mi abuela, salían huyendo al rincón que pudieran cuando mis gritos salían una y otra vez, a "la hora del peinado".

Mi abuela renegaba, yo gritaba, todos huían, pero créanme, a mí es a quien más le dolía. Aay... yo terminaba adolorida y casi china, de lo mucho que me templaba el cabello para que fuera sojuzgado y controlado otro día más.

Pero déjenme decirles que mi abuela Chefa no era mala. Era una mujer generosa y valiente. Había criado ya siete hijos. Dos de ellos, vivían en otros países y a veces le escribían o la llamaban por teléfono y eso la emocionaba mucho; abuela Chefa era estricta pero sentimental de todos modos. Sus otros cinco hijos, trabajaban arduamente y la ayudaban en lo que pudieran, pero eso sí: por facilitarnos los viajes a la escuela, el día entero o la semana entera, lo pasábamos en la casa de mi abuela, haciendo tareas, yendo y viniendo, supuestamente también ayudándola un poco en los oficios de la casa, que me parece a mí que más que ayudando, enredando.

De todos modos nos queríamos mucho todos nosotros y a pesar de ser tan diferentes, nos entendíamos, porque de no hacerlo, había una correa de buen cuero colgada de un clavo en la pared, la cual tenía un alias: *Martín Moreno*, y si se nos olvidaba mantener la cordura o la armonía unos con otros, mi abuela Chefa estaba dispuesta a armonizarnos a la fuerza con el apoyo de su fiel *Martín Moreno*. No quedaba otra vía que cooperar a las buenas o ya veríamos.

Yo quería mucho a mi abuela Chefa, porque sé que ella hacía todo lo posible por aconsejarnos, ayudarnos en las tareas de la escuela, o le decía a alguna vecina que nos ayudara. Además, nunca mi abuela permitió que nos fuéramos a la cama sin haber comido, esforzándose cada día en repartir lo mejor que pudiera, el dinero que le daban sus hijos. Yo sé que ella me quería mucho también, pero tenía ese horrible defecto de preferir a mi prima Tatiana y por supuesto, la muy altanera le sacaba provecho a esa preferencia.

Durante los veranos, nos divertíamos todos jugando cuanta cosa se nos ocurría, aunque los oficios se asignaban por turno, por igual para

hombres y mujeres, porque abuela Chefa decía que los hombres deben saber defenderse, porque uno nunca sabe dónde va a ir a parar o con quién se va a casar y que si en un futuro, tuvieran que enseñarle a su mujer a hacer oficios, ya mis primos sabrían hacer todo lo necesario llegado el momento. Así que cada cual debía responder por lo suyo todos los días o si no, se las vería en un combate desigual con el *Martín Moreno*.

Por supuesto, no era necesario que nos explicaran nada más. Una de las cosas que me hacían explotar, era que cuando mi prima se lo proponía se hacía la víctima y nos regañaban a los demás por su culpa. A mí me gustaba mucho saltar sogas, y a veces hubiera podido saltar todo el día, pero mi abuela Chefa era vigilante de que todos cumpliéramos con los oficios de la casa.

Pero de entre todas, había una regla muy especial que mi abuela velaba porque se cumpliera cada día: todos debíamos ir al baño antes de dormir y ocuparnos de nuestra higiene personal con mucho cuidado, y por supuesto, debíamos orinar antes de llegar a la cama, porque nos veríamos en la necesidad de ir a hacerlo en medio de la noche cuando ya todos en la casa estaban dormidos y el pequeño problema de esto es que podríamos despertar a los demás, pues como no había camas para cada uno de nosotros, en algunas camas dormíamos dos niñas, en otras tres varones y así, dependiendo de los cuartos, las camas y sus tamaños.

Ay de aquél, nos decía mi abuela Chefa, que se le ocurra orinarse en la cama, sabiendo muy claramente que podía haberlo hecho a la hora en que todos iban por turno a asearse. No importa quién fuera, mi abuela le daría un castigo ejemplar: no saldría a jugar, sino que se quedaría haciendo solo o sola, **todos** los oficios de la casa por un día entero. Para todos nosotros eso era una tragedia que tratábamos de evitar a toda costa. Sin embargo una vez ocurrió digamos así, un suceso fuera de todo pronóstico.

Mi abuela Chefa, que entre sus muchos talentos y habilidades, también resultaba ser una excelente *Cuenta-cuentos*, decidió durante una de esas lindas y frescas noches de verano, relatarnos

cuentos de terror. Todos la oíamos sentados en el suelo, alrededor de ella, con los ojos muy abiertos, y algunos también abríamos la boca o tragábamos de vez en cuando con dificultad, imaginando todas aquellas figuras y personajes espantosos.

Esa noche, al terminar aquella tenebrosa velada, mi abuela Chefa nos recordó debíamos asearnos, para evitar estragos en la cama. Yo en verdad, no recuerdo qué me pasó, pero me distraje en eso un poco, pues todos quisimos irnos a dormir lo más rápido posible. Fue una de esas ocasiones en que mis primos y yo agradecimos al cielo que dormíamos compartiendo la cama con algún otro. Mi abuela se fue a dormir de lo más tranquila. Todos dijimos nuestras respectivas oraciones con más fervor que nunca. Vigilamos las esquinas y rincones para asegurarnos de que ninguna sombra extraña se asomara por nuestras recámaras.

Como a la una de la madrugada, me dieron unas ganas terribles de orinar. Eran de esas ganas que no se pueden distraer o negociar, con un “ahora más tarde voy” o diciendo, “puedo aguantarme un poco, hasta dos horas más” pues no. Eran unas ganas de orinar de esas de “orinas ya o se te sale”. Pensé por unos pocos segundos que me parecieron larguísimos y miré alrededor mientras recordaba los cuentos de terror que abuela Chefa tan hábilmente nos había contado... empecé a jadear de nerviosismo, mientras miraba a mi prima Tatiana dormida tan profundamente al lado mío.

No sé si fue el instinto de supervivencia, la fea cara de la necesidad, el miedo a bajarme de la cama para caminar hasta el baño, no sé, no sé y no quiero saber. Con el sigilo de un gato que mide una presa a distancia, me levanté en la cama sin bajarme de ella, me acomodé en dirección a sus caderas y en posición de orinar, me bajé el panty y listo....aaahh.... ¡ que alivio ! Le vacié el contenido de mi vejiga completito....y de una manera tan conveniente y misteriosa, ella no se dio cuenta. Siguió durmiendo con una placidez increíble, sin notar que había quedado mojadita: pijama, sábana y cama. ¡Uf! Entonces yo me acomodé con el mismo sigilo de felino y me volví a dormir, con la tranquilidad de que la urgencia había sido

resuelta. Qué lío se armó a la mañana siguiente. Mi abuela Chefa sufrió pero fue fiel al reglamento. Nada menos que su nieta favorita, había ignorado las advertencias tantas veces cacareadas, de no orinarse en la cama.

Abuela Chefa no pudo disimular su frustración y decepción. Además eran demasiados testigos en la casa, dándose cuenta de que en nuestra cama, fue en el lado de ella, que ocurrió el desastre.

A mi prima Tatiana, por más explicaciones, teatro y llanto que armó, no le quedó más remedio que cumplir con el anunciado castigo, mientras todos agradecían que *ella se hubiera orinado*, porque le dio el día libre a todos.

Y yo por supuesto, la pasé saltando sogas.

EDITHA BETHANCOURT, Panamá, 1955. Licenciada en Diseño Gráfico. También es graduada de Técnica, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas del INAC. Ha exhibido su trabajo y lo ha exportado a Colombia, Chile, Estados Unidos y Rusia. Fundó su propia empresa de actividades artísticas y actualmente, trabaja en impulsar nuevos proyectos culturales. Es egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.



La soledad se refleja por sí sola

POR VIANEY MILAGROS CASTRELLÓN

Lo supe desde el primer momento que te vi, que tú, mi reina, estabas destinada al sufrimiento.

A los otros los puedes engañar con tu sonrisa de finalista de concurso de belleza, pero yo te conozco muy bien: Eres imperfecta. Ni tu carita ni tu cinturita pueden ocultarlo. Parece que después de tanto tiempo de vivir juntos, aún no comprendes que te conozco mejor que tú misma.

Sé, por ejemplo, cuándo estás realmente enamorada y cuándo se trata de una atracción de piel. Solo tengo que verlos conversando. Tú no lo notas, pero tienes una forma de inclinar la cabeza ligeramente a la izquierda, como queriendo acercarte a tu corazón, en preparación del atropello amoroso que se avecina.

¿O acaso no fui yo el primero en decirte que Oscar iba a ser tu condena? Y aunque tú me ju-

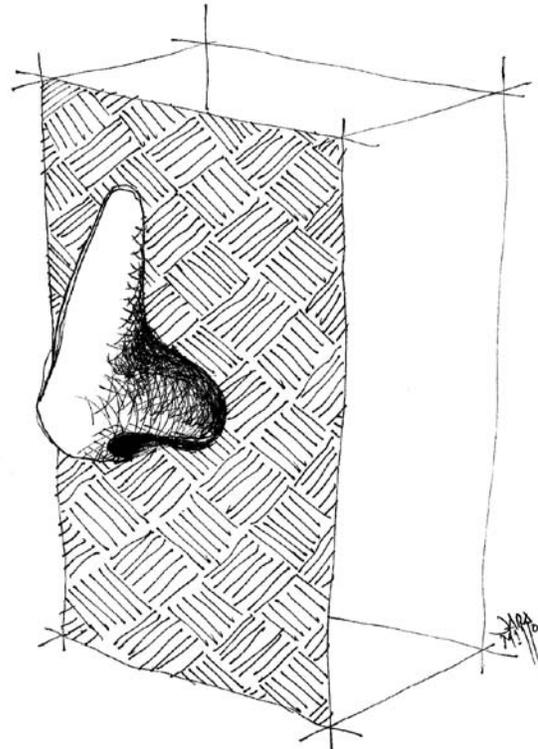
raste por el ánimo de tu abuela y por tus hijos aún por nacer que no estabas enamorada del doctorcito, te sorprendí diciéndole “Te amo” en una de las primeras noches que lo llevaste a nuestro apartamento.

¿Y acaso no fui yo quien te consoló los siete días con sus respectivas noches de dolor, cuando el doctorcito te abandonó? Ay, mi niña, porque tú tampoco lo has notado, pero el sufrimiento de un amor perdido te dura justamente eso, una semana con sus 168 horas, ni un minuto más ni un minuto menos. Lo sabré yo, que te acompañé cuando no te podías ni levantar de la cama al saber que tu querido Pedro, Pedro El Grande como lo llamabas en la intimidad, te había dejado con un escueto mensaje de celular: “Yo me merezco algo mejor”.

A los demás les presumes tu labios pintados de rojo y tus vestidos florales, pero yo sé que el negro es el color que mejor reflejas. Y tú me hu-yes porque ese reproche te sabe a certeza, pero siempre regresas porque no encuentras mejor compañía en tu vida solitaria.

¿Quién te escucha hasta la una de la mañana, hablando de tus sueños de viajar algún día a Venecia para beber un capuchino en la Piazza San Marco? Ninguna de éstas que se hacen llamar tus amigas pero que a tus espaldas te tildan de ‘zorra’. Ah, ¿no lo sabías? Pues te cuento que sentadas en ese mismo sofá donde estás tú ahora mismo, escuché a tus casi hermanas Ángela y Diana decir que nunca habían conocido a una mujer tan promiscua como tú, que ya habían perdido la cuenta de cuántos hombres habías llevado a la cama. Tú estabas en la cocina preparándoles un trago mientras ellas te destruían y yo callé, por temor a que no me creyeran.

¿Pero ahora sí me crees, verdad? Te he probado todo este año que soy tu mejor confidente. Lo verificaste esa tarde de abril que llegaste con un llanto ahogado en la garganta y leíste frente a mí el resultado de los laboratorios. A nadie le conté que esperabas un hijo de ese ‘pelaito’ que recogiste en un bar una noche que te atacó la soledad y cuyo nombre ni siquiera llegué a escuchar; tampoco a nadie le conté cuando meses después fuiste al doctor a solucionar el problema. Nunca



lo hablamos, pero sé que te dolió, y no solo en el cuerpo.

Ay, Mercedes, cuántas cosas hemos pasado juntos. La soledad cuando es por elección se disfruta, pero cuando es impuesta por la vida como en tu caso, sofoca. Tú estás y te sientes sola. Lo sé yo, que soy el primero en verte cada mañana, acariciándote lentamente frente a mí, recordando los amantes que ya no están. Lo reconozco yo, que soy el último en verte cada noche, cuando te duermes entre suspiros, evocando un elusivo amor.

Eso, vuelve a posar para mí. Uno, dos, tres, me encanta cuando sonríes, aunque la alegría sea mentira. Me encanta verte reflejada en mí, aunque solo sea tu soledad.

VIANEY MILAGROS CASTRELLÓN. Panamá, 1975. Estudió periodismo en la Universidad de Panamá (2000). Obtuvo una beca Fullbright (2003) para continuar sus estudios de Maestría en Ohio University. Trabajó por cinco años en el diario La Prensa, donde ocupó los puestos de editora de la Sección Mundo y Jefa de Información. Actualmente es parte del equipo de Documentación Histórica del Programa de Ampliación del Canal, en la Autoridad del Canal de Panamá (ACP). Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010, de la UTP.

¿Lo recuerdas?

POR HEIDI SAAVEDRA PÉREZ

Ya lo sabes. Todos estos años ha habido un monstruo silencioso que se ha ido apoderando de ti y esa tarde te diste cuenta.

Pero tú no te puedes mentir, en tu subconsciente sabías que esto podía ocurrir, que era una probabilidad, pero preferiste apelar a la negación y pensar que las leyes de la estadística no eran exactas.

Esto que pasa no es más que el resultado de tus decisiones, tomadas durante tu juventud, cuando te creías invencible. Ávido de sensaciones nuevas, te entregaste a mí con complacencia, labrando sin saber el camino que me permitiría adueñarme de ti.

Te sentiste glamoroso, sofisticado. Las mujeres te rodeaban, los amigos te llamaban. Pensabas que tenías la vida entera por delante para poder enmendar entuertos y nada te preocupó.

Pero la vida siguió y no enderezaste nada, te dio pereza, te faltó voluntad y pensaste que mejor mañana, mañana, mañana ...

Hoy que estás vencido miras con arrepentimiento el pasado y deseas lo imposible.

Humano, humano.

¿Recuerdas cuando te enteraste?

El impacto fue enorme.

Tu rostro lívido y tus labios temblorosos. Parecía que te ibas a echar a llorar.

Pero ¡no!, ¡aguantaste!

–¡Por Dios, esto no me puede estar pasando a mí! –exclamaste en shock.

Pero claro que te puede estar pasando, ¿recuerdas las estadísticas?...

En ese momento las recordaste y pensaste lo necio que habías sido al no considerarlas ni ciencias ni exactas.

El shock te duró unos días.

Después te llegó el enojo.

Rompiste cosas y arremetiste contra la inmortalidad, cuestionando su quehacer, sus designios y te pusiste en un tú a tú donde le sacaste los papeles a todos, sin guardarte ningún secreto.

Le preguntaste a Él si no estaba siendo injusto y un poco corto de miras, porque si hubiese justicia, definitivamente las cosas no serían así, le dijiste. Los demás también estarían en la podrida, ellos se lo merecían aún más.

Hay que ver qué bajo caíste. Traicionar así a tus amigos. Exponer sus miserias y negociar con la Justicia.

Unos días después lloraste, te acercaste a Él y pediste perdón. Tuviste la decencia de avergonzarte por tu egoísmo y sentirte arrepentido y te dispusiste como el mejor de los abogados a negociar. Prometiste varias mandas, dejarte crecer el cabello y llevarlo a Las Tablas para la Virgen de Santa Librada, caminar de rodillas el Cristo de Atalaya, ayunar a pan y agua los viernes y sobretodo no volverlo a hacer.

Él te escuchó en silencio, y en ese silencio te sentiste escuchado.

Esperanza vana.

Han pasado varios meses y tu cuerpo y yo nos hemos hecho uno, comunión imperfecta.

Una enredadera oscura se ha deslizado dentro de ti, oprimiéndote, restringiéndote, absorbiéndote, tu vitalidad poco a poco desapareciendo. Ya no tienes fuerzas ni para hablar. Tu debilidad es mi fuerza. Tu antigua belleza ha desaparecido, la imagen perfecta de Él ya no se reconoce en ti. Profanaste Su templo.

Tienes miedo.

Se huele en el aire, se mira en tus pupilas dilatadas por el terror a lo desconocido. Se te contraen las entrañas ante lo inevitable.

–Calma, calma, respira suave –te dicen– si no, te vas a agitar más.

Palabras vanas de alguien que no te comprende, de alguien que no lo sabrá hasta que ocupe tu lugar. Entonces de seguro que vas a querer estar ahí para decirle de manera sarcástica *calma, calma...*, pero ya no estarás.

Arrepentimiento.



Desesperación.

Angustia.

Asfixia. Aire. Te falta. Lo buscas. Te escucho aspirar con fuerza, tus labios morados, tu cuerpo exangüe.

Vida.

Algo queda en ti.

Tiempo para que me aceptes.

Te vuelvo a escuchar, abres tu boca en un intento de comerte el aire y cierras los ojos en un último signo de negación, para no ver la negrura que se te viene encima, irremediable.

Silencio.

Oscuridad.

No me aceptaste. Pero formé parte de ti desde que tomaste esa decisión. Desde que tus manos llevaron a mi mejor aliado a tus labios. Tu primer cigarrillo.

¿Lo recuerdas?

HEIDI SAAVEDRA PÉREZ. Panamá, 1975. Estudió Medicina en la Universidad de Panamá (2000). Se especializó en Psiquiatría en el INSAM (2006). Diplomada en Psicooncología en el Hospital Marie Curie. Estudios en Terapia Cognitiva Conductual. Postgrado en Docencia Superior. Trabaja en la Policlínica "Manuel Ferrer Valdés" del Seguro Social y en el Hospital Paitilla. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Más que amigos

POR FEDERICO RODRÍGUEZ G.

A pesar de lo que pasó después, con frecuencia recuerdo aquella época anterior a que él se decidiera a destaparse ante mí, cuando, totalmente inocentes, aún éramos simplemente amigos.

Desde niños fuimos cómplices en todo. Además de vecinos, cursábamos el mismo grado, así que siempre hacíamos juntos nuestras travesuras. En clase, algunas veces él estudiaba y yo me limitaba a copiar, pero en otras ocasiones me tocaba a mí hacer la tarea, por los dos. Aunque yo no entendía por qué razón mi papá no quería vernos jugando juntos, en los deportes él nunca pudo conmigo, y por eso ahora se me ocurre pensar que quizás ya desde entonces él tenía esa espinita dentro. En realidad no me extrañaría comprobar que todo venga de allí, porque, si bien yo me destacaba en lo físico, él, en cambio, era más creativo y con tendencia hacia lo artístico. Por eso veo en los sucesos actuales una especie de desquite planeado por él durante todo este tiempo, quizá como una manera de resarcirse.

Las hormonas y la adolescencia nos encontraron desprevenidos y pensando todavía en chiquilladas. A ambos nos tomó un par de años asimilar poco a poco los cambios y el desarrollo. Yo me estiré rápidamente, de seguro gracias a mi afición por los deportes, mientras él se quedó bajito pero, ¿qué culpa podía tener yo? Le tomó más de tres años alcanzar mi estatura y los otros muchachos

contaban historias de cómo su mamá lo llevó a un médico para que le recetara suplementos vitamínicos, con el propósito de hacerlo crecer.

A decir verdad, ninguno de los dos tuvo muchos noviazgos. En vez de eso, cuando salíamos a fiestas u otras actividades sociales con otros chicos de nuestra edad, nos divertíamos en grupo, pero siempre regresábamos solos a nuestras casas. En ese tiempo todavía éramos meramente los mejores amigos, pero ya cada uno confiaba totalmente en el otro. Nos contábamos si nos interesaba alguien y hasta nos dábamos recomendaciones para conseguir el objetivo con el sexo opuesto, aunque realmente nunca hicimos muchos esfuerzos para convertir esos consejos en realidad. Esa ironía hoy me causa gracia, precisamente porque en ese entonces nunca me pasó por la cabeza que él sería capaz de hacerme algo así.

Al terminar la escuela secundaria, salimos de nuestro pueblo hacia la ciudad, para cursar estudios universitarios. Siguiendo los pasos de mi orgulloso padre, yo estudiaría ingeniería civil. Él se inscribió en la carrera de artes aplicadas. Nadie en su familia tenía ni un ápice de artista, y por eso casi todos sus parientes y conocidos trataron de convencerlo de matricularse en una carrera "de varón", pero él se mantuvo firme en sus inclinaciones y gustos. Mientras su papá culpaba a la madre, por aquello de las vitaminas púberes, yo sí lo animé a seguir adelante, porque siempre he sido de mente abierta y no creo en estereotipos ni etiquetas.

Ese apoyo que le di sin segundas intenciones, sino simplemente por ser mi amigo de toda la vida, lo hizo apegarse aún más a mí, de manera que poco a poco fue pasando aún más tiempo conmigo. Al principio eso me pareció algo extraño, pero en realidad no me incomodó del todo, y hasta le encontré cierta lógica, siendo nosotros dos jóvenes y amigos solos en una ciudad ajena.

De hecho, esa fue la misma razón que utilizó aquel día para decírmelo todo.

—Ya no aguanto más. Necesito hablar contigo, y es algo muy serio.

—No me asustes. ¿Qué pasó?

—Yo nunca me hubiera atrevido a decirte esto

allá en casa, pero estamos lejos de todo, y eso me ha dado valor.

—Sabes que puedes decirme cualquier cosa, tanto aquí como allá. Para eso somos amigos. No importa lo que sea, cuéntamelo.

—No es nada malo, no te preocupes. Bueno, quizás sí lo es... no lo sé. Estoy muy confundido.

—Ya te lo dije, no importa lo que sea. Habla, por favor.

—Es que... No sé cómo lo voy a tomar.

—¡Dímelo ya! Si no lo haces entonces sí me voy a enojar contigo.

—Okay, ¿ya qué más da? Allá va... Tengo un amor platónico.

—¿Platónico?

—Sí, platónico, porque esa persona aún no lo sabe.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—No me atrevo. De seguro me va a rechazar.

—Pero, ¿al menos se lo has demostrado?

—Eso sí. Todos los días le bajo el cielo, las estrellas y cualquier cosa que me pida.

—La próxima vez que la veas, díselo enseguida.

—¿La próxima vez que la vea? Ese es el problema.

—¿Cuál?

—A esa persona la estoy viendo en este momento. Eres tú.

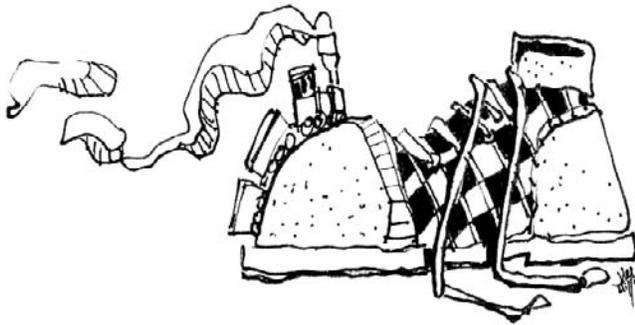
Acto seguido, sin mediar más palabras, puso su mano izquierda detrás de mi cabeza y, con toda delicadeza, posó la derecha en mi mejilla, después de lo cual cerró sus ojos y me dio un apasionado beso en la boca, lo cual me sorprendió por completo.

—Te amo —me dijo —quizás desde que éramos niños.

—¡Nunca te creí capaz de hacerme algo así! —le dije con algo de turbación, y tratando de ordenar las miles de ideas que, agitadas, en ese momento daban vueltas dentro de mi cabeza, como recién sacadas de su largo letargo por aquel sorpresivo beso.

—¿Te molestó? ¡Discúlpame!, no sé por qué lo hice.

—No te hagas el hipócrita. Seguramente des-



El maquinista y el último tren

POR LUIS ÓSCAR PITTÍ MIRANDA

de niños siempre quisiste hacerlo, pero, siendo sinceros, yo nunca te creí que tuvieras suficientes agallas para lograrlo. En realidad, me alegra que al fin te hayas atrevido —le dije, poniendo mi mano en su mejilla, en la cual pude acariciar su barba de tres días, mientras en mi rostro se reflejaba una sonrisa de oreja a oreja.

Ese día que se destapó y me robó el primer beso terminó nuestra etapa de ser simplemente amigos. Ni siquiera fue necesario que se me declarara y me pidiera formalmente iniciar una relación. Esas son cosas de chiquillos y ya ese tiempo de ser niños pasó. Ahora él es todo un hombre, y me hizo transformarme de señorita en mujer hecha y derecha, con ganas de ir más allá, para ser su esposa y madre de sus hijos. Dicen que para ser buenos esposos primero es necesario ser buenos amigos. Ahora nosotros somos mucho más que amigos, así que de seguro tendremos un matrimonio perfecto.

Federico Rodríguez G. Chitré, Herrera, Panamá. Arquitecto con Postgrado en Evaluación de Proyectos, en la UTP. En 2001, gracias a una beca Fullbright, estudió una Maestría en Planeación Física y Ambiental en la Universidad de Nueva York, donde se graduó con el mayor índice académico. Ha hecho su carrera laboral en el IDAAN, donde actualmente ejerce como Jefe de Agua Potable. Egresado del Diplomado de Creación Literaria 2010 de la UTP.

Elena la trabajadora social del Mides junto con Joaquín el fotógrafo, bajan del auto que los llevó del parque de La Concepción, a la vieja estación del Ferrocarril de Chiriquí. Observa el gran salón de espera bajo techo, sin las aglomeraciones como sucedía antes. A pesar de los años, la estructura del edificio no ha cambiado. Fija su mirada en el suelo, en el lugar en donde en una ocasión estuvieron las líneas del ferrocarril, que descansaban sobre los antiguos durmientes originales de madera, denominados polines de macano por los jornaleros. La cantidad de grasa y aceite quemado que le cayeron los han conservado casi intactos; han quedado como mudos testigos de una época de esplendor económico para la comunidad chiricana.

Elena viajó en el tren cuando era niña, ella recuerda que subió en uno denominado popularmente el motor, el cual tenía un vagón y cubría la ruta desde San Andrés hasta Aserrío; el de dos vagones se le conoció como el repollero, transportaba público en el vagón principal, en el otro lo llenaban de legumbres, verduras, café y tabaco. Existían dos locomotoras medianas con cuatro vagones cada una, en el vagón de primera clase viajaban los pasajeros con buen recurso económico, disponía de cómodas y espaciosas butacas, nadie permanecía de pie; los otros dos vagones eran de segunda clase, allí viajaba el pueblo tan aglomerados como se viaja en la actualidad en los

buses diablos rojos. Las personas que no tenían la fortuna de sentarse en una larga banca de madera, permanecían de pie en el pasillo, colgados del pasamano como murciélagos, agarrándose de donde pudieran y haciendo toda clase de malabares, para no caerse.

Era muy usual que los borrachos a causa de la velocidad y la inercia del tren, cuando tomaba las curvas, perdieran el equilibrio y quedaran encima de los otros pasajeros que estaban sentados, lo que originaba verdaderas trifulcas entre indígenas y toscos labriegos.

El cuarto vagón se destinaba para la carga de mercancía, en algunas ocasiones se le agregaba un vagón para transportar animales y en ocasiones llevaban autos para la ciudad de David. Ese era el caballo de hierro chiricano que cubría la ruta de Puerto Armuelles, La Concepción hasta David en la mañana y en la tarde; ambos trenes casi siempre se encontraban en La Concepción o en Aserrió de Gariché.

Mientras caminaba con lentitud, Elena trataba de hacer la ruta mentalmente, comenzó a conversar en voz baja — ¿cuántos pasajeros fueron transportados por estos trenes, con destino a las ferias de Bugaba y de David? Continuó susurrando en voz baja. — ¿cuántas miles de toneladas de cargas se transportaron? Sin que ella se diera cuenta, el fotógrafo empezó a filmarle con su teléfono, al enterarse se dirigió a él.

—Oye Joaquín, ¿quién te mandó a filmarme sin mi permiso? — le dijo sonreída.

—Sigue hablando pero en voz alta, no hables entre dientes, de lo poco que escuché me gusta la historia que recuerdas, de verdad me interesa ese cuento.

—Escucha lo que te voy a decir, cuando el tren llegaba a este lugar, mientras los pasajeros descendían, otros lo abordaban, en ese momento se activaba, lo que hoy se conoce como el comercio informal, que fue el sustento de cientos de familias.

Se sentía orgullosa de su relato. Como si fuera una guía turística, empezó a narrar como si lo estuviera haciendo para la televisión, y se transportó junto con su fotógrafo por la lente de su celular hacia el pasado.

—Joaquín, imagínate que al llegar el tren, las decenas de vendedores corrían con sus platonos de aluminio, ofreciendo toda clase de deliciosas y olorosas comidas, otros voceaban los billetes de la lotería; era un espectáculo observar a ese gentío gritando a la vez.—Naranjas, pixbaes, bollos, tamales, empanadas, carimañolas, albóndigas, chicharrones, hojaldres, almojábanos, bienmesabe, panecitos, helados, lleve su periódico La Estrella, La Razón y Ecos del Valle—. Cada estación se convertía en un restaurante ambulante a ambos lados del tren, muchas familias generaban así sus ingresos en toda la ruta, pero todo se acabó; acabaron con una obra visionaria del ex presidente Belisario Porras.

—Cuánto lo lamento, discúlpame Elena que te interrumpa, pero te traigo a la realidad.

No le contestó, pero su silencio era obvio, trataba de disimular su nostalgia de lo que conoció en su niñez, se dirigió hacia una esquina donde estaba una vendedora de billetes, como si fuera la única sobreviviente de ese grupo de comerciantes.

Se identifica y presenta a su compañero y le hace una relación acerca de su encuesta, mientras conversa con la señora, observa el edificio, ahora lo utilizan oficinas públicas, a un extremo reconoció un viejo vagón totalmente destartado, el paso de los años se ensañó en su estructura; le pide su apoyo a la billetera, para que le hable de las personas que están en el área, pero su mirada escrutadora después de analizar las columnas y el techo, se detiene en un hombre alto, delgado, con abundante barba blanca y su rostro rojo, tostado por el sol, procura cubrir sus canas con una vieja gorra negra de bordes dorados y la imagen de un tren. Sus largos cabellos largos y la gorra negra hacen un buen contraste, que llaman la atención.

— Mire señorita Elena, yo no le puedo decir mucho de esos tres señores que están detrás de la columna, no les conozco. En cuanto a ese señor de la gorra negra, sí puedo hablarle porque es mi tío político, él era el esposo de una tía que murió, conversa con dificultad porque sufrió un derrame, camina con el apoyo de una muleta y vive en esa casita; después de la tienda del chino, donde exis-

te un árbol grande de marañón; permanece todo el día en este lugar y en la tarde camina hacia su casa con su perro “el liniero” que siempre le acompaña.

Bueno, tratándose de que usted es trabajadora social y está haciendo encuestas para el programa 100 para los 70, puedo decirle que él se llama Herminio Rojas Mora, fue maquinista de la Chiriquí Land por muchos años, pagó cuotas al Seguro, pero las retiró porque decía que la caja quebraría y ahora no tiene jubilación, él vive de la caridad.

—¿El tuvo hijos, tendrá su cédula?

—Sí tiene su cédula y tuvo varios hijos, uno murió, otro está preso pagando un crimen, en David vive una hija llena de chiquillos, y unos nietos que quieren quitarle su casa.

—¿Puede llamarlo por favor? —preguntó Elena—. Para saber su capacidad de caminar.

—Sí con mucho gusto. Oiga Ño Miño, venga acá y traiga su cédula que quieren conocerlo. —¿Quién me busca?— preguntó con una voz ronca y gangosa.

—Una joven muy guapa, ella quiere inscribirlo para que reciba el cheque de los 100 dólares que está ofreciendo el gobierno a todos los viejitos sin jubilación.

— Qué bueno, pensé que se habían olvidado de mí, ya voy, me cuesta levantarme.

El anciano con mucha dificultad se levantó, los huesos no le acompañaban, se apoyó en una de las antiguas bancas de concreto y apoyándose en su muleta se dirigió al lugar donde se encontraba Elena y la señora Carmen, junto con el fotógrafo que registraba el hecho para un suplemento que tendría que elaborar.

—¡Ay que vaina!, ustedes me perdonan cuando uno está viejo, anda todo miao y hediondo; tengo un fuerte dolor de cabeza desde esta mañana.

— No se preocupe Don Herminio, ya le llenamos el formulario, si no puede firmar ponga su huella digital aquí y la señora Carmen que firme en el otro renglón, ella será la responsable de usted. Joaquín, tómele una foto al Señor Herminio, a la señora Carmen y a su cédula— afirmó Elena.

—Sí, con mucho gusto, señor Rojas quítese la gorra y mire la cámara por favor, gracias.

—Gracias a ustedes por ayudarnos, con esa platita iré al médico y comeré mejor.

Conversó poco con la trabajadora social, debido a su dificultad para hablar, la señora Carmen le agradeció la ayuda para su tío. Le contó la historia completa del viejo maquinista, prácticamente no dejaba que Elena se retirara.

— Mi tío se la pasa en este lugar todo el día junto a su fiel compañero “El liniero”, duerme durante el día, en la tarde se retira a su casa. Todas las mañanas llega muy entusiasmado a esperar el tren, como lo hacía hace 67 años, pero yo le digo que ya no existe el tren, que fue eliminado, pero él insiste que tiene un compromiso que debe cumplir. No piense que está borracho, solamente se toma un traguito de ginebra en las noches para calentar su cuerpo.

Mientras Carmen le cuenta a Elena los hechos más relevantes, Ño Miño saca una pipa tan vieja como su dueño, toda astillada y carcomida, pero que todavía le sirve para ponerle unas cuantas hojitas de tabaco, la enciende, aspira y se queda viendo el humo, que forman figuras caprichosas parecidas a la chimenea de la locomotora 07.

Joaquín aprovecha para tomarle otras fotografías desde otros ángulos, en tanto Carmen sigue refiriéndole a Elena otros hechos interesantes de este personaje.

—Don Herminio habla muy poco, solamente conmigo, se acuerda de su tiempo, él trabajaba muchas horas al día, es una forma de darse ánimo ante la soledad. Anteriormente llegaba un viejo amigo que también fue maquinista y demoraban horas conversando. Su amigo está enfermo, ya no viene. Este señor se desempeñó como maquinista y manejó locomotoras en la zona y lo enviaron a los Estados Unidos a una capacitación de tres meses, me comentó que en una oportunidad operó una gran locomotora diesel con 50 vagones cargados de granos. Ganó dinero pero lo perdió en juegos y diversiones.

Carmen, Elena y Joaquín observan al viejo maquinista, que de un andrajoso saco de henequén, acomoda sus valores personales, unas viejas revistas de trenes y dos fotos de la locomotora diesel 07, la 32, un lápiz y unos cuadernos con algunas

anotaciones de las salidas y llegadas a las estaciones. Guarda su pipa en un envase de madera junto con unas hojas de tabaco y después apoya su cabeza en la pared para descansar, su perro entiendo que llegó la hora de la siesta y se acomoda junto al saco y coloca su cabeza sobre la pierna de su amo, quien le acaricia su cabeza. Ambos quedan dormidos.

Pero Carmen seguía comentándole a Elena y a Joaquín que Ño Miño tenía un gran orgullo, porque durante toda su vida, nunca atropelló ni le pasó con su locomotora por encima a ninguna persona, como sucedía con sus compañeros que en la madrugada decapitaban y molían los cuerpos de los pobres indígenas ebrios, que se acostaban a dormir la juma en la línea férrea y tomaban los rieles como almohadas. La ruta estaba llena de cruces, al verlas se persignaba, pero observaba que para los indígenas muertos que caminaban sobre la línea, para ellos no había ninguna cruz. Cuando viajaba de noche, le parecía que veía fantasmas en la línea.

Se sentía apenado, cuando se le interponían en su ruta, perros, vacas y caballos, a pesar de que sonaba el fuerte silbato, algunas veces eran animales que se apareaban y él no podía poner en peligro la vida de sus pasajeros, tampoco podía frenar de repente porque podía descarrilar el tren. Cuando deciden cerrar el Ferrocarril de Chiriquí se deprimió tanto, que lo hospitalizaron y decía: — *Se han llevado mi vida.*

—¿Por qué cerraron el ferrocarril después de haber servido tantos años a esta región?

—En los años de la década de 1980, se dice que fue un negociado de Noriega y sus secuaces que cerraron el ferrocarril, levantaron toda línea férrea, recogieron los trenes, vagones, algunos puentes y los vendieron como chatarra. Se especula que fueron varios millones de dólares que se esfumaron, no debo hablar de esto, me da temor, por favor no lo diga a nadie.

— ¿Fue político el señor Miño?

— No, que yo sepa, nunca fue político, porque él decía que un maquinista tiene que transportar a todo el mundo, además afirmaba que los políticos le mienten al pueblo.

Carmen continuó contando con emoción que Ño Miño fue un maquinista responsable, en su locomotora viajaron hombres de negocios, destacados políticos, presidentes en el ejercicio del cargo como el Dr. Arnulfo Arias, Roberto Nino Chiari, Ricardo Arias Espinosa, el Coronel José A. Remón Cantera, y militares de la antigua Zona del Canal, cuando visitaban David y Boquete.

— ¿Oiga doña, ya que me quedé unos minutos, qué otras anécdotas me puede contar de él?

—Bueno joven, me puedo pasar el día contándole la historia de ese señor.

Me comentó que una vez se ganó la lotería extraordinaria, tenía los cuatro números y se fue a celebrar con una mujer que conoció en un bar, al despertar no tenía los billetes premiados. Agarró su pistola y se fue por las cantinas de Puerto Armuelles a buscar a la ladrona, sus amigos afirman que la vieron cuando cambiaba los billetes y llevaba una buena macolla de billetes y después se fue escoterita en un avión. Ño Miño se dirigió al muelle y lanzó la pistola al mar. Después del incidente con los billetes, cambió de actitud y dijo: — *Si eran para mí no los pierdo*— No era rencoroso— afirmó Carmen, no discute ni pelea con nadie, siempre sonrío, es chistoso, le hace un favor a cualquiera y comparte lo que tiene.

—En una ocasión Ño Miño conducía la locomotora con mucha gente, que abandonaba las fincas por las intensas lluvias que habían inundado las partes bajas de la región, las quebradas y el caudaloso río Chiriquí Viejo se desbordaron e inundaron fincas y poblados. El tren avanzaba lentamente, de repente llegó al lugar donde debía cruzar el puente y éste no existía, se lo había llevado la corriente, se salvaron muchas vidas gracias a su experiencia y pericia, desde ese momento se le consideraba un héroe anónimo. Con sus limitaciones tiene una biblia y con la ayuda de una lupa se pone a leer hasta que se queda dormido, así como usted lo ve; está sufriendo del corazón, más tarde le compraré unas pastillas para la presión arterial, cuando cobre su primer cheque lo llevaré al cardiólogo, y le compraré medicinas.

— Bueno señora Carmen, Don Herminio ya está inscrito en el programa, debo retirarme a



Los ángeles visten de locos

POR DAYANA GUILLÉN

encuestar a otros viejitos, muchas gracias por su apoyo, me saluda a don Herminio cuando despierte, recuerde que en noviembre debe llevarlo al banco a cobrar el primer pago. ¡Cuidelo mucho! Por acá regresaremos a darle seguimiento.

Elena y Joaquín se estaban despidiendo, cuando en ese momento el maquinista despertó, lanzó un fuerte quejido, tosió, trató de levantarse, se arrodilló, estaba ahogado y morado, le faltaba el aire y balbuceo: — *¡Llegó mi locomotora! Este será mi último viaje, ¡Dios ayúdame, me falta el aire! Ay, me duele el pecho*— Trató de levantarse nuevamente y cayó sobre lo que fueron los durmientes de las líneas del tren, en su mano había una vieja foto de la locomotora 07 donde aparecía sonreído y saludando desde la ventana. Todos corrieron y levantaron al viejo maquinista y se lo llevaron al hospital; su leal amigo “el liniero” ladró y aulló por la partida de su amo luego se echó en los cartones que le sirvieron de cama al maquinista. Se afirma que de allí no se mueve, permanece en ese lugar, esperando a su amo.

LUIS OSCAR PITTÍ MIRANDA, David, Chiriquí, Panamá, 1946. Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad de Panamá, Diplomado en Creación Literaria por la Universidad Tecnológica de Panamá en el 2010, realizó estudios en inglés en Florida State University. Ejerce la comunicación social desde 1970 en emisoras y televisiones nacionales.

Dicen que la vida es un respiro, y yo era asmático.

Graciela era la vecina más alocada de todo el edificio, o al menos, la que más fama de loca tenía. Había otras, como la que quemó a su perro el día de San Lázaro, o la que salió en ropa interior en pleno aguacero de mayo, supuestamente a bañarse en la playa. También estaba Paco, el mecánico de carros del segundo piso, que estaba construyendo una máquina del tiempo con las piezas inservibles que iba sacándole a los autos viejos. Pero la que más fama de loca tenía en ese conglomerado de 245 apartamentos de mala muerte, era Graciela.

Todos los días se levantaba a las 3 de la tarde, y abriendo puertas y ventanas de par en par, ponía la música a todo volumen en su equipo Sony 4 en 1, modelo Magnum 33, en la opción de karaoke, e iniciaba el concierto más desafinado que oídos pudiesen resistir. Varias veces llamaron a la policía los vecinos, y todas las veces la policía salía de la casa con la cabeza baja, derrotados sabe Dios con qué argumentos. Y una vez más, las paciencias eran puestas a prueba por un tiempo hasta que alguien volvía a caer en la desesperación.

Así fue como un día, el tercero de sus vacaciones, mi mamá, que nunca lidiaba con eso pues siempre ocurría en su horario de trabajo, me mandó a casa de Graciela a decirle que si no quitaba la música llamaría a la policía.

—¿Quién es? —respondió Graciela cuando toqué la puerta

—Es Raulito, el del piso 8vo.

—Oh.... ¿qué quieres?

—Le traigo un recado.

—Bueno, grítamelo, que ahora no puedo abrirte la puerta.

—Por favor Graciela, ábrame o mi mamá me castigará —le dije yo intentando persuadirla. Sabía que estaba loca, pero quizás sí tenía buenos sentimientos.

Luego de un pequeño silencio la puerta se abrió y una figura grande e imponente apareció. Era una mulatona, ya pasada en años y en libras, que delataba una hermosura pasada irresistible. Su busto, ya caído, era muy grande para su peso, como si hubiese amamantado hijos alguna vez, más bien un pelotón de bebés. ¿Acaso habría tenido hijos? Nadie le conocía familia.

—Adelante...pase Ud., señorito.

No había terminado de decir esto cuando ya yo estaba adentro. ¿Cuál no fue mi expresión cuando vi toda aquella belleza en un apartamento de 60 mt2 de un solo cuarto? Las paredes pintadas de verdes y azules, en infinitas combinaciones de figuras y tonos, eran solo violentadas por cuadros sobrios de grises, blancos y negros, y por pañuelos felizmente cayendo en distintas formas desde un sombrero, desde una escultura, o incluso, desde un hacha.

Los sillones de la sala, todos de madera vieja y dura, habían sido tallados con figuras animales, armoniosamente ordenadas, dando la sensación de una fiesta folklórica. La mesa del centro, también de madera, tenía talladas las mismas figuras pero con algunas en blanco nácar, y en la parte superior, un tablero de ajedrez incrustado gritaba "respeto" para su dueña. Los portavasos eran toda una revelación del ser. Tablitas de corcho contorneadas, regalándole a la imaginación del observador su más íntima conversación con su subconsciente, prometían hacer pensar en combinaciones de sentidos e ideas al que estuviera dispuesto a detenerse a descifrarlos.

Unos cojines muy cómodos estaban tirados estratégicamente al rededor de la mesita, tentando al visitante más cansado a la más placentera siesta. Por entre ellos estaba tirados unos pétalos de rosas frescas, recién sacados del hermoso rosal que crecía en una de sus dos anchas ventanas. Un incienso a medio quemar ya había llenado la habitación de olores suculentos, y resistiendo al

aire fresco que circulaba de ventana a ventana, se había incluso impuesto al olor del rosal.

Estaba yo con la boca abierta, sorteando mi vista y mi olfato, cuando ella me interrumpió:

- ¿Y qué quería el niño Raulito?

- Eh, bueno, verá....

Bajé el cabeza, apenado ante esta persona divina, y sin la determinación para sobreponerme a la jerarquía generacional y a la de territorio.

- ¿Qué? ¿Has venido a decirme cómo debo vivir mi vida en mi casa?

Me quedé inmóvil. Aquella señora se atrevía a intimidar a este pobre mensajero del diablo, y aun así se mostraba vulnerable, santa divinidad hecha mujer. A la vez que marcaba bien su territorio y sus derechos me daba papel de inquisidor, elevando mi inteligencia y mi experiencia a niveles nunca antes alcanzados, me trataba como un igual, que podía inquirir con tanto derecho como un adulto, aunque en este caso estuviera inquiriendo lo equivocado. Santa divinidad hecha mujer, que en su postura desafiante me regalaba respeto. Me había elevado de simple mensajero a contrincante suyo. Yo, claro, ante tanta importancia inesperada no supe cómo reaccionar.

- Yo... yo.... yo venía a preguntarle algo....

- Pues habla de una vez.... y vete.

- Pero, ¿por qué me trata tan mal? Ni siquiera sabe a qué he venido.

- Sí lo sé - me dijo mirando fijamente, sin dudas en sus ojos - Pero hagamos algo. Si no es lo que yo digo, me disculparé y hasta te invitare a un té de yerbas y unas galletitas. Pero, si estoy equivocada te vas ahora mismo de aquí, le dices a tu madre que llame a la policía ya si quiere, y aquí no pones un pie más en tu vida.

- Un té y unas galletas no reponen su mala actitud - le respondí aun si subir la cabeza. Y aun así, sentí que sonrió, antes de contestar:

- Tienes razón... tienes mucha razón. Entonces te daré algo mucho mejor, que compensará de sobra mi actitud.

Sentí su vista clavada en mí. Sabía que me miraba esperando a que yo subiese la cabeza, sonriente, esperanzada por un momento, queriendo ser sorprendida.

—Ok, le diré. Por favor no se ría.

Me atreví entonces a subir la cabeza, lentamente, y a mirarla a los ojos.

—Solo quiero saber....

En eso tocaron la puerta, para mi salvación. Un señor que jamás había visto en mi vida me ofrecía tiempo para inventarle una razón a Graciela.

—Qué bueno que llegaste. No sabía si vendrías....

—¿Cuándo te he fallado? ¿Eh, Graciela?

—Bah... cállate, charlatán.

En eso el hombre flaco y con aspecto de intelectual con mala vida notó mi presencia. La verdad era todo un contraste con aquella habitación. Su piel pálida con manchas rosadas de distintos tonos, venitas azules, y granitos; su pelo reseco en las puntas y aceitado en las raíces, sus pupilas nerviosas insertadas en unos ojos enrojecidos, sus ojeras profundas y moradas, una argollita en la oreja izquierda y una voz de fumador acérrimo, ya lo definían. Mi primera impresión: un tipo de vicios nocturnos y preocupaciones más grandes que sus vicios.

—¿Un invitado?

—No, ya se iba...

—No te apresures mujer, que no tengo tiempo para que lo despaches... hola niño - me dijo con una mirada rápida y giró en sus pies, dándome la espalda y dirigiéndose a Graciela nuevamente - ando corto de tiempo, cinco minutos y me voy.

—¿Cuándo no?

—¿Y tú para que quieres que me quede más tiempo, eh?

—No te hagas el listo.

El hombre sonrió pícaro, habiendo ya olvidado al niño del rincón que lo observaba a través de su imagen reflejada en el espejo.

—Tú te lo pierdes.

—Bueno, ya, déjate de idioteces que tienes poco tiempo.... ¿trajiste el dinero?

—Cada centavo.

—Ok, espérame aquí.

Salió ella de la habitación, moviendo su fondillo grande sin ser inmenso, con todo el encanto que siempre lo hacía. Y mientras tanto, seguía la música andando, y mi mamá quizás preguntándose por qué diablos tardaba tanto su hijo en dar el mensaje, y cómo era posible que la música siguiera su paso imperante. El hombre la miró irse, sin quitar su vista del fondillo divino, ¿acaso tribulando algún negocio para tenerlo una noche a su merced? Graciela regresó rápido de la cocina y antes de que él abriera la boca, dijo:

—Esto es para ella. Es un regalo.

—Dios la bendiga Graciela, y Dios se lo pague....

—No lo hago por ti.... bueno, ahora vamos a lo tuyo...

—¿Dónde me pongo?

—En el sofá... espera que traigo una sábana.

Salió de nuevo Graciela, ahora al cuarto, pero esta vez el hombre no se atrevió a mirarla caminar. Su expresión había cambiado, y la gratitud, que aun cabía en su rostro, le había devuelto 5 años de juventud.

—Tírate ahí - dijo Graciela mientras tendía la sabana sobre el sofá

El cuerpo flaco y maltrecho cayó como saco de huesos, a punto de desordenarse. Las manos gorditas y bien cuidadas de la diosa se atrevieron a quitarle la camisaapestosa a aquel hijo olvidado de Dios, y la escena de la espalda hizo su cara parecer bella.

—Ha mejorado mucho... si sigues así en un mes estás curado... y lo estarías antes si bebieras menos y fumaras menos

—¿Quién está apurado? - y acto seguido reaccionó, y bajó la hostilidad ante la mano que velaba por él - tienes razón...pero ¿sabes? ...un problema a la vez...

—Me gusta eso que has dicho.

—No creo que pueda con todo a la vez...

—Muy bien. Haremos algo. En un mes, cuando esto esté curado, te haré un tratamiento para la bebida primero.... Verás como poco a poco vamos devolviéndote esa lozanía que deberías tener a tus escuetos 33 años.

Me quedé paralizado. ¿33 años? Ese hombre parecía de la edad de mi abuelo. 33 años tenía mi madre y parecía su hija.

Todo el diálogo se desarrolló mientras ella le frotaba una medicina de preparación casera en su espalda. Diez minutos pasaron antes de que ella dijera:

—Ya está. Listo, hijo.

—Eres un ángel.

—No exageres.

—Sabes que sí.

—Bah.

—¿Me dejas?

—Por supuesto.

En eso el hombre tomó el micrófono del karaoke y empezó a cantar. Era un martirio, un simple martirio, insoportable, grotesco. Graciela solo

gritaba:

—¡Sácalo!... ¡sácalo!... ¡Saca lo que tengas dentro!... ¡Sácalo!

El hombre más inspirado que nunca se dejaba llevar, se olvidaba de la melodía de la canción de fondo, marcando su propio ritmo, y solo lanzaba gritos de llantos y penas, súplicas, todo sin pronunciar palabra legible, era un balbuceo de horrores y penas.

—¡Sácalo!... ¡sácalo!... ¡déjalo que se vaya por la ventana! ... ¡sácalo!....

Y el hombre seguía gritando y gritando, hasta que la voz se le apagó, y las lágrimas se le secaron. 23 minutos marcó el reloj digital del karaoke desde que él encendiera el micrófono, 23 minutos de sufrimiento para mi mamá.

—¿Cómo te sientes?

—Cada día más curado. Y eso que no creo en tus métodos...

—No creas, solo no perjures de ellos y ellos harán su trabajo.

—¿Mañana entonces a la misma hora?

—Claro... y dile a Eloísa que cuando logre pararse de la cama pase por aquí, ¿ok?

—Claro que sí.

Y con esto lo condujo a la puerta y lo despachó. Cuando regresó a mí, yo aun no había pensado en una mentira que inventarle.

—Bueno, ¿qué me ibas a decir?

—Eeeeh... pues....

—¿Sabes por qué te dejé ver lo que viste?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que un niño inocente se deje llevar por las apariencias, como todos aquí en el edificio, ¿ok? ... Sé bien a que viniste... puedo ver ciertas cosas que piensas....

Me sentí violentado. ¿Podía leer mi mente? Mi más preciada y personal parte.

—... y sé cuando la gente miente..... no soy cualquier tipo de ...

En eso volvieron a tocar la puerta.

—Espérame aquí.

De nuevo abrió la puerta, y esta vez entró una señora canosa, con un bastón, y cuerpo encorvado. Intercambiaron algunas palabras y Graciela esta vez le prendió unas velas, la sentó en el sofá, ya sin la sábana, y le tomó las dos manos, con las palmas hacia arriba.

—Cierra los ojos, Carmen.

Y empezó a recitar una jerigonza a la vez que

colocaba un ungüento en la lengua de la señora. Más palabras ilegibles y la vieja tragando, y más palabras ilegibles. Transcurrido un rato, el karaoke sirvió de terapia una vez más, aunque por suerte los gritos no sonaban tan desesperados como la otra vez.

—¡Sácalo, Carmen! ¡Sácalooooo! ¡Sácalo!

Cuando Carmen se hubo ido y ella se sentó a mi lado, ya yo sabía que decirle:

—Ok. Tú sabes a lo que vine, pero ahora cambié la razón.

—vAhhh ¿si?... sorpréndeme.

—¿Me dejarías oírte cantar?

Sonrió. No había manera de sorprenderla. De alguna forma sí sabía que podía decir la gente. Y al parecer yo no sería su primera batalla.

—Cantaré para ti - me dijo tiernamente.

Con esto cerró las ventanas, aumentó el incienso que se quemaba en la habitación, y agregó:

—Y te daré tu regalo de todas maneras.

Se fue al cuarto, y esta vez ni yo pude ver su fondillo melódico andar. Tanta divinidad había desplazado la belleza maternal de sus curvas. Unos segundos después regresaba con unas velas aromáticas, hechas por ella, y las empezaba a colocar por toda la habitación. A mí me sentó en uno de los tantos cojines que habían en el suelo, el que más alejado estaba de la ventana, y me colocó velas al rededor, unas cuatro o cinco, aun sin prender. Cerró la puerta de la cocina, y la del cuarto, dejando la sala sumergida en un calor oloroso, cual sauna en flores, que relajaban los sentidos a la vez que prometían hacerme sudar. Encendió entonces todas las velas aromáticas y me dijo:

—Respira, nene, respira profundo. Ciérrame los ojos y respira profundo.

Y cual alumno prodigo así hice yo. Y a los pocos minutos la voz más bella, más sonora, más alegre y melancólica, más suave y cálida, más pasional que he escuchado en mi vida, llegó a mis oídos en un canto perfecto. Mis poros empezaron a sudar olores dulces, y el aire aromatizado, colándose en mis pulmones, se me salía por la nariz y las orejas, y los ojos. Empecé a toser, y el aire se me hizo caso. Por suerte llevaba mi apartico del asma, así que aguante un poco e intenté seguir respirando los aromas mezclados. Para mi sorpresa, la falta de aire se fue disipando rítmicamente, en la misma medida que empezaba yo a respirar más fuertemente.

—¡Métela!... ¡métela!... ¡métete mi música!... ¡métela!

Y paraba el pregón para seguir cantando.

Nunca más en mi vida me dio un ataque de asma, y mi madre, luego de la reacción inicial de llamarla bruja y de amenazar con llamar a la policía si alguna vez me le acercaba, terminó por agradecerle el milagro que había obrado en su hijo, ofrecerle su amistad incondicional, y convertirse en su abogada más feroz dentro de la comunidad de vecinos.

DAYANA GUILLÉN. Habana, Cuba, 1980. Desde el año 2000 ha vivido en varios países; en Panamá, tiene un año. Estudió Relaciones Internacionales, y actualmente trabaja en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Egresada del Diplomado de Creación Literaria 2010, de la UTP.

Marioneta

POR EDUARDO ESCOBAR

Un séquito de personas, tanto turistas como locales, lo rodeaban. Veían con fascinación su prodigioso y mágico espectáculo. Una vez terminado, los gritos, aplausos y silbidos inundaban la populosa avenida “Los Caminos”. El magnífico Alejandro, considerado como el titiritero más destacado del país, era el principal responsable de dicha algarabía y además, de la amarga desdicha de su rival, el señor Sebastián Jiménez.

El señor Sebastián, uno de los ilustres titiriteros de la época, había perdido un gran protagonismo en la frecuentada avenida. Apenas cinco personas o tal vez tres personas por día, se acercaban a ver su espectáculo. Al terminar, no se escuchaban gritos, ni silbidos de alientos, sólo se percibían el nefasto silencio y el tétrico aullido de la soledad.

Terminada la paupérrima noche, el señor Sebastián guardaba sus amadas marionetas, que-

nes habían sido la principal fuente de alegría en su vida. Cada marioneta tenía un nombre, edad y gustos diferentes. La más vetusta era la Llorona, cuyo pálido rostro y negras lágrimas, dibujaban la pesadez de su quimérica alma; le seguían los tres amigos: Toto, Pepe y Bruno, quienes eran un detective, un albañil y un destacado chef, respectivamente; por último, estaban los gemelos Alexander y Alexandra, de narices redondas, diminutas orejas y cabellos rizados. Alexander solamente contaba con uno de sus ojos, el derecho, esa era la única diferencia con su alma gemela.

De regreso a casa, noté que una gran tristeza lo embriagaba, no logró conciliar el sueño. Entraba una y otra vez al baño, miraba al espejo y le preguntaba en voz alta *¿Acaso he perdido los días de mi vida en esto?, ¿Mi esposa, tenía razón al dejarme?* Sin embargo, nunca escuchó respuesta alguna.

Al día siguiente, decidió ir a visitar a su inseparable amigo de infancia, el señor Carmelo, quien era el Alcalde de la ciudad y un gran fanático de las marionetas. El señor Sebastián nunca viajaba sin una de sus marionetas, ese día decidió llevar consigo a Alexander, ya que era la marioneta preferida del señor Carmelo.

Carmelo, respóndeme con sinceridad ¿Qué tiene Alejandro?

Sebastián No pienses en él.

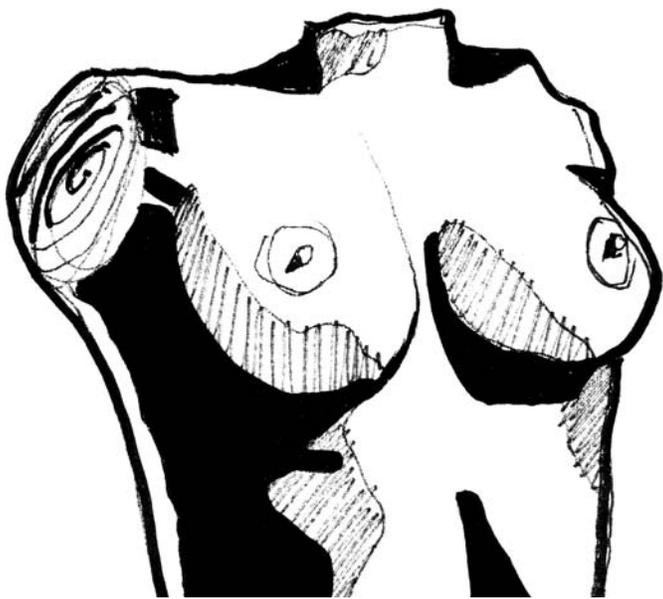
¡Respóndeme, Carmelo! —exigió desesperadamente Sebastián.

Alejandro, es un verdadero especialista, sus marionetas son mágicas, tienen vida, sus rostros son cautivadores y penetrantes. Lo siento, mi querido amigo, pero no eres rival y nadie en este mundo lo es para él.

Las palabras fueron como dardos venenosos que abrieron una nueva cicatriz en la integridad de Sebastián, sus apretados ojos estaban inundados de lágrimas que evitaban resbalar por sus mejillas.

Vamos, Sebastián, no te desanimes, sé que puedes levantarte – intervino Carmelo. Puedes mudarte a otro sitio de la ciudad.

¡Jamás, Carmelo! Gracias por tu sinceridad, me retiro.



Sebastián se te olvida Alexander.
Gracias.

Al retirarse de la posada del Alcalde, el señor Sebastián se dirigió a ver el increíble acto del magnífico Alejandro. Su ira fue incrementando a medida que veía los atónitos rostros del público presente quienes se deslumbraban por la mágica demostración de las marionetas.

De pronto, sus ojos se enfocaron en un niño de apenas cuatro o cinco años de edad, observé una lóbrega sonrisa dibujarse en su rostro.

Al llegar a su casa le expuso la temible idea a sus marionetas:

¿Niños que opinan de este hermoso plan? – Sin embargo, no hubo algún tipo de objeción por parte de las marionetas.

Sí, lo sé, es totalmente brillante.

Al día siguiente como de costumbre, el señor Sebastián se dirigió hacia la avenida, pero por primera vez en años, no llevó consigo a ninguna de sus marionetas. A su regreso, vi que cargaba una enorme bolsa.

Regresé, mis pequeños. Y he traído, un material único que nos lanzará al estrellato nuevamente. Comentó.

Abrió la bolsa, con mucha fascinación, y sacó unos hilos de nylon, una cruceta de acero, y por último, un pequeño niño. Si mi ojo no me miente, era el mismo niño en que había posado su mirada ayer. Los ojos del niño estaban cerrados, no pude discernir si respiraba o no, por lo tanto, no sabía si aún vivía.

Se acercó hacia donde yo estaba y cerró la puerta.

Abrió la puerta al día siguiente y me percaté que en su semblante se esbozaba una grasienta sonrisa que no la veía en años.

Buenos días, mis queridos niños, hoy tengo el placer de presentarle a su nuevo hermanito, *Di Marco* —dijo alegremente el señor Sebastián.

Su nueva marioneta era el niño que había sacado de esa bolsa. Su creación era macabra e irreal. Tomó su maleta llena de títeres como de costumbre y una bolsa grande con cristales incrustados en forma de luna, donde llevaba a *Di Marco* y emprendió su marcha hacia la avenida.

Al llegar a su puesto de trabajo, gritó con gran afán:

¡Vengan y podrán ver la más grande creación del inmortal Sebastián!

¡Acérquense, no tengan miedo!

Observé a varias personas acercarse, algunas tenían rostros curiosos, otras caras largas que esperaban algo excitante e inusual. El señor Sebastián abrió la bolsa y sacó su maravillosa creación.

El público quedó totalmente fascinado por el aspecto tan real de aquella marioneta, sus ojos acuosos, su cabello castaño y brillante, sus dientes blancos y perfectos y su hermosa e inocente voz. Pude escuchar llantos de alegría, risotadas de felicidad e inexplicables halagos.

Han pasado tres semanas desde aquella presentación, por lo que he escuchado, la policía ha estado investigando la desaparición del nieto del Alcalde.

Hoy llegaron a casa para hacerle unas preguntas al señor Sebastián, sobre el caso del niño desaparecido. Yo estuve presente en el interrogatorio, sin embargo, los agentes nunca me preguntaron nada al respecto. Posiblemente yo sea el único testigo de este horrendo crimen, aunque la verdad nunca pude ver, si el niño estaba vivo o muerto, o cómo se convirtió en una marioneta. Además, quien le creería a una marioneta, que sólo tiene un ojo.

EDUARDO ESCOBAR T (Panamá, 1987). Ingeniero Industrial Administrativo, Egresado de la Universidad Católica Santa María la Antigua; Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la U.T.P en 2010.